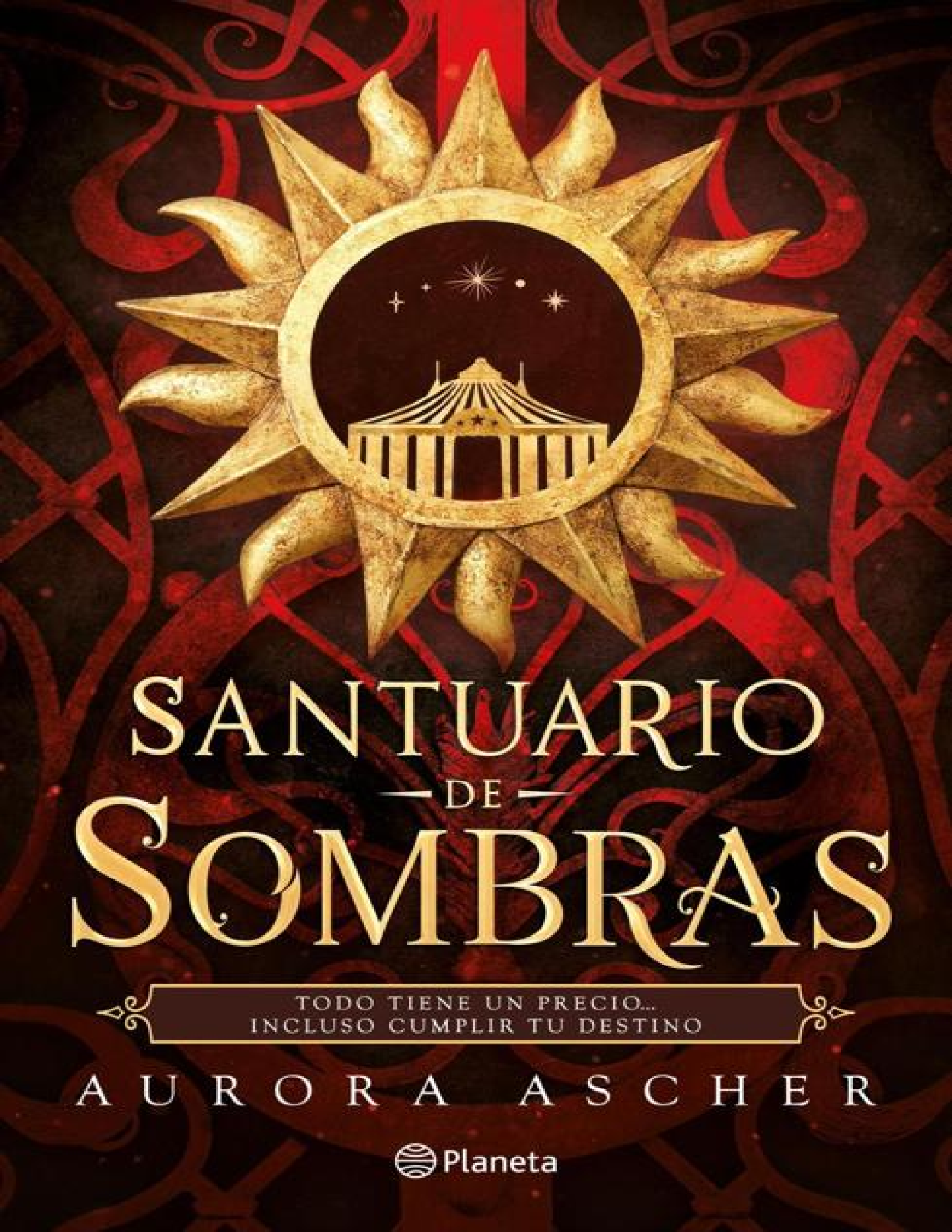
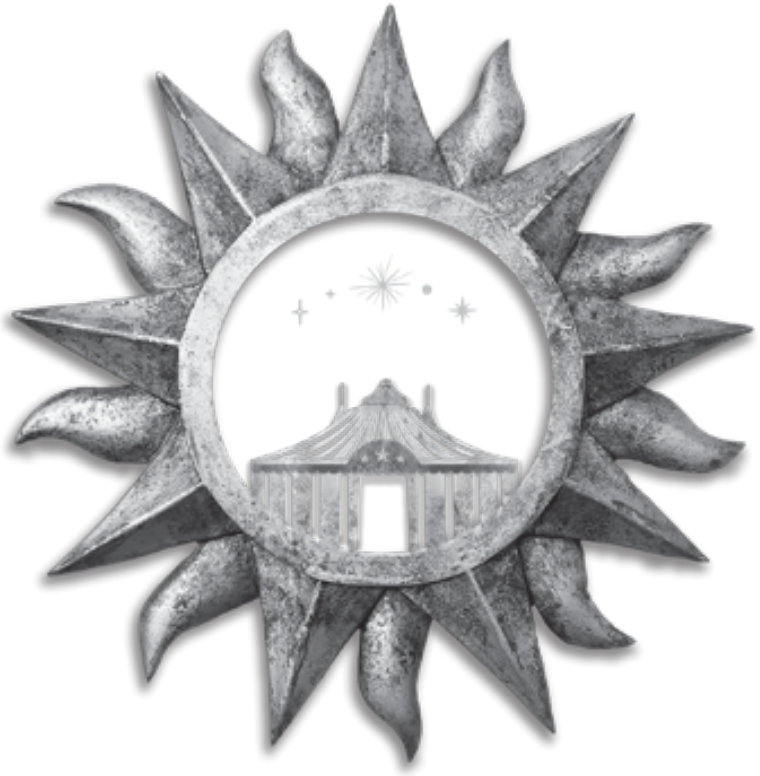

SANTUARIO
DE
SOMBRAS
TODO TIENE UN PRECIO...
INCLUSO CUMPLIR TU DESTINO
AURORA ASCHER
Planeta



# SANTUARIO DE SOMBRAS

AURORA ASCHER

Planeta



# CONTENIDO

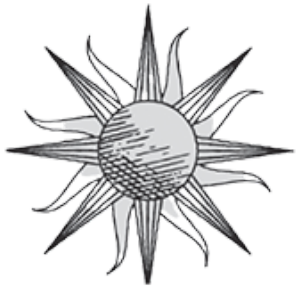
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
Agradecimientos
Acerca de la autora
Créditos
Planeta de libros

*Para ti.*
*Porque creíste en ti mismo.*

*Santuario de sombras* es una historia fascinante y cautivadora sobre un misterioso circo y los extraños elementales que lo habitan. Sin embargo, la historia incluye situaciones que podrían no ser adecuadas para todos los lectores como sexo, violencia, encarcelamiento, lesiones corporales, pérdida de memoria, muerte de los padres y coerción. Los lectores que puedan ser sensibles a esto, por favor, tomen nota y prepárense para entrar a El Increíble Circo de los Elementales de Salizar.


Los Cinco Territorios
Montañas Terrian
Territorio del Norte
Reina Tierra
Río Glimra
Territorio del Oeste
Reina Darya
Falsgard
Beirstad
Territorio del Este
Reina Audra
Territorio Central
Reina Nashira
Rylka
Río Ansiu
Allegra
Río Stellorn
Airdrie
Silimar
Bosque Etéreo
Kereza
Castillo Vari
Fuerte Merson
Valle de Kambu
Castillo Fera
El Lejano Sur
Territorio del Sur
Reina Furie
N
O
E
S



# CAPÍTULO UNO

Harrow avanzaba velozmente por el estrecho sendero que se formaba entre las coloridas caravanas. Se llevó una mano al pecho y arrugó con los dedos la tela de su cálida capa, sintiendo que el corazón se le aceleraba bajo el puño. Se obligó a seguir caminando, aunque en realidad quería correr.

Por todo el circo, voces amistosas alegraban la mañana. Los trabajadores ya estaban montando la carpa, clavando las estacas en la tierra con sus pesados mazos. Alrededor del bullicioso terreno y la circundante ciudad de Beirstad, las montañas nevadas enmarcaban el cielo despejado. Aunque el aire era fresco, los rayos del sol brindaban un calor agradable.

Sin embargo, Harrow permanecía envuelta en su capa. Por dentro, la sangre corría helada por sus venas.

En solo unos días el montaje estaría completo, y El Increíble Circo de los Elementales de Salizar cobraría vida con toda su extravagancia. Las luces encantadas iluminarían la carpa principal y brillarían a lo largo de las filas de caravanas y tiendas donde esperarían ocultas misteriosas atracciones, incluyendo la caravana de adivinación de Harrow. Los humanos acudirían en masa a mirar y disfrutar, y Salizar se aseguraría de exprimirles hasta la última moneda.

En cuanto Harrow vio su destino frente a ella, apretó el paso.

Afuera de una caravana roja y azul una mujer de piel color medianoche y largas trenzas tomaba el sol recostada en una silla, con una apacible sonrisa en el rostro. Oyó que Harrow se acercaba antes de que pudiera anunciarse, y abrió de golpe los ojos ambarinos.

—¡Buenos días, Harrow! —exclamó, extendiendo los brazos. Tenía los músculos tonificados por años de entrenamiento. «La extraordinaria Malaikah» había trabajado más duro que nadie para ganarse su puesto como la acróbata estrella del espectáculo—. Qué bonito está el sol, ¿verdad? Pensaba que en el norte siempre hacía frío, pero… —Se interrumpió y su sonrisa se desvaneció—. ¿Qué pasa?

Harrow y Malaikah habían sido amigas íntimas durante décadas, y a Harrow no le sorprendió que Malaikah hubiera percibido que le pasaba algo malo con una sola mirada.

—Me desperté con un terrible presentimiento, Mal —dijo Harrow sin preámbulos—, y creo que se avecinan problemas. Pero cuando hice mi ritual para predecir el futuro, no vi ninguno…

Malaikah se levantó de repente, mirando a su alrededor para comprobar que estaban solas.

—¿Por qué no hablamos adentro?

Si Harrow hubiera estado pensando con claridad, habría sugerido lo mismo antes de empezar a hablar. Sabía que no debía expresarse abiertamente acerca de sus dones donde corriera el riesgo de que la escucharan. No podía permitirse que se le escapara algo sobre su verdadera naturaleza.

Con gentileza, Mal la condujo hacia la estrecha puerta de su caravana. Adentro había una cama con cortinas en un extremo, una pequeña estufa de leña, una barra, y un ropero lleno de trajes brillantes. Se sentaron frente a la pequeña mesa del lado opuesto de la estufa.

—Cuéntame qué pasa —dijo Mal cuando se acomodaron, moviendo la cola con sutil tensión. Malaikah era un híbrido de pantera negra, una de las especies de los elementales de la reina de la tierra. Como todos los híbridos, mostraba en su aspecto y habilidades ciertos rasgos de su animal; en el caso de Mal, una cola fibrosa, orejas felinas y colmillos afilados.

Harrow se retorció las manos sobre la mesa que tenía delante.

—Desde que me desperté esta mañana tengo la sensación de que algo se acerca, pero no puedo descifrar qué, más allá de una sensación general de temor. Siento que hay alguien que necesita mi ayuda, y que si no la recibe algo terrible ocurrirá. Pero no sé quién es ni cómo encontrarlo.

Malaikah frunció el ceño.

—¿El Agua es la que te lo dice?

—Siempre es el Agua. —El Agua era el elemento fuente de todas sus visiones y premoniciones. Ella era el conducto a través del cual la poderosa fuerza expresaba su sabiduría—. Hice mi ritual matutino para predecir el futuro —continuó Harrow—, pero no me dio ninguna respuesta. Lo único que vi cuando miré en el cuenco de agua fue la imagen de unas llamas, y luego tal vez un tipo de sombra atravesando una luna llena. Nada de eso tiene sentido para mí.

—Ya. —Mal se recargó en su asiento—. Lo de la luna tampoco me dice nada, pero gracias a la reina Furie, creo que todos le tenemos un miedo saludable a todo lo relacionado con el fuego.

—No puedo desprenderme de la sensación de que debería estar haciendo algo. Tal vez tenga que buscar a alguien. Pero ¿dónde? —Harrow se pasó las manos por la melena de pelo rizado con un gesto de frustración—. O quizá lo esté malinterpretando y en realidad es una advertencia de que el circo está en peligro. No lo sé.

—Si crees que es una señal de peligro, deberíamos tomarlo en serio. ¿Quizá deberías decírselo a Salizar?

—¿Por qué iba a creerme? —Pasó el dedo por el borde de la banda para el cabello que usaba todos los días para ocultar sus orejas puntiagudas—. Él cree que soy humana. Va a querer saber por qué creo que hay una amenaza, pues no tiene motivos para confiar en mis instintos. Si intento convencerlo, solo le daré más motivos para sospechar qué soy.

—Ya te lo dije mil veces, yo creo que Salizar ya lo sabe. ¿Por qué te habría acogido si no lo supiera?

—Porque era una huérfana de diez años que había presenciado una masacre. Humana o elemental, era solo una niña. También ayudó a Loren, ¿no?

Harrow no quería que Salizar supiera quién era. A él no se le escapaban muchas cosas, pero para ella era importante tener el control de su secreto. Y además no quería que la gente le preguntara qué recordaba de aquella noche, sobre todo porque no recordaba nada en absoluto.

Bueno, casi nada. «Sangre en sus manos. Un cuerpo tibio enfriándose a su lado». Pero no era el momento de desenterrar ese viejo dolor.

—De todas formas, ahora mismo no importa —dijo, agitando una mano —. Se avecina algo malo y no sé qué hacer al respecto.

Malaikah se levantó con decisión, con la postura tensa. Entre el tumulto de emociones, Harrow sintió una punzada de arrepentimiento por haber puesto nerviosa a su amiga solo unos días antes de la noche del estreno.

—Si realmente hay un peligro, tenemos que avisarle a la gente —dijo Mal —. ¿Qué tal si yo voy a hablar con Salizar por ti? Le diré que tengo razones para creer que hay…

De repente se interrumpió y se puso rígida. Volteó hacia la ventana abierta sobre la cama, inclinó la cabeza y agitó las orejas.

—¿Qué pasa? —susurró Harrow. Como híbrido, el oído de Malaikah era mucho mejor que el suyo, pero Harrow tenía la terrible sospecha de que ya sabía lo que Mal iba a responder.

—Creo que podría ser demasiado tarde para las advertencias. Hay algún tipo de conmoción en la puerta principal. Oigo gritos.

Harrow se levantó de un salto, el miedo le recorrió todo el cuerpo.

—¡Vamos!

Las dos salieron rápidamente. En el exterior, Harrow pudo oír voces lejanas y furiosas. Así que corrieron hacia la fuente del ruido. Se recogió las faldas e intentó igualar el rápido paso de Malaikah, pero le era imposible seguir el ritmo de un híbrido de pantera corriendo a toda velocidad.

Cerca de la entrada había unos vagones de carga con tiendas enrolladas y material de construcción listo para ser instalado. Junto a las altas puertas, la taquilla estaba a medio construir, las paredes de colores ya estaban montadas, pero sin el techo. Cuando Harrow pasó junto al último vagón y finalmente alcanzó a Mal, se detuvo. Quedaron frente al alto arco sobre las puertas de hierro forjado del circo.

Y ante la turba de humanos furiosos que se había reunido afuera.

La muchedumbre, de unas cincuenta personas, parecía estar compuesta por ciudadanos comunes de la ciudad, no iban ataviados con las galas de los ricos ni vestidos con los harapos de los mendigos. Los hombres y las mujeres llevaban antorchas y armas que azotaban contra los barrotes con un estruendo metálico.

El candado y la cadena que mantenía las puertas cerradas les parecieron de repente una defensa lamentable. Sobre todo porque un hombre

corpulento agitaba una pesada hacha al frente de la multitud.

—¡Escoria elemental! —gritó alguien al ver a Harrow y Malaikah. Bajo el radiante sol de la mañana, la exhibición de furia resultaba incongruente—. ¡Sirvientes de las putas reinas! ¡Los de su clase no son bienvenidos aquí!

Harrow no dudaba que se abrirían paso si se les permitía. La furia en sus rostros dejaba clara su determinación de infligir violencia contra los desamparados elegidos de la reina.

Su odio era tan erróneo como ignorante. Tanto los humanos como los elementales habían pagado el precio de las interminables disputas entre las reinas. Harrow sabía mejor que nadie lo alto que podía llegar a ser el precio de la guerra.

—¡Vuelvan por donde vinieron! —gritó otro hombre que golpeó con fuerza los barrotes para enfatizar sus palabras.

—¿Adónde quieres que vayamos? —gritó Malaikah, intrépida. Mostró sus afilados colmillos blancos—. ¡Vinimos de aquí, igual que ustedes! —Volteó hacia Harrow y añadió—: No puede ser. ¿Sirvientes de las reinas? ¿Qué clase de lógica es esa? Por si estos tontos no se han dado cuenta, a las reinas ya no les importamos un demonio.

Siguiendo su intuición, Harrow agarró a Mal de la mano y la jaló hacia atrás para cubrirse detrás del vagón de carga.

—Esta gente no tiene lógica, Mal. No intentes razonar con ellos. Solo los enfurecerás más.

—Oh, creo que ya están bastante furiosos.

Como para reafirmar su argumento, una descarga de piedras voló sobre las puertas, acompañada de más insultos. Mientras tanto, seguía escuchándose el ruido metálico del hacha al golpear la cadena.

—Maldita sea. —Malaikah miró del otro lado del vagón y señaló—. Mira. Oli está atrapado en la taquilla.

Harrow se inclinó y siguió su dedo. Tardó un momento en ver al híbrido de zorro escondido en un rincón de la estructura a medio terminar, un destello de su lustroso pelo rojo era apenas visible a través de la ventana.

—Por la Diosa, ¿qué hace ahí? —siseó Mal—. ¿Por qué no huye?

La taquilla estaba pegada a la reja y a poca distancia de los humanos si alcanzaban a atravesar los barrotes. Sin embargo, estaba por dentro del

terreno y la puerta abierta daba la espalda a la multitud, lo que significaba que Oli podía escapar si se movía con rapidez.

—Están tirando piedras. —Harrow se agachó cuando una salió volando sobre el vagón. Desde luego, no le gustaría salir corriendo de un escondite seguro directamente bajo la línea de fuego de una turba enfurecida.

—Es un zorro —dijo Mal—. Es más rápido que todos ellos juntos.

—Tal vez tiene demasiado miedo para correr. —De todos los elementales, los híbridos eran los más fuertes físicamente, pero Oli no era un guerrero, y parecía probable que tan solo estuviera paralizado de miedo.

—¡Oli está ahí adentro! —gritó alguien, y Harrow miró hacia atrás. Detrás de otro vagón, varios trabajadores del circo se habían reunido para contemplar el espectáculo.

—¡Oli, corre! —gritó otro.

—¡Cállense! —siseó Mal, pero, por desgracia, la advertencia llegó demasiado tarde. Algunos de los humanos oyeron y se dieron cuenta de la ubicación de su compañero atrapado. Metieron las armas a través de los barrotes para golpear los lados de la taquilla. Otros lanzaron más piedras. Oli palideció y se aplastó contra la pared como si intentara desaparecer.

Mientras Harrow observaba, el Agua surgió de repente en su interior, turbulenta e insistente.

—Mal —dijo, luchando contra el repentino ataque de magia en respuesta a la amenaza—. Tenemos que sacar a Oli de ahí ahora mismo. —Cerró los ojos y tomó aire, deseando que el Agua se calmara. Oli necesitaba ayuda, pero no podía permitirse liberar sus defensas, no ahí, en medio del circo, enfrente de una horda de humanos.

Recuperando un poco el control, abrió los ojos de nuevo y se preparó para correr hacia el tumulto. Quizá no fuera capaz de usar sus habilidades, pero eso no significaba que no fuera a ayudar.

Entonces notó el espacio vacío a su lado donde antes había estado Mal.

Levantó la vista justo a tiempo para ver que una sombra se acercaba a la puerta de la taquilla. Un segundo después, Malaikah apareció en el interior de la construcción.

Harrow se inclinó por un costado del vagón de carga para ver mejor, aferrando la madera con los dedos. Observó con la respiración contenida

cómo Mal hablaba con Oli, tranquilizándolo, a la vez que clavaba sus garras en cualquier arma que se acercara.

El Agua surgió de nuevo, y esta vez Harrow la obedeció.

—¡Corre, Mal! —gritó.

Malaikah miró hacia atrás a través de la ventana.

—¡Corre, ahora!

Malaikah tomó a Oli de la mano y, finalmente, empezaron a moverse. En ese mismo momento alguien lanzó una antorcha que atravesó el aire y cayó por el techo abierto de la estructura. Apenas habían cruzado la puerta cuando impactó en el suelo, derramando combustible y fuego. De inmediato, la madera vieja y seca ardió en llamas. Cuando Oli y Malaikah llegaron al lado de Harrow, la taquilla ya estaba envuelta en llamas.

Se tiraron al suelo, con la espalda contra las ruedas del vagón de carga.

—Estuvo demasiado cerca —jadeó Malaikah, pero parecía eufórica, sus ojos ámbar brillaban con la emoción de la batalla. En cambio, el pobre Oli parecía conmocionado.

En ese momento llegó Salizar.

—Gracias a la dulce Diosa madre —susurró Oli, apretándose las mejillas con las palmas de las manos.

El intimidante director del circo se acercaba a las puertas con su silueta impresionante. Alto y portentoso, sostenía en alto su bastón encantado y su largo abrigo ondeaba detrás de él. A medida que se acercaba a la multitud a rápidas zancadas, los furiosos humanos parecían perder parte de su audacia.

Parecía que a Salizar le precedía su reputación, pero no era una sorpresa. Era casi tan oscuramente famoso como su circo.

Cuando llegó a las puertas, no se molestó en dirigirse a nadie. En su lugar, levantó el bastón y apuntó hacia los barrotes de hierro.

Unos rayos plateados salieron de la punta del arma hacia el metal, bajaron por los travesaños que unían los barrotes y salieron disparados hacia arriba. La corriente alcanzó a quienes los estaban tocando, y se oyeron gritos mientras la multitud retrocedía.

Como última advertencia, Salizar volvió a disparar, pero esta vez apuntó al hombre del hacha que había intentado romper la cadena. Un rayo recorrió su cuerpo, y el humano cayó como una piedra. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

Una vez recibido el mensaje, la multitud comenzó a retroceder. Bajaron sus armas y sus estridentes gritos se desvanecieron hasta que el único sonido que quedó fue el crepitar de la madera quemada. Salizar dio un paso atrás y se produjo una tensa pausa, mientras que el maestro de ceremonias desafiaba a la muchedumbre a acercarse, y los humanos debatían si debían atacar de nuevo.

Al final, por supuesto, se rindieron, retrocediendo por el camino, gritando amenazas e insultos para apaciguar su orgullo herido. El hombre del hacha, inconsciente, tuvo que ser arrastrado por el resto del grupo, con los brazos y las piernas suspendidos mientras su torso colgaba como un saco de granos.

Salizar dio la espalda a los humanos y se acercó a los miembros de su circo.

—Fue increíble, señor —susurró Oli, aún desplomado contra la rueda del vagón y con aspecto de estar completamente agotado.

El maestro de ceremonias los miró a él y a Malaikah.

—¿Están bien?

—Estamos bien —dijo Mal, sonriendo. Volvía a estar de pie, como si estuviera considerando perseguir a sus agresores en fuga—. En especial después de ver a esos humanos dispersarse como pollos asustados.

Salizar se dirigió a los demás.

—Empiecen a recoger. Nos vamos. Corran la voz a los demás.

Hubo un momento de silencio atónito y sus sonrisas victoriosas se desvanecieron.

—Pero, señor —dijo Oli—, acabamos de llegar.

—Y ya nos vamos —replicó Salizar—. Me niego a actuar en una ciudad que no se molestó en asegurarse de que tuviéramos una bienvenida segura después de invitarnos, y no me arriesgaré a que uno de esos humanos traspase las puertas y sea una amenaza durante un espectáculo. Así que ve a empacar. Nos vamos a Allegra mañana a primera hora.

Tras este pronunciamiento, partió por el carril central, dejando la taquilla todavía ardiendo a sus espaldas. A su paso siguieron gemidos y murmullos de incredulidad, pero nadie protestó su decisión.

Harrow casi no podía creer que estuvieran a punto de dar media vuelta y marcharse después de haber viajado semanas para llegar hasta ahí, pero

también sabía que Salizar se tomaba muy en serio la seguridad del circo. Odiaba la idea de que Malaikah corriera peligro debido al público mientras actuaba. ¿Y si alguien le arrojaba algo mientras se balanceaba en el trapecio? Una caída desde esa altura podía significar lesiones graves o incluso la muerte.

Pronto los demás se dispersaron para cumplir sus órdenes, deshaciendo el trabajo que acababan de empezar, mientras que un par de personas se quedaron para apagar el fuego de la taquilla. Malaikah se ofreció a acompañar a Harrow hasta su caravana, y ella agradeció la compañía, aunque seguía sintiéndose inquieta.

—Es asombroso cómo lo haces —dijo Mal mientras caminaban, procurando mantener la voz baja—. Creo que nunca me acostumbraré. Dijiste que viste fuego en tu visión, y me dijiste que sentías que había alguien que necesitaba tu ayuda. Bueno, obviamente era Oli. Si no hubiéramos aparecido cuando lo hicimos… me estremezco al pensar lo que podría haber pasado.

Se detuvieron frente a la caravana de Harrow. Ella forzó una sonrisa.

—Fue una fortuna, eso seguro.

—No fue suerte, y lo sabes —dijo Mal, dándole un suave codazo.

Harrow lo sabía. Pero por alguna razón no compartía la sensación de alivio de Malaikah.

Se despidieron prometiendo verse en la próxima comida y Harrow se escabulló por la entrada de tela de su caravana de adivinación. Un toldo se extendía desde la parte trasera de su caravana sobre la estrecha puerta, y de los bordes colgaban telas con estampados brillantes que servían como paredes.

Sin embargo, el resto del pabellón aún estaba por montarse. Al menos no tendría que guardar nada más. Cruzó el espacio vacío y entró directamente en la caravana, cerrando la puerta y apoyándose en ella.

Cerró los ojos, respiró hondo y, finalmente, liberó la energía que había estado conteniendo.

Un campo de fuerza invisible pulsó hacia el exterior, haciendo vibrar los objetos de su pequeña casa y condensándose en las paredes y ventanas. Ahí, en secreto, podía entregarse al Agua. Afuera no. No delante de todos.

Cuando pasó la ola, abrió los ojos y miró a su alrededor. La linterna de la noche anterior estaba encima de la mesa. La visión de la mecha ennegrecida y muerta le produjo otro extraño escalofrío.

Malaikah tenía razón, se dijo. El fuego de la taquilla coincidía con el que había visto mientras predecía el futuro. Y la extraña sombra… Bueno, Mal moviéndose con la rapidez de una pantera sin duda era como una sombra.

«Pero en tu visión la sombra era fluida», susurró su mente. «No era una forma sólida».

Sacudió la cabeza, negándose a escuchar las dudas. Oli sí había necesitado su ayuda. Si no hubieran estado ahí, podría haber resultado gravemente herido. La conexión era obvia.

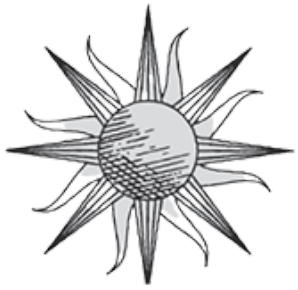
Era pleno día, pero solo se colaban unos pocos rayos de luz por las rendijas entre las cortinas de la ventana. De repente, la oscuridad la inquietó. En la oscuridad acechaba lo desconocido. La oscuridad era el nacimiento de cambios inoportunos.

Se agachó y buscó en el suelo el lugar donde la noche anterior se le había caído la caja de cerillos. La encontró debajo de la mesa, la recogió, prendió un cerillo y volvió a encender la linterna.

Se paró junto a la mesa y miró la diminuta llama parpadeante. Emitía un reconfortante resplandor anaranjado que le proporcionó cierto alivio. Una luz en medio de la oscuridad.

Habían sorteado el peligro. Habían rescatado a alguien necesitado, Salizar había ahuyentado a la turba y ahora abandonaban Beirstad por completo. Entonces, ¿por qué seguía teniendo la misma sensación de terror? ¿Por qué le seguía doliendo el corazón y tenía helada la sangre?

¿Por qué sentía que una sombra se cernía sobre ella?



# CAPÍTULO DOS

El sol se deslizó bajo sus párpados mientras se desprendía poco a poco de la inconsciencia. Su instinto le decía que agudizara la vista, que observara su entorno, que buscara amenazas. Solo consiguió mover los ojos debajo de los párpados demasiado pesados.

El dolor lo tomó por sorpresa mientras recuperaba poco a poco la conciencia de su cuerpo. Todo le dolía.

Finalmente abrió los ojos, pero los cerró de inmediato cuando lo escaldó el sol. Lo intentó de nuevo, entrecerrando los ojos bajo la intensa luz, y vio azul. Un cielo despejado, sin una nube a la vista.

Luchando contra una intensa debilidad, giró la cabeza a un lado. A su lado, el suelo estaba agrietado y polvoriento, una costra impenetrable y endurecida. A lo lejos, un arbusto solitario luchaba por sobrevivir.

El chillido lejano de un pájaro le hizo volver la vista al cielo. Los buitres volaban en círculos, esperando que su presa estuviera lo bastante débil para abalanzarse sobre ella y consumirla mientras su carne aún estuviera fresca. Se preguntó qué desgraciada criatura estaría varada por ahí esperando la muerte.

Entonces se dio cuenta de que la desgraciada criatura era él.

No tenía intención de convertirse en comida para buitres, pero cuando intentó moverse, la tarea le resultó insoportablemente difícil. Sin embargo, tenía que intentarlo. Después de todo lo que había soportado, de ninguna manera iba a quedarse ahí indefenso para rendirse a la muerte…

¿Después de todo lo que había soportado…?

¿Qué había soportado?

Lo invadió una ola de fría comprensión. Luchar por abrir los ojos bajo el sol abrasador con el cuerpo demasiado débil para moverse era el único recuerdo que tenía. De cualquier cosa.

Ni siquiera sabía cuál era su propio nombre.

El peso de la carne era un concepto extraño por completo, de eso estaba seguro. El cielo azul, la tierra resquebrajada, los pájaros sobre él… todo eso le resultaba familiar. Pero esta extenuación debilitante, esta sensación de estar atado a un saco marchito de piel y huesos…

Era algo totalmente distinto.

Evidentemente, quienquiera que hubiera sido era alguien que no se rendía con facilidad, porque, a pesar de lo desesperado de su situación, se obligó a darse la vuelta. Empujándose con las manos con todas sus débiles fuerzas, levantó el torso.

A la izquierda no había más que un desierto estéril hasta donde alcanzaba la vista. A la derecha un imponente acantilado se alzaba orgulloso hacia el cielo. En la base crecían unos míseros arbustos y hierbajos.

En la base… había sombra.

Concentrado en su nuevo objetivo, empezó a arrastrar su pesado cuerpo por el polvo ardiente hacia aquel pequeño refugio. Se dio cuenta de que estaba desnudo. Por supuesto que lo estaba. La conciencia de su desnudez, el deseo de cubrir su piel desnuda… Eran otras sensaciones que se sentían ajenas.

Qué humillante.

Una fría ira surgió en su interior, el impulso de aniquilar al enemigo invisible que lo había puesto en ese predicamento.

Lo sofocó y por ahora se centró en el objetivo más inmediato: sobrevivir. Se estiró hacia el frente y clavó las garras en la tierra agrietada, arrastrándose centímetro a centímetro hasta que por fin llegó a su destino.

Protegido por fin del sol, se desplomó exhausto. Maldijo su extraña prisión de carne y su debilidad. Alguna vez había sido poderoso. Invencible. Ahora no era nada. Ahora solo podía quedarse ahí y desear no sentir cuando los buitres empezaran a comérselo.

Con ese último deseo aciago, se abandonó hacia el olvido.

En las profundidades del Territorio del Sur, la tierra de la reina del fuego, un humano llamado Cragar encabezaba a un pequeño séquito a través del desierto abrasador.

Tres jinetes sobre caballos cansados cabalgaban en formación alrededor de un carro de cuatro ruedas, tirado por un camello. Su viaje de dos días a la aldea más cercana había sido fructífero e iban cargados de provisiones para sus próximos viajes. La piel de sus rostros se había bronceado hasta adquirir un tono moreno oscuro después de unos días expuestos al sol; la de todos excepto la de Anzo, que estaba rojo y se despellejaba por mucho que se cubriera.

Todos tenían sed, incluso el camello; a pesar de todo Cragar no dejó de empujar a sus hombres. Sabía que estaban cerca de su campamento y, de todos modos, no había agua cerca.

El sol se hundía en el horizonte, la bola naranja vivo estaba cerca de desaparecer. Una vez que lo hiciera, la temperatura descendería casi hasta el punto de congelación, y la falta de agua no sería la única preocupación para su supervivencia. En lo alto, los buitres volaban en círculos por el cielo cada vez más oscuro, y sus gritos solitarios eran el único sonido en el desolador silencio.

Más adelante, un oscuro acantilado se alzaba sobre la tierra llana. Solo había un camino para llegar a la cima: un estrecho sendero diagonal atravesaba la pared. Cragar guiaría a sus hombres por ese camino en el último esfuerzo hacia su campamento. Si todo salía bien, esperaba llegar al anochecer.

Sin embargo, cuando se acercaban a la base del acantilado, sus ojos percibieron un objeto oscuro en la distancia que parecía incongruente con el paisaje. Vio cómo un buitre se abalanzaba sobre él antes de volver con brusquedad hacia el cielo. Otro le siguió.

Se lo señaló a sus hombres, quienes desviaron su rumbo y se dirigieron hacia ahí para investigar. A medida que se acercaban, su confusión se transformó en desconcierto e incluso inquietud.

La forma era vagamente humana. Piernas largas, brazos extendidos. Pero su aspecto era… extraño. Como una sombra, pero sin solidez ni tono. Era oscuridad sin profundidad, un vacío que absorbía la luz como una esponja.

Cuanto más intentaban enfocar la mirada en ella, más se les enturbiaba la vista.

—¿Está muerto? —preguntó uno de sus hombres mientras detenían sus caballos a una distancia prudencial.

—Si no lo está, lo estará pronto —respondió otro—; si no, los buitres no estarían dando vueltas.

Cragar desmontó y se acercó con cautela a la extraña figura. Al acercarse vio que se trataba de un humanoide macho. No cabía duda, porque estaba casi desnudo.

Estaba acostado de lado, con un brazo abajo y el otro estirado hacia delante, con las largas piernas extendidas sobre el suelo. El brillante pelo negro se extendía alrededor de su cabeza, ocultando su rostro. Su cuerpo era robusto como el de un guerrero, aunque era imposible distinguir ningún detalle en su piel debido a su extraña falta de luz. Mirarlo era como asomarse a un abismo.

Cragar se acercó a la figura, alzó el pie calzado con sandalias y la pateó ligeramente en el hombro. El hombre de sombra no se movió. Cragar volvió a golpearlo, esta vez lo bastante fuerte como para tirarlo de espaldas.

La criatura gimió son suavidad.

Cragar saltó hacia atrás.

—¡Por la Diosa, está vivo!

—¿Qué clase de hombre es este? Parece un demonio de las lúgubres sombras.

—No tengo idea —respondió Cragar—, pero no sé si lo llamaría un hombre, de cualquier tipo.

Solo un elemental podía tener unas características tan antinaturales, aunque nunca había oído hablar de ninguno de su especie con una piel que pareciera tanto de otro mundo. Aunque nunca le había interesado saber mucho sobre las abominaciones mágicas de las reinas.

Para él, el mundo sería un lugar mejor si los elementales y sus viles reinas desaparecían de él. Lo único para lo que servían los elementales era para conseguir oro cuando los vendía como esclavos en el mercado.

—¿Quizá sea un híbrido? —aventuró otro de los hombres, sin dejar de mirar a la monstruosa criatura desparramada sobre la arena.

—No tiene características animales —dijo otro.

—Tiene garras. Mira.

Se hizo un silencio mientras estudiaban su extraño descubrimiento.

Y entonces Cragar habló:

—Sea lo que sea, nos darán una buena suma por él.

Las miradas sobre la figura desnuda se encendieron con repentina avaricia.

—Llevémoslo.

Con cautela, los tres hombres se acercaron a él. Lo agarraron por los brazos y las piernas y levantaron su considerable peso del suelo del desierto, arrastrando los pies torpemente hacia el carro.

A mitad de camino, la criatura se despertó.

Delirante y debilitada por la terrible experiencia que la había dejado varada en el desierto, la criatura no podía atacar con la eficacia que habría podido. Se limitó a agarrarse a los hombres y a atacarlos con sus garras, con un ominoso gruñido retumbando en su pecho. Por reflejo, lo soltaron y saltaron hacia atrás, y la criatura cayó al suelo.

Abrió los ojos de golpe.

Los hombres ahogaron un grito.

—Por la Diosa, ¿qué es esta bestia?

La criatura gruñó y, aunque parecía estar al borde de la inconsciencia, empezó a incorporarse lentamente. Con esfuerzo, se puso de pie ante ellos, estirándose hasta alcanzar su máxima altura, balanceándose sobre sus pies. Parpadeó con fuerza, mostrando unos ojos antinaturales: dos pozos de oscuridad con guirnaldas de llamas en el centro. Flexionó las garras y se hincó en una inestable posición de ataque.

Y entonces brotaron de su espalda dos enormes alas coriáceas.

Los hombres retrocedieron tambaleándose y uno cayó suelo. Aquellas alas habían aparecido de la nada. No había habido rastro de ellas unos momentos antes.

La criatura gruñó, frunciendo la boca y mostrando unos relucientes colmillos blancos. Era la encarnación del miedo. Una sombra viviente de la muerte.

—Traigan las cadenas —ordenó Cragar, enfrentándose a la criatura. No le importaba lo que fuera. Miraba esa sombra de la muerte y veía llover oro.

No se podía prosperar en su negocio sin tener un agudo sentido de lo que se vendería bien. De hecho, ya estaba pensando en un comprador en particular que estaría interesado en este espécimen.

Había un hombre de especie indeterminada —algunos decían que era humano; otros, que era un encantador— que viajaba por los territorios con su compañía de elementales, cobrando una tarifa considerable por exhibirlos ante sus clientes curiosos.

¿Cuánto podría valer esta criatura de sombra para un hombre así? Seguramente una fortuna.

—Traigan las cadenas —repitió Cragar— y asegúrenlo bien. Lo llevaremos a Allegra y se lo venderemos al coleccionista de demonios.

La criatura se resistió a la captura con todas sus fuerzas, como solían hacer los seres salvajes. Los hombres de Cragar sufrieron varias laceraciones que requerirían el uso de valiosos suministros médicos.

Pero al final, la debilidad de la criatura no fue rival para tres humanos motivados por la perspectiva de riqueza. Un golpe en la sien acabó con él y por fin le ataron las muñecas y los tobillos.

Lo cargaron en la parte trasera del carro y lo llevaron de vuelta al campamento. A la mañana siguiente volvieron a hacer las maletas y emprendieron el polvoriento camino hacia Allegra, en el Territorio Central.

Tenían negocios que hacer.

La mujer humana echó una mirada nerviosa por encima del hombro mientras entraba en la caravana de Harrow. Siempre era así, nadie quería ser visto visitando a una falsa psíquica, pero el atractivo de conocer lo desconocido era demasiado grande para que se mantuvieran lejos.

Sentada pulcramente en la silla vacía, la mujer se alisó la falda y abrió los ojos de par en par al contemplar el aspecto de su «adivina». Harrow estaba acostumbrada a ese tipo de reacciones.

Ese día llevaba una camisa roja con una bata de seda estampada encima, las mangas sueltas y la parte inferior estaba decorada con borlas. Unos pesados aretes de lágrima y una diadema de seda para ocultar sus orejas puntiagudas contrastaban con su espesa cabellera negra. Por dentro del vestido, un medallón colgaba de una delicada cadena entre sus pechos.

Su ropa le ayudaba a interpretar su papel, pero eso se debía sobre todo a que así era como habían vestido tradicionalmente las videntes de antaño. Su medallón era su posesión más preciada: había sido de su madre, lo único que Harrow tenía de ella. Dentro había un pequeño fragmento de cristal, la última pieza que quedaba de las piedras de adivinación de su madre.

En cuanto a la clienta de Harrow, era casi lo opuesto a Harrow en todos los sentidos. De piel pálida, humana, adinerada, tal vez la esposa de un próspero comerciante. Allegra estaba justo en medio del Territorio Central, el dominio de la reina del éter, lo que la convertía en el centro comercial ideal para los cinco territorios.

—¿Cuánto cuesta una lectura?

—Diez piezas. —Era el precio más alto que Harrow había pedido, pero la ropa de la mujer le decía que podía permitírselo.

La clienta se resistió por un momento al precio, pero pronto metió la mano en el bolsillo de su vestido y depositó diez monedas de oro sobre la mesa.

—Déjame ver tus manos, por favor.

La mujer extendió las manos y Harrow las estrechó, girándolas para que las palmas quedaran hacia arriba. Las estudió, suaves y sin arrugas, sintiendo la crecida del Agua con cada respiración.

—¿Cómo te llamas?

—Rosemary.

Harrow cerró los ojos y repitió mentalmente el nombre de la mujer mientras su poder aumentaba y corría por su sangre.

De la nada, una inesperada oleada de oscuridad la invadió como una inundación, y su conciencia desapareció. Imágenes y sonidos pasaron por su mente. Vio un círculo de caravanas en un claro del bosque. Un grupo de mujeres reunidas alrededor de una hoguera. Una sombra que atravesaba la luna llena.

Y después vio fuego y oyó gritos. Gritos familiares.

Harrow apartó las manos de las de Rosemary y abrió los ojos. La visión se desvaneció al contemplar el rostro preocupado de su cliente. El corazón le latía con fuerza y las manos le temblaban, pero intentó no delatar lo nerviosa que estaba.

—¿Está todo bien? —preguntó Rosemary.

Acababa de ver recuerdos a los que nunca antes había podido acceder. De todos los momentos para que su mente se abriera, ¿por qué ahora? «Esa sombra en la luna…». Había visto lo mismo en su cuenco de adivinación un mes antes, sin darse cuenta de que era un recuerdo. Pero ¿qué era?

Claro que había oído las historias de los legendarios asesinos incorpóreos de la reina del fuego, pero siempre había pensado que eran rumores. Todo el mundo lo creía. Ayudaba el hecho de que nadie se ponía de acuerdo sobre qué eran. ¿Guerreros fantasmales y sin forma? ¿Seres capaces de matar con un solo toque? Era demasiado fantástico para ser real. El genocidio de su pueblo ya era bastante terrible sin necesidad de inventar enemigos invisibles e invencibles como responsables.

Pero entonces ¿qué había ocurrido en realidad aquella noche?

Rosemary había empezado a mirar hacia la salida como si estuviera considerando huir. Tal vez creyera que la repentina tensión de Harrow estaba relacionada con su lectura.

—Todo está bien. —Harrow sacudió bruscamente la cabeza—. Mis disculpas. Continuemos.

Con cierta vacilación, Rosemary asintió.

Harrow volvió a cerrar los ojos. Casi desconfiaba de volver a sumergirse por completo en su poder, pero, por suerte, esta vez nada inusual salió de la oscuridad.

Cuando estuvo preparada, tomó sus cartas de vidente y las barajó. Los métodos que utilizaban los adivinos humanos solían imitar a los de las videntes, así que Harrow era libre de usar esos métodos sin temor a revelarse.

Para una lectura, se repartían seis cartas de la baraja de veinticuatro. Cada una era un tipo de agua diferente con un significado variable, dependiendo de cómo se sacara.

—Lluvia. Cascada. Nieve. Primavera. Ola. Río —leyó Harrow mientras colocaba cada carta, tomándose su tiempo para escuchar lo que el Agua le decía—. Ola y Río son cartas poderosas, y su colocación como las dos últimas es reveladora.

—¿Reveladora cómo?

Harrow estudió a su cliente y decidió cuánto revelar. Intentaba limitar el número de lecturas verdaderas que daba, ocultando detalles concretos para

reducir la posibilidad de que descubrieran su identidad. Sin embargo, no podía mentir descaradamente. Ser deshonesta sobre lo que el Agua le decía iba en contra de todo lo que era. Pero siempre existía el riesgo de ser descubierta, y también tenía el deber de sobrevivir.

Sin embargo, Rosemary era diferente a sus clientes habituales. El Agua le había contado muchas cosas a Harrow, y ella simpatizaba con la difícil situación de la mujer. Decidió lanzar la cautela al viento y decirle todo.

—Estás embarazada.

Rosemary saltó de la silla, con los ojos redondos como platos.

—¿Qué?

—Estás embarazada, querida.

—¿Estás segura?

—Muy segura.

Aquellos ojos como platos se llenaron de lágrimas.

—Son buenas noticias. —No era una pregunta. Todo estaba en las cartas —. Lo has intentado durante mucho tiempo. Lo suficiente como para que temieras ser incapaz.

Con manos temblorosas, Rosemary enderezó su silla y se sentó pesadamente en ella una vez más.

—Sí.

—Tendrás un hijo.

—Por la Diosa. —Las lágrimas empezaron a caer.

—Pero debes tener cuidado. Hay varios futuros potenciales en los que podrías perder al niño.

La mujer se agarró al borde de la mesa con los nudillos blancos.

—¿Qué debo hacer? ¿Cómo puedo evitarlo? —Harrow dudó. Ahora era cuando su trabajo se complicaba. Ser portador de buenas noticias siempre era agradable, pero lo contrario… no tanto.

—Has tratado de tener un hijo el tiempo suficiente como para que cierto malestar agitara tu matrimonio. Temías que tu marido te dejara si no podías darle hijos.

«Un problema tan humano», pensó Harrow, distante. Los elementales jamás basarían sus motivaciones para tener un compañero en el deseo de tener un heredero: una pareja podía estar junta toda su vida milenaria sin concebir jamás.

Hacía mucho tiempo la madre de Harrow le había contado que, como los elementales vivían mucho más que los humanos, para mantener el equilibrio la Diosa no los había bendecido con el mismo índice de fertilidad. Harrow había sido la primera elemental de Agua que había nacido en un siglo, y su clan siempre le había dicho que era un don.

Ahora ella era la única que quedaba. Y ya no lo sentía como un don.

—Sí, es verdad —dijo Rosemary.

—Descubrirás algo sobre tu marido que te disgustará enormemente. Aunque tienes todo el derecho a enfadarte, no debes caer presa de emociones oscuras. Recuerda tu alegría por tu hijo no nacido. Aférrate a tu paz por su bien.

—Mi hijo… —Los ojos de Rosemary seguían derramando lágrimas, pero también había en ellos una mirada dura que le decía a Harrow que ya tenía sospechas sobre lo que tramaba su marido.

—Gracias. —La mujer se levantó temblorosa de la silla. Inclinándose sobre la mesa, agarró con fuerza las manos de Harrow y las estrechó contra su pecho—. Muchísimas gracias. Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Tras dejar otras tres piezas de oro sobre la mesa, Rosemary se marchó. Harrow reorganizó sus cartas en una pila y ordenó el resto de su espacio de trabajo, tratando de recordar más detalles del recuerdo que había visto. Sin embargo, no le vino nada más a la memoria y sabía que no debía forzarla. El Agua le revelaría más cuando estuviera lista.

Además, no estaba del todo segura de querer esos recuerdos. Lo que descubriera no le traería más que más pena y dolor.

Su caravana de adivinación estaba montada como siempre. Debajo de su tienda, el escritorio de la caravana se convirtió en la mesa sobre la que hacía las lecturas, y sus clientes se sentaban en la silla del escritorio. Harrow se sentaba en un pequeño diván con patas con garras. Cuando viajaba, cabía junto al ropero. Al igual que la de Malaikah, su casa portátil también tenía una pequeña estufa de leña con dos quemadores para cocinar.

El circo había acampado durante un mes en los terrenos de Allegra. La cena se servía en la carpa comedor al atardecer —que ya estaba por llegar— y la actuación principal de la carpa empezaba al anochecer. Harrow intentaba ver el espectáculo de Malaikah todas las noches. Nunca se cansaba de ver a Mal dar volteretas en el aire mientras el público jadeaba de asombro.

Agachándose afuera, volteó el letrero que decía «LECTURA EN SESIÓN» y se dirigió hacia las filas de coloridas caravanas. Más adelante, la carpa se asomaba bajo la luz mortecina, con las luces encantadas encendidas, que daban a la lona un suave resplandor.

El Increíble Circo de los Elementales de Salizar era un montaje muy elaborado. Nunca dejaba de sorprenderle la cantidad de cosas que conseguían meter en sus diminutos vagones y lo rápido que eran capaces de reconstruir su patio de juegos de cosas raras y extraordinarias.

Tal vez no fuera la vida que habría elegido para ella misma, pero con los años había aprendido a amar el caos del circo y se sentía agradecida por formar parte de él. ¿Y qué otra cosa se podía hacer en la vida aparte de estar agradecido?

En la carpa comedor, llenó un plato de comida y se sentó frente a Lenny, el lagarto contorsionista y Claudia, la domadora del cielo, un híbrido de águila con un impresionante espectáculo aéreo. Todo el mundo estaba artísticamente vestido para la actuación principal de esa noche, llenaba el aire y el familiar murmullo previo al espectáculo.

Claudia y Lenny ya estaban conversando.

—¿Te enteraste del humano del espectáculo de Lady Absenta anoche?

Los ojos reptilianos de Lenny se iluminaron con la emoción del chisme.

—¿Qué pasó?

—Un humano consiguió esconderse abajo del escenario hasta después del cierre, y luego la siguió hasta su caravana para proclamarle su amor eterno.

Lenny soltó una carcajada.

—A mí me dijo que se le cayeron las pezoneras en su acto final.

—¡Bueno, eso lo explica todo! Si me enseñara esos repollos a mí, yo también me enamoraría.

Se carcajearon juntos mientras Harrow ponía los ojos en blanco y mordía un bocado para ocultar su sonrisa.

Loren, el humano, se sentó a su lado y le sonrió con timidez.

—Hola, Harrow.

—Hola, Loren. —Le devolvió la sonrisa, pero se puso tensa por dentro—. ¿Cómo estás? —Como era el único humano empleado en el circo (además de Harrow, según lo que sabían todos), a menudo se referían a él como «el

humano». Harrow, agradecida de no haberse ganado un apodo similar, se sentía mal por él. Pero cada vez que le hablaba sentía como si su vida de estabilidad pasara ante sus ojos.

Harrow tenía diez años cuando entró al circo. Habían pasado ya cinco décadas. Para un elemental, sesenta años era ser joven, pero un humano debería empezar a mostrar su edad. Loren se había unido años después que ella y era unos veinte años más joven, pero últimamente había empezado a parecer mayor.

La mayoría de los elementales del circo ignoraba gran parte del proceso de envejecimiento humano, pero Harrow sabía que solo era cuestión de tiempo que Loren o alguien más se percatara de su aspecto, y tendría que elegir entre revelar su secreto o abandonar su hogar para siempre.

Mientras tanto, evitaba a Loren lo más que podía, lo que no siempre era fácil. Tenía la impresión de que él buscaba su compañía, tal vez creyendo que tenían cierta conexión por ser los dos únicos humanos en un circo de elementales.

—Estoy bien —respondió Loren con la boca llena—. He estado ocupado todo el día ayudando al director con la seguridad de la puerta principal. Después de lo que pasó en…

—Loren.

Loren se puso rígido y se giró.

Todos voltearon cuando el director en persona entró en la carpa. Además de su imponente estatura, Salizar tenía la piel aceitunada, el pelo oscuro y las mismas orejas puntiagudas que todos los elementales. En su caso, eran prueba de su sangre de encantador y de la magia del Aire que poseía, pero siempre las mantenía ocultas bajo un sombrero de copa corto.

La teoría común era que fingía ser humano para tranquilizar a sus clientes. Aunque la ilusión solo llegaba hasta cierto punto. Después de su actuación en Beirstad, probablemente no habría nadie en esa región que no supiera qué era.

Nunca iba a ninguna parte sin su formidable bastón encantado. Malaikah lo llamaba su «varita de bruja», y los empleados del circo habían estado alborotados desde que algunos de ellos habían visto el arma en acción el mes anterior. Oli había contado la historia una docena de veces, cada vez con más grandilocuencia.

Sin embargo, en general Salizar nunca había dado a sus empleados motivos para temerle. Mantenía a salvo a quienes ponía bajo su protección, pero Harrow deseaba la bendición de la Diosa para cualquiera que lo hiciera enfurecer o que lo pusiera en su contra.

Loren se levantó de inmediato y se puso firme cuando Salizar se acercó a su mesa. Durante años había sido el ayudante personal de Salizar.

—Señor.

Todos se quedaron mirando y la conversación se acalló. Era raro ver a su distante líder en las zonas comunes. Tendía a quedarse en su caravana o en su tienda privada, siempre instalada junto a la carpa principal. Aparecía en las actuaciones cuando se necesitaba y luego volvía a desaparecer, y nadie se atrevía a molestarlo.

—Voy a ir al mercado esta noche —le dijo—, enseguida de la presentación. Asigna a alguien más tus funciones, quiero que vengas conmigo.

Loren se tensó visiblemente ante esta solicitud.

—¿Solo nosotros dos, señor? ¿No deberíamos ir con algunos más?

—No. Ven a mi tienda después del espectáculo. —Sin esperar respuesta, Salizar giró sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas.

Loren estaba pálido.

—¿Qué pasa? —le preguntó Harrow, con todos los sentidos alerta—. ¿Por qué van a ir al mercado?

—No lo sé. —Era fácil ver que mentía—. Disculpa, Harrow.

Antes de que ella pudiera decir otra palabra, él salió con rapidez en la misma dirección que había tomado Salizar, dejando su plato de comida.

Lenny giró los ojos y lo tomó, añadiendo con descaro el contenido a su propio plato.

—Maldito Salizar. Siempre tan misterioso. —Harrow vio que Lenny comprobaba que su jefe estuviera fuera de vista antes de seguir hablando—. Si yo pudiera hacer relámpagos como él, apuesto a que no dejaría de electrocutar gente a diestra y siniestra.

Claudia le robó un pan que era de Loren y le dio un mordisco.

—Si lo hicieras, harías que otra turba cayera sobre tu cabeza en cuestión de días. Sigo pensando que no fue prudente agitar tanto las cosas. Ahora nunca podremos volver a Beirstad.

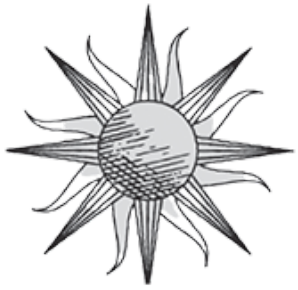
Lenny bufó.

—Como si quisiéramos volver de cualquier modo. Yo me mantendré lejos de cualquier lugar que nos reciba con antorchas y lanzas, muchas gracias.

La conversación continuó mientras se repartían las porciones de la comida abandonada, pero Harrow apenas los oía. Seguía mirando fijamente el lugar por donde se había ido Loren, sintiendo de nuevo la sensación de temor y agitación inminente.

Primero había tenido esa extraña premonición y ahora veía destellos de sus recuerdos perdidos. ¿Por qué ahora? ¿Qué había cambiado?

A pesar de todos los razonamientos, no podía evitar tener la certeza de que lo que el Agua le había estado advirtiendo aún no había sucedido. Y no podía evitar preguntarse si la oscuridad que se avecinaba estaba relacionada de algún modo con los negocios que Salizar tenía en el mercado.



# CAPÍTULO TRES

Pasó el mes siguiente en una jaula. El armazón de acero estaba construido sobre la base de un vagón de cuatro ruedas y era lo suficientemente alto para que pudiera estar de pie y lo bastante ancho para que pudiera extender los brazos. En el suelo de madera había viejos arañazos de garras que habían intentado abrir una ruta de escape.

No era la primera vez que encerraban a alguien ahí. Una jaula del tamaño de un hombre diseñada para facilitar el transporte solo podía significar una cosa: sus captores eran comerciantes de carne.

Al darse cuenta de ello, anheló sus muertes con más fuerza. Pasó las horas soñando con sus dolorosos asesinatos y formas creativas en las que podía llevarlos a cabo. Se le ocurrieron muchos escenarios, porque pasaron muchas horas.

Aplastaría los cráneos de los hombres que se burlaban de él contra los estrechos barrotes de la jaula metiendo sus cabezas a la fuerza entre ellos. O tal vez los empalaría con diversos objetos que había visto esparcidos por el campamento. Uno que disfrutaba azotar demasiado a los animales sería estrangulado con su propia arma.

El líder del grupo, un humano particularmente desagradable llamado Cragar, recibiría una muerte en especial espantosa. Tal vez le arrancaría las extremidades y lo vería desangrarse poco a poco en el polvo, suplicando por su vida.

Las imágenes de rostros amoratados y cuerpos ensangrentados retorciéndose no lo perturbaban tanto como deberían, pero no podía encontrar en sí mismo forma de que le importara. No tenía piedad para quienes no se la mostraban.

El primer día de viaje lo pasó achicharrándose bajo el sol inclemente sin poder resguardarse. La tela hecha jirones que le dieron como vestimenta no le proporcionó ningún alivio. Su vagón-jaula era tirado por un camello que le escupía a cualquiera que se le acercara. Simpatizaba con la furiosa bestia, obligada a servir en contra de su voluntad.

Las horas pasaban, el sol subía en el cielo. No le daban comida ni agua. A última hora de la tarde, el efecto de las heridas, la deshidratación y la desnutrición empezaron a tener consecuencias. Con la mirada fija en el paisaje llano y sin vida, sucumbió lentamente al delirio.

Cayó inconsciente, esperando que la muerte se lo llevara, solo para despertar más tarde en la oscuridad, temblando de frío. La luz de la luna iluminaba el desierto ondulante y las cimas de las tiendas de los viajeros a poca distancia. Una hoguera crepitaba entre ellas, ofreciendo un calor acogedor que no llegaba hasta a él.

Descubrió que le habían dejado un pequeño cuenco de avena maloliente dentro de su jaula junto con otra jarra de agua. Para bien o para mal, su deseo de morir no era más fuerte que su voluntad de vivir, y consumió ambos con avidez.

A la mañana siguiente, tras desmontar las tiendas, los comerciantes arrojaron una de las grandes lonas sobre la jaula para resguardarla. Al parecer se habían dado cuenta de que su presa no valdría tanto si moría por insolación. Una pena, porque dicha presa perdió su única fuente de entretenimiento: ver a su compañero camello atravesar el árido paisaje.

Así transcurrió el resto del mes de viaje.

Durante el día solo veía el interior de la lona. Por la noche, cuando retiraban la lona, se acostaba bocarriba y miraba las estrellas, observando cómo la luna menguaba y volvía a crecer.

Ante la interminable monotonía y el agujero negro que era su pasado, sus pensamientos inteligentes empezaron a deteriorarse. Poco a poco se convirtió en lo que los comerciantes pensaban que era: una criatura. Una criatura aterradora y salvaje.

No intentaba comunicarse. Se agazapaba en su jaula y le gruñía a cualquiera que se acercara. Dejó las garras expuestas y los colmillos desnudos. Su mente se perdía en visiones de derramamientos de sangre.

Justo cuando su cordura empezaba a perderse irremediablemente, todo cambió. El día después de que la luna completara su siguiente ciclo, llegaron a su destino.

La criatura no lo vio. No podía ver nada más que el resplandor del sol en la parte interior de la lona. Pero pudo olerlo. El aroma de las especias, el humo de innumerables hogueras y el hedor acre de cuerpos sucios asaltaron sus sensibles fosas nasales.

Después, también pudo oírlo. Los gritos de los regateadores, el chasquido de las jarras de cerveza, el tintineo de las monedas, los ladridos de los perros callejeros… Todo se mezclaba en una cacofonía que inducía a la locura, especialmente insoportable tras semanas en el penetrante silencio del desierto.

Por fin habían llegado al mercado donde iba a ser vendido, aunque hubiera preferido la muerte a ese destino. Pero ¿qué podía hacer?

«Espera», se dijo a sí mismo. «Observa y espera. Aprovecha tu oportunidad cuando llegue. Mata a cualquiera que se interponga en tu camino».

Esa pizca de determinación era lo último que le quedaba de cordura, y se aferró a ella.

—Es la verdad, era inquietante. Mirarlo era como mirar al vacío. —Cragar lanzó una mirada de asco hacia la jaula—. Este truco es nuevo.

La criatura en cuestión se había enterado de que era valiosa para los comerciantes por su aspecto, supuestamente tan extraño. Así que, en el único acto de rebeldía de que era capaz, lo había alterado.

De hecho, había descubierto una nueva habilidad. Molesto por la atención que estaba recibiendo, había imaginado por un momento parecerse más a los demás.

Y entonces su tono de piel había cambiado.

De repente se había transformado en un moreno dorado, similar al de algunos de sus captores. No tenía ni idea de cómo lo había hecho, pero supuso que no era más que otro rasgo que lo marcaba como una rareza innombrable.

Lo hicieron sufrir mucho por este desafío: habían intentado convencerlo de que volviera a ser como antes con una paliza salvaje, pero al parecer era una criatura testaruda, además de resistente.

Y ver a sus captores retorcerse de ira hacía que cada segundo de dolor valiera la pena.

—No sé cómo lo hizo. Solo parpadeamos, y de repente ya se veía así.

El comprador frunció la boca. De pie, a una altura imponente, irradiaba un aura inconfundible de poder y autoridad. Sostenía un bastón con una pequeña esfera en el extremo, rematada por una larga púa, y en su mirada azul brillante resplandecía un destello de aversión, como si considerara la mera existencia de la criatura una mancha en su mundo.

Bueno, los dos podían jugar al mismo juego. Si la criatura odiaba a sus captores originales, a los pocos segundos de encontrarse con aquella mirada hostil, odiaba aún más a su futuro dueño.

—¿No tienes ni idea de qué es? —preguntó el hombre alto.

—Bueno, después de su pequeña proeza, estamos pensando que es un híbrido de camaleón, señor.

—Un híbrido de camaleón. —Parecía estar disfrutando la conversación, casi como si supiera algo que los comerciantes de carne no sabían—. Entonces, ¿qué me dices de las alas?

—¿Quizá sea algún tipo de híbrido de camaleón volador?

—Volador. ¿Como un pájaro?

—Más bien como un murciélago. Una mezcla o algo así. Un híbrido de murciélago y camaleón.

El hombre alto alzó mucho las cejas oscuras.

—Un híbrido de híbrido.

—Debe ser, señor.

—Ya veo. Bueno, ahora ni tiene alas ni su piel cambia de color. ¿Por qué debería creerte? —Pero era obvio, por la luz de sus ojos, que sí le creía y que solo estaba siguiéndole el juego como parte del regateo.

Cragar obviamente lo había previsto.

—Ajá, pero cuando esté inconsciente, volverá a ser negro. Lo descubrí antes. Puedo noquearlo si quiere, pero supuse que querría verlo despierto primero.

—¿Y las alas? ¿Cómo puedes probar su existencia?

De nuevo, el comerciante estaba preparado.

—Descubrimos que si le picamos la espalda en el punto justo, saca las alas. Aparecen de la nada.

—No me digas. —La voz del hombre alto parecía indiferente, pero sus ojos lo traicionaron de nuevo. Observó a la criatura con la misma fría aversión y… ¿admiración? Como si ya supiera qué clase de bestia tenía enfrente.

—Y puedes ver sus ojos. Ningún bruto elemental que haya visto tiene los ojos así. Es peligroso. Letal. —Parecía ser una ventaja para la venta en lugar de un obstáculo—. No ha guardado esas garras ni una vez desde que lo metimos a la jaula. Casi mata a dos de mis hombres con ellas.

La criatura deseó de nuevo tener fuerza para masacrarlos a todos. Deseaba liberarse de su jaula en ese mismo instante y matarlos uno por uno con sus propias manos. Los despedazaría con los dientes y se bañaría en su sangre.

—Lo hemos estado subalimentando para mantenerlo débil. Me dan escalofríos al pensar de lo que sería capaz con toda su fuerza. Dudo que esa jaula lo contuviera, para empezar.

—Yo tengo formas de contenerlo. ¡Loren!

Otro hombre entró a la tienda, de piel pálida y cabello del color de la paja, y se paró en seco al ver a la criatura. Abrió los ojos de par en par.

—Prepara el caballo. Llevaremos toda la jaula de vuelta al circo.

—En realidad, señor —comenzó Cragar—, la jaula no está inclu…

—Ahora, Loren.

—Sí, sí, señor.

El hombre rubio se escabulló de nuevo fuera de la tienda.

—No puede llevarse la jaula. La necesitamos.

—Ya no la necesitarás.

—Pero…

—Te pagaré tres cuartas partes de lo que pides cuando me demuestres que tiene alas.

El comerciante se puso alerta al oír hablar de dinero.

—Páguelo todo y le demostraré que su piel también cambia de color.

—Ah, pero se defiende con ferocidad cuando lo atacan, ¿no? ¿Para qué correr ese riesgo? Tres cuartas partes del precio que pides, y solo tenemos

que picarlo en la espalda, como dijiste.

—Hay que darle fuerte o solo se sacude el golpe. Acercarse a él es peligroso.

—Por suerte para ti, vine preparado —el hombre alto blandió su bastón con una fría sonrisa.

Cragar pareció mirar con atención el bastón por primera vez. Dio un paso atrás, con los ojos muy abiertos.

—No es… Usted es uno de ellos.

—Así es, soy uno de esos «brutos» elementales. —Su voz era fría, su sonrisa más fría aún. El humano tragó saliva visiblemente—. Veamos si puedo hacer que nuestro amigo muestre sus alas.

Cragar agitó una mano temblorosa hacia la jaula.

—Adelante.

Empuñando el bastón, el hombre alto se acercó a la jaula. El odio brillaba en sus ojos azules. La criatura no estaba acostumbrada a hacer amigos, pero no podía evitar preguntarse qué había hecho para inspirar tal aversión. Incluso los comerciantes lo miraban con leve repulsión.

Pero el odio de ese hombre era profundo. Personal.

Fuera lo que fuera, no se acobardó. Le gruñó a esa cara orgullosa, preparándose para luchar.

El hombre alto introdujo el bastón en la jaula.

Más rápido de lo esperado, la mano de la criatura salió disparada y lo agarró con un puño de hierro. Intentó partirlo a la mitad, pero subestimó el poder del arma. El bastón no se rompió. En su lugar, lo que parecieron mil rayos atravesaron su cuerpo, lanzándolo contra los barrotes. Cayó sobre el estómago, aturdido, aunque solo unos segundos.

Eso fue todo lo que necesitó el hombre alto.

El bastón entró de nuevo en la jaula, hacia su espalda. En cuanto recuperó la conciencia, intentó darse la vuelta, pero no fue lo bastante rápido. El rayo lo atravesó, justo entre los omóplatos, y por reflejo sacó las alas. Las extensiones coriáceas no cabían en la jaula y chocaron dolorosamente contra los barrotes.

De inmediato las dobló hacia atrás y desaparecieron mientras se levantaba de un salto en posición de combate, con la cabeza punzándole como repercusión del rayo.

Pero el hombre alto retrocedió. El humano, pálido y tembloroso, se encogió mientras él avanzaba, todavía empuñando el bastón.

—Te pagaré tres cuartas partes del precio que pides. Incluyendo la jaula.

Cragar miró el bastón. Al parecer su miedo al arma encantada fue lo único que se necesitó para llegar al acuerdo al final.

—Vendido.

La lona que cubría la jaula de la criatura fue retirada con un ademán ostentoso, revelando… otra tienda oscura y vacía. Y dos hombres que lo miraban fijamente.

Él les devolvió la mirada, imaginando todas las formas como podría arrancarles la carne de los huesos.

—¿Qué es? —le preguntó siseando el humano rubio al hombre alto. Se inclinó sobre los arreos de la carreta y los desenganchó del caballo, que pisoteó, y sacudió la cabeza con nerviosismo.

—Te entiende, Loren. Es un ser muy inteligente, y su oído es superior al de cualquiera de nosotros.

Loren miró hacia la jaula con recelo.

—¿Por qué no ha dicho nada, entonces?

El hombre alto se encogió de hombros, mirando a la criatura fijamente a los ojos.

—¿Por qué será?

Una vez hecho el trato, el hombre alto les había arrojado una considerable bolsa de oro a los vendedores de carne, había echado la lona sobre la jaula y se había llevado su nueva posesión a… alguna parte. Dondequiera que estuvieran, seguía siendo en la ciudad. El viaje solo había durado veinte minutos más o menos, y los olores del aire no habían cambiado mucho.

—Si es tan inteligente —preguntó el humano—, ¿por qué lo tenemos enjaulado?

—Porque es malvado. Y nos mataría a todos si tuviera la oportunidad.

El humano resopló una risa incrédula y nerviosa a la vez.

—¿Cómo puedes saber que es malvado? Claro, se ve bastante aterrador, pero no ha hecho nada más que mirarnos. —La criatura escuchó

atentamente la respuesta del hombre alto. No se fiaba ni una palabra de lo que decía, pero parecía saber más de lo que había dicho durante las negociaciones.

—¿Cuánto sabes de la historia sobre los conflictos entre las reinas, Loren?

—Poco. Supuestamente, después de que el compañero caudillo de Furie fuera asesinado en una incursión en las fronteras de Darya, la reina del fuego perdió la cabeza. Culpó a Darya y tomó represalias, y luego las otras reinas se unieron a la lucha hasta que los humanos se hartaron y se volvieron contra ellas. Las reinas se vieron obligadas a retirarse y esconderse en sus castillos, y los que antes fueron sus nobles elementales se convirtieron en parias marginados de la sociedad.

—Una versión abreviada, sin duda. Más específicamente, ¿sabes qué represalias tomó Furie contra Darya?

—Claro. Asesinó a todas las videntes de Darya.

El hombre alto miró fijamente a los ojos de la criatura mientras hablaba.

—¿Y cómo consiguió acabar con todo un próspero grupo de elementales?

—Bueno, esa parte es un poco controvertida. Todo el mundo ha oído hablar de un cierto tipo de espectros, los *wraiths*, pero la mayor parte de la gente coincide en que son solo un mito porque Furie nunca creó ningún elemental de Fuego. Yo he oído que fueron más bien asesinos encantadores expertos en ilusiones de fuego o algún tipo de híbrido alado.

El hombre alto sonrió.

Loren hizo lo contrario de sonreír.

—Son un mito, ¿no?

—¿Lo son?

—¿Lo son? Por la Diosa, no lo son, ¿verdad? —Se quedó mirando a la criatura, con la voz entrecortada—. Seguro que él no es… No. Se supone que son como fantasmas. No se pueden tocar, pero ellos pueden tocarte a ti. Son invisibles. Casi invencibles. No puede ser uno de ellos.

—Lo es.

—Pero no se puede atrapar a un espectro en una jaula. Según los mitos, que tú dices que ni siquiera son mitos, los *wraiths* son completamente intangibles a menos que elijan no serlo.

—Todo es cierto. Excepto por este pobre espectro, que quedó atrapado permanentemente en su forma corpórea.

Loren se le quedó mirando.

—¿Cómo?

Pero el hombre alto ya había compartido bastante por una noche. Descartó la pregunta con un gesto de la mano.

—Lo usaremos como atracción secundaria en el circo durante la última semana de actuaciones en Allegra.

Por si no fuera suficiente, esto desconcertó al humano aún más que la posibilidad de que existiera un espectro corpóreo.

—¿Qué?

—Lo mantendremos en esta jaula. Haz un letrero que diga «WRAITH» en letras grandes en la parte superior. —El hombre alto extendió una mano en el aire como si estuviera creando el cartel en ese momento—. «Invisible. Invencible. El asesino más peligroso que existe. ¿Mito o realidad? La respuesta está adentro… pero entra bajo tu propio riesgo».

—Guau.

Los ojos del hombre alto volvieron a brillar, llenos de odio, mientras miraban fijamente a la jaula, y la criatura respiró hondo para contener el violento impulso asesino que surgía en su interior. No le servía para nada en el estado en que se encontraba, y si se enfurecía mientras estaba atrapado, solo se haría daño a sí mismo.

—Empieza con el cartel mañana. Esta noche necesito que viajes de regreso al Subterráneo. Encuentra a alguien de la banda Uróboros y hazle saber a su líder que hay comerciantes de carne de elementales en su distrito. Las serpientes se encargarán de ellos como es debido.

—El Subterráneo es territorio de elementales. ¿Estás seguro de que hablarán conmigo?

—Diles que yo te envié. Hablarán contigo. —El hombre alto levantó una mano hacia la entrada de la tienda—. Vete. Tengo que empezar a trabajar en encantar la jaula. Me llevará toda la noche hacerla impenetrable.

—Señor… ¿y si se escapa?

El hombre volvió a sonreír.

—Seguramente nos matará a todos. Ojalá sepa lo que hago.

Los encantamientos de la jaula se completaron al día siguiente. El hombre alto había pasado la noche y la mitad de la mañana trabajando en ello, cuidando de permanecer fuera del alcance del prisionero mientras estaba concentrado en su labor.

Planear la dolorosa muerte de sus enemigos mantenía ocupada a la criatura. Antes de los encantamientos, durante el largo viaje, había empezado a debilitar uno de los barrotes de la parte superior de la jaula. Pronto se habría aflojado lo suficiente como para abrirla, y entonces, mientras los mercaderes dormían, él se habría movido entre ellos, silencioso como una sombra, degollándolos con sus garras como había hecho antes cuando…

¿Cuándo… qué? ¿Cuándo pudo haber hecho tal cosa, y por qué?

Reflexionó sobre lo que el hombre alto había dicho la noche anterior. Lo había llamado espectro. *Wraith*. Algún tipo de ser poderoso e incorpóreo atrapado en su forma física.

Intentó pronunciar la palabra, pero le pareció tan desconocida como le había parecido su propio cuerpo al despertar en el desierto. Sin embargo, esa sensación también era lejana ahora que sentía su cuerpo como parte de él, no como una carga o un confinamiento.

Al anochecer le habían servido tres comidas completas y le habían dado acceso a toda el agua que quisiera. Su tela hecha jirones fue sustituida por un par de pantalones holgados, un atuendo poco respetable comparado con el de los demás, pero sin duda una mejora. Le proporcionaron una cubeta, un trapo y una toalla para lavarse, y se pasó los dedos por el pelo enmarañado.

Después de la cena, cuando los aromas de comida procedentes de la tienda cercana se habían desvanecido, el humano rubio volvió a entrar en la tienda. Llevaba una lámpara de aceite y una cubeta de pintura, y arrastraba tras de sí un gran trozo de madera. Lo apoyó en el borde de la tienda y sacó los pinceles.

—Vine a hacer tu letrero —murmuró—. Órdenes del jefe.

La criatura ladeó la cabeza, pero no se levantó de donde estaba sentada, apoyada en los barrotes del rincón de la jaula.

Loren levantó la vista y retrocedió. Su rostro era una máscara de repugnancia, pero no podía apartar la mirada.

—Por la Diosa, tus ojos son desconcertantes.

La criatura gruñó por lo bajo. No podía hacer nada con sus ojos. Ya había cambiado el resto de su aspecto para los repugnantes humanos. Si a este no le gustaba, podía irse.

—Tengo que pintar el letrero aquí —dijo el humano como si hubiera escuchado sus pensamientos—. Salizar no quiere que la gente sepa sobre ti todavía, aunque dudo que se entere de cuántos rumores ha habido ya.

«Salizar». Así que ese era el nombre de su enemigo. Tal vez se lo susurraría al oído antes de masacrarlo. ¿Le rompería el cuello, con rapidez y en silencio? ¿O lo estiraría y lo haría lento y sangriento?

Apretó los dientes. No le gustaban los pensamientos que tenía en la cabeza. Parecían venir de algún lugar fuera de él, como si la inclinación a la violencia se hubiera desarrollado por asociación y no por elección. Su ira estaba teñida de repulsión, y tenía la sensación de que el poder que recordaba haber poseído al despertar había sido una mentira.

Ignorante de la confusión de la criatura, Loren volvió a su tarea. Seleccionó un bote de pintura roja, vertió un poco en una pequeña bandeja y eligió un pincel.

—¿Qué se supone que diga este estúpido letrero? —Hizo la voz más aguda, claramente imitando a su jefe—. «Wraith. Invisible. Invencible. Aterrador como el demonio. Te cortará la garganta sin pensarlo dos veces».

La criatura frunció el ceño. Si esas eran características de un espectro, tal vez no le molestara la asociación después de todo. ¿Sería tan malo utilizar tales poderes para obtener su libertad?

Loren volvió a levantar la vista.

—Sí, apuesto a que te gusta esa descripción, ¿verdad? Apuesto a que te encantaría tener la oportunidad de degollarnos a todos.

La criatura enseñó los colmillos. En realidad, así era.

Loren retrocedió una vez más.

—Malditas lúgubres sombras. —Miró rápidamente hacia el letrero, mojó el pincel en la pintura roja y empezó a trazar la forma de una «R» en la madera.

«¿R?» ¿No se suponía que la palabra era «wraith»? Observó, curioso.

Terminó la «R». Otra pincelada y comenzó la siguiente letra. «A». Interesante. Cuando terminó la «A» y empezó la siguiente letra, la criatura

se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Un atisbo de sonrisa le frunció la comisura del labio. Permaneció en silencio. ¿Por qué no iba a hacerlo? Si le explicaba al humano, arruinaría la diversión, y era la única diversión que recordaba haber tenido.

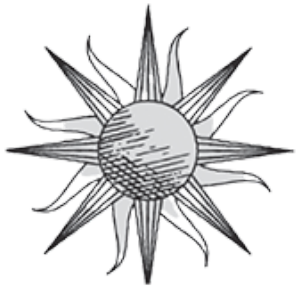
Pronto, la primera palabra estuvo completa. Loren dejó caer el pincel en agua y se levantó, murmurando algo sobre necesitar un whisky para superar esto. Salió caminando de la tienda, dejando atrás su obra en todo su esplendor. La criatura la miró, divertida.

A lo largo de la parte superior del letrero, escrita en estilizadas letras de imprenta, estaba la palabra RAITH.

Su buen humor se desvaneció rápidamente. Fuera o no uno de los monstruos del mito, esta gente creía que lo era. Y después de su terrible travesía por el desierto, tenía poca fe en la bondad de los otros.

¿De qué atrocidades serían capaces sus nuevos captores en nombre de su miedo y su codicia? Y quizá algo peor… ¿de qué atrocidades sería capaz él para infligirles en represalia?

Porque si tenía la oportunidad, ya sabía que no dudaría.



# CAPÍTULO CUATRO

Harrow nadaba en aguas tranquilas. Agua dulce, no salada. Tenía los ojos abiertos. Arriba, los rayos de la gloriosa luz solar penetraban las olas cristalinas como luz sobre diamantes. En las profundidades de abajo, el turquesa se tornaba negro. No había rastro del fondo.

¿Quizá debería salir a la superficie y rodearse de un entorno más familiar? Después de todo, pertenecía a la superficie. No estaba lejos. Solo un par de impulsos con las piernas y su cabeza rompería las olas.

Luego miró hacia el fondo, donde no podía penetrar la luz.

¿Qué había ahí abajo? ¿Qué conocimiento secreto acechaba en las profundidades sin luz? Seguramente sería aterrador nadar en las profundidades sin luz solar como guía, pero se sentía atraída por la oscuridad de una forma que no podía describir. Ansiaba conocer la quietud del abismo índigo, ser rodeada por un abrazo invisible.

Pero estaba tan oscuro. Tan oscuro como para tragársela por completo. De alguna manera, sabía que sumergirse la obligaría a enfrentarse a cosas que no estaba preparada para afrontar. Cosas que quizá nunca estaría preparada para afrontar.

La indecisión la atormentaba, revolviéndole las entrañas con creciente urgencia.

Se debatía en el agua, sintiendo que su vida dependía de su decisión, pero era incapaz de tomar una.

Sin embargo, tenía que hacerlo, y rápido. Se le acababa el tiempo. ¿Arriba o abajo? ¿Oscuridad o luz? ¿Familiar o extraño? ¿Por qué, en nombre de la Diosa, era tan difícil elegir?

«¡Basta!», gritó Harrow en su cabeza.

Sin pensar en las consecuencias ni sopesar más las opciones, se dobló por la cintura y se sumergió hacia las profundidades sin luz.

A medida que nadaba, se hacía más oscuro. El turquesa profundo se convirtió en el azul marino del cielo nocturno. Y luego más oscuro. Hasta que de repente todo era completamente negro. Un abismo incoloro de vacío.

Su corazón habría palpitado con fuerza si hubiera necesitado latir. La presión era tan inmensa que le habría reventado los pulmones si hubieran contenido aire. Se dio la vuelta, buscando en el vacío sin luz.

¿Hacia dónde era arriba? ¿Por dónde había venido?

El pánico la invadió. No estaba preparada para esto.

Era demasiado intenso, demasiado expuesto, demasiado doloroso.

«¡Tomé la decisión equivocada! ¡Quiero volver!». Pero ya era demasiado tarde. No tenía más remedio que dejarse consumir completamente por las sombras mientras su boca se abría en un grito silencioso…

Se sentó de golpe en la cama.

Con el pecho agitado, observó el interior de su oscura caravana y nunca se había sentido tan feliz de encontrarse ahí. Con dedos temblorosos, tomó la caja de cerillos que estaba al lado de la cama y encendió la vela. «Luz». Necesitaba luz para recordarse a sí misma que ya no estaba en aquel vacío de tinta oscura.

¿Qué intentaba decirle el Agua? ¿Había sido el Agua o un sueño cualquiera? Desde luego, no parecía normal. Se sentía… cargado, de alguna manera. Lleno de significados que no podía descifrar.

En el sueño, había estado segura de que había tomado la decisión equivocada. Si era así, ¿cuáles eran las consecuencias? Si había sido un error, ¿por qué se había sentido atraída por la oscuridad?

Primero, había visto destellos de sus recuerdos perdidos. Y ahora esto. Tenía que haber una conexión.

Aunque no había recordado nada de la noche de la muerte de su clan hasta hacía poco, no había forma de que un acontecimiento tan traumático no conformara a una persona para siempre, por mucho amor y cuidados que recibiera después. Y Harrow había recibido cuidados, de Malaikah e incluso de Salizar, que la había acogido en su circo sin dudarlo, alimentándola y dándole cobijo antes de que pudiera trabajar para mantenerse.

¿Y ahora? Había pensado que estaba bien. Dormía profundamente toda la noche, libre de sueños inquietantes. Bueno, así había sido… hasta esa noche.

Apartó las sábanas, se puso una bata de seda encima del camisón y dobló un pañuelo estampado para atárselo sobre las orejas. Un paseo le ayudaría a recuperar la calma.

Tras cerrar la puerta de la caravana, bajó descalza los escalones, atravesó su caravana de adivinación y salió al aire libre. La luna brillaba con fuerza en la fase de su ciclo en la que parecía haber sido cortada por la mitad. Lo que quedaba de su rostro desnudo proyectaba un resplandor azulado sobre los lados redondeados de las caravanas.

El terreno de Allegra donde montaron el circo tenía espacio suficiente para que cupieran todos sus vagones de carga y tiendas, pero aun así estaban a pocos pasos del caótico mercado central. Los rodeaban las siluetas de edificios oscuros. Esa noche, se sentía como si estuvieran atrapados.

Harrow se dirigió hacia la caravana de Malaikah. Despertaría a Mal y le contaría el sueño. Mal la escucharía y le daría consejos. Era lo que siempre hacían la una por la otra.

Pero algo hizo que se detuviera de manera abrupta.

Por impulso, giró hacia la carpa principal y empezó a caminar. ¿Por qué? Porque tenía la sensación de que ese era el camino que debía seguir.

Llegó a la parte lateral, nada más y nada menos que frente a la carpa de Salizar. Nunca había estado dentro de la zona donde el director llevaba a cabo la mayor parte de las actividades del circo. Nadie lo había estado, excepto Loren y el personal de cocina. El espacio de trabajo privado de Salizar le interesaba poco. Tenía todo lo que necesitaba, y no valía la pena arriesgarse a perder la gracia de su jefe.

Pero de repente sintió unas ganas de entrar tan intensas que tuvo que apretar las manos en puños.

La tienda estaba cerrada con unas pequeñas cuerdas que colgaban de los bordes de las telas de la entrada. En el suelo había una linterna con una caja de cerillos al lado. Encendería la linterna. Eso satisfaría su extraña compulsión.

Encendió el cerillo, prendió la linterna y se puso de pie, frente a la tela. Por desgracia, la luz de las velas brillando sobre aquellas cuerdas no calmó

en lo más mínimo su impulso de entrar. Sí, una vidente escuchaba sus impulsos, pero también necesitaba tener un buen sentido de la autoconservación.

¿Qué creía Harrow que estaba haciendo?

Desataría las cuerdas y se asomaría. Eso tenía que satisfacerla. Tal vez solo estaba aburrida, buscando un poco de la emoción de la incertidumbre.

Sus dedos desataron los nudos hasta que, muy pronto, la tienda estuvo abierta. De inmediato, supo que asomarse no sería suficiente. Tenía que entrar. ¿Qué daño podía hacer? Entraría solo una fracción de segundo, echaría un vistazo y después se marcharía y olvidaría lo ocurrido.

Antes de tomar la decisión de modo consciente, su mano ya estaba levantando la lona y agachó la cabeza para al entrar.

No era en absoluto lo que esperaba. No había un escritorio ni papeles. Por lo poco que podía ver en la oscuridad, la tienda estaba vacía salvo por una gran tabla apoyada en una pared y lo que parecía ser una jaula enorme. Desde la base, sobre un carro de cuatro ruedas, ascendían verticalmente gruesos barrotes de acero que llegaban casi a la altura del techo.

Por la Diosa, un hombre podía caber cómodamente dentro de esa monstruosidad. ¿Qué hacía Salizar con ella?

Con cautela, Harrow se acercó, alzando la linterna para ver mejor.

De repente, un par de ojos reflejaron la luz en la oscuridad.

Retrocedió, casi tropezando con sus propios pies. Se tragó el grito que se le atascó en la garganta, se quedó inmóvil y esperó a que la atacara el monstruo que había dentro de la jaula.

No la atacó. Solo la miró.

Los ojos eran increíblemente brillantes, como dos anillos de fuego ardiendo. Un impulso repentino azotó a Harrow desde su interior. «Acércate», dijo. «Investiga». Obedeció.

Al dar un paso adelante, sin previo aviso, varias lámparas se encendieron a su alrededor. Unas linternas repartidas por la tienda parecían haberse encendido de manera espontánea.

Se sobresaltó con la repentina iluminación, pero se olvidó enseguida de todo cuando contempló la escena que tenía enfrente.

Dentro de la jaula… había un hombre. Pero no era como ningún hombre que hubiera visto antes.

Como un gran felino, se agazapaba en el centro de la jaula como si estuviera listo para abalanzarse, con la boca fruncida en un gruñido silencioso. Estaba desnudo, salvo por unos pantalones descoloridos y desgastados. Su piel bronceada y dorada ondulaba sobre los poderosos músculos que mostraba en cada centímetro de su cuerpo. Sus orejas puntiagudas separaban los mechones de pelo negro y liso que caía sobre sus anchos hombros.

Y sus ojos…

El blanco de sus ojos no era blanco, sino completamente negro. El mismo negro oscuro de sus pupilas. Dos anillos de fuego formaban su iris. Era la única forma de describir el resplandor naranja rojizo que parecía parpadear y agitarse como fuego vivo.

Al mirar aquellos ojos, un acorde familiar resonó en su interior, pero se desvaneció demasiado rápido como para asirlo.

Fue sustituido por inquietud.

Sus instintos de conservación le gritaban «PELIGRO». Era un elemental, eso era obvio, pero más allá de eso, no tenía ni idea de qué era. Sin embargo, no necesitaba saberlo para darse cuenta de que era letal. Era tan claro como el agua en la forma como se mantenía en pie, con el aplomo de un depredador, el brillo amenazador de sus ojos y los largos y afilados colmillos que dejaban entrever sus labios.

El corazón se le subió a la garganta. Su linterna vibraba con el temblor de sus manos.

Y, sin embargo, como desde muy lejos, se oyó a sí misma decir:

—Hola.

«¿HOLA?», gritó una voz dentro de su cabeza. «¿Cómo que hola? ¡No te quedes a conversar! ¡Sal de aquí! ¡Corre por tu vida!». Probablemente fuera la voz de su instinto de supervivencia.

La ignoró.

—Yo soy Harrow. ¿Cómo te llamas?

El hombre parpadeó. Una vez. Dos veces. Como si estuviera tan confundido como ella por su repentina sociabilidad. Inclinó la cabeza, haciendo que el sedoso cabello se le deslizara sobre un hombro y desplazara las sombras de su rostro.

Aquel pequeño movimiento fue tan amenazador que ella tuvo que tragarse el grito que le subió a la garganta.

Sin duda, podía matarla tan fácilmente como respirar. Debería escuchar a la voz aterrorizada en su cabeza. Debería salir de ahí despacio y correr por su vida.

Mientras tenía esos pensamientos, el hombre extraño y letal se irguió, los poderosos músculos de sus muslos lo levantaron con elegancia. Con el corazón a punto de estallar, ella se puso tensa, dispuesta a huir, pero sus movimientos líquidos eran lo suficientemente lentos como para no sobresaltarla.

Como un depredador acechando a su presa.

Dio un paso adelante.

Ella retrocedió, pero se quedó inmóvil cuando la luz de la linterna iluminó mejor su rostro. Ya no gruñía y parecía más inquisitivo que asesino, si es que podía decirse que tenía alguna expresión en el rostro.

Lo miró fijamente, olvidando el miedo por un momento. Los pómulos altos, la mandíbula fuerte y la boca sensual suavizaban la intensidad de su mirada penetrante, aunque solo un poco. Pero fue suficiente para que se diera cuenta… de que era espectacular. Sus rasgos eran cautivantes. Regios. Orgullosos.

«Conexión», susurró el Agua. «Importante».

Como si él también lo percibiera, dio otro paso. Todavía hipnotizada por su presencia, esta vez no tuvo que luchar contra el impulso de huir.

Esta vez, ella también se acercó un paso.

Si era un depredador acechando a su presa, ella había caído en su trampa. Tenía las palmas de las manos húmedas y el corazón a punto de salírsele del pecho, pero no habría podido retroceder para salvar su vida.

—¿Puedes entenderme? —susurró.

Él parpadeó una vez. De algún modo, fue respuesta suficiente.

Ella dio otro paso hacia la jaula hasta que estuvo lo bastante cerca para que él pudiera alcanzarla a través de los barrotes si quería hacerle daño. Sin embargo, temer por su seguridad era lo último que tenía en mente.

«¿Quién eres?», quiso preguntar, medio desgarrada entre el terror y la angustia. «¿De dónde vienes?». El Agua seguía susurrándole que era

importante. De alguna manera, este momento era más importante que cualquier otro.

—¿Cómo te llamas? —volvió a preguntar, porque para ella se había vuelto crucial saberlo.

La mujer que estaba afuera de su jaula estaba lo bastante cerca como para poder tocarla. Desde la altura del carro de la jaula, parecía estar por encima de ella, pero ella no se apartó, lo que le sorprendió. Prácticamente podía oler su miedo, era muy fuerte. Ella debería retroceder al verlo, como habían hecho los otros.

En lugar de eso, le preguntó cuál era su nombre. Y de repente a él le importó tener uno.

Recorrió la habitación en busca de inspiración y sus ojos se posaron en el letrero que Loren había escrito mal. Una sensación de idoneidad se encendió en su interior y, sin darse cuenta, abrió la boca y habló por primera vez según su memoria.

—Raith.

Su voz era ronca y baja por el desuso, pero la mujer lo oyó de todos modos.

—¿Raith? —Sus ojos, enormes en la penumbra, siguieron su mirada hacia el letrero antes de volver a mirarlo—. ¿Ese es tu nombre?

«Sí», pensó. Supuso que así era.

Ahora tenía nombre, ya no era solo una «criatura» o una abominación inclasificable. Era Raith. No un espectro *wraith*, sino algo más. La versión mal escrita, el error sin pasado ni futuro.

La mujer siguió mirándolo. Parecía debatirse entre el miedo y la intriga. Se preguntó por qué se molestaba en luchar contra su instinto de huida, y la estudió, tratando de comprender.

Llevaba un vestido blanco suelto con una bata de colores encima. Debajo del vestido asomaban sus pies descalzos. Su pelo era un revoltijo de rizos negros, recogidos con una colorida cinta de seda. Su piel era de un bronceado intenso, varios tonos más claro que su color actual, y sus ojos de un plateado luminoso que recordaba el brillo de la luna.

Era… hermosa.

Casi lo sorprendió ser consciente de ello. Todas las personas con las que se había cruzado desde que despertó en el desierto eran feas, de cara o de personalidad, pero ella no. Suponía que debía de saber inconscientemente que la belleza existía, pero hasta que la vio a ella, no había sido consciente de cómo era. Ahora lo sabía.

Él no había verbalizado la respuesta a su pregunta, pero ella pareció entenderle de todos modos porque siguió hablándole.

—Encantada de conocerte, Raith. Yo soy Harrow.

Aunque sabía que, por alguna razón, odiaba hablar, abrió la boca y volvió a usar la voz.

—Harrow. —Su nombre.

Para su enorme sorpresa, sus ojos plateados de repente se llenaron de lágrimas.

Como disparada con un arco, avanzó hacia la jaula con tanta rapidez que él retrocedió instintivamente hacia el centro del espacio. Ella agarró los barrotes de acero y los sacudió con violencia, haciendo resonar la puerta y la cerradura que la mantenía cerrada. El repentino tintineo del metal perforó sus sensibles oídos.

—Tenemos que sacarte de ahí. —Sonaba tan angustiada que se encontró buscando algún enemigo invisible del que salvarla. Pero la tienda estaba vacía, con excepción de ellos dos, y no percibía a nadie más cerca. Frunció el ceño mientras luchaba por comprender.

—¿Por qué estás en esta jaula? ¿Cómo abrimos la puerta? ¡El candado! —Tomó el candado y tiró de él. Sus ojos se clavaron en los de él—. ¿Cómo encendiste las lámparas? Tal vez puedas abrir esto también.

Él la miró fijamente. No había hecho nada para encender las lámparas. Solo había querido que estuvieran encendidas para poder verla mejor, y se habían encendido.

—Tienes que intentarlo. No puedo dejarte aquí.

Comprendiendo por fin el origen de su angustia, aunque casi sin poder creer que la preocupación por él fuera la causa, se agachó de nuevo a la altura de sus ojos. Despacio, para no sobresaltarla, estiró la mano y tocó el dorso de la de ella, que seguía agarrada con fuerza a los barrotes. Ella se quedó inmóvil, con los ojos plateados fijos en el punto de contacto.

No intentó cortarla, estrangularla o arrancarle los brazos como habría hecho con cualquier otra persona que se le hubiera acercado tanto. Solo… la tocó.

Ella no tenía ni idea del nivel de confianza que demostraba tal acción, pero a él no le importaba. Todas las almas con las que se había cruzado desde que despertó lo habían utilizado de alguna manera: lo habían encarcelado, vendido u obligado a ser un número de circo.

Pero no ella. Ella le había preguntado su nombre. Había luchado contra su miedo para hablar con él.

No estaba seguro de confiar en ella, ni siquiera de entender el concepto, pero sí sabía que no quería matarla. Quería matar a todos los que había conocido hasta ahora, pero no a ella. Eso tenía que significar algo, ¿no?

Para expresar sus sentimientos contradictorios, hizo libremente por ella lo que otros lo torturarían para que hiciera. Tal vez fuera en un vano intento por conectar, o tal vez para entenderla mejor. No estaba seguro. No lo pensó demasiado.

Sin dejar de tocar el dorso de su suave mano, volvió a cambiar de piel. Esta vez estudió las sutilezas y los matices de la piel de Harrow e igualó su color. Podría haber vuelto a su vacío sin color original, pero por alguna razón no quería que ella lo viera así.

El cambio recorrió su cuerpo, empezando por el punto de contacto de sus manos y extendiéndose por su brazo hasta su torso, hasta que su piel coincidió exactamente con la de ella.

—Dulce Diosa —dijo ella con voz sorprendida, mirándolo con asombro —. Tú… ¿Qué eres?

Él volvió a mirar el letrero.

Ella siguió su mirada.

—Raith… no entiendo… —jadeó—. ¿*Wraith*? ¿Salizar cree que eres un espectro? Pero eso…

De repente se quedó inmóvil. Tan quieta como si se hubiera transformado en piedra.

Parecía un instinto de supervivencia ilógico, pensó él con frialdad. Si se podía decir que alguna parte de ella se movía, eran sus ojos. Se fueron agrandando hasta convertirse en pequeños círculos que lo miraban con horror.

Un extraño dolor le oprimió el pecho, no muy distinto de lo que sintió al ser golpeado con el bastón de rayo de Salizar. No le gustaba la idea de que ella le tuviera miedo, lo cual era extraño, porque era mucho más fácil protegerse cuando los demás le temían.

Volvió a cambiar su piel al moreno dorado más oscuro, deseando no haberle enseñado su truco. Era una tontería pensar que no huiría de él como todos los demás.

—Eso es ridículo —anunció Harrow de repente, y él observó fascinado cómo sus músculos se relajaban uno por uno y recuperaba la normalidad. El miedo desapareció de sus ojos y se sacudió cualquier vestigio que quedara con un movimiento de la cabeza—. Es imposible que seas un espectro.

Él ladeó la cabeza. «¿Por qué no?», quiso preguntar. «¿Cómo lo sabes?». Pero el sonido de su voz le molestaba, y prefería no hablar a menos que fuera necesario.

Por suerte, ella pareció interpretar su lenguaje corporal.

—Porque, si es que existen, se supone que los espectros son incorpóreos, como los fantasmas, y no pueden ser encarcelados. Son sombras de la muerte, asesinos salvajes que sirven a la reina del fuego. Son monstruos terribles y malvados.

Raith volvió a preguntarse por qué se consideraba automáticamente que los espectros eran malvados, pero también se alegró de que Harrow no pensara que él era uno.

—Entonces, ¿por qué Salizar haría ese letrero? Será obvio para todos que no eres un espectro por el mero hecho de que estés atrapado en esta jaula. A menos que… ¿irá a mentir? ¿Pero cómo convencer a la gente? Yo no creo que parezcas un espectro. Quiero decir, claro, tus ojos son… bueno, son muy inusuales, pero eso no significa…

Un repentino murmullo de voces afuera de la tienda captó su atención. Sus miradas se cruzaron con pánico mutuo por el visitante que se acercaba.

Por tercera vez en su nueva existencia, superó su aversión a hablar y utilizó su voz.

—Vete.

—Pero, ¿y tú?

No iba a ir a ninguna parte: los encantamientos de la jaula estaban bien hechos. No había forma de que pudiera escapar. Harrow parecía entenderlo.

—Volveré. Mañana, después de que el circo cierre por la noche.

Él negó con la cabeza. No era seguro para ella. Su relación con él podía perjudicarla por accidente, y él ya había decidido que no le gustaba la idea de que eso ocurriera.

Las voces eran más fuertes ahora. Señaló la entrada de la tienda, instándola a marcharse.

Ella le dirigió una última mirada y corrió hacia la salida, pero se detuvo de repente al darse cuenta de que era demasiado tarde para salir por ahí. Las voces estaban justo fuera ahora.

—¿Por qué están encendidas las lámparas? —oyó que preguntaba Salizar.

Raith se aferró con tanta fuerza a los barrotes que el acero gimió bajo su fuerza. Su impotencia amenazaba con sumirlo en una ira sin sentido.

Sin embargo, Harrow demostró que podía cuidarse sola. Se dio la vuelta, corrió hacia la pared trasera de la tienda, se tiró al suelo y rodó hacia delante. Con un segundo giro rodó por la parte inferior de la lona en el momento exacto en que la puerta de la tienda se abrió y Salizar entró.

—¿Quién encendió las lámparas? —le preguntó a Raith, que, por supuesto, no dijo nada.

Loren entró corriendo detrás de Salizar, que se giró hacia él.

—¿Dejaste las lámparas encendidas?

—No, señor.

Salizar miró al humano con furia.

—Alguien estuvo aquí. —Transfirió la mirada furiosa hacia Raith—. ¿Quién fue?

Raith solo lo miró fijamente.

—Veo que sigues guardando silencio. —Se acercó a la jaula, blandiendo su bastón de rayos, con un claro brillo de odio hacia su monstruosidad en sus ojos azules. Raith le devolvió la mirada de furia sin miedo al dolor, sin miedo a ninguna herida que pudiera infligirle el bastón.

Salizar habló sin romper el contacto visual.

—Loren, pon un guardia en la tienda por la noche. —Se dio la vuelta para irse—. No tengo tiempo para vigilarlo yo mismo, y… ¿qué demonios es eso?

Posó la mirada en el letrero inacabado. Raith casi se echó a reír.

—¿Señor?

—¿«Raith»? Tiene que ser una broma.

—Señor, yo no…

—Se escribe con W. *Wraith*. W-R-A-I-T-H.

Loren maldijo en voz baja.

Salizar se pellizcó brevemente el puente de la nariz.

—Haz un nuevo letrero mañana a primera hora. Y por la Diosa, escríbelo correctamente esta vez.

Loren salió de la tienda con una reverencia. Salizar lanzó una mirada a su prisionero y lo siguió sin decir otra palabra.

Harrow se sentó en el suelo y se abrazó a sí misma mientras respiraba con dificultad. Había estado demasiado cerca. Si su jefe la hubiera atrapado fisgoneando… No había sido nada bueno. Pero ahora que había fisgoneado, no había manera de que pudiera olvidar que Raith estaba ahí.

Por Salizar. Se suponía que él era un protector de los elementales, como Malaikah lo veía. ¿Cómo podía tratar así a un inocente?

Bueno, quizá Raith no era inocente. Ella no era tan ingenua. ¿Quién sabía qué tipo de cosas había hecho? Si no se equivocaba, se había inventado su nombre cuando se lo preguntó y no parecía tener más idea que ella de lo que era.

Sin embargo, con toda seguridad no era un espectro.

Nadie conocía el verdadero origen de los espectros, ni si existían. Los rumores sobre ellos iban de lo horrible a lo ridículo. Algunos pensaban que eran espíritus malignos de las lúgubres sombras que la reina Furie había conseguido invocar. Otros decían que en realidad eran dragones míticos que respiraban fuego, mientras que otros afirmaban que no eran más que encantadores ilusionistas o híbridos asesinos. Otros creían que Furie los había creado con magia de Fuego y el odio sin fondo que la consumía desde la muerte de su compañero.

Cualquiera que fuera su origen, Furie había enviado a los espectros a la matanza más infame de la historia conocida. Un genocidio que había aniquilado a todo un grupo de personas prósperas, cuya peor ofensa contra la reina del fuego había sido su conexión con su enemiga y hermana, la reina Darya.

A pesar del nombre que había elegido, Raith no era un espectro. Harrow casi deseaba que hubiera elegido otro nombre, pero de algún modo le quedaba bien, y ahora, cuando pensaba en él, no le producía el mismo temor que la palabra escrita con W.

Tal vez se debiera a la sorpresa espontánea que vio en sus ojos cuando abrió la boca y lo pronunció en voz alta. Como si no se hubiera dado cuenta de que era digno de un nombre hasta ese momento.

Harrow lo había mirado a los ojos y no había visto maldad. Ella era una vidente. Una vidente sabía leer a la gente. Una vidente confiaba en sus instintos. Sus otros instintos, más básicos, le habían dicho alto y claro que estaba en presencia de algo letal, y no era tan tonta como para olvidarlo. Pero el Agua decía otra cosa.

«Importante. Conexión».

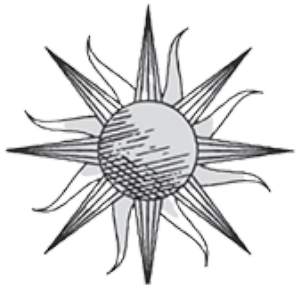
¿Por qué? No lo sabía, pero tenía la sensación de que iba a averiguarlo. Ahora que sabía que Raith estaba ahí, de ninguna manera iba a abandonarlo para que fuera parte del cruel plan de Salizar para ganar dinero con su desgracia.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de arrepentimiento. ¿Cómo había podido ser tan inconsciente sobre la verdadera naturaleza de Salizar? Claro que tenía motivos para estar agradecida con él. Como una huérfana elemental hembra, de no ser por él, tal vez habría acabado en un lugar mucho peor, pero aun así debería haber visto la crueldad de la que era capaz.

Harrow esperó hasta escuchar que Salizar se marchaba. Deseaba volver adentro para asegurarse de que Raith estaba bien, pero no se atrevió. Por lo menos, no esa noche.

Nada podría mantenerla alejada al día siguiente.

La insistencia del Agua nunca carecía de razón, y ella tenía la intención de averiguar exactamente qué tenía que ver con ella el misterioso elemental.



# CAPÍTULO CINCO

La noche siguiente, Harrow se asomó por detrás de la última caravana de la fila, con el estómago revuelto por los nervios. Efectivamente, había un guardia sentado afuera de la tienda. Entrecerró los ojos para ver más claro.

Estaba bastante segura de que era Oli. El híbrido de zorro estaba desplomado en su silla, con la barbilla pegada al pecho, y ella podía oír sus ronquidos desde donde estaba.

Sonrió para sus adentros. Claro que Salizar daba miedo, pero en su circo nadie más era aterrador, y desde luego nadie estaba entrenado para soportar una agotadora guardia nocturna.

No se quejaba. De hecho, eso era exactamente lo que había estado esperando.

Se subió la pesada mochila al hombro, comprobó que no hubiera moros en la costa y salió de su escondite caminando con rapidez hacia la tienda. Aunque le costó reprimir el impulso, no corrió; si alguien la descubría, parecería mucho menos sospechosa si pasaba caminando como si tuviera todo el derecho a estar ahí.

Y así era, se reafirmó a sí misma. El circo era su casa, y Salizar no le había dicho a nadie lo que había escondido en su carpa, así que no había razón para que ella no pudiera dar un paseo a medianoche por los alrededores.

¿Con una bolsa llena de comida en un hombro?

«Como sea». Si la descubrían, encontraría la manera de justificarse.

En lugar de pasar por la entrada principal y arriesgarse a despertar a Oli, se arrastró por el costado más cercano a la carpa principal y se deslizó por el hueco entre las dos tiendas. Desde ahí, se arrodilló, metió la pesada mochila bajo la lona y rodó hasta el interior como había escapado la noche anterior.

Estaba completamente oscuro.

Con el corazón en la garganta, tanteó en la oscuridad hasta que encontró su bolsa de provisiones y aflojó las cuerdas, tanteando el interior hasta que sus dedos encontraron una vela. Después, sacó los cerillos. Encendió uno y una pequeña llama iluminó la tienda.

Raith estaba hincado en la orilla de su jaula, agarrado a los barrotes, mirándola fijamente.

Era obvio que él sabía desde el principio que era ella, y Harrow se preguntó si tendría sentidos agudizados como los híbridos. Quizá viera mejor que ella en la oscuridad o hubiera reconocido su olor.

—Hola —susurró en medio del silencio. El estómago se le retorcía de nervios, pero el Agua seguía susurrándole que él era importante. Que ella tenía que estar ahí. Que tenía que saber más de él.

Fueron esos impulsos los que la empujaron a alzar la bolsa y atravesar la tienda para situarse frente a él, sosteniendo la vela en alto entre los dos. El suelo de la jaula estaba a la altura de su cintura, así que sus ojos quedaban alineados si ella estaba de pie y él hincado. Le daba gusto porque era evidente que él era muy grande. De estar a la misma altura, él sería mucho más alto que ella.

—Hola —volvió a decir, aunque la hizo sentir torpe e incómoda.

Él parpadeó con sus ojos extraños y no dijo nada. Ella no esperaba que lo hiciera. Por alguna razón, no parecía acostumbrado a hablar, y ella se preguntó por qué. Quiso preguntarle, pero no se atrevió.

—¿Tienes hambre? Te traje comida.

Él volvió a parpadear.

—¿Salizar te da de comer? No te está matando de hambre, ¿verdad?

Pero él no respondió nada. Harrow esperaba que eso significara que no. Cambió el peso sobre sus pies. El silencio era, cuando menos, desconcertante, pero trató de no sentirse acobardada.

—Te habría traído un plato de la cena, pero es un poco complicado meterlo en una mochila. Te traje un postre. No es una comida balanceada, pero…

Sin decir nada, dejó la vela y la mochila en el suelo y metió una mano adentro. Después de revolver un poco, sacó unas galletas que había envuelto con cuidado en una servilleta de tela y se las ofreció. La mano le temblaba

ligeramente, y era consciente de que, si él quería, podía agarrarla. Podía tomarla del brazo, jalarla contra la jaula y matarla antes de que tuviera tiempo de parpadear.

Pero ella no creía que fuera a hacerlo.

Él inclinó la cabeza y el cabello sedoso le cayó sobre la cara.

—Solo son galletas —le dijo por si se sentía inseguro—. ¿Has comido galletas?

Él negó con la cabeza una vez.

—Bueno, puedes probar una si quieres. A lo mejor te gustan.

Lentamente, soltó una mano de los barrotes y la estiró hacia la suya. No le quitaba los ojos de encima, como si no terminara de confiar en que no fuera a atacarlo. Curioso, porque ella no le quitaba los ojos de encima por la misma razón.

Como resultado, se miraron directamente el uno al otro hasta que se sintió casi demasiado íntimo. Ella tenía el corazón en la garganta y le costaba respirar, pero sus ojos seguían clavados en los de él y no podía apartar la mirada.

Su mano se cerró en torno al paquete de galletas, que llevó a la jaula. Lo desenvolvió con cuidado, con gracia, y estudió las galletas como si nunca hubiera visto algo semejante en su vida y le parecieran absolutamente fascinantes.

A ella se le escapó una risa nerviosa.

—Solo son galletas. No son tan emocionantes.

Dejó el paquete en el suelo y recogió una, levantándola para inspeccionarla más de cerca.

—Prueba una mordida.

Él entornó los ojos y la miró con desconfianza. ¿Creía que envenenaría la comida? Diosa, ¿qué le había pasado? ¿A qué clase de crueldad se había enfrentado para acabar donde estaba? En su interior, Harrow sintió la determinación de demostrarle que eso no era lo único que existía en el mundo.

Como si leyera sus pensamientos, la mirada de desconfianza se desvaneció poco a poco de su rostro.

Y luego dio una mordida.

Harrow se quedó inmóvil, conteniendo la respiración. Por alguna razón, esperar a ver su reacción por esa tonta galleta era lo más emocionante que le había ocurrido en años. Él masticó, con el ceño fruncido.

Abrió ligeramente los ojos y volvió a mirarla mientras tragaba.

—¿Te gustó? —Estaba fuera de sí. Tenía que saberlo.

Él bajó la mirada hacia la galleta y luego volvió a mirarla a ella.

Y después sonrió.

Su boca se curvó hacia arriba, arrugando sus mejillas. Y sus ojos… La verdadera sonrisa estaba en sus ojos. Las llamas que había en ellos parecieron arder con más fuerza, se arrugaron en las orillas y la dejaron sin aliento una vez más.

Sintió que ella misma sonreía con tanta fuerza que dolía.

—¿Te gustó?

Él asintió.

Ella sonrió con fuerza. Ridículamente.

—A mí también. Son mis favoritas.

Raith tomó otra galleta de la servilleta y se la ofreció.

Ella dejó de sonreír y se quedó mirando su mano extendida mientras la ahogaba la emoción. Él estaba encerrado en una jaula como un animal y, sin embargo, su primer instinto era compartir la galleta con ella. Su sonrisa era tan genuina e inocente que al mirarlo sintió como si un puño le apretara el corazón. ¿Cómo podía Salizar hacerle esto? ¿Cómo podía alguien querer hacerle daño?

Él agitó la galleta, recordándole que la tomara.

Harrow aceptó el regalo y habló con un repentino nudo en la garganta.

—Gracias.

Comieron juntos en silencio, manteniendo todo el tiempo el contacto visual. Ella sentía la piel caliente por la intensidad de su atención, pero no tenía ningún deseo de escapar de ella. Cuando se acabaron las galletas, comieron fruta, panqué, bollos y queso.

Ella se los pasaba primero para que los inspeccionara, y después de que los probara y los considerara dignos, él le devolvía una parte para compartir. No dijo ni una palabra en todo el tiempo. No era necesario. De algún modo, ella le entendía perfectamente.

Cuando se acabó la comida, Harrow sacó un viejo libro de cuentos populares de las videntes y, aunque se sintió tonta y estuvo a punto de acobardarse, le ofreció leerle uno. Él asintió, y ella acabó leyendo la mitad del libro. Se quedó ahí hasta que su vela se consumió y las paredes de la tienda empezaron a volverse de un color gris pálido con la salida del sol, entonces, supo que era hora de irse.

Se levantó del suelo y dio la espalda a la jaula para que Raith pudiera seguir sus movimientos por encima del hombro mientras volvía a meter todo a su mochila.

Después, se giró hacia él y le sonrió.

—¿Te gustaría que te visitara mañana otra vez?

Raith pareció indeciso, y a ella se le encogió un poco el corazón. Creía que había disfrutado su compañía, pero tal vez prefería estar a solas.

Pero después habló.

—No es seguro.

El sonido de su voz hizo que se estremeciera de pies a cabeza.

—No te preocupes por mí. Seré sigilosa y no me atraparán.

Él no dijo nada, y ella decidió que eso significaba que, después de todo, sí había disfrutado su compañía, pero estaba preocupado por su seguridad. El alivio que sintió fue mayor de lo que tal vez debió ser.

—Hasta mañana entonces, Raith. —Sonriendo, se echó la mochila al hombro; ahora era considerablemente más ligera. Era extraño lo mucho que no quería irse.

Él le devolvió la sonrisa y a ella se le aceleró el corazón.

Sin duda alguna volvería al día siguiente.

Raith se sentó en el suelo, apoyado contra los barrotes de la jaula, y observó que Salizar conversaba en voz baja con Loren. Hacía varios días que había terminado el nuevo letrero, esta vez libre de errores, y los dos hombres hablaban ahora del terrible monstruo que describía y de cómo lo obligarían a entretener humanos en los próximos días.

Raith dejó de prestar atención a su conversación, aburrido por sus constantes conspiraciones. En su lugar, se puso a pensar en la mujer que lo visitaba por las noches.

Pensaba mucho en ella.

Visualizó el intenso bronceado de su piel y recordó lo suave que era al tacto. Intentó imaginarse si su espesa cabellera sería sedosa o áspera. Se preguntó si su aroma, la relajante fragancia a lavanda, sería más intenso si lo respirara contra su piel.

Todas las noches, Harrow se escabullía adentro cuando los vigilantes estaban dormidos, le llevaba a Raith comida y postres, y le leía más cuentos. Su favorito era el de un terrible dragón que custodiaba a una princesa en una torre y mataba a todos los hombres que intentaban rescatarla para casarse con ella. Al final del cuento se revelaba que la princesa y el dragón eran en realidad grandes amigos, y ella le daba las gracias por salvarla todos los días de un matrimonio sin amor.

Aunque Raith todavía no se había atrevido a hablar mucho, Harrow conversaba por los dos. Le había hablado sobre su vida en el circo, su amiga Malaikah y todas las cosas que hacían juntas. Ella también le hacía preguntas sobre sí mismo que él no podía responder, pero nunca presionaba ni parecía decepcionada si él permanecía en silencio.

Él ahora vivía para esos encuentros nocturnos y, durante el día, se había sorprendido a sí mismo olvidándose de imaginar el asesinato de Salizar y preguntándose, en cambio, qué estaría haciendo Harrow en ese momento. ¿Leería la fortuna a los clientes del circo? ¿Pasaba tiempo con Malaikah? Estaba desesperado por conocerla mejor, pero no se atrevía a usar su voz para preguntar.

Salizar despidió a Loren y se acercó a Raith.

—El espectáculo de esta noche comenzará en breve, pero antes de irme, tú y yo vamos a tener una conversación.

Una semana antes, Raith ya se habría puesto de pie para gruñirle a su captor. Ahora, simplemente estaba aburrido. No le temía a Salizar ni a su bastón mágico, y estaba harto de estar en una jaula.

Levantó una ceja, sin molestarse siquiera en levantarse.

—Le quedan dos semanas a nuestra temporada en Allegra. Durante la última semana, tu espectáculo estará abierto al público. La gente entrará a tu carpa para ver al espectro. Y hay dos cosas que necesito que hagas para completar nuestro acto.

Raith se limitó a mirarlo con indiferencia.

—Si actúas sin quejarte, será indoloro. Si no lo haces, te obligaré. A mí no me importa qué elijas, y me atrevo a decir que una buena pelea haría las cosas más entretenidas. Como parte de la actuación, espero que muestres tus alas y tu piel de *wraith*.

Raith frunció la boca. Sobre su cadáver. O, al menos, sobre su cuerpo inconsciente, que quizá sería exactamente lo que iba a ocurrir.

Salizar sonrió un poco, como si también lo supiera.

—Si no actúas de manera voluntaria, como te dije, te obligaré. Tus alas saldrán cuando te golpee en la espalda —alzó el bastón— y tu apariencia se revertirá cuando estés inconsciente. Es bastante fácil de conseguir.

Empezó a pasearse de un lado a otro de la tienda.

—Así es como será. Cuando llegue el momento, te despojarás de tu disfraz y mostrarás a los humanos tu verdadera forma de espectro. Te daré la oportunidad de hacerlo voluntariamente. Si no lo haces, tomaré medidas para que suceda.

Raith comenzó a gruñir desde el fondo de su garganta, el odio hervía su sangre como lava.

—Será humillante para ti. Incluso más humillante que si eliges cooperar.

La postura relajada de Raith se volvió rígida. Lentamente, se desplazó hacia delante hasta quedar agachado en posición de ataque.

Los ojos de Salizar brillaron con igual repugnancia mientras daba un paso al frente con audacia.

—Oh, sé cuánto me odias. Espero que sepas que yo te odio en igual medida. Puedes pensar que yo soy el villano aquí, pero te olvidas de lo más importante. —Dio otro paso—. Yo sé lo que eres.

Raith gruñó con más fuerza, con la boca fruncida y mostrando los dientes.

—Eres una criatura vil, responsable de la peor masacre de la historia conocida. ¿Y qué te impediría hacerlo de nuevo? Si a Furie se le da la gana, harás su voluntad en un santiamén.

El gruñido murió en la garganta de Raith. Salizar realmente creía que él era uno de esos espectros *wraiths*. Si en realidad eran responsables de un genocidio, no era de extrañar que Harrow los odiara. Esperaba no ser uno de ellos.

—Y ahora, por primera vez, un espectro ha sido capturado. Atrapado en su cuerpo físico. Vulnerable al ataque. Pero eliminarte no es mi lugar. Yo simplemente soy un mensajero.

Salizar retrocedió con brusquedad, con el bastón suelto a su lado.

—¿Puedes culparme por sacar provecho económico mientras tanto? Si voy a hacer tanto esfuerzo en mantenerte, también podría ganar algo de dinero. Dinero que servirá para mantener a otros elementales que han perdido sus hogares y el respeto de los humanos por culpa de la maldita guerra de Furie.

Golpeó los barrotes de acero con el bastón y salieron chispas de la punta.

—Lucha contra mí todo lo que quieras, porque disfruto verte sufrir. Disfruto ser testigo de tu dolor, aunque sé que jamás igualará el dolor que tu especie les infligió a las videntes antes de matarlas a todas.

Y luego, añadió en voz baja:

—A todas menos una.

Raith apenas entendía de qué lo acusaba Salizar, pero parecía que Salizar pensaba que lo sabía perfectamente. No tenía sentido explicárselo ni tratar de razonar con él, y además, sin recuerdos de su pasado, Raith no podía garantizar que no hubiera hecho esas cosas. Por lo menos, la parte sobre estar atrapado en un cuerpo físico parecía ser verdad; recordaba la extraña sensación de confinamiento que había tenido al despertar por primera vez en el desierto.

Quizá Salizar tuviera razón. Si realmente era el monstruo que describía, estaba mejor en una jaula.

Salizar rodeó los barrotes hasta que estuvo a poca distancia. Consumido por pensamientos de culpa que no estaba seguro de que fueran suyos, Raith no se movió. ¿Qué le pasaba que no le importaba defenderse del ataque que sabía que se avecinaba?

—Esto es por Harrow.

¿Qué tenía que ver Harrow? Estaba demasiado sumido en su confusión para moverse cuando Salizar metió el bastón en la jaula.

O tal vez solo no quería.

La punta afilada le apuñaló el pecho y lo azotó un rayo.

Harrow estaba más distraída que nunca. Y para empeorar las cosas, su caravana de adivinación estaba más concurrida que nunca. Horas antes de que se abrieran las puertas de los espectáculos nocturnos, ya había clientes merodeando afuera, en su mayoría mujeres. Todas habían ido a consultar a la psíquica. Una psíquica muy distraída y cansada.

Toda la semana, Harrow se había consumido en pensamientos sobre Raith.

Pensaba en su piel bronceada y su pelo sedoso, en cómo ladeaba la cabeza cuando no le entendía y en cómo había descubierto que era goloso y le encantaba cualquier postre que le llevara.

Pensaba en las veces que lo había hecho sonreír. Pensaba en las pocas veces que lo había oído hablar. Cuando recordaba la intensidad de su mirada, le daba vueltas el estómago y se le aceleraba el corazón, y necesitaba todo su control para no correr a verlo en esos momentos.

Todas las noches visitaba a Raith en vez de dormir, y empezaba a afectarle. Se desconectaba en mitad de las conversaciones y la gente empezaba a preguntarle si se sentía mal.

Esperaba esas visitas con demasiada ilusión como para preocuparse. Las planeaba todo el día, acumulando comida extra que creía que le gustaría, buscando cuentos para leerle e incluso planeando lo que se pondría, por la Diosa. Le preocupaba constantemente que estuviera solo en su jaula, a merced de quien lo encontrara ahí.

Estaba… obsesionada.

Y en ese mismo momento, las lecturas eran lo último que quería hacer. Sin embargo, las hacía de todos modos, como era su deber de vidente. Y sus clientes estaban tan ansiosos y receptivos a sus consejos que empezó a sospechar.

Cuando su sexta clienta consecutiva entró en la caravana, retorciéndose las manos con nerviosismo y mirando ansiosamente a Harrow, empezó a atar cabos. La piel pálida de la mujer y su elegante traje eran muy parecidos a los de otra clienta, a la que había atendido en uno de sus primeros días en Allegra.

La recién llegada se sentó en el borde de la silla.

—¿Cuánto por una lectura?

—Diez piezas.

La mujer ni siquiera pestañeó antes de dejar caer las monedas sobre la mesa.

Después de guardar el dinero, Harrow extendió las manos, indicando a la mujer que colocara las suyas sobre las de ella. Ella les dio la vuelta, estudiando las líneas de sus palmas. Una vidente veía esas líneas como ríos a través de la vista de un pájaro, serpenteando por la tierra hasta fundirse en el gran océano.

—¿Cómo te llamas?

—Brianna, señora.

¿«Señora»? Los humanos adinerados no les ofrecían títulos de respeto a los elementales.

—¿Por qué me consultaste hoy, Brianna?

—Bueno, alguien me contó cómo le ayudó, y esperaba que hiciera lo mismo por mí.

—¿Alguien?

—Mi amiga Rosemary. Le dijo que iba a tener un hijo. Está tan feliz. No ha hablado de otra cosa desde entonces.

Harrow suspiró. Llamar la atención no era inteligente. La mayoría de los humanos que se dedicaban a adivinar el futuro avanzaban a trompicones por ese arte, dando de vez en cuando con una pizca de verdadera intuición. La gente los visitaba para divertirse, quizá con la esperanza de recibir alguna garantía externa de que su vida no era tan insignificante como parecía. No hacían cola frente a su puerta antes del horario de apertura, felices de pagar lo que fuera, receptivos a cualquier consejo que les dieran.

No, solo lo hacían con las videntes. O lo habían hecho.

Harrow no había podido ocultarle a la pobre Rosemary información vital sobre su embarazo. Pero ahora ahí estaban Brianna y todas las demás mujeres de la ciudad, formadas y desesperadas por escuchar la sabiduría de Harrow. ¿Sospecharían lo que era en realidad?

¿Les importaría?

Estas mujeres probablemente fueran las esposas de hombres de negocios ricos y poderosos, un papel nada fácil de desempeñar. Esos hombres esperaban que sus esposas fueran como sombras delicadas, revoloteando detrás de ellos, limpiando sus desastres, ofreciendo sus cuerpos a la

conveniencia de sus esposos. Si Harrow podía inyectar un poco de esperanza en el vacío de sus vidas, quizá no les importara quién era ella.

Decidida a confiar en Brianna, barajó las cartas y le hizo una lectura. Le dijo a Brianna que su marido le era infiel y que su hija menor se recuperaría por completo de una enfermedad que padecía en ese momento, y que si Brianna decidía abandonar a su marido, tendría que soportar varios años de privaciones antes de encontrar por fin una nueva vida para ella y sus hijos.

Cuando Brianna se marchó, después de dejar cinco piezas además de las diez que ya había pagado, llegó otra clienta y Harrow también le hizo una lectura. Y luego hizo otra, y otra.

Mientras tanto, no dejaba de pensar en Raith.

Por fin comenzó el acto principal en la carpa central, y Harrow cerró su caravana por esa noche, ansiosa por llegar a tiempo para ver la actuación de Malaikah, el final del espectáculo. Pero primero, había algo que tenía que hacer.

Tomó sus cartas de vidente, revolvió la baraja e imaginó los ojos sobrenaturales del hombre que se estaba convirtiendo en un componente fijo de sus pensamientos. En voz alta, susurró el nombre que él había elegido. Y luego hizo una lectura, aunque él no estuviera ahí para verla.

Hielo. Pantano. Cascada. Río. Océano. Y…

Las profundidades.

Cuando le dio la vuelta a la última carta, pasaron ante sus ojos imágenes de aquel extraño sueño de la otra noche. Cuando se sumergió y sintió que la oscuridad la rodeaba, segura de que había tomado una decisión incorrecta…

No podía negar la conexión. Pero ¿qué significaba? Se quedó mirando sus cartas, intentando encontrarles sentido. Hielo. Cerró los ojos y sintió frío. Vacío, aislamiento. Impotencia. Y dolor. Mucho dolor.

La siguiente carta… Pantano. Esa era difícil. Los pantanos pueden ser lugares ricos de tierra fértil, o pueden ser ciénagas sin vida. En este caso, ella sintió lo segundo. Le vino a la mente la imagen de un campo de batalla, después de que la lucha hubiera concluido y los cadáveres yacieran esparcidos por el suelo. Matanza y caos.

Luego, Cascada. Las cascadas eran lo contrario de los pantanos, llenas de energía y poder, un símbolo de cambio impredecible e incontrolable.

Océano era la carta más poderosa de la baraja. Vasto. Insondable. La fuente de toda vida. A menudo, pero no siempre, benevolente.

Y por último… Las profundidades. Las profundidades silenciosas, donde ninguna luz podía penetrar, donde la quietud era absoluta. Oscuras, silenciosas.

Y aterradoras.

¿Por qué eran aterradoras? Las profundidades nunca le habían dado miedo, aunque no era una carta que sacara a menudo. Sin embargo, después de ese sueño, se sentía diferente.

Por desgracia, no podía hacer por Raith lo que había hecho por las mujeres que la habían visitado ese día. No había visto una simple declaración del destino, nada de «haz esto y no hagas aquello». Para Raith, todo era confuso.

¿Sería porque él no estaba participando en la lectura? ¿O sería por el involucramiento de Harrow? Las videntes jamás podían leer con claridad su propio futuro o el de las personas más cercanas a ellas. Esa era la hipótesis más probable.

Para bien o para mal, el destino de Raith estaba estrechamente ligado al suyo.

Surgieron tantas preguntas que pensó que la cabeza le iba a estallar y no pudo soportarlo más. Apiló las cartas y salió de su tienda a toda prisa. No dejó de apurarse hasta que llegó a la carpa principal y se deslizó por la entrada trasera.

Adentro, el espectáculo estaba en su máximo esplendor, casi literalmente, ya que Malaikah brillaba mientras se balanceaba de un lado a otro en un trapecio muy alto, preparándose para dar el precario salto al siguiente.

Saltó, su cuerpo ágil se arqueó con un aplomo perfecto mientras surcaba el aire para atrapar el siguiente trapecio. Pero, ¡ah! Fingió una caída, se agarró con una mano y se balanceó con una fuerza increíble alrededor del trapecio, sujetándose con una sola palma.

En la cima, se estabilizó y equilibró en una perfecta parada de manos con un solo brazo, separando las piernas. Su cola de pantera giraba a su alrededor, ayudándola a mantener el equilibrio. El público estalló en aplausos.

Harrow sacudió la cabeza con asombro. Malaikah nunca dejaba de impresionarla.

Salizar entró a la pista, blandiendo su puntiagudo bastón, pidiendo aplausos para «La extraordinaria Malaikah, belleza exótica de las tierras del sur», con voz atronadora.

Harrow se estremeció. Tanto ella como Malaikah odiaban esa maldita frase, aunque Mal había aprendido a soportarla a regañadientes a lo largo de los años, incapaz de negar que era eficiente a la hora de animar a los humanos a renunciar a su dinero. Sin embargo, siempre había sido un punto de discordia entre ella y Salizar.

Aunque la salva de monedas que ahora llovía desde las gradas era innegable, para Harrow llamar a Mal de esa manera era degradante para la deslumbrante mujer que había alcanzado un nivel de maestría que pocos lograban, y eso no valía ninguna cantidad de oro.

Sin duda, los híbridos siempre despertarían cierta fascinación en los humanos, pero nacía de la ignorancia. Era evidente que Malaikah tenía un aspecto diferente al del resto del público, con sus orejas de pantera, su cola y sus garras, pero merecía ser celebrada por sus logros y no por su apariencia.

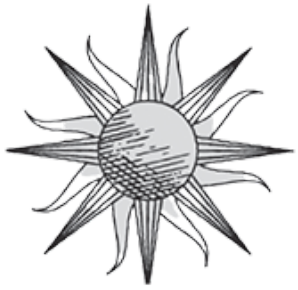
Era un debate viejo, pero ese día algo la hizo pensar en eso de nuevo. No tardó en descubrir qué: Raith. Salizar planeaba hacer lo mismo con Raith, pero peor. Iba a mantenerlo en una jaula como a un animal, haciéndolo pasar por un monstruo terrible cuando no lo era. Era repugnante. En especial porque era precisamente Salizar quien cometía esas atrocidades, un hombre que ella siempre había creído noble por naturaleza, a pesar de su despiadada reputación.

¿Cómo había podido equivocarse tanto con él?

De repente, no pudo permanecer ahí ni un segundo más. No podía ver que la multitud aclamara a la «belleza exótica» que aterrizaba perfectamente de pie y ejecutaba una elegante reverencia ante ellos. No podía mirar la nuca de Salizar, el sombrero de copa que llevaba para disimular las orejas puntiagudas que lo hacían tan «exótico» como el resto de las criaturas de su circo. No podía quedarse ahí pensando en que ella era igual que él por ocultar sus propias orejas bajo un pañuelo todos los días y fingir que era humana.

Sin decir una palabra, abandonó la carpa y se dirigió directamente al único lugar donde quería estar. Se dijo que Salizar estaría ocupado con el espectáculo alrededor de media hora más.

No había forma de que la atrapara.



# CAPÍTULO SEIS

Harrow encendió la linterna de afuera de la tienda de Raith y entró. Estaba oscuro, incluso con la luz. Aunque lo hubiera hecho la primera vez, Raith no volvió a encender las otras lámparas. Ella no oyó nada ni vio movimiento alguno en el diminuto espacio iluminado que la rodeaba.

—¿Raith?

Nada.

—¿Raith? —El pánico se apoderó de ella. ¿Se había ido?

Luego, escuchó un sonido de movimiento y un gemido ahogado, sofocado al instante.

Pero Harrow lo oyó y supo qué era enseguida: un sonido de dolor.

Abandonó la cautela, corrió hacia la jaula y miró a través de los barrotes. Una sombra oscura que estaba tirada en el otro extremo hizo que corriera hacia la parte de atrás. Ahí estaba él, intentando incorporarse con cuidado, pero tratando de ocultárselo.

Alguien lo había herido.

Una furia impotente la sofocó mientras pasaba la mano a través de los barrotes para ayudarle. Algo caliente mojó sus dedos cuando tocó su pecho, y retiró la palma hacia la luz de la linterna para ver. Era sangre.

Ahogó un grito.

—¿Qué pasó? ¿Quién fue?

Raith, por supuesto, no dijo nada. Su intensa mirada se encontró con la suya en la oscuridad.

Harrow lo dilucidó de todos modos.

—Salizar.

Miró fijamente la sangre de su mano y al hombre que estaba detrás de los barrotes y, de repente, sintió la crecida del Agua dentro de ella.

—Tengo que sacarte de aquí —susurró cuando se dio cuenta, con tanta fuerza como si una cascada hubiera caído sobre ella. Él estaba en peligro. Y no solo de que lo golpearan más.

Su poder le decía con claridad que si lo dejaba ahí moriría.

Su mirada volvió bruscamente a la de ella.

—No, Harrow.

—Tengo que hacerlo.

—No.

—No lo entiendes, yo… — Tragó saliva, tratando de dar sentido a los sentimientos de pánico y miedo por la vida de Raith que de repente bullían en su interior como un géiser. Eran más fuertes que sus propios sentimientos de protección o que la irremediable atracción que había sentido por él desde el momento en que se conocieron.

Era una cuestión de vida o muerte.

Se dio cuenta de que el Agua la había guiado hasta él desde el principio. Él era la fuente de la premonición que había tenido meses atrás, él era la persona que necesitaba encontrar. El Agua la había conducido a buscarlo y ayudarlo, incluso antes de que supiera de su existencia.

Tenía toda la intención de escuchar al Agua ahora.

—No —volvió a decir Raith, agarrando los barrotes a ambos lados de la cara de Harrow e inclinándose hacia ella, con una firme arruga de preocupación en el entrecejo—. No es seguro.

Su rotunda negativa, motivada por la preocupación que sentía por ella, no hizo más que aumentar la determinación de Harrow. ¿Cómo podía explicarle que en el momento en que el Agua se había pronunciado, la decisión ya no estaba en sus manos? No se trataba de lo que era seguro para ella o de lo que cualquiera de los dos quisiera en ese momento. Solo sabía que él estaba en peligro y que era su deber ayudarlo. El Agua lo había declarado así, y ella estaba de acuerdo.

—No lo entiendes —volvió a decir ella, acercándose para agarrar los mismos barrotes que él y rozando sus manos al hacerlo. A pesar de la confusión que sentía en su interior, el contacto le produjo un hormigueo en los brazos—. Tengo que hacerlo.

Con el contacto, él se estremeció visiblemente, pero no se apartó. Se acercó más.

—¿Por qué?

Ella también se acercó.

—Solo… tengo que hacerlo.

Sus manos se tensaron alrededor de los barrotes, haciendo que resaltaran las venas que recorrían sus poderosos brazos, y de repente Harrow ya no estaba pensando en el Agua. Sin poder evitarlo, su mirada siguió el recorrido de sus venas por los bíceps hasta la anchura de los hombros, recorrió la clavícula y bajó por la línea de los pectorales.

Cuando por fin volvió a mirarlo a los ojos, supo que él era consciente de su atención y de lo que significaba. Sus pupilas se dilataron hasta casi extinguir las llamas, de manera que sus ojos se volvieron negros por completo, salvo por un delgadísimo anillo naranja.

Sus caras estaban muy cerca. Harrow no podía parpadear, y definitivamente no podía respirar. El estómago le daba unas vueltas que superaban la habilidad de Malaikah.

La puerta de la tienda se abrió de golpe.

—¡Aléjate de él!

Harrow se alejó de la jaula con un grito de sorpresa.

—Por las lúgubres sombras, ¿qué estás haciendo aquí?

—Yo…

Raith empezó a gruñir.

Para empeorar las cosas, Loren entró corriendo a la tienda con una linterna, casi chocando con la ancha espalda de Salizar. Vio a Harrow y palideció.

—¿Harrow? ¿Qué…?

—Silencio. —Salizar avanzó; Raith gruñó con más fuerza. Era evidente que estaba furioso—. ¿Tienes idea de lo que es? Habría pensado que el letrero sería un buen indicio.

Harrow por fin pudo hablar.

—Él no es lo que tú piensas.

—Es exactamente lo que yo pienso.

—¡No puedes mantenerlo encerrado así! ¡Me das asco!

El gruñido de Raith se hizo más fuerte.

—Habría creído que tú, más que nadie, Harrow, tendrías un enorme interés en la captura de una de las criaturas responsables de la extinción de toda una línea de elementales.

«Lo sabe», se dio cuenta Harrow, con los ojos muy abiertos. «Sabe con exactitud lo que soy. Tal vez lo sabe desde el día que me acogió». Siempre lo había sospechado, pero nunca lo había sabido con certeza.

Ahora lo sabía, y no sabía qué pensar. Salizar la había cuidado y había protegido su identidad todos estos años, asegurándose de que la noticia de su supervivencia no llegara a oídos de Furie ni de sus partidarios.

—No es uno de ellos —respondió Harrow—. Créeme cuando te digo que yo lo sabría.

Raith se calló al escuchar las palabras de Harrow, observando con atención la interacción.

Salizar entornó los ojos.

—¿Cómo lo sabrías?

—¿Qué está pasando? —preguntó Loren—. ¿De qué están hablando?

Ambos lo ignoraron. Harrow trató de pensar en una forma de explicarle la guía del Agua sin delatar su identidad frente al humano que los acompañaba.

—Si fuera malvado, lo habría percibido. Te digo que no es lo que tú crees.

—Que no percibas maldad no prueba nada.

—Lo prueba todo. Los espectros son malvados. Y habría percibido si Raith hubiera matado. Siempre puedo sentir a quienes han arrebatado una vida, y él no lo ha hecho.

Era verdad. ¿Y otra cosa que Harrow percibía? Salizar ya había matado antes. Más de una vez. Siempre lo había sabido, pero había creído que tenía una buena causa. Había confiado en él. ¿Y ahora? No tanto.

—¿Wraith? ¿Por qué lo llamas así si no crees que sea un espectro?

—Es su nombre. Raith con R. —Miró a Raith, que seguía en silencio—. Por el tonto letrero de Loren.

A pesar de las circunstancias, Salizar soltó una carcajada. Loren frunció el ceño. Después, el director del circo negó con la cabeza.

—Estás equivocada, Harrow. Hay cosas que no sabes…

—¡Sé lo suficiente!

—¡No me obligues a ir más allá! —dijo con brusquedad—. Te estoy diciendo que es exactamente lo que parece. Estoy seguro de eso. Permanecerá en esa jaula, y en una semana la buena gente de Allegra tendrá la oportunidad de ver un espectro corpóreo. El dinero que gane se destinará a mantener este circo a flote y a mantener a elementales que no tienen a dónde ir. Él cooperará con mis planes o sufrirá las consecuencias.

—No puedes hacer esto. ¡No puedes obligarlo a estar en un espectáculo como un animal!

—¿No puedo? Este es mi circo, después de todo. Si conoces otra forma de hacer que se comporte, soy todo oídos.

Harrow lo miró fijamente. Salizar en realidad creía que había capturado a un espectro. No iba a hacerlo cambiar de opinión ni reconsiderar su manera de actuar.

No podía ocurrir. Ella no lo permitiría.

Así que dijo lo único que se le ocurrió para detenerlo.

—Déjame hacerlo a mí.

Salizar parpadeó.

—¿Perdón?

—Déjame hacerlo a mí. Déjame trabajar con él y prepararlo. Cancela el espectáculo de la próxima semana y dame algo de tiempo. Nos dirigimos al oeste después de Allegra, ¿verdad? Lo tendré listo antes de que lleguemos a la ciudad fronteriza. Él confía en mí. Lo convenceré para que haga lo que tú quieras.

Raith la miraba fijamente desde la jaula, con un rostro ilegible. Sin embargo, ella podía adivinar lo que estaba pensando, y la hacía sentirse fatal. Pero era la única manera.

—*Tú* quieres trabajar con él.

—Sí.

—Incluso sabiendo lo que es, quieres trabajar con él.

—Él no es lo que tú crees.

Salizar negó con la cabeza.

—Pero, ¿y si lo es?

—No lo es.

—Hipotéticamente. En la remota posibilidad de que en realidad fuera un *wraith*, por pequeña o improbable que sea —su incredulidad era evidente—,

¿aun así desearías cuidar a esta criatura?

—Jamás —afirmó Harrow, sintiendo repulsión de tan solo pensarlo—. Antes, muerta.

—Y aun así quieres hacer esto.

—Confío en mis instintos. Él no es lo que tú crees. Apostaría mi vida.

Salizar lo pensó durante una eternidad. Al fin, asintió, y Harrow sintió que se llenaba de alivio.

—Muy bien. Parece que nada puede persuadirte. Admiro tu tenacidad y solo espero que no estés por aprender una lección muy dolorosa. —Señaló a Raith con la mano—. Él es tu responsabilidad.

—Gracias. —Apenas podía respirar, mucho menos hablar.

—Para el acto, tiene dos tareas: presentar sus alas al público y cambiar su piel a su tono original. Puedes trabajar con él, pero solo durante el día.

¿Raith tenía alas? Era nueva información.

—Sí, señor.

—Y no voy a cancelar las funciones de la semana que viene. Ni siquiera intentes discutir eso conmigo —precisó cuando ella abrió la boca—. Se presenta en una semana.

—Sí, señor. —Aunque no fue una victoria total, todavía estaba sorprendida por su buena suerte, casi no podía creer que hubiera convencido a Salizar de que la escuchara.

El director giró sobre sus talones, pero se detuvo a la salida.

—No hagas que me arrepienta de esto, Harrow.

—No, señor.

—Siempre he sido indulgente contigo por las desafortunadas circunstancias que te trajeron aquí. Esa indulgencia no aplica en este caso. No siento simpatía por esa criatura. Si tu plan fracasa, no te trataré de forma diferente a como trataría a cualquier otro que se atreviera a desafiar mis planes. Si quieres mantener tu hogar en este circo, te sugiero que no falles.

—Entendido, señor.

—Buena suerte, entonces.

Y se fue.

De inmediato, Loren se puso a atacarla de manera verbal.

—¿En qué estabas pensando, Harrow?

Después de enfrentarse a Salizar, no se sentía ni remotamente intimidada.

—Vete, Loren.

—No, tú tienes que…

Un gruñido grave volvió a llenar el aire. Raith estaba aferrado a los barrotes de su jaula sacando las garras, mostrando los dientes, con la mirada negra clavada en Loren.

—No estás a salvo con él. No puedes pensar de verdad que lo estás.

—Vete, por favor.

—Tienes que escucharme. Él no es humano…

Harrow finalmente agotó su paciencia. Su poder emergió a la superficie, llenando el aire de electricidad estática.

Por regla general, las videntes eran pacíficas, respetadas por los habitantes de los lugares por los que viajaban. Eran neutrales en los conflictos políticos, y los líderes sabios las dejaban deambular libremente, confiando en que podían atraerlas a sus dominios con regalos, para que los aconsejaran. Los líderes no tan sabios que intentaron controlarlas u obligarlas a elegir un bando pronto descubrieron que las videntes no eran tan pacíficas cuando las provocaban.

Cuando se veían amenazadas, las videntes podían defenderse solas, y muy bien.

Loren se calló al sentir los primeros indicios del poder de Harrow y empezó a retroceder con los ojos desorbitados. Pensaba que era humana. Todos lo creían, excepto Malaikah y, evidentemente, Salizar. Harrow siempre había hecho todo lo posible por ocultar la verdad, pero de repente se acabó. Estaba harta de fingir ser algo que no era. Estaba harta de tener miedo de sus orígenes, de guardar secretos sobre su pasado, de temer su futuro.

Se metió las manos debajo del pelo para desatarse el pañuelo de colores que llevaba sobre las orejas y dejó caer la seda flotante al suelo.

—Yo no soy humana, Loren.

Había ocultado su identidad durante cincuenta años. Aunque no creyera en la existencia de los espectros *wraith*, algo había matado a las videntes, y existía la posibilidad de que vinieran por ella si se corría la voz de que una vidente había sobrevivido. Además, los descendientes humanos de los ejércitos de Ferron el Conquistador aún vivían en el sur. Leales a la reina

Furie, culpaban a Darya de haber iniciado la guerra, y Harrow siempre había temido que la utilizaran para vengarse de sus pérdidas.

No sabía cuáles serían las consecuencias de su decisión de revelar su identidad, pero, de todos modos, pronto ya no importaría.

Loren palideció ante la inconfundible visión de sus orejas puntiagudas.

—Eres… Pero tú… ¿Qué eres?

El Agua rara vez se manifestaba físicamente, y esa noche no sería la diferencia, salvo por la repentina carga eléctrica que atravesó la tienda y la niebla que se acumuló en el aire. Harrow sabía que sus ojos habían empezado a brillar y podía sentir cómo volaba su cabello por las ráfagas de viento fantasmal.

—Vete.

Era lo único que necesitaba decir. Las palabras salieron más graves que con su voz normal y estaban cargadas de poder.

Loren se dio la vuelta y huyó de la tienda.

Por fin sola, Harrow se redujo, y su poder se retiró de inmediato.

Pero no estaba sola: Raith estaba ahí. Raith, cuya frágil confianza había traicionado al prometerle a Salizar que lo disciplinaría. La mirada recelosa que le dirigía era prueba suficiente de ello.

Harrow enterró la cara entre sus manos. En una noche, le había hecho a Salizar una promesa que no podría cumplir y, en consecuencia, había provocado el principio del fin de su vida tal como la conocía. Malaikah se iba a poner furiosa.

Raith azotó los barrotes de la puerta de la jaula para llamar su atención. Ella lo miró y vio que fruncía el ceño.

—¿Estás bien? —Su voz era tranquila, como lo era siempre en las raras ocasiones en que la utilizaba.

—Sí, estoy bien. —Casi se atragantó con las palabras. Seguía preocupándose por ella, lo suficiente como para dejar de lado su aversión a hablar, incluso después de pensar que lo había traicionado.

De repente, hacerlo entender era su máxima prioridad. De alguna manera, en el poco tiempo que llevaba de conocerlo, se había convertido en una de las personas más importantes de su vida. Esa verdad la asustaba, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Se acercó a su jaula.

—Lo siento. Tuve que decir lo que fuera para que Salizar te dejara en paz. No tengo intención de entrenarte para ningún ridículo espectáculo circense, lo juro.

Los dedos de Raith se apretaron alrededor de los barrotes.

—No voy a obligarte a mostrar tus alas y no me importan tus otras habilidades. Te lo prometo.

Raith no se movió, ni siquiera parpadeó, y a Harrow se le encogió el corazón. No le creía. ¿Por qué iba a hacerlo? Todas las personas que había conocido le habían hecho daño de alguna manera, así que, ¿por qué iba a pensar que Harrow era diferente?

De repente, Raith transformó el color de su piel a un naranja brillante.

Era tan brillante que Harrow levantó una mano para protegerse los ojos del deslumbrante ataque. Se dio cuenta de lo que estaba haciendo al notar la obstinada postura de su barbilla.

Estalló en una risa de sorpresa.

—Claro, incluso puedes ser de ese color, si es lo que quieres. Podría ayudar a ahorrar algo de aceite para las lámparas, es muy brillante.

Él sonrió. O, al menos, sus ojos sonrieron.

Su piel volvió a ser morena, y Harrow se dio la vuelta y se apoyó en los barrotes de la jaula.

—Tenemos una semana antes del espectáculo. Tenemos que pensar en cómo sacarte de aquí, reunir provisiones y decidir adónde ir. Nadie puede saber lo que estamos planeando. —Alzó la cara para mirarlo—. Supongo que no es un problema para ti. No eres muy parlanchín.

Mirando hacia el frente de nuevo, suspiró.

—Pero tendré que decírselo a Malaikah. Ella puede ayudarnos y, además, no podría dejarla sin despedirme.

Un ligero roce en su hombro la hizo girarse para encontrarse con Raith hincado detrás de ella, con el ceño fruncido. De algún modo, sabía exactamente lo que estaba pensando.

—Sí, tengo que hacerlo. Incluso sin lo que me dijo el Agua, no hay forma de que pueda fingir que lo que hice esta noche no ocurrió.

Él frunció el ceño ante la mención del Agua, y ella consideró explicárselo, pero decidió no hacerlo. No tenía sentido alterarlo con

predicciones funestas y, además, no había nada de qué preocuparse. Ella iba a ayudarlo a escapar antes de que algo le pasara.

Volvió a mirar al frente, apoyando la cabeza en los barrotes, y vio en su mente una imagen de la expresión atónita de Loren. No podía creer que hubiera abandonado su disfraz humano. Por las lúgubres sombras, ¿en qué estaba pensando?

Sonrió en la oscuridad. Se acabó eso de esconderse. Se acabó eso de fingir. Se acabaron las malditas bandas para el pelo. Pensó en lo bien que se había sentido volver a hacer lecturas verdaderas, y se llenó de una sensación de satisfacción. Estaba harta de fingir que era humana.

Si había riesgos, que así fuera. Encontraría la forma de sortear los peligros. Encontraría la forma de sobrevivir y hacer que su pueblo se sintiera orgulloso de ella.

Como si Raith estuviera leyendo sus pensamientos, rozó muy levemente la punta de su oreja expuesta, lo que le provocó un estremecimiento que recorrió su espina dorsal.

Volteó hacia atrás.

—Sí, son puntiagudas. —Ella estiró la mano para tocar la punta de las orejas de Raith como él había hecho—. Como las tuyas.

Él frunció el ceño, se echó el pelo hacia atrás y se tocó la oreja. Abrió los ojos de par en par, como si no se hubiera dado cuenta hasta ese momento de que tenía orejas de elemental.

El corazón de Harrow se estrujó con una oleada de ternura. Había algo tan puro en él. Oh, era letal, no cabía duda, pero también era inocente en muchos aspectos. Era un enigma que estaba decidida a comprender.

Quería ser la primera en tocar su lado secreto y protegerlo de cualquier daño. Quería casi con desesperación que él confiara en ella. Quería estar cerca de él más de lo que nunca había querido estar cerca de nadie. Simplemente… quería.

—Tú y yo somos diferentes —le dijo—. La gente como nosotros tiene que cuidarse entre sí.

—¿Por qué?

—Porque sí. —¿Genuinamente no lo entendía?—. Porque es lo correcto.

No respondió y Harrow volvió a mirar al frente.

—Tienes una voz bonita. Deberías hablar más. —Enseguida añadió—: Pero solo si quieres. —No le gustaba la idea de presionarlo para que hiciera algo antes de que estuviera listo.

No habló. Aparentemente, no estaba listo. Estaba bien. Con suerte, con el tiempo, confiaría más en ella.

—Debería irme. Mañana es un gran día. Tenemos que empezar a trabajar en nuestro plan de escape. Pero primero lo primero, tengo que averiguar cómo sacarte de esa jaula.

Por suerte, sabía con quién hablar.

Cuando Harrow se fue, Raith se acostó bocarriba en el centro de su jaula y se quedó mirando el techo de la tienda a través de los barrotes. Pensó en la feroz convicción de Harrow de liberarlo y se preguntó de dónde había salido. Y pensó en los extraños impulsos que había percibido en él cuando sus manos se rozaron. Impulsos de tocar. De saborear. De poseer.

No estaba seguro de cómo se sentía al respecto. Era intenso, lo consumía todo y, por lo tanto, le asustaba. Todavía no decidía si prefería el entumecimiento. Desde luego, le resultaba más seguro y familiar.

Sin embargo, de una cosa estaba seguro: no le gustaba el sacrificio que Harrow pensaba hacer por él.

Contrariamente a lo que su preferencia por el silencio podría hacer creer a los demás, no era estúpido ni carecía de percepción. Basándose en lo que había oído esa noche, había reconstruido muchas cosas.

Salizar había dicho que los espectros eran responsables de la muerte de las videntes. «Disfruto ser testigo de tu dolor», había dicho, «aunque sé que jamás igualará el dolor que tu especie les infligió a las videntes antes de matarlas a todas».

Pero luego había bajado la voz y había añadido: «A todas menos una».

Y después, antes de que Salizar lo apuñalara con el bastón… «Esto es por Harrow».

Los espectros habían destruido a las videntes. Todas estaban muertas, menos una. Hubo una sobreviviente.

La sobreviviente era Harrow.

¿Y si Salizar tenía razón? ¿Y si Raith era en realidad un espectro?

Harrow estaba segura de que no lo era. Había visto la certeza en sus ojos y la había oído en su voz cuando se lo juró a Salizar. ¿Pero cómo lo sabía? Desde luego, él mismo no podía confirmarlo ni negarlo. No recordaba nada, lo cual ya era sospechoso.

No podía permitir que Harrow le ayudara si existía la más mínima posibilidad de que fuera uno de los monstruos que habían asesinado a su familia. Ella planeaba liberarlo, sacrificando su seguridad para hacerlo. Él no creía que lo mereciera y no quería que ella desperdiciara su vida.

Pero ¿qué podía hacer?

Consideró brevemente la idea de encontrar una forma de escapar sin ella, pero la descartó a regañadientes. Si se escapaba ahora, Salizar culparía a Harrow. Le había prometido a Harrow que no sería indulgente con ella si fracasaba en sus esfuerzos por disciplinarlo. No, si Raith se escapaba, tenía que ser con ella.

Pero no podía apartarla de su vida aquí a menos que pudiera garantizarle otra forma de vida segura, algo que no podía hacer. Ni siquiera había podido salvarse a sí mismo de la captura, y dudaba de su capacidad para evitar que él mismo y otros acabaran en la misma situación… o peor.

Eso solo dejaba una opción.

Podía aceptar seguirle el juego a Salizar en el acto de circo, con lo que se convertiría en un animal entrenado para dejar a los humanos atónitos. Cambiaría de aspecto a la orden, enseñaría las alas y las garras, haría lo que ese maldito bastardo quería que hiciera. Prefería morir antes que hacer eso, pero ahora que Harrow estaba involucrada ya no era tan sencillo.

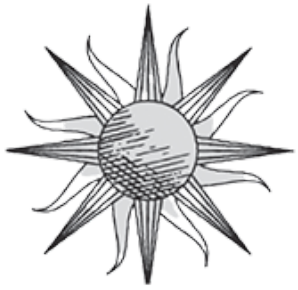
¿Sacrificaría su orgullo para protegerla? La respuesta era sí.

Su corazón se hundió al darse cuenta de que eso era lo que tendría que hacer. Harrow lo había traicionado sin querer, aunque jamás podría echárselo en cara.

Pero gracias a ella, Salizar había ganado.

Raith se quedaría en el circo de Salizar. Se comportaría. Actuaría para las masas como un perro. Se convertiría en el monstruo sin alma que Salizar creía que era.

De cualquier manera, por lo que él sabía, eso era exactamente lo que era.



# CAPÍTULO SIETE

A la mañana siguiente, Harrow llamó a la puerta de la caravana de Malaikah, echando miradas cautelosas por encima del hombro como si temiera ser vista. Lo cual era una tontería, porque llamar a la puerta de Malaikah era algo que hacía todos los días, y si podía hacer algo poco sospechoso, era eso. Aun así, sus pensamientos estaban tan llenos de planes e intrigas que sentía que todo el mundo podía verlos.

La puerta se abrió y Malaikah apareció vestida con una bata de seda. Llevaba el pelo sin trenzar y sus rizos ondulaban con libertad alrededor de su cabeza. Sonrió con alegría y después se quedó inmóvil.

—¿Dónde está tu pañuelo? Se te ven las orejas tan claro como el agua.

Harrow sonrió a su pesar.

—Ya dejé de esconderme, Mal. El secreto salió a la luz. Solo el tiempo dirá si hace que me maten o no.

Malaikah se quedó boquiabierta.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Demasiado.

—Pues entra y cuéntamelo todo. Acabo de hacer café.

Harrow siguió a Mal al interior de su caravana. Una pequeña olla humeaba en la estufa. Las almohadas estaban amontonadas sobre su cama sin hacer y, como de costumbre, del ropero se desparramaban leotardos de lentejuelas y accesorios de sus trajes.

—¿Quieres una taza? —preguntó Mal mientras Harrow se deslizaba en uno de los bancos de la mesa empotrada en la pared. Harrow negó con la cabeza. Estaba demasiado nerviosa para tomar café.

Malaikah se movía por la cocina, sirviendo su propia taza.

—¿Por qué dejaste de disfrazarte? —Su larga cola se agitó detrás de ella —. No me gusta, Harrow. Tu anonimato te mantenía a salvo. No sabes lo que pasará si se corre la voz.

—Tan solo me harté de esconderme. Llevo años harta, la verdad, pero no fue algo planeado. Loren me estaba gritando que Raith era muy peligroso y me dijo: «¡Él no es humano, Harrow!». —Imitó su voz con tono petulante—. Y yo simplemente estallé. ¿Quién se cree que es? ¿Decir que alguien no es digno de confianza porque no es humano? Mira dónde trabaja, por la Diosa. No pude soportarlo ni un segundo más.

Malaikah la miraba fijamente, con la cafetera todavía en la mano.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién es Raith?

Harrow se inquietó.

—Hice algo malo, Mal. Me iré del circo. En una semana.

Mal volvió a dejar la cafetera sobre la estufa, lentamente, sin mirarla.

—Harrow, me estás asustando. —Se sentó en el otro banco y se acercó la taza al pecho.

—Le hice una promesa a Salizar que no pienso cumplir. Al final de la semana él lo sabrá, y para entonces yo ya me habré ido. Pero no solo tengo que preocuparme por mí. Llevaré a Raith conmigo.

—¿Quién es Raith? Por la Diosa, ¿de qué estás hablando?

—Hace una semana entré en la tienda privada de Salizar. Tuve un sueño muy raro, no sé qué significaba, pero cuando me desperté salí y fui directamente hacia allá como si estuviera poseída.

Malaikah movió la cabeza.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—Conocí a Raith.

—Por último, por las lúgubres sombras, ¿quién es Raith?

—Él es… bueno, Salizar cree que es un espectro *wraith*.

Mal se quedó con la boca abierta.

—¡Pero no lo es! Es… bueno, no sé lo que es, pero es dulce y confía en mí, y no puedo abandonarlo. Salizar lo tiene encerrado en una jaula, y lo ha estado lastimando.

Malaikah se pasó una mano por la cara.

—¿Salizar cree que es un espectro *wraith*? Pero… ¿por qué? ¿En serio son reales? ¿No se supone que son como fantasmas?

—Está convencido, Mal. No importaba lo que le dijera, no cambiaba de opinión. Pero Raith no es malvado. Sé que no lo es. Lo habría sentido.

—¿*Wraith*? Pero, yo pensaba que no era… Corazón, ahora estoy muy confundida.

—Raith con R.

—¿Con R? ¿Qué? —La pobre de Mal apenas seguía el ritmo de la conversación.

—Es su nombre. Cuando le pregunté cómo se llamaba, me dijo que Raith, pero creo que lo eligió de la nada. Loren intentó hacerle un letrero, pero el tarado lo escribió mal, y creo que simplemente lo leyó de ahí.

—¿Por qué no tiene nombre?

—Porque no tiene ni idea de quién es.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Por qué no le preguntaste?

—Lo intenté, pero no habla mucho.

Mal volvió a negar con la cabeza y luego tragó un enorme sorbo de café.

—Sigo sin entender por qué todo esto significa que vas a dejar el circo. Mejor explícamelo rápido, o me voy a volver loca.

Harrow se lo explicó; le contó a Malaikah todo lo que había pasado la noche anterior, incluyendo que Salizar había accedido a dejarla «entrenar» a Raith para su acto y la certeza que tenía sobre lo que le pasaría a Raith si no le ayudaba a escapar.

—Va a morir si se queda aquí, Mal. El Agua me lo dijo con claridad. No puedo cruzarme de brazos hasta que ocurra.

—Pero ¿estás segura? O sea, es posible que Sal se esté portando como un imbécil, pero no creo que en realidad pueda matarlo.

—Salizar cree que es un espectro. Yo creo que lo mataría sin pensárselo dos veces. Si no fuera por esta oportunidad de ganar dinero, tal vez ya lo habría hecho. Además, no sé con seguridad a manos de quién está en peligro la vida de Raith, solo sé que está en peligro. Tengo que ayudarle, Mal. No tiene a nadie más.

Malaikah suspiró pesadamente.

—Tú y tus impulsos, Harrow. Nunca sé qué es lo próximo que me vas a sacar.

—Esto es serio —suplicó Harrow. No podía hacer esto sin el respaldo de su mejor amiga—. Te juro que no lo estoy inventando.

Mal se acercó y acarició el dorso de la mano de Harrow.

—Sé que no lo estás inventando. Solo desearía que no me estuvieras diciendo que te vas a poner en peligro para ayudar a escapar a alguien que apenas conoces.

—Mal… —Harrow hizo una mueca anticipándose a la reacción de Malaikah—. No solo voy a ayudarlo a escapar. Tengo que irme con él.

—¿Qué? ¡No puede ser!

Se apresuró a explicárselo.

—Salizar me dijo que si algo salía mal con el entrenamiento de Raith no sería indulgente conmigo. Me va a correr del circo cuando se entere de que Raith se ha ido y, además, no creo que Raith tenga ni idea de cómo desenvolverse en el mundo real. Si voy con él, por lo menos podré ayudarle y asegurarme de que nadie le vuelva a hacer daño, y…

—¡Harrow, escúchate! —A medio sorbo, Malaikah asentó la taza contra la mesa con tanta fuerza que el líquido negro se derramó por el borde—. ¿Quién es este tipo? Lo acabas de conocer, ¿y vas a tirar tu vida por la borda por él? Me parece que lo que estaba pasando anoche en esa tienda era entre Raith y Salizar. No es tu problema. Esta vida es lo único que tenemos. Si huyes ¿qué te quedará? ¿A dónde irás?

—No lo sé.

—No te puedes involucrar en esto, Harrow. No es tu lucha. Es horrible y trágico, lo sé. Pero si somos parte de este espectáculo de fenómenos para los humanos es porque, hoy en día, no hay otro lugar para nosotros en el mundo. Cada noche actúo para ellos porque primero tengo que cuidarme a mí. Que los patéticos humanos le aplaudan a la extraña mujer gato. Que aplaudan y luego me den su dinero. ¿A quién le importa? Soy rica, carajo. —Malaikah suspiró, su voz se volvió más suave—. Fuera de esta vida, los elementales ya no son aceptados. Las putas reinas lo provocaron al preferir sus interminables disputas antes que a su propia gente. Ahora tenemos que encontrar la forma de sobrevivir por nuestra cuenta.

Todo lo que Malaikah decía era cierto, y sin embargo…

—Su vida está en peligro, Mal. Tengo que ayudarlo. No podría seguir viviendo conmigo misma si no lo hiciera.

Mal la estudió entornando los ojos.

—¿Qué tiene este tipo de especial?

—No lo sé. Pero siento que… —Harrow hizo una pausa, tratando de entender sus sentimientos, tratando de expresarlos en palabras—. Siento que él es importante. Para mí. El Agua me dijo que estamos conectados y que él está destinado a estar en mi vida.

Malaikah resopló.

—No puedes estar enamorada tan rápido.

—No estoy enamorada. No es así. —¿O sí?

—Ajá. —Malaikah tampoco sonaba convencida.

—No puedo explicarlo, pero no lo voy a abandonar. Simplemente, no puedo.

—¿Por qué estás tan segura de que no es un espectro?

—No lo es.

—Pero, ¿cómo lo sabes? O sea, si Sal…

—No lo es, Mal.

—Corazón, Salizar no es tonto. Es un encantador centenario, uno de los más poderosos vivos. Ha estado en muchos lugares, ha visto muchas cosas, sabe mucho. Si él está convencido de que tiene un espectro real entre manos, ¿qué te hace estar tan segura de que se equivoca? Sería muy difícil engañar a un hombre tan astuto.

Harrow suspiró.

—Ya sabes que puedo leer a la gente. Si conozco a alguien malvado, lo sé. Y también puedo saber si alguien ha matado antes. Quitar una vida deja una cicatriz en el espíritu. El Agua lo percibe al instante.

—¿Y no percibes nada en Raith?

Harrow negó con la cabeza.

—Sí, percibo una inclinación a la violencia, pero es inocente. Su espíritu está impoluto. Casi demasiado limpio. Solo he visto eso en niños.

—¿En niños? —Mal levantó una ceja. —Pero él no es…

—No. No, definitivamente no. Pero tiene esa pureza, y es ajeno al mundo por completo. Sé que suena irracional, Mal, pero… necesito hacer esto.

Malaikah la miró fijamente durante largo rato. Al fin, cuando Harrow estaba a punto de perder el control, asintió.

—De acuerdo. Está bien. Tienes tus extraños impulsos de vidente que yo jamás entenderé. Lo entiendo, y te respeto y te quiero pase lo que pase. Si este… esta locura de plan es en verdad lo que crees que necesitas hacer, entonces te apoyo.

—Gracias. —Llena de alivio, Harrow estrechó las manos de su amiga—. Sabes que yo también te quiero.

—Entonces ¿qué necesitas que haga? —Ahora los ojos de Malaikah se iluminaron con el brillo del desafío. Una mujer acostumbrada a dar vueltas en el aire no era de las que huyen de la incertidumbre.

—Tenemos que hacer un plan de escape. Tenemos menos de una semana antes del acto de Raith, o como se le llame a ser torturado frente a un público. Quiero que estemos lejos para entonces.

—¿Qué quieres hacer?

Harrow soltó las manos de Mal y se recargó en su asiento.

—Primero, tenemos que sacarlo de la jaula.

Mal la miró.

—Sabes que estoy un poco oxidada en esto de ser escapista, ¿verdad? Ha pasado mucho tiempo desde que me dedicaba a escaparme.

—Sigues siendo la mejor y la única en quien confío. No podría pedir una mejor cómplice.

Mostró una sonrisa.

—La adulación te llevará a cualquier parte. —Empezó a mover de nuevo su larga cola—. Está bien, de acuerdo. Pero no será fácil. Sabes que Sal habrá encantado esa jaula a más no poder.

—Supongo que los barrotes son irrompibles o Raith ya los habría roto.

—¿Así que es superfuerte y dulce? ¿Estás segura de que no estás enamorada?

Harrow sintió que se sonrojaba.

Mal alzó una ceja.

—¿Cómo se mantiene cerrada la jaula?

—Tiene un candado en la puerta.

Mal hizo una mueca.

—Definitivamente encantado. Por suerte para ti, conozco a alguien.

—¿Qué? ¿A quién?

—Hay un viejo encantador en el Subterráneo que vende encantamientos un poco criminales. Por el precio justo, puedo conseguir una ganzúa que abrirá cualquier candado, incluso uno encantado.

Harrow abrió los ojos de par en par.

—Eres una genia, Mal.

—No. El viejo Godric es el genio. Pero un encantamiento tan poderoso durará solo un día o dos, así que tenemos que pensar en el tiempo oportuno a la perfección. Entonces, ¿qué hay que hacer después?

—No lo sé. No he pensado más allá de sacar a Raith de la jaula.

—Nunca habías organizado una fuga épica, ¿verdad?

Harrow frunció los labios.

—Sabes que no.

—Pues qué bueno que me tienes a mí, aunque esté oxidada. —Malaikah dio una palmada—. Bien, esto es lo que vamos a hacer. Primero, necesitas un plan de escape real. Tiene que ser inesperado, pero no tan inesperado que resulte obvio. A veces el plan más obvio es tan obvio que se vuelve inesperado.

—¿Qué?

—No importa. Segundo, necesitas un plan de escape falso. Una distracción. Tienes que dejar un rastro falso para que cuando Sal empiece a cazarte tenga algo que seguir que lo lleve por mal camino. ¿Me sigues?

Harrow asintió, un poco triste al darse cuenta de dónde procedía la experiencia de Malaikah en ese campo.

Los padres de Mal habían sido líderes del famoso clan de panteras de Kambu, en el lejano sur, antes de ser asesinados por sus rivales. En cuanto sus enemigos se dieron cuenta de que la pequeña hija de los líderes había sobrevivido al ataque, salieron en busca de su sangre.

Solo gracias a su astucia y su capacidad de adaptación, Mal había podido escapar con vida. Planeaba volver algún día a Kambu para recuperar su patrimonio, pero por ahora la vida en el circo era lo único que tenía.

—Veámoslo de esta manera —dijo Mal—. Imagínate que eres Salizar. Tu adivina y tu espectro se escaparon, y te preparas para darles caza. ¿Dónde buscarías primero?

Harrow frunció el ceño, pensando.

—Me imagino que supondría que nos escondimos en Allegra. Es una ciudad enorme con tanta gente yendo y viniendo que sería un escondite obvio. Fácilmente podríamos encontrar un lugar donde pasar desapercibidos la última semana que el circo esté en la ciudad.

—Eso. Exacto.

—Entonces, eso significa que hacemos lo contrario. Tomamos mi caballo, reunimos provisiones y dejamos la ciudad de inmediato.

Malaikah negó con la cabeza.

—Incorrecto.

—¿Qué? Pero dijiste…

—Dije que la mejor opción es algo tan obvio que se vuelve inesperado. Tu primera opción del lugar más inteligente para esconderse fue la ciudad. Salizar llegará también a esa conclusión. Así que lo engañas. Compras un caballo en el mercado y robas provisiones para que parezca que planeas irte de Allegra. Pista falsa tendida. Pero en lugar de eso escondes el caballo en algún lugar donde no vaya a encontrarlo y te quedas en la ciudad. Cuando Sal descubra las provisiones perdidas, enviará gente a buscarte fuera de Allegra, pensando que te decidiste por la opción inesperada.

—Podemos comprar el caballo con un vendedor poco popular para que no sea obvio —dijo Harrow, comprendiendo la idea—, pero de igual modo lo bastante fácil para que Salizar lo descubra una vez que empiece a hacer averiguaciones. Llevaré un pañuelo llamativo para que el vendedor me recuerde. Salizar pensará que es muy astuto cuando encuentre al tipo con el que tratamos.

—Ahora sí estás pensando con inteligencia. —Malaikah sonrió—. Y robaremos comida de las tiendas del circo para que Sal piense que va por buen camino. Ese será el primer lugar que revisará.

Harrow asintió, empezando a creer que su plan podría funcionar.

—Pero ¿qué hacemos con el caballo? Si Salizar lo encuentra, se acabó.

Malaikah entornó los ojos mientras reflexionaba. Luego los abrió mucho.

—¿Y si no lo escondemos? Compramos uno anodino, y yo voy disfrazada a dejarlo en los establos del mercado central, donde todos los mercaderes dejan sus caballos. Aunque Salizar lo buscara, nadie te habría visto ahí, entonces ¿cómo iba a saber cuál era tuyo?

—De acuerdo. —Harrow miró fijamente a su amiga, con el corazón latiéndole con fuerza. Apenas podía creer que estuvieran planeando algo tan extravagante.

—De acuerdo. —Mal seguía sonriendo. Siempre disfrutaba el peligro de una manera que Harrow jamás había entendido—. ¿Cuándo empezamos?

—Tenemos seis días antes del acto de Raith. Yo digo que nos vayamos la última noche, así tendremos tiempo de sobra para prepararnos. Necesitamos comprar la ganzúa, encontrar un caballo, robar provisiones y asegurarnos un alojamiento donde escondernos hasta que el circo abandone la ciudad.

Los ojos de Mal saltaron un poco.

—Haces que parezca tan fácil.

Harrow se rio nerviosa.

—¿Así que de verdad te vas a ir? ¿Así como así?

—Tengo que hacerlo. Ya te dije que después de hacerle esa promesa a Salizar, me correrá una vez que Raith escape.

—No será lo mismo sin ti.

—No será lo mismo sin *ti*. Eres la única familia que tengo.

—Tú también, Harrow. Diosa, recuerdo cuando apareciste por primera vez, eras solo un pequeño duendecillo.

—Tú también eras bastante pequeña —dijo Harrow. Malaikah era solo cinco años mayor que ella. Las dos habían entrado el mismo año al circo, pero Mal había llegado varios meses antes que ella.

Malaikah se rio y negó con la cabeza.

—Estábamos tan desquiciadas.

Harrow sonrió con tristeza.

—Todavía lo estamos un poco.

—Cierto.

—Deberías venir con nosotros, Mal.

—Estoy tentada. Pero ya sabes que el mundo exterior no es muy seguro para mí y, además, me encanta el circo. No podría renunciar a él.

Si Malaikah realmente tenía planes de volver a Kambu algún día, tendría que dejar el circo de todos modos, pero Harrow decidió no recordárselo.

—Odio la idea de dejarte aquí con el farsante de Salizar.

Mal resopló.

—No le tengo miedo. Soy su estrella. Me necesita.

Harrow suspiró.

—Supongo que tienes razón. —Tragó con fuerza, luchando por reprimir las lágrimas—. Diosa, no puedo creer que esté pasando esto.

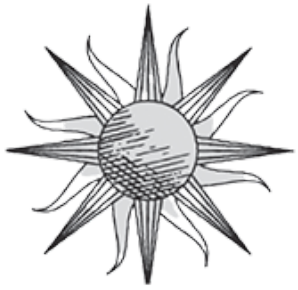
—Estoy orgullosa de ti. ¿Declararte como elemental? ¿Decidir ayudar a alguien que lo necesita? —Mal le tomó las manos con fuerza por encima de la mesa—. Ojalá no te fueras, pero sé que estás siguiendo a tu corazón y que haces lo que crees que es correcto, aunque signifique renunciar a toda tu vida. Es increíble. Eres increíble, por la Diosa, y te quiero.

La lucha de Harrow contra las lágrimas fracasó estrepitosamente. Estalló en llanto y sus hombros temblaban por los sollozos hasta que Malaikah rodeó la mesa para sentarse a su lado. Abrazó a Harrow con fuerza.

—Deja de hacer eso, mujer horrible, o yo también voy a llorar. Tú sabes que odio llorar.

Harrow se rio y las dos se abrazaron en un agradable silencio.

Ahora lo único que tenían que hacer era ser más listas que su astuto director y esconder a un elemental con unas características por completo únicas en una ciudad abarrotada de gente. ¿Qué podía salir mal?



# CAPÍTULO OCHO

El final de la semana llegó demasiado pronto, pero no había forma de que fuera diferente. Harrow pasó el último día haciendo sus rutinas habituales como en un limbo mental. Hizo lecturas, habló con otros trabajadores del circo, comió y limpió su caravana, pero no fue realmente consciente de nada de eso.

Todo estaba listo. Malaikah les había conseguido una habitación en una taberna del Subterráneo y había comprado la ganzúa encantada para abrir la jaula de Raith. Harrow había reducido sus posesiones a dos pesadas maletas y había comprado ropa para Raith en el mercado. Era tan grande que acabó encargándola a la medida, y el sastre se mostró incrédulo cuando ella le dio sus medidas aproximadas.

También había comprado un caballo que, junto con el costo de la posada, había reducido de manera significativa sus ahorros. Era una yegua café, común y corriente, pero el vendedor juraba que estaba bien adiestrada. Aunque eso no importaba. Una vez que la recogiera el viernes a medianoche, Mal, encapuchada y encubierta, la llevaría directamente a los establos de Allegra y la dejaría al cuidado de los mozos de cuadra.

Harrow había pasado la noche anterior robando comida y provisiones de los almacenes del circo con Malaikah. No sentía que fuera correcto, pero era parte del plan y había que hacerlo. Por suerte, Mal aún tenía habilidades de cuando huía, y lograron hacerse de algunas hogazas de pan, una rueda de queso, un pequeño saco de verduras y dos cantimploras de agua.

Raith intentó una y otra vez, a su manera silenciosa e intensa, convencer a Harrow de que desistiera de su plan para liberarlo, pero ella no cedió. Ella también sabía que Salizar sospechaba algo. Estaba bastante segura de que

Loren la había estado siguiendo toda la semana, y los guardias de la tienda de Raith parecían más alertas de lo habitual. Pero ella y Malaikah habían sido muy cuidadosas en sus incursiones individuales a la ciudad, y no las habían seguido hasta ahí. Estaba segura de que Salizar no esperaba que fuera tan lejos como planeaba.

Para hacerse cargo del guardia de esa noche, Harrow había preparado su infusión somnífera más potente. El té no era suficiente para dejarlo inconsciente, pero era un somnífero eficaz. Lo más probable era que se durmiera en una hora.

Después de terminar su última lectura, Harrow cerró su caravana, guardó las ganancias del día en su bolsa en lugar de llevárselas a Salizar. Después recogió sus cristales y cartas, y vació con cuidado el contenido de su cajón oculto de vidente en la parte superior de sus maletas.

Ese día se puso todas las joyas que había podido para no tener que empacarlas, pero también como despedida a su antigua vida. En su último día como adivina de circo, quería lucir lo mejor posible. La mitad de su cabello estaba recogido en un chongo desordenado sobre su cabeza, mientras que la mitad inferior quedaba suelta. Llevaba sus aretes de plata favoritos y se había cubierto las muñecas con pulseras. Para esa noche se había puesto una enorme y gruesa capa con capucha, junto con unas botas de cuero flojo que se calzaban como medias y se ajustaban con suaves lazos de cuero.

Después de cerrar la caravana, se dirigió a la tienda comedor e intentó comer, pero tenía poco apetito y solo pudo tomar un pequeño plato de sopa. La gente le daba palmaditas en el hombro o la saludaba al pasar, y ella tenía que contener las lágrimas en cada ocasión. Intentaba actuar con normalidad, pero sabía que cada interacción era en realidad una despedida.

En el circo, nadie había reaccionado demasiado al descubrir que era una vidente, lo que le hizo preguntarse si siempre lo habían sospechado, pero entendían su necesidad de mantenerlo en secreto. Eso solo hizo que los quisiera más y que su partida fuera mucho más agridulce.

Sin embargo, había muchos rumores sobre la más reciente adquisición de Salizar y quién podría ser. El director no le había dicho nada a nadie, ni tampoco Loren. Ni siquiera los que estaban de guardia sabían lo que custodiaban, y las especulaciones estaban a la orden del día.

Después de cenar, Harrow fue a la entrada trasera de la carpa principal para ver el espectáculo de Malaikah. Su hermosa pantera se balanceaba entre trapecios, hacía equilibrios sobre las manos y daba vueltas en el aire como la intrépida y poderosa mujer que era.

Cuando terminó el espectáculo, Harrow se dirigió a la tienda de Raith con la bebida para dormir y bebió una taza con Oli, que esa noche estaba de guardia otra vez. Sintiéndose culpable por tener que engañarlo, fingió dar un sorbo a la suya y luego lo escupió con discreción cuando él no la miraba, aunque tal vez podría haberse tomado toda la taza y no habría sentido ningún efecto. Estaba tan nerviosa que dudaba que pudiera volver a dormir alguna vez.

Después del té, entró un rato en la tienda, evitando las miradas punzantes de Raith mientras le leía. Él parecía percibir que ella estaba nerviosa, pero ella no le veía sentido a abordarlo, sabiendo que él se opondría a sus planes solo por preocupación por ella. Se despidió antes de lo habitual para que Oli se relajara y tuviera tiempo suficiente para conciliar el sueño, y después se dirigió a la caravana de Malaikah a esperar.

Mal no tardó en llegar y miró con atención a Harrow.

—¿Estás bien?

Harrow no encontraba aliento para responder.

—Dame cinco minutos. Tengo justo lo que necesitas.

Malaikah entró a lavarse y regresó vestida con unos pantalones y una túnica negros, con la larga cola asomando por debajo de la camisa. Las mujeres rara vez llevaban pantalones por esos lares, pero los vestidos eran prendas incómodas para una mujer con cola y, de todos modos, a Malaikah nunca le había importado seguir las normas sociales.

Se acercó a la despensa y sacó una botella de whisky y dos vasos.

—Tarán. —Sirvió uno para cada una y se sentó en el banco frente a Harrow.

Se bebieron el whisky y Mal volvió a llenar los vasos.

También se los bebieron.

—¿Mejor?

Por fin, Harrow sintió que se calmaba un poco. Asintió.

—Faltan dos horas para el show. ¿Ya visitaste a Oli con el té?

Harrow volvió a asentir.

—¿Visitaste a Raith hoy?

Harrow asintió una vez más.

—¿Tienes las maletas hechas?

Asintió otra vez.

—Bueno, pues entonces no hay qué hacer más que tomar otra copa.

De repente, pasó una hora después de la medianoche.

Harrow se puso su capa mientras Malaikah apagaba las linternas de su caravana. Juntas, se deslizaron afuera y observaron la tranquilidad de los alrededores. Harrow esperó a que Malaikah le diera la señal de que todo estaba despejado antes de moverse. Los sentidos de híbrido de Malaikah detectarían cualquier perturbación mejor que los de Harrow.

Al fin, Mal asintió.

—Vamos.

Harrow tomó a su amiga de la mano y las dos se arrastraron por el campamento hacia la tienda de Raith. Se mantuvieron al borde del circo, en las sombras, evitando el camino principal. Malaikah movía las orejas de un lado a otro en busca de señales de movimiento.

Por fin, llegaron a la tienda. Desde su escondite pudieron ver que el té había sido un éxito. El pobre de Oli estaba profundamente dormido en su silla. La tela de la puerta delantera de la tienda estaba bien atada, pero Mal la desató rápidamente mientras Harrow miraba por encima del hombro, esperando que Salizar saliera de repente en cualquier momento. Habían optado por la entrada delantera porque Harrow no creía que Raith cupiera como ella por debajo de los laterales de la tienda.

Adentro, como de costumbre, estaba completamente oscuro. Malaikah maldijo en un susurro.

—Ojalá tuviéramos algo de luz.

—No podemos arriesgarnos a encender una linterna.

—Lo sé.

Avanzaron con sigilo en la oscuridad hasta donde sabían que estaba la jaula de Raith. Con las manos extendidas delante de ella, Harrow sintió el acero frío de los barrotes entre sus manos.

—¿Raith?

Un ligero roce en sus manos hizo que una sensación cálida le recorriera los brazos. Buscó en la oscuridad, intentando verlo, pero solo pudo distinguir una silueta.

—¿Estás listo para salir de aquí?

—No lo hagas —dijo Raith en voz baja.

—No voy a cambiar de opinión, así que ahórrate tus palabras.

A su lado, Harrow oyó los sonidos metálicos que hacía Malaikah intentado abrir la cerradura con la ganzúa encantada.

—Sería mucho más fácil si pudiera ver la maldita cosa.

Raith retiró sus manos en ese momento, y Harrow se puso a retorcerse los dedos con nerviosismo.

De repente, una pequeña llama iluminó la oscuridad y Harrow se sobresaltó. Lo primero que vio fue una luz naranja parpadeante. Luego, pudo ver lo que aquella pequeña llama iluminaba y jaló aire con fuerza.

Raith tenía una mano extendida fuera de la jaula, junto al candado, y la llama flotaba varios centímetros por encima del centro de su palma.

Malaikah lo miró fijamente, absorta.

—¿Qué es…?

—¿Cómo lo haces?

—No sé.

¿No sabía? ¿Cómo podía no saberlo? Harrow sintió una sacudida de inquietud.

Pero no había tiempo para especular. Mal volvió a inclinarse sobre el candado, moviendo la ganzúa. Los segundos pasaban con agonizante lentitud, cada uno precioso y esencial para su huida. Justo cuando Harrow empezaba a dudar que el encantamiento de la ganzúa pudiera vencer el de Salizar, la cerradura se abrió de golpe.

—Funcionó —susurró Mal, triunfante, quitando el candado y abriendo el pestillo.

—Oh, Sal se va a enfurecer.

Raith cerró los dedos en un puño y extinguió la llamita que tenía en la palma.

Era libre.

Con el corazón latiéndole con fuerza por un motivo totalmente distinto, Harrow abrió la puerta de acero.

Raith saltó fuera de la jaula. No podía verlo, pero podía sentirlo, sintió el momento exacto en que recuperó la libertad.

No perdió ni un segundo. Harrow lo oyó dar rápidas zancadas hacia la puerta de la tienda. Abrió la puerta y salió, mientras Harrow y Malaikah corrían detrás de él. Afuera, se detuvo y contempló el campamento en calma y la noche iluminada por la luna.

Fue un momento glorioso.

Raith estaba de pie, su piel bronceada iluminada por el resplandor azulado de la noche y el cabello sedoso le caía sobre los hombros desnudos. Su poderosa espalda se ensanchó mientras respiraba aire fresco, y se enderezó hasta alcanzar su estatura plena. Echó los hombros hacia atrás, estiró el cuello de un lado a otro, apretó los puños y dio fuerza a sus brazos y espalda.

El aire se cargó con un aura de poder, similar al de Harrow cuando la provocaban. Ella se le acercó con cautela y se puso a su lado para verle la cara. En sus ojos negros las llamas brillaban con energía, casi iluminando la noche. Raith levantó sus manos y las miró fijamente, y de repente unas afiladas garras se extendieron en la punta de sus dedos.

Después alzó un poco los brazos, arqueó la columna como estirándose y… unas enormes alas coriáceas brotaron de su espalda, tan altas que casi lo doblaban en estatura.

Harrow dio un salto hacia atrás, ahogando un grito, y Mal maldijo. Salizar no estaba bromeando con lo de las alas, ¿verdad?

Raith miró a Malaikah por encima del hombro y enseñó los dientes en un intento por sonreír, pero se veía tan formidable que Mal retrocedió. Luego miró a Harrow, pero ella no sabía qué estaba pensando. Seguía absorta en las alas, mirando las garras de treinta centímetros de largo que tenían en las puntas, arqueándose muy por encima de la cabeza de Raith.

Después, Raith plegó las alas contra su espalda y salió corriendo hacia la noche, dejándolas atrás.

Las dos mujeres se quedaron paralizadas sin poder creer lo que estaban viendo, pero Harrow se recuperó primero. Corrió tras él, convirtiendo su trote en una carrera cuando se dio cuenta de que él ya había cruzado la mitad del terreno. ¿Cómo podía moverse tan rápido?

—Raith —susurró, corriendo tan rápido como sus piernas lo soportaban —. ¡Raith, espera!

Él se detuvo con reticencia y se volvió. Su rostro era inescrutable, sus ojos aún brillaban. Aquellas enormes alas lo rodeaban como un manto de sombras.

—¿A dónde vas? —Por la Diosa, que nadie fuera a atraparlos en ese momento. Quién sabe de qué sería capaz Raith.

—A matarlo.

—¿A matar a quién?

—A Salizar.

Harrow se quedó boquiabierta.

—¿Qué? ¡No, no puedes matar a Salizar!

Él entornó los ojos. Era evidente que pensaba lo contrario.

—Raith, no puedes. Se supone que nos estamos escapando. —Harrow miró con desesperación a su alrededor, esperando que nadie que los viera y alertara a los demás. Esta situación era lo último que se esperaba y no tenía la menor idea de qué hacer.

Entonces se dio cuenta de que había sido una tontería. Por supuesto que Raith querría ir tras Salizar. Era un ser orgulloso y poderoso, y Salizar lo había encarcelado y humillado. Por supuesto que querría vengarse.

—No puedes matar a alguien a sangre fría —le explicó—. Si intentara lastimarte otra vez, puedes defenderte, pero no puedes matarlo así como así.

—¿Por qué no?

Lo agarró por el antebrazo y sintió el músculo fuerte como una roca bajo su palma.

—Porque está mal quitar una vida. Solo la Diosa decide quién vive y quién muere.

—Pero muerto ya no será un peligro para ti. Entonces no tendrás que irte. —Se encogió de hombros como si fuera lo más obvio del mundo.

A Harrow se le escapó una risa de desesperación. Raith estaba tratando de explicarle —con la mayor cantidad de palabras que le había oído pronunciar jamás— por qué debía coincidir con él en que cometiera un asesinato, como si fuera ella quien no estaba siendo razonable. Pensó que había que cambiar de táctica. Obviamente, él no le veía problema a matar a alguien, así que tendría que recurrir a otra línea de argumentación.

Por la Diosa, se alegraba de que Malaikah aún no los hubiera alcanzado. No hacía mucho que le había jurado que Raith era inocente. Aunque sabía que no debía dudar de lo que el Agua le había dicho, tal vez Mal no tendría la misma fe inquebrantable. Aun así, Harrow sabía con certeza que él no le haría daño.

—Mira —intentó de nuevo—, Salizar dirige este circo. Él lo fundó, y el circo lo necesita para funcionar. Sin él, ninguna de las personas que están aquí tendría trabajo o un lugar donde vivir, y eso es algo difícil de encontrar hoy en día para los de nuestra especie. En el mundo exterior, los humanos rechazan a los elementales, y hay muy pocos lugares en los cinco territorios donde podamos vivir con seguridad. Algunos de los que viven aquí, como Malaikah, están huyendo, y sus vidas estarían en peligro sin el circo. Salizar les da protección y estabilidad. No lo puedes matar, Raith.

Raith inclinó la cabeza. Sus ojos parecían distantes, como si mirara a través de ella más que a ella.

Estaban de pie en medio del circo donde cualquiera podría verlos. Para cualquier otra persona, Raith parecería aterrador. Como la muerte encarnada.

Para Harrow, incluso sumida en su ansiedad, era ferozmente hermoso.

Ahora que estaba libre del cautiverio, emanaba una naturaleza salvaje que la atraía como nunca nada lo había hecho.

«Libertad», susurraba el Agua. «Destino».

Lo ansiaba como la cuenca de un lago seco ansía la lluvia, y la fuerza de esa ansia la aterraba. Estaba siendo absorbida por un torbellino de algo que no comprendía, una atracción tan poderosa que no tenía deseos de liberarse.

¿Esto era el sueño? ¿Por eso la habían atraído las profundidades? Pero ¿qué le esperaba ahí? ¿La salvación o su destrucción?

—Harrow, Malaikah y tú pueden dirigir el circo tan bien como él. No es insustituible. —Raith se separó de su mano con suavidad y Harrow comprendió que no había conseguido hacerlo cambiar de opinión. Con los ojos encendidos y entornados, Raith se puso de nuevo en marcha para cumplir con su misión de venganza.

Ella no podía permitírselo.

—¡Raith, espera!

Incluso en ese momento, él se dio la vuelta. Ella miró hacia arriba, lo agarró por uno de los poderosos hombros e hizo lo único que se le ocurrió para evitar que intentara marcharse de nuevo.

Se puso de puntitas y apretó sus labios contra los de él.

Fue como besar a una estatua.

Si antes había estado inmóvil, no era nada comparado con esto. Todo su cuerpo se puso rígido y no hizo nada, no le respondió de ninguna manera.

Un poco avergonzada, retrocedió, volviendo a tocar el piso. Él se quedó mirándola, con el rostro inexpresivo. Por supuesto que él no quería que lo besara. Estaba pensando en vengarse y no estaba…

Raith acercó rápidamente las manos con todo y garras, rodeó la nuca de Harrow y se inclinó hacia ella para volver a besarla. Harrow se quedó sin aliento y ahora ella se puso rígida.

Sin embargo, no duró mucho. Ese hombre poderoso la atraía contra su fuerte cuerpo, sentía sus garras letales a solo unos centímetros de su suave garganta y, sin embargo, la sujetaba con cuidado.

Se derritió.

Se agarró débilmente a sus antebrazos, incapaz de pensar, incapaz de hacer otra cosa más que entregarse al beso. Cerró los ojos y olvidó todo excepto la sensación de sus labios contra los suyos, firmes y decididos.

En medio del tsunami de sensaciones que la consumía, sintió la crecida del Agua.

El poder respondía a él del mismo modo que cuando se sentía amenazada, lo cual no tenía sentido. No estaba en peligro de ninguna manera y, sin embargo, crecía en su interior como si se preparara para defenderla.

¿Estaba en peligro? ¿Raith era una amenaza?

Pero no se sentía de esa manera. Su boca sobre la suya, sus manos sujetándola con firmeza… Lo único que quería era rendirse y dejarse tragar por su fuerza. No se sentía como un peligro.

—¡Harrow! —susurró una voz en la oscuridad.

La realidad volvió. Raith la soltó con rapidez, retrocediendo, con los ojos negros abiertos de par en par. Ella lo miró fijamente, tratando de recuperar el aliento, con el corazón errático y su poder arremolinándose como un

tornado despierto que cobraba fuerza. Nunca antes había sentido algo así. Raith se lo había hecho. Pero ¿cómo?

—¿Qué eres? —susurró.

La mirada torturada que brilló en sus ojos podía haberle arrancado el corazón del pecho. En realidad no tenía ni idea de quién era.

Harrow iba a averiguarlo.

La convicción cristalizó en su alma y, de repente, como si estuviera satisfecha con su decisión, el Agua se calmó. El poder se retiró a su interior, adormeciéndose una vez más.

—¡Harrow! —Malaikah corría hacia ellos—. En nombre de la Diosa, ¿en qué están pensando, besuqueándose aquí donde cualquiera puede verlos? —Mantuvo la voz en susurro—. Traté de esperarlos escondida porque yo no quiero que me atrapen, pero parecía que no iban a terminar jamás. Por el amor de… Vámonos, ¿sí? Antes de que Salizar se asome por la ventana de su caravana y los vea ahí parados. ¿Y tienes que dejar las alas afuera, Raith? O sea, ¡pensé que no queríamos llamar la atención!

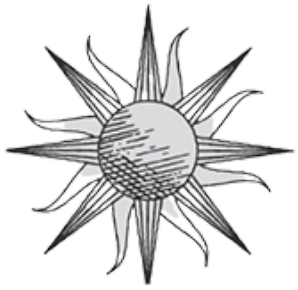
Harrow miró a Raith, recordando de repente por qué habían acabado tan cerca de la caravana de Salizar en primer lugar.

—Vamos. —Las palabras eran una afirmación para Malaikah y una pregunta para Raith. Sus miradas se encontraron, y ella, en silencio, le suplicó que renunciara a su venganza.

Raith no parecía ni remotamente complacido, pero al final asintió, y Harrow dejó escapar el aire que había estado conteniendo. Con un último movimiento de sus alas coriáceas, volvió a plegarlas en su espalda y desaparecieron.

Crisis evitada. Al menos por ahora.

Esperaba que la siguiente fase de su plan fuera más sencilla.



# CAPÍTULO NUEVE

Raith dejó que Harrow lo alejara de Salizar. El bastardo estaba tan cerca que Raith podía olerlo, casi podía saborear su sangre derramándose. La venganza había estado a su alcance y, sin embargo, había permitido que Harrow lo distrajera con un beso.

Pero no había sido cualquier beso.

Su carne cálida bajo sus palmas, sus ojos plateados llenos de deseo, su dulce aroma a lavanda inundando sus sentidos… Ese beso alejó de su mente los pensamientos sangrientos y lo hizo preguntarse por qué le parecían tan importantes siquiera. Cualquier otra prioridad palidecía en comparación con volver a saborear a Harrow.

Incluso ahora, mientras ella avanzaba a toda prisa adelante de él en la oscuridad, le resultaba difícil preocuparse por lo que estaban haciendo o adónde iban. Solo quería jalarla de nuevo contra él y explorarla más a fondo. Imaginarlo le hacía correr la sangre por el centro del cuerpo, endureciéndolo.

Sabía lo que estaba pasando. Aunque no recordaba haberlo hecho nunca con otra persona, sabía lo que quería.

Sin embargo, no estaba seguro de si debía quererlo. Lo dudaba porque su pasado no era más que un agujero negro y no podía asegurar que no fuera el monstruo que Salizar decía que era.

Aunque Harrow no creía que fuera un monstruo, se recordó a sí mismo. Harrow había jurado que no lo era y lo creía tan firmemente que estaba renunciando a su hogar para ayudarlo, aunque él no quisiera que lo hiciera. ¿Por qué no iba a creer lo que ella creía? Era la única persona que había conocido por la que sentía algo más que fría indiferencia o deseo de matar.

Miró su cabello, negro y rizado, y de nuevo tuvo que resistir el impulso de jalarla contra él. No entendía lo que sentía por ella, pero fuera lo que fuese, se sentía… cálido. Seguro, pero estimulante. Era embriagador y quería más.

—Tenemos que ser rápidos —susurró Malaikah—. Vamos muy retrasados y me estoy poniendo nerviosa.

—¿Te estás poniendo nerviosa? —Harrow se rio con discreción—. Yo llevo así una semana.

Raith volvió a llevar su atención al presente. Se estaban acercando a una gran caravana de lados curvos. Un toldo se extendía hacia delante desde la parte trasera con telas de colores que cubrían los lados a modo de paredes. Sobre ellas colgaba un letrero que decía: ADIVINA.

Raith se dio cuenta de que era el hogar de Harrow. Un hogar que estaba dejando atrás por él.

Matar a Salizar había sido su solución final para evitar que Harrow cometiera ese error. Pero ahora que ese plan estaba descartado, no sabía qué hacer. Aparte de volver a meterse en su miserable jaula y negarse a salir, para lo que no creía tener fuerzas, parecía que su única opción era rendirse al plan de Harrow.

Bajo el toldo, Raith tuvo que encorvarse un poco para no golpear la lona. Había una pequeña mesa, un sillón y una silla. Tres escalones conducían a la puerta de la caravana, y las dos mujeres entraron rápidamente. Raith las siguió.

La caravana era estrecha, sobre todo con tres personas. Raith se apretujó en un rincón junto a la puerta, temeroso de tirar algo.

Harrow se agachó junto a la cama y sacó una pesada bolsa de cuero de abajo. Cuando se enderezó, vio a Raith y sonrió.

—Es un poco pequeño para ti aquí, ¿verdad?

Malaikah también lo miró y se rio.

—Toma, saca esta maleta ridículamente pesada mientras vamos por la segunda. ¿Qué metiste aquí, Harrow? Creí que habíamos acordado que no necesitabas cuatro camisones.

Mientras Harrow defendía su trabajo de empacado, Raith levantó la maleta y salió por la pequeña puerta, feliz de liberarse del confinamiento. Todavía no le gustaba estar entre cuatro paredes después de salir de la jaula.

Afuera, dejó la maleta y estaba a punto de volver por la segunda cuando sintió una presencia cerca. Muy cerca y acercándose con rapidez. Olfateó, reconoció el olor y gruñó desde la garganta.

Loren.

O el guardia se había despertado y había alertado al humano o Loren había ido a revisar la jaula de Raith y la había encontrado vacía. ¿Qué hacía? Tal vez podía esconderse en la caravana con Harrow y Malaikah. Podía esconderse entre las sombras, y Loren nunca sabría que estaba ahí.

Pero ahora Raith era libre y estaba enojado, y esconderse era de cobardes.

Y quería sangre.

Loren se había quedado mirando sin hacer nada mientras Salizar lo apuñalaba con ese maldito bastón innumerables veces. Se merecía pagar por lo que había hecho.

Raith cerró las manos en puños y miró hacia la entrada de la tienda.

Segundos después, el humano entró con brusquedad.

Loren lo miró, se quedó paralizado y palideció, retrocediendo.

—Tú… tú…

Raith le enseñó los dientes.

Con valentía, el humano intentó recuperar su orgullo, enderezó la columna y levantó la barbilla, aunque le temblaban las manos.

—¿Cómo saliste?

Raith no dijo nada.

—Harrow te dejó salir, ¿verdad?

Raith gruñó. No le gustaba que el humano pronunciara el nombre de Harrow.

—¡Harrow! —Loren gritó de repente.

Eso enfureció a Raith. Harrow no quería que los descubrieran, y Loren no hacía nada por bajar la voz. Si los descubrían, ¿quién sabía lo que Salizar le haría a Harrow?

Raith había aceptado no matar a Salizar esa noche, pero no había acordado no matar a nadie más. ¿Harrow lo pasaría por alto?

—¿Dónde está? —le preguntó el humano, recuperando su altanería—. ¿Qué le hiciste, hijo de puta? Te voy a matar si la tocas…

Raith sacó rápidamente una mano y agarró al hombre del cuello, lo levantó y lo azotó con fuerza contra la mesa.

—Yo no soy hijo de nadie —le gruñó Raith en la cara—. Y tú eres un gusano.

Levantó la mano que tenía libre y sacó las garras, preparándose para atacar…

—¡Raith, no!

Raith alzó la cara y vio que Harrow salía de la caravana y bajaba los escalones de un salto para agarrarlo del brazo con sus pequeñas manos e intentar apartarlo del humano. Malaikah apareció, vio a Loren y volvió a meterse a la caravana tras maldecir.

La fuerza de Harrow era insignificante, y Raith podría haberse resistido sin esfuerzo, pero permitió que ella lo apartara de Loren. No sabía muy bien por qué. El humano respiró con desesperación, deslizándose de la mesa al suelo para alejarse de Raith.

Harrow corrió al lado de él.

—¿Estás bien?

Loren resolló, mirando a Raith con los ojos llenos de odio, el orgullo herido de un debilucho.

—Que la Diosa los maldiga a todos a las lúgubres sombras —murmuraba Malaikah una y otra vez en el interior de la caravana, en voz demasiado baja para que la oyeran los oídos normales.

—Él… habla. —Loren estaba ronco por el estrangulamiento, y señaló a Raith con un dedo tembloroso.

—Por supuesto que habla —respondió Harrow con furia.

—¿Lo liberaste? ¿En qué estabas pensando? Esa cosa tiene que volver a su jaula antes de que mate a alguien. ¡Me habría matado!

—Él no es una «cosa». Y tal vez te lo hubieras merecido por la manera como lo trataste.

—No me eches la culpa a mí. Él no es humano y no se puede confiar…

—¡Nadie en este maldito circo es humano aparte de ti! ¿Cuándo vas a entenderlo?

Loren se zafó de sus manos y se puso de pie.

—Lo siento, Harrow, pero no puedo dejar que hagas esto.

Se dio la vuelta, salió de la tienda y se echó a correr.

Malaikah insultó con furia asomando la cabeza por la puerta.

—No podemos dejar que se escape —dijo Harrow tomándola de las mejillas—. Irá directamente con Salizar.

—¿Cómo no lo sentiste venir? —le susurró Malaikah a Raith—. ¡Estuviste aquí afuera todo el tiempo!

Raith se dio cuenta de su error. No solo había puesto en peligro la seguridad de Harrow, sino también la de Malaikah. Era su culpa y, por lo tanto, su responsabilidad.

Una vez tomada la decisión, salió disparado de debajo del toldo, alcanzó a Loren en unos segundos y lo arrastró de vuelta por el cuello. Arrojó al humano a los pies de Harrow, esperando instrucciones.

Ella lo miró con la boca abierta.

Murmurando más maldiciones, Malaikah volvió a meterse en la caravana.

El humano empezó a levantarse de nuevo, así que Raith lo tiró al suelo y le apoyó un pie entre los omóplatos.

Harrow se llevó las manos a la cara.

—¿Lo mato? —Parecía la solución más fácil.

—¡No, Raith! —Respondió Harrow horrorizada—. ¡No hay que matar a nadie, ni a él!

Frunció el ceño. De verdad no veía el problema. Loren era un obstáculo, así que ¿por qué no eliminarlo?

—Tenemos que… —Se estremeció—. Tenemos que amarrarlo para que no pueda ir corriendo con Salizar. Lo dejaremos donde alguien lo encuentre por la mañana.

—No lo hagas, Harrow —gimoteó el humano desde el suelo. Raith lo pisó con más fuerza, resistiéndose al impulso de aplastarle la columna vertebral y la caja torácica.

—¿Lo meto en mi jaula?

Harrow lo miró a los ojos, y Raith observó con fascinación cómo su ira desaparecía y su mirada se volvía suave, una mirada que le dirigía a menudo. Una mirada que había aprendido a anhelar.

Su mirada volvió a endurecerse cuando vio cómo se retorcía la figura de Loren. Volvió a mirar a Raith y asintió con fiereza.

—Hazlo.

—Harrow, ¡cómo te atreves, puta!

Raith gruñó, afilando las garras, pero esperó el permiso de Harrow para responder al insulto.

Ella lo miró con una sonrisa maliciosa que le removió la sangre.

—Si va a armar un escándalo, será mejor que lo amordacemos.

Raith levantó a Loren por la camisa, y el humano empezó a gritar.

—¡Bájame, maldito bastardo! Harrow, ni se te ocurra…

Raith le dio un golpe en la cabeza. En el último segundo, amortiguó el golpe para no matarlo. Instantáneamente inconsciente, el humano quedó colgado de la camisa en manos de Raith.

—Dulce Diosa madre del velo —dijo Malaikah desde la puerta.

Harrow no perdió un segundo.

—Mal, trae un trapo de cocina y uno de mis pañuelos.

Malaikah regresó momentos después para darle los objetos a Harrow.

—¿Crees que me haya visto?

—No te vio. —Con cautela, Harrow le metió el trapo de cocina en la boca a Loren y luego le amarró el pañuelo alrededor de la cabeza para mantenerlo en su lugar. Era un bonito trozo de seda, y ella le hizo un nudo perfecto en la nuca con dedos temblorosos.

No era una mujer acostumbrada a amordazar a un prisionero, pensó Raith, y decidió que era algo bueno.

—¿Puedes llevarlo a la jaula y encerrarlo sin que te vean? —le preguntó Harrow. Él asintió, y ella entornó los ojos—. ¿Puedo confiar en que no lo vas a matar y en que vas a volver aquí después sin ir a buscar a Salizar?

Raith hizo una mueca. Harrow era demasiado lista. De mala gana, asintió.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—Prométeme que volverás sin matar a nadie.

Un juramento.

De repente, lo supo. Un juramento era la esclavitud.

No podía faltar a su palabra una vez que lo hubiera prometido, y aunque no estaba seguro de lo que ocurriría si fallaba, sabía que sería extraordinariamente desagradable. No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía.

¿Harrow se daría cuenta de la obligación que era para él? Tal vez no. Pero estaba empezando a confiar en ella, y quería probarse a sí mismo tan solo

porque ella era la única que creía en él.

Le devolvió la mirada.

—Juro volver inmediatamente después de dejar al humano en la jaula. Juro no matar a nadie antes de volver, a menos que primero intenten matarme a mí. —Añadió esto último como medida de protección. Luego, para asegurarse de que no se comprometía de manera indefinida, añadió—: Si no regreso por cualquier motivo o si nuestros planes se ven interrumpidos, este juramento se mantendrá durante el resto de esta noche y después quedaré libre de él.

La obligación lo rodeaba como una cuerda, como una cadena alrededor del cuello, exprimiéndole el aire de los pulmones. Una prisión peor de la que acababa de escapar.

Cualesquiera que fueran las circunstancias, cumpliría su palabra bajo pena de muerte, literalmente.

Porque lo que sentiría si intentaba romper un juramento era peor que morir.

Frunció el ceño. ¿Cómo lo sabía? ¿No acababa de concluir que no sabía qué pasaría?

Las preguntas se desvanecieron cuando se dio cuenta de que Harrow lo miraba fijamente.

—¿Qué fue eso? Sentí… Cuando hiciste la promesa, sentí como si…

—Ve —susurró Malaikah desde la puerta de la caravana—. Se nos acaba el tiempo.

Raith cargó al humano sobre un hombro y salió rápido de la tienda para cumplir su juramento.

Cuando se quedaron solas, Malaikah se paró en la puerta de la caravana y le echó «la mirada» a Harrow.

Harrow solo podía responder de una manera: con docilidad.

—¿Inocente? ¿Puro? ¿De verdad, Harrow?

—Yo sé lo que sentí.

—Ese hombre está tan sediento de sangre, que podría pensarse que vive de eso. Espero que sepas lo que estás haciendo.

Harrow suspiró.

—No tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Raith habría matado tanto a Salizar como a Loren si no lo hubieras detenido.

—Lo sé.

—Harrow, corazón, eso está fatal.

—Lo sé, ¿sí? Lo sé.

Malaikah también suspiró.

—La buena noticia es que pudiste detenerlo. Te escucha. Lo único que yo digo es que vas a tener muchísimo trabajo.

¿Intentaría Raith arrancarle la cabeza a cualquiera que lo mirara raro? ¿Tendría que dedicarse de tiempo completo a la prevención de asesinatos? Diosa, esperaba que no.

En ese momento, Raith regresó, silencioso y mortal como, bueno, un espectro.

—¿Listo?

Asintió. Después de la extraña promesa que había hecho, el aire vibraba con algún tipo de poder, y él parecía extrañamente resentido con ella, como si lo hubiera obligado a caer en una trampa. No era para nada su intención, pero ella no se habría quedado tranquila sin obtener su promesa. Nadie iba a morir esta noche si ella podía evitarlo.

Pero ¿qué había significado? Otro misterio que agregar a la lista.

Ella había hecho el juramento mental de ayudarle a averiguar quién era, pero no tenía ni idea de por dónde empezar.

El resto del plan se desarrolló sin problemas. Si Salizar tenía un encantamiento que lo alertaba si la jaula se abría, o no funcionó a tiempo para que los alcanzara o la ganzúa de Malaikah había conseguido engañarlo. Como fuera, el circo permaneció en calma mientras se escabullían en la ciudad.

Harrow agarró la mano de Raith con fuerza. Se había puesto la capa que ella le había comprado, pero incluso con la gran capucha tapándole la cara, se daba cuenta de que estaba abrumado por las vistas y los olores, incluso en la relativa quietud de la noche.

Allegra no era una ciudad que durmiera del todo, y mientras avanzaban con sigilo por las calles adoquinadas entre edificios de piedra, se cruzaron con borrachos tambaleantes, mendigos, viajeros cansados y alguno que otro forastero encapuchado de intenciones desconocidas.

Si no molestaban a nadie, nadie los molestaba a ellos. Así era la ciudad.

Malaikah los condujo a través de un laberinto de calles estrechas, dando vueltas en tantas combinaciones diferentes que Harrow perdió rápidamente el sentido de la orientación.

La ciudad central tenía algunas peculiaridades que había que tener en cuenta en el camino. Se rumoraba que debido a un exceso de magia de la reina del éter, calles enteras desaparecían de vez en cuando y reaparecían más tarde. A veces un giro equivocado te llevaba a donde querías ir, y un giro correcto te perdía por completo. Aunque se vendían muchos mapas de la ciudad, al parecer no había dos exactamente iguales, ni nadie capaz de dar indicaciones concisas.

Por eso, Harrow se quedó un poco sorprendida cuando por fin, al final de otro anodino callejón oscuro, Malaikah les indicó que se detuvieran.

—Hemos llegado —dijo.

Estaban frente a una taberna, identificada solo con un pequeño letrero oscilante en forma de círculo. Al observarlo más de cerca, Harrow se dio cuenta de que estaba tallado en forma de uróboros, una serpiente enroscada que se muerde su propia cola.

Ya había visto antes este antiguo símbolo, pero que se usara en ese lugar la hizo dudar.

El resplandor anaranjado de la luz del fuego brillaba sobre los adoquines a través de las estrechas ventanas de la taberna, e incluso a esas horas podía oírse adentro el murmullo de una animada conversación. Las ventanas del segundo piso estaban también iluminadas, pero no se oía ningún ruido por los postigos abiertos, y Harrow supuso que era ahí donde se encontraban las habitaciones de la posada.

Se detuvo en seco, de repente nerviosa.

—¿Cómo encontraste este lugar?

—Ya te dije —respondió Mal—. Pregunté por una posada de mala muerte en lo profundo del Subterráneo y tarán. No hay nada más subterráneo que esto.

—¿Estás segura de que no está dirigida por esa banda? —Todo el mundo conocía a la banda de híbridos propietaria y gestora de la mayor parte de las empresas del lugar.

—Oh, sé a ciencia cierta que está dirigida por ellos. Por eso el letrero. Se llama Uróboros.

—Entonces ¿por qué vinimos aquí?

—Porque, por consiguiente, también es el lugar más discreto para esconderse. Si Sal viene a buscarte, aquí nadie dirá una palabra a nadie, en especial a un forastero, y especialmente a Salizar. Ya sabes lo que piensan los elementales de aquí del circo de Sal.

Harrow miró el letrero con aprensión.

—Pero ¿nos permitirán quedarnos?

Mal se encogió de hombros.

—Ya pagué la habitación. Vamos.

Se dirigieron a la entrada de la taberna, una puerta de madera redondeada en la parte superior, cuando Malaikah se detuvo de repente y se dio media vuelta. Miró a Raith con una mueca.

—Pensándolo bien, mejor espera afuera. Adentro vas a destacar como un pulgar adolorido.

Raith no dijo nada.

—Entonces ¿cómo se supone que va a llegar a la habitación? —Sin embargo, Harrow tenía que aceptar la valoración de Mal. Incluso bajo la capucha, sus ojos brillaban y su imponente estatura hacía que sobresaliera por encima de los demás.

Raith alzó la cara hacia el segundo piso.

—Entraré por la ventana.

—Qué absurdo —dijo Harrow al mismo tiempo que Mal decía «Súper».

—Pero es demasiado peligroso…

—Corazón, yo podría escalar esas piedras con facilidad, y algo me dice que Raith se las puede arreglar solo. —Mal le lanzó una mirada mordaz—. Quédate en las sombras, y no dejes que nadie te vea.

Con un silencioso gesto de asentimiento, Raith se fue a un rincón y pareció disolverse en la oscuridad hasta hacerse casi invisible.

—Demonios —susurró Mal con un estremecimiento. Harrow ocultó su reacción, pero se había sentido de una forma muy parecida. Sería una tonta

si olvidara por un segundo lo peligroso que podía ser Raith.

Harrow y Malaikah entraron juntas a la taberna, y Harrow se dio cuenta de que había subestimado enormemente el nivel de actividad desde el exterior. Todas las mesas de la taberna estaban abarrotadas de gente ebria que estallaba en gritos y carcajadas. Había alguna que otra figura sombría que acechaba desde los rincones oscuros. Camareros con bandejas de cerveza se abrían paso entre la multitud mientras un trío de violines bastante ebrio arrastraba una ronda de canciones a la que nadie prestaba atención.

Harrow siempre había evitado este tipo de lugares. La ponía nerviosa que la miraran demasiadas personas; su seguridad siempre había dependido del anonimato. Reafirmó la decisión de que Raith esperara fuera. Si ella se sentía incómoda, Raith se habría sentido mucho peor.

Abriéndose paso entre la multitud, Malaikah se dirigió a la barra, donde una mujer llenaba jarras de cerveza.

—Alquilé una habitación arriba —gritó Mal por encima del tumulto—. Vengo por la llave.

La posadera asintió.

—Síganme.

Las condujo por una estrecha escalera que subía al segundo nivel. Arriba había un pasillo largo y estrecho bordeado de puertas. El ruido de abajo se filtraba entre los tablones del suelo.

La posadera abrió una puerta al final del pasillo, las hizo pasar y le dio la llave a Malaikah.

—Los pedidos de comida se hacen en el bar, pero podemos entregarlos en la habitación. Enviaré a los muchachos con leña y agua. La tina está detrás de la cortina. Las letrinas están afuera, atrás. ¿Necesitan algo más?

—Estamos bien, gracias.

—Disfruten su estancia —dijo la posadera sin entusiasmo y se marchó. El ruido del bar retumbaba en el suelo. Dejaron caer las maletas sobre la cama y miraron a su alrededor.

Aunque bastante pequeña, la habitación era sorprendentemente cómoda. Había una cama matrimonial, una chimenea de piedra, dos sillas, una mesa y un pequeño sofá muy parecido al de la caravana de Harrow. La cortina de la pared junto a la chimenea era la puerta del baño.

Lo primero que Harrow hizo fue ir a la ventana, descorrer el pestillo y abrirla.

—¡Raith! —susurró en el silencio de la noche. Se asomó y lo buscó por la calle, pero no vio nada.

Justo cuando empezaba a temer que se hubiera ido, la miraron sus ojos llameantes. No desde la calle, sino a media altura del muro; ya estaba escalando con las garras clavadas en los huecos entre las piedras.

Saltó hacia atrás para hacerle espacio, y un momento después él saltó un poco por la ventana y se echó la capucha hacia atrás. Sus facciones permanecieron inexpresivas mientras observaba su nuevo entorno.

—Muy bien —dijo Malaikah en el creciente silencio—. Lo logramos.

Por algún motivo, la victoria parecía vacía.

—Será mejor que regrese antes de que alguien se dé cuenta de que me fui. —Mal miró a Harrow con cariño—. Sabes que vas a tener que quedarte aquí, ¿verdad? Nada de vagabundear por ahí.

Harrow hizo una mueca.

—Lo sé.

—Muy bien. Los dejo. Todavía tengo que dejar tu caballo en los establos. —Miró alternativamente a Raith y a Harrow, cambiando su peso de un pie a otro—. Pues, buenas noches.

Harrow la abrazó. «Todavía no es un adiós», se aseguró a sí misma. Pronto volvería a ver a Mal, tal vez incluso al día siguiente, si conseguía escabullirse sin problemas.

—Buenas noches, Mal. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Se separaron. Malaikah se despidió con torpeza de Raith y se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

A solas, Raith y Harrow se miraron desde extremos opuestos de la habitación.

Tocaron la puerta.

—Agua y leña.

—Adelante —gritó Harrow mientras Raith se metía al baño para esconderse. Dos híbridos de lagarto entraron con una cubeta grande para bañarse y una jarra de agua para beber junto con un haz de leña. Tras indicarles que lo dejaran junto a la chimenea para que no vieran a Raith, Harrow les dio las buenas noches y volvió a reinar el silencio.

—Lo logramos —dijo Harrow, echándose la capucha hacia atrás. Raith salió y miró a su alrededor. No parecía tan contento como ella, y no hacía falta ser un genio para entender el motivo.

—De una jaula a otra —murmuró Raith, viendo la habitación bajo una luz totalmente nueva. Para su tamaño, era diminuta. Los techos eran tan bajos que su cabeza casi los rozaba.

Ella no contestó.

—Deberíamos descansar. —Miró la única cama y sintió que se le calentaba la cara.

Raith siguió su mirada y, de repente, el silencio se sintió muy pesado.

—Dormiré en el suelo.

El sonido de su voz no dejaba de hacer que la recorriera un rayo de electricidad, y lo miró. Su rostro era inexpresivo y ella no tenía ni idea de lo que estaba pensando.

—Hay espacio suficiente para los dos —dijo ella.

Él se limitó a mirarla.

Harrow apoyó las manos sobre su cadera.

—El sofá es demasiado pequeño, y no vas a dormir en el suelo, así que ni lo sugieras.

Raith entornó los ojos, así que ella hizo lo mismo, negándose a ceder.

No tenía nada que ver con las mariposas que sentía en el estómago cuando pensaba en acostarse a su lado. Se negaba a que un hombre que había pasado semanas en una jaula durmiera en el suelo en su primera noche de libertad. No importaba que lo hubiera besado hacía apenas una hora y que el recuerdo de su fuerte cuerpo contra el suyo siguiera tan claro en su mente como para dejarla sin aliento.

Le volvió a subir el calor a las mejillas. «No se trata de eso».

Decidiendo que dos podían jugar el juego del silencio, Harrow se dio la vuelta y fue a prepararse para acostarse. Después de lavarse y ponerse el camisón en el baño, volvió a salir y encontró a Raith de pie en el mismo lugar. Se acercó a la cama y apartó las sábanas de un lado, acojinando las almohadas para tener algo que hacer con las manos.

Él la observó todo el tiempo.

Fingiendo no darle importancia, se metió bajo las sábanas, le dio las buenas noches y se inclinó para apagar la linterna que tenía de su lado de la

cama. Cerró los ojos y fingió dormir mientras lo escuchaba moverse por la habitación.

Un rato después, sintió que el colchón se hundía cuando Raith acomodó su considerable peso a su lado, y su corazón empezó a acelerarse. Sin embargo, él no se metió bajo las sábanas.

Lo cual estaba bien, se aseguró a sí misma. Lo correcto era mantener cierto espacio entre los dos, y el hecho de que lo hubiera besado no significaba que estuviera lista para…

—¿Por qué no te metes bajo las sábanas? —susurró en la oscuridad, queriendo darse un golpe en la frente de inmediato.

¿Por qué lo presionaba? Porque quería que se sintiera cómodo. No quería que se arrepintiera de haberse escapado con ella. Y tal vez… porque quería estar más cerca de él.

Sintió que su cuerpo se movía y se acomodaba de lado, hacia ella, así que ella también volteó. Unos extraordinarios ojos de fuego la miraron en la oscuridad. Sus rostros estaban tan cerca. Harrow se permitió recorrer con la mirada la curva de los labios de Raith, el arco de su nariz, deseando poder usar su dedo en lugar de sus ojos. Era tan atractivo, sus rasgos tan orgullosos y nobles. ¿De dónde había salido? Seguro que alguien lo conocía y sentía su ausencia.

—Buenas noches, Harrow.

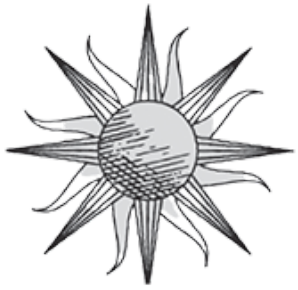
Su voz… La recorrió un escalofrío. «Supongo que no se acostará bajo las sábanas». Estaba bien. Pasar de una jaula a un colchón blando era un gran salto, y tal vez la comodidad de las cobijas sería demasiado para una noche. Podía entenderlo.

La libertad es tanto un estado mental como un estado del ser.

—Buenas noches, Raith. —Le ofreció una sonrisa somnolienta y cerró los ojos, inhalando profundamente su aroma para relajarse.

Ella se aseguraría de que permaneciera libre hasta que tuviera tiempo suficiente para creerlo.

«Cueste lo que cueste. Pase lo que pase».



# CAPÍTULO DIEZ

Raith se acostó sobre las sábanas, escuchando la suave respiración de Harrow, observando cómo su pecho subía y bajaba mientras su dulce aroma a lavanda le llenaba la cabeza y le nublaba los pensamientos. Esperó en perfecta quietud hasta que la respiración de Harrow se hizo más profunda, al ritmo del sueño, y luego se dio la vuelta y se sentó.

No iba a descansar mientras ella estaba indefensa. Jamás debió permitir que lo liberara de esa jaula, y mucho menos debió seguirla hasta ahí.

Pero así había sido. Así que la protegería.

Se levantó y miró a su alrededor. La habitación estaba a oscuras, pero tenía buena vista y podía ver casi perfectamente.

Su mirada volvió a Harrow como si fuera lo único que existía en el mundo. Dormía de lado, mirando hacia donde él había estado acostado, con el brazo extendido sobre las cobijas como si quisiera tocarlo. Llevaba un camisón sin mangas, y él contempló su piel desnuda sobre las sábanas blancas. Su pelo era como una tormenta de medianoche, rizos y caos, desparramado sobre la almohada como masas nebulosas.

Quería volver a la cama y meterse bajo las cobijas junto a ella, estrecharla contra su cuerpo y respirar su aroma hasta que fuera lo único que conociera.

Admitir ese deseo dio paso a otro. Quería besarla de nuevo, tocar su piel desnuda, saborearla…

«No está bien».

Se sentía impuro, indigno, y creía saber por qué.

No podía olvidar la expresión de horror en el rostro de Harrow cuando le impidió matar a Loren. Eliminar al humano le había parecido algo tan

natural como instintivo y sin embargo Harrow se había horrorizado. ¿Qué decía eso de él?

Fuera quien fuera, fuera lo que fuera, temía ser algo feo. Temía que su presencia en la vida de Harrow la manchara de alguna manera. ¿Pero qué podía hacer? Era demasiado tarde para volver a su jaula. Por su debilidad y su extraño e insaciable deseo de estar cerca de ella, la había puesto en peligro.

No podía deshacer ese error, ni podía procurarle a Harrow la vida que deseaba que tuviera, pero podía ser su guardián. Podía protegerla a cualquier precio para su cuerpo, su mente o su orgullo, hasta el momento en que exhalara su último aliento.

Era un pequeño precio por lo que ella le había dado a él, una criatura sin nombre, sin pasado ni propósito.

El vacío de aquel pasado olvidado se cernía sobre él como una sombra y le ardía la piel de ganas de salir de ella. Había venido de alguna parte. Había hecho cosas. Y cuanto más se miraba a sí mismo, a sus instintos e impulsos, más deseaba no tener que recordar nunca.

Tal vez esto podía ser un nuevo comienzo. Tal vez podía utilizar su nueva vida para ser el protector de Harrow y dejar el pasado atrás, donde pertenecía.

Decidió que la limpieza física era un buen punto de partida, así que se apartó en silencio de la cama, levantó la pesada cubeta de agua y se metió detrás de la cortina para lavarse.

Había una pequeña tina de madera, un espejo de cuerpo completo y dos toallas. Encontró un jabón en el estante junto a las toallas de una textura tan arenosa y áspera que pensó que podía ser para lavar ropa. No le importó. Frotó cada centímetro de su cuerpo hasta que le ardió la piel, intentando no pensar en lo oscura que podía volverse y en el miedo y el odio que había inspirado en los demás.

Con la taza que les habían llevado sacó agua de la cubeta para enjuagarse y salió de la tina, envolviéndose una toalla en la cadera. Tomó su ropa y se quedó inmóvil al verse en el espejo.

Se tensó y volteó despacio hacia su reflejo. La tenue luz de la luna brillaba a través de la cortina, lo suficiente para que pudiera ver con ella. Por primera vez en su memoria, vio su aspecto.

Y por fin entendió por qué la gente le tenía miedo.

Sus ojos eran… negros.

Completamente, excepto por los finos anillos de sus iris, que eran como un remolino anaranjado de fuego. Nadie que hubiera visto tenía ojos así.

Se miró al espejo y esos ojos le devolvieron la mirada. Podía cambiar su piel, esconder sus alas y guardar sus garras, pero sus ojos siempre dirían la verdad.

Era un monstruo.

Harrow había empezado a soñar en cuanto se durmió. Nadaba en paz por aguas turquesa antes de que el impulso de tomar una decisión se apoderara de ella, igual que la última vez. Esta vez, sin embargo, no tardó en elegir sumergirse, nadando hacia abajo con desafiante confianza, como si conociera los peligros de las profundidades y los retara a asustarla.

Sin embargo, una vez rodeada por completo por la negrura, esa confianza parecía estar a kilómetros de distancia. Aun así, se esforzó por mantener la calma, concentrándose en comprender lo que estaba viendo. Bueno, no veía nada. Nada más que oscuridad. Aun así, siguió nadando hacia abajo, creyendo que debía tener algún sentido, que se acercaba el final.

Y después llegó. Una pequeña luz naranja que parpadeaba como la llama de una vela.

Con la emoción corriendo por sus venas, nadó con más fuerza, desesperada por ver qué era. Al acercarse se dio cuenta de que no era una luz, sino dos.

Dos llamas que ardían en la oscuridad.

Pero no eran llamas. Eran anillos. Dos anillos de fuego. Parecían inteligentes, conscientes, y cuando se acercó aún más, se dio cuenta de que no eran anillos, sino ojos…

El sueño cambió.

—¿Tengo que predecir el futuro hoy? —Harrow, cuando era una niña de diez años, se quejaba mientras su madre ponía frente a ella una palangana de cobre con agua.

Mellora se sentaba y cruzaba las piernas por debajo de sus faldas, y acariciaba el cabello de su hija, acomodando un rizo rebelde detrás de su oreja puntiaguda.

—Las videntes practican la adivinación todos los días —le explicaba Mellora—. Así se mantiene fuerte su conexión con el Agua, y el elemento puede obrar a través de una. Es importante, Harrow, en especial ahora.

Las mujeres de su clan se reunían alrededor de un fuego crepitante a poca distancia de sus caravanas y sus caballos atados a los árboles. El cielo estaba negro, las estrellas ocultas por la luz de la luna llena. Del otro lado de las llamas, Luthera estudiaba con profunda concentración las piedras de adivinación que había arrojado al suelo del bosque. Las demás compartían tazas de té de limón y jengibre.

Nadie hablaba y el aire estaba cargado de tristeza y tensión. Harrow sabía que su clan estaba preocupado. Su madre había intentado protegerla de lo peor, pero ya era lo bastante mayor como para entenderlo todo.

Algo las perseguía.

Los clanes de videntes estaban muriendo en todos los territorios… y solo era cuestión de tiempo que el suyo fuera el siguiente.

—¿Por dónde empezamos? —Mellora le daba un codazo a Harrow con una sonrisa forzada.

—Me concentro en el agua del cuenco —respondía Harrow, que ya no quería quejarse de la lección.

—Así es. Deja los ojos quietos, escucha tu respiración, y cuando sientas la crecida del Agua dentro de ti, ríndete a ella.

Obligando a sus cansados ojos a concentrarse, Harrow observaba cómo las ondas del cuenco reflejaban los colores del fuego hasta que le pareció que estaba mirando directamente a las llamas mismas. Parecía extraño que el agua pudiera parecerse tanto a su fuerza opuesta.

Después de un rato, Mellora le decía que su esfuerzo había sido satisfactorio por esa noche.

—Te estás durmiendo sentada —decía con una risita—. Vamos a la cama. —Se levantaba, se alisaba el vestido y le ofrecía la mano.

Justo cuando Harrow tomaba la mano de su madre, Luthera lanzaba un pequeño grito desde el otro lado del fuego. Levantaba la vista, con expresión

desencajada. Harrow sentía miedo, se levantaba rápido y se pegaba a las piernas de su madre.

—Nos encontraron —susurraba Luthera—. Es demasiado tarde.

Se oían jadeos de terror alrededor del fuego. Alguien murmuraba fervientes plegarias a la Diosa.

Harrow jalaba la mano de su madre.

—¿Mamá?

Mellora la miraba con los ojos muy abiertos y asustados.

—Mi amor, quiero que corras hacia el bosque. Pase lo que pase, no mires atrás.

—Mamá, no…

—Ya está aquí. —Luthera extendía una mano temblorosa hacia el cielo.

Arriba, la luna llena proyectaba su luz sobre el claro del bosque. A su alrededor, el cielo estaba tan negro como el carbón.

Una sombra atravesaba la cara de la luna.

Colectivamente, las videntes elevaban su magia en respuesta a la amenaza hasta que hacían crepitar en el aire como una tormenta eléctrica.

—¡Harrow, vete! —Mellora empujaba a su hija hacia los árboles.

—La muerte desciende sobre nosotros —decía Luthera en una exhalación—. El último clan de las videntes cae presa de las sombras.

—¡Ahora, Harrow!

Pero al final no podía huir.

Agachada bajo los restos de una caravana volcada, Harrow se escondía con las manos pegadas a los oídos, intentando ahogar los gritos.

Al final, se hacía un silencio inquietante y ella bajaba despacio las manos. Algo seguía ahí afuera; podía sentirlo. Contenía la respiración, sabiendo que no debía hacer ningún ruido, aunque la abrumaban las ganas de gritar.

Y después… *eso* la encontraba.

El monstruo bajaba flotando, justo enfrente de la viga de madera rota que la protegía. A Harrow le temblaban las manos. Aunque nunca había visto a la muerte, sabía que su madre y el resto de su clan habían desaparecido.

Y sabía que el monstruo también la mataría. Temblando, se obligaba a mirarlo. Le devolvía la mirada.

Era negro por completo, como un vacío. Como un pozo sin fondo que absorbía todo, el color y la sombra. ¿Podía existir un ser así a la luz del día?

No tenía una forma definida, pero podía distinguir el contorno de un cuerpo poderoso, grandes alas que se arqueaban hacia lo alto y largas garras que se extendían hacia delante para agarrarla. Su rostro era también sombrío, salvo por unos colmillos blancos y relucientes. Y sus ojos…

Miraba fijamente esos ojos ardientes y esperaba la muerte.

Pero nunca llegaba.

La criatura le devolvía la mirada, su sombría cabeza se inclinaba a un lado y luego al otro. Y luego, sin previo aviso, se disolvía, su forma incorpórea se disipaba como el humo de una vela apagada.

Harrow salía un poco de su refugio y se asomaba a la noche. Alcanzaba a ver un humo negro que atravesaba la luna llena antes de agitarse y desaparecer.

Harrow se despertó sobresaltada y se quedó viendo el techo oscuro. La pena y el dolor amenazaban con ahogarla. El corazón le latía con fuerza, tenía los ojos abiertos, pero la mirada perdida.

Los recuerdos… Los había revivido todos. Su madre, sus hermanas de clan… Por fin, había recordado la noche de sus muertes.

Y al ser que las había matado.

Siempre supo lo que ocurrió después: la habían encontrado a la mañana siguiente, encogida junto al cadáver de su madre, y la habían llevado al último templo de la Diosa que quedaba en la región. Ahí, una bondadosa sacerdotisa le había dicho que se tapara las orejas y que no le dijera a nadie qué era.

Poco después el circo pasó por ahí. Conoció a Malaikah y formaron un vínculo instantáneo, y cuando Salizar le ofreció un lugar entre su gente, aceptó enseguida. Siempre se había preguntado si Salizar había ido a buscarla a propósito o si su encuentro había sido una coincidencia, pero nunca se había atrevido a consultarlo con él y de todos modos no creía que él se lo hubiera dicho.

En cuanto a la noche de los asesinatos, bueno, todo el mundo había oído rumores sobre los letales asesinos de la reina del fuego, pero la mayoría

dudaba que fueran reales. Después de cincuenta años, la misteriosa extinción de las videntes y de los monstruos responsables se había convertido en materia de leyenda. Y con los recuerdos fragmentados que conservaba de aquella noche traumática, incluso Harrow había empezado a dudar de su existencia.

Pero ahora lo sabía.

No había podido recordar el aspecto de un espectro *wraith*. Ahora lo recordaba.

Se puso a temblar. Oyó la voz de Salizar en su cabeza diciendo: «Te estoy diciendo que es exactamente lo que parece».

Pero después se oyó a sí misma decir con firmeza: «Confío en mis instintos. Él no es lo que tú crees. Apostaría mi vida».

Raith era un ser físico. Harrow había tocado su piel, había besado sus suaves labios. Tal vez tenía algunas características de un espectro, pero le faltaba la más esencial: la incorporeidad.

Se rompió la cabeza intentando recordar qué más sabía de ellos. ¿De dónde habían salido? ¿Cómo habían sido creados? ¿Podía ser que hubiera espectros *wraith* que no hubieran ayudado a Furie en su brutal guerra? Todo lo que sabía de los espectros es que eran asesinos sin mente y sin alma. Sabía que Raith no era uno de ellos.

¿Lo que lo había visto hacer esa noche la había hecho cambiar de opinión? ¿Sus instintos le decían ahora algo diferente?

Se dio cuenta de que no. No era así. Quizá él fuera un poco más propenso a la violencia de lo que ella había previsto, bueno, mucho más propenso, pero no era malvado y no había quitado vidas antes. El Agua se lo habría dicho. El Agua nunca le había fallado y tenía que creer en ella. Dudar de sus instintos significaba dudar de lo que siempre había creído, de todo lo que su querida madre le había enseñado, y no estaba dispuesta a eso.

Un repentino sonido de chapoteo la devolvió al presente y solo entonces se dio cuenta de que estaba sola en la cama.

—¿Raith? —Después de sus inquietantes sueños, ansiaba el consuelo que su presencia le proporcionaba.

No obtuvo respuesta. Volvió a oír el chapoteo del agua y pensó que debía de estar en el baño. Le pareció una hora extraña para bañarse, pero lo entendía.

Esperó oír algo más, pero no oyó nada durante mucho tiempo. Pasó tanto tiempo que empezó a preguntarse si Raith de verdad estaba ahí. Pero si no estaba, ¿a dónde había ido? ¿Y qué había hecho ese ruido?

Por su mente ansiosa pasaron todo tipo de escenarios hasta que no pudo soportar más la tensión. Se quitó las cobijas de encima y salió de la cama, sus pies tocaron las frías tablas del suelo. El ruido del bar era mucho más bajo que antes, pero, sorprendentemente, seguía escuchándose. ¿Cerrarían a alguna hora de la noche?

El ruido bajo cubrió sus pasos mientras avanzaba por la habitación con el corazón acelerado. Cuando llegó del otro lado de la cortina vaciló, atenta a cualquier sonido. No quería molestar a Raith si estaba ahí, pero sonaba como si no hubiera nadie.

Al fin, reunió el valor para levantar el borde de la cortina y echar un vistazo.

Raith estaba ahí, de pie frente al espejo con una toalla alrededor de la cadera, inclinado, mirándose. La cara, específicamente. El resplandor azul de la luna proyectaba sombras sobre los músculos de su amplia espalda. No parecía haberse dado cuenta de su presencia.

Descorrió un poco más la cortina.

Al oír el movimiento de la tela, Raith se giró con un gruñido, mostrando los colmillos y las garras. Harrow retrocedió por instinto. Al verla, retrajo rápidamente las garras y se dio la vuelta. Pero no volvió a mirar el espejo, como si no pudiera soportar ver lo que se reflejaba en él.

—¿Raith?

Él desvió la mirada hacia ella, y Harrow no pudo evitarlo: el corazón le dio un vuelco de miedo.

Sus ojos… Eran los mismos ojos de su sueño. Primero, los ojos que había encontrado en las profundidades silenciosas, y después, en el espantoso recuerdo que siguió.

Pero se olvidó de eso cuando vio la mirada torturada de Raith.

—¿Estás bien? —Se acercó. El miedo que le daba lo que él pudiera ser era rápidamente superado por la extraña sensación de protección que le inspiraba.

Volvió a verla a los ojos de manera breve antes de apartar la mirada.

—Mis ojos.

—¿Qué tienen? —Harrow se dio cuenta de que no se había visto en un espejo hasta ahora. Avanzó un paso más. Unos pocos más y estaría lo bastante cerca como para tocarlo.

—¿Cómo sabes que no soy lo que Salizar cree que soy?

—Tan solo lo sé. Lo sé en el fondo de mi alma.

—Pero parezco… —Torció la boca.

—Pareces un espectro. —Harrow ya no podía negarlo.

—¿Qué significa?

—No lo sé, pero lo vamos a averiguar.

—¿Y si Salizar tiene razón?

Ella dio un paso más.

—El hecho de que hagas esa pregunta demuestra que no la tiene. ¿No lo entiendes? Los espectros de Furie eran criaturas sin mente y sin alma. Tú no eres así. Tú has sido amable y dulce conmigo. Querías protegerme de Salizar. —Matándolo. Pero la intención era lo que contaba, ¿verdad?—. Confío en que me mantendrás a salvo.

Y así era. Ella creía plenamente que él jamás le haría daño. Así era como sabía que no era un espectro.

Sin ser por completo consciente, dio el último paso. Así de cerca podía verlo mejor. Las gotas de agua bajaban por su pecho desnudo, goteaban de su pelo y se deslizaban por su suave piel. Sus pómulos estaban tan definidos que se formaban pequeñas cuencas debajo de ellos. Su boca… Su mente se quedó en blanco, incapaz de hacer nada salvo pensar en cómo se había sentido besarlo.

Alzó una mano y le acarició un mechón de pelo. Un estremecimiento le recorrió la espalda. Ella se dejó caer contra él.

—Raith, yo…

Los dedos de Raith la tomaron por la quijada, recorriendo su forma con un toque ligero como una pluma. Ella levantó la cara hacia él, dejando al descubierto su garganta, para recibir más caricias. No sabía qué era él ni por qué se parecía tanto a un ser maligno, pero nada de eso importaba ahora. La conexión entre ellos era innegable, y ahora mismo esa conexión exigía reconocimiento.

Ella se sentía impotente. De todos modos no tenía ningún deseo de resistirse.

Llegó al final de su quijada y deslizó los dedos por el borde de su oreja, deteniéndose en la punta. Harrow no pudo evitar que la recorriera un escalofrío.

Raith enredó sus dedos en el cabello de Harrow hasta que la tomó por la nuca con su gran palma. Ella se quedó sin aliento. Estaba tan cerca. Tan cerca que no podía pensar.

—Raith…

Susurró esa palabra contra sus labios. No recordaba haberse estirado para llegar a ellos, ni haberlo agarrado con fuerza de los antebrazos. Los duros músculos no cedían bajo sus dedos.

Él se inclinó un poco más y sus bocas se rozaron.

De nuevo, se le cortó la respiración. Él se apartó infinitesimalmente, pero ella lo persiguió. Volvieron a rozarse. Se quedaron quietos. El tiempo se había quedado quieto.

Y después él se inclinó por completo y sus labios se fusionaron.

Su boca era dura y suave al mismo tiempo. Su cuerpo desprendía tanto calor como un horno. Su embriagador aroma masculino inundó sus sentidos. Quería más.

Sus labios se separaron, dejando un breve espacio para que el aire escapara antes de volver a juntarse. Raith tenía una mano todavía enredada en su pelo, posó la otra en la curva de su cintura, donde estrujó con los dedos la seda de su camisón.

Harrow deslizó las manos hasta la piel húmeda de sus hombros, y las gotas de su pelo mojado le humedecieron el dorso de las manos. Él la besó con firmeza, pero no intentó ir más allá, y de repente ella se preguntó si él lo habría hecho antes. Si no era así, le tocaba a ella enseñarle.

Armándose de valor, Harrow le pasó la lengua por la comisura de los labios, invitándolo a abrirlos. Él se puso rígido por un segundo, antes de separarlos. Ella le acarició la boca con su lengua, rozándola con la suya, evitando los colmillos con cautela.

Raith tensó los dedos en el cabello de Harrow, jalando un poco de las raíces. Animada, volvió a tocar su lengua, y esta vez él la imitó. Se encontraron en medio, enredándose, y ella se perdió.

Al parecer él también. Soltó su cabello para tomarla de la cintura con las dos manos, que bajó hacia la cadera para atraerla con firmeza contra él. Su

excitación, larga y gruesa, presionó su suave vientre.

Ella gimió, frotándose contra él, deseando sentir más aquella tentadora fricción. Raith tensó los dedos casi dolorosamente al deslizarlos hacia abajo para agarrarle las nalgas.

Apartó los labios.

—Harrow…

Ella estaba demasiado excitada para preocuparse de cualquier otra cosa que ir más lejos.

—Raith.

—No deberíamos… —Sus labios volvieron a rozar los de ella, sin llegar al beso, y ella trató de perseguir su boca cuando él se apartó, pero él la mantuvo firmemente lejos.

—¿Por qué no? —Ella seguía esforzándose por llegar hasta él. En otro momento, podría haberse avergonzado de su atrevimiento, pero no ahora. No con él.

—Quiero… —Otro roce de sus labios. ¿Estaba tratando de volverla loca? —. Cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas.

—Yo también quiero cosas. —Quería muchas «cosas». Él no tenía ni idea de cuánto las quería.

—No debería.

—¿Por qué no?

—Tú eres… yo soy…

Su vacilación no hizo más que avivar la pasión de Harrow.

—No tiene nada de malo. Yo quiero lo mismo que tú. —Tal vez. Si él era tan inexperto como ella suponía, era probable que no tuviera ni la mitad de los pensamientos lascivos de Harrow.

Aunque, quizá sí.

Con las manos firmes en sus nalgas, la levantó como si no pesara nada. Harrow rodeó su cadera con las piernas y sus bocas se fundieron mientras él salía a la habitación del otro lado de la cortina.

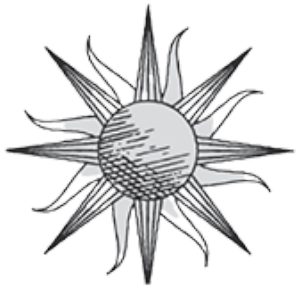
La dejó caer de espaldas sobre la cama.

Ella lo miró fijamente, apoyado encima de ella sobre sus poderosos brazos, y no podía creer que estuviera a punto de hacer esto. No debería

sorprenderle; si era sincera consigo misma, lo había deseado desde el primer momento en que lo vio. Sin embargo, una parte de ella aún no podía creer que estuviera ahí, con ese hombre. Ese hombre silencioso, intenso, poderoso y hermoso. Siguió con la mirada la fuerza musculosa de su abdomen hacia abajo, más abajo…

—Quítate la toalla. —Aunque la instrucción era audaz, su voz era un susurro.

Él se levantó sin quitarle los ojos de encima. Dejó caer la toalla.



# CAPÍTULO ONCE

Para Raith no existía el concepto de pudor. Y sin embargo, ahí, de pie, mientras Harrow recorría con la mirada cada centímetro de su piel desnuda, tuvo que resistirse al extraño impulso de huir de ella.

¿A ella le gustaría lo que veía? Lo único que él sabía de su cuerpo era que era fuerte y apto para la violencia, y que les daba miedo a los demás. Todavía no lo había considerado desde el punto de vista del placer que podía brindar.

Quería darle placer a Harrow. Necesitaba dárselo. Pero ¿cómo? No recordaba nada antes de aquel primer día en el desierto, y ninguno de los momentos que había vivido desde entonces era remotamente parecido a esta situación.

De manera instintiva, sabía lo que tenía que hacer, o al menos lo que quería hacer, pero ¿sería eso lo que ella quería? Las cosas que él se estaba imaginando… Con seguridad Harrow no querría eso. ¿O sí? ¿O él estaba mal al quererlas?

—Ven aquí. —Sus susurros eran seductores, aunque cierta timidez acechaba en su mirada.

Él ni siquiera vaciló; se arrastró en la cama por encima de ella antes de que terminara de hablar. En cuanto estuvo a su alcance, ella levantó las manos para tocarlo. Ambos dudaron, temblando un poco, y él se quedó quieto para no sobresaltarla. Harrow posó sus suaves palmas en su pecho y las deslizó hasta sus hombros. Apretó ligeramente los músculos de su trapecio antes de bajar por la espalda.

Cerró los ojos como si el solo hecho de tener las manos sobre su piel le produjera un gran placer. Él la miraba asombrado. Ni siquiera había hecho nada, ¿y ella disfrutaba tanto? Tal vez, después de todo, pudiera hacerlo.

—Quiero… —Se interrumpió cuando Harrow recorrió su abdomen con las manos y los músculos se contrajeron bajo su contacto.

Rozó con los nudillos la punta de su sexo endurecido.

Raith no estaba seguro de si lo había hecho a propósito o no, pero de cualquier manera no pudo disimular su reacción. Su cadera se agotó por sí sola y expulsó el aire de los pulmones como si lo hubieran golpeado.

—¿Qué pasó? —Ella lo miró sensualidad, con esa combinación de vulnerabilidad y seducción.

—Tocarte —fue lo que pudo decir.

Ella empezó a incorporarse, y él se apartó para darle espacio, observándola para ver qué hacía. Harrow llevó los dedos un poco temblorosos a la parte inferior de su camisón y se lo quitó.

A él se le secó la boca.

Ella apartó la mirada y alzó las manos para cubrirse los senos, pero antes de hacerlo se obligó a dejar los brazos a los costados y a encontrarse de nuevo con su mirada. Él no podía dejar de mirarla. No quería dejar de mirarla jamás.

La luz de la luna iluminaba con dulzura su suave piel. Sus senos eran pesados, su vientre, una suave curva. Separó los muslos desnudos para recibirlo entre ellos, y él se acostó junto con ella acariciando la redondez de uno de sus senos, observando con fascinación cómo se arqueaba contra su mano con un dulce suspiro.

A Harrow le gustaban sus caricias. Le gustaba sentir su mirada sobre ella. Era demasiado perfecto para ser real, pero él se negó a desperdiciar un segundo dudando de su buena suerte.

La pasión de sus ojos plateados le infundió confianza y apoyó la palma de la mano sobre su esternón, deslizándola hasta tocarle el otro seno. La forma como la carne le llenó la palma de la mano invocaba a una parte antigua y primitiva de él que hasta ahora no sabía que existía. Una cosa tan simple, la carne femenina desbordando su mano, lo hizo gruñir de satisfacción. Encendió en él un fuego que no sabía cómo controlar.

Quería estar más cerca, tan cerca como fuera posible. Y más cerca aún. Quería hundirse tanto en su calor que se perdiera por completo.

Harrow le rodeó los hombros con sus brazos y volvió a acercarlo a sus labios. Mientras se besaban, las manos de él siguieron recorriendo su cuerpo

con avidez. Le apretó los músculos de la espalda y le clavó las uñas en la piel.

Quería más. Algo. Todo. Solo más.

Le mordisqueó suavemente la piel del cuello cuando ella inclinó la cabeza hacia atrás para exponer su suave garganta. Tan delicada. Tan vulnerable. Se rompería como una ramita bajo sus dedos si perdía el control aunque fuera un segundo. Él preferiría morir antes de que eso ocurriera.

Arrastró la boca por su pecho y se detuvo ahí, dudando de repente de sus deseos.

Levantó la cabeza y se encontró con su mirada.

—¿Un beso?

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Sí. Bésame.

Raith se metió el pezón a la boca, complacido por el gemido de Harrow. Lo hizo también con el otro y obtuvo la misma reacción. Más audaz, agarró sus blandas nalgas y las apretó.

—Quiero… —¿Sabía siquiera lo que quería?

La quería a ella. Quería que echara la cabeza hacia atrás y llorara de placer mientras él saboreaba su centro más profundo.

—Sí —respondió ella en un jadeo, aunque no podía saber lo que él estaba pensando.

Él siguió bajando por su cuerpo hasta que su boca quedó por encima de su abdomen. Apretó la cadera contra el colchón, frotando dolorosamente su erección sobre las rasposas cobijas en un intento por calmar sus fervientes deseos. Incapaz de negar la urgencia, sacó la lengua para rozar el arco de la cadera de Harrow hasta llegar al suave vello entre sus muslos.

Se obligó a detenerse y levantó la cabeza. ¿Quería ella lo mismo que él?

Sus miradas se encontraron y ella asintió en silencio.

Muy bien. Él siguió deslizándose hacia abajo hasta que su boca quedó a unos centímetros de su centro reluciente y ahí se quedó inmóvil un momento, contemplando con asombro la maravilla que tenía enfrente. Sus pocos recuerdos no habían sido más que miseria hasta que la conoció, ¿y ahora esto?

Estaba desnuda ante él como un suculento festín, con las piernas abiertas, acariciándose sus propios senos mientras lo miraba con franco

deseo. Era demasiado bueno para ser verdad, demasiado imposible para ser real.

Harrow se retorció.

—Raith…

Él usó los dedos para separar sus pliegues, desnudándola aún más frente a su mirada hambrienta. ¿Hambrienta? No. Voraz era quizá una mejor descripción de la forma como se sentía al mirarla. Ella gimió ante la exposición, retorciéndose bajo sus dedos.

Bajó la cabeza y lamió una vez el centro, evaluando su reacción. Fue un gemido lánguido. Buena señal. Lo hizo otra vez.

—Más, Raith. Oh. —La besó, succionando su tierna carne entre sus labios. Repitiendo el movimiento, fue recompensado con más jadeos y gemidos.

Arqueó la espalda sobre el colchón cuando él deslizó un dedo dentro de su calor sedoso y húmedo. Incomparable. Mientras volvía a succionar su carne, añadió otro dedo, deseando que ella perdiera el control. Fue ampliamente recompensado con gritos, así que volvió a succionar. Y otra vez, hasta que ella gimió extasiada y pronunció su nombre.

Ella le suplicó una y otra vez que no se detuviera, lo cual era extraño porque él no había dado ningún indicio de que tuviera tales planes. Todo lo contrario. No estaba seguro de poder parar en ese momento. Se lo demostró metiendo y sacando los dedos como deseaba hacer con su pene, mientras chupaba aquel delicioso pedazo de carne. Ella agitaba la cabeza, su cuerpo temblaba y se retorcía. Era tan receptiva que resultó fácil descubrir cómo darle placer.

Gritó su nombre mientras se venía, y él sintió que los músculos de sus paredes internas se contraían alrededor de sus dedos. Al final, jadeando, le apartó la cabeza, incapaz de aguantar más.

Él obedeció, contento de dejar que ella tomara el control. Por ahora.

Ella lo jaló de los hombros y él permitió que lo guiara hacia arriba. Sus labios se encontraron y él compartió con ella su sabor dulce y salado. La idea de que ella estuviera saboreando la descarga que había derramado sobre su lengua hizo que sintiera una satisfacción tan primitiva que se separó del beso, sacó los dedos de entre sus piernas y se los acercó a los labios.

Observó con intoxicante fascinación cómo se los chupaba. Fue su turno de gemir. La sensación de su mano se trasladó directo hacia su verga, hasta que de manera inconsciente movió las caderas y se imaginó los labios de Harrow deslizándose alrededor… No. No iba a pensar en eso.

—Te toca —murmuró ella, liberándose de sus dedos. Puso las manos sobre el pecho de Raith y lo empujó para que rodaran sobre la cama.

Él acabó acostado de espaldas, con Harrow a horcajadas sobre su cadera; su cuerpo desnudo brillaba a la luz de la luna. Sus pechos llenos proyectaban una sombra bajo la que se apreciaba la suavidad de su vientre. Espontáneamente, Raith la agarró con fuerza de las caderas. La imaginaba deslizándose por su miembro en esa posición, con la cabeza echada hacia atrás mientras él se incorporaba para chuparle los senos…

Harrow interrumpió su fantasía arrastrándose hacia abajo por su cuerpo, recorriéndolo con la boca, de una manera muy parecida a lo que él le había hecho a ella. Seguro que no tenía intención de…

Todos sus pensamientos se desvanecieron cuando Harrow cerró su pequeña mano alrededor de su erección. Ahora fue él quien echó la cabeza hacia atrás y gimió, moviendo la cadera de manera involuntaria hacia ella.

Cuando volvió a abrir los ojos, ella estaba justo encima de él, con la mirada fija en su sexo y la boca a unos centímetros.

Iba a usar su boca con él. No, no era posible. Pero sí lo parecía. Vio que se lamía los labios para humedecerlos con una capa de saliva. «Por favor», le suplicaba mentalmente, pero no se habría atrevido a decir una palabra para convencerla si no era lo que ella quería. Seguro que ella jamás…

Sus labios envolvieron la cabeza y se deslizaron por el resto de su miembro.

Se escapó de su garganta un sonido que nunca había hecho antes, y puso los ojos en blanco antes de volver a enfocarlos lo más rápido posible. No quería perderse ni un segundo. Ella lo sujetó con firmeza por la base y subió su mano para encontrarse con sus labios y volver a bajar juntos.

Le arrancó otro gemido. Era indescriptible. Ella era la perfección, y él destruiría a quien se atreviera a tocarla. Desgarraría la carne de cualquiera que se atreviera a amenazarla hasta convertirla en jirones sangrientos. Aniquilaría ejércitos enteros…

Su boca se desprendió de la punta con un pequeño sonido de succión y la mente de Raith se quedó en blanco.

Aquellos labios sensuales volvieron a deslizarse hacia abajo. Raith creyó que se iba a morir de placer. Flexionó la cadera y se aferró a las cobijas con las manos. Ella era una tentadora. No, una diosa. Tuvo que resistirse mucho para no embestir con fuerza contra su boca.

Harrow apretó la base con los dedos mientras masajeaba con suavidad sus testículos con la otra mano y deslizaba la boca hacia abajo para tragárselo hasta el fondo. La punta del pene chocó con el fondo de su garganta y cuando Harrow gimió, la vibración envió una oleada de sensaciones por su miembro.

Él no pudo evitarlo. Si intentaba volverlo loco, lo había conseguido. Cualquier pensamiento racional que tenía salió volando por la ventana y levantó una mano para enterrar los dedos en su espeso cabello y embestir con la cadera contra su boca. Las mejillas de Harrow se hundieron mientras succionaba. Él gimió. Ella también.

Embistió de nuevo. Una y otra vez.

La agarró del pelo y apretó hasta que supo que tenía que doler, pero no podía aflojar los dedos. Entró y salió de su boca una y otra vez, hasta que alcanzó el límite del olvido.

Sintió el estallido del clímax y lo tomó por sorpresa. Tal vez si hubiera recordado haber llegado al clímax antes, se habría dado cuenta de que se acercaba, pero no fue así. Era una experiencia nueva. Se le escapó un grito ahogado. Un grito estrangulado y sorprendido, porque nunca había esperado sentir algo tan increíble. Puso los ojos en blanco y vio luces de colores que estallaban en la oscuridad cuando el orgasmo lo recorrió y se liberó en la perfecta boca de Harrow.

Parecía no tener fin. No estaba seguro de que no se hubiera desmayado por un momento.

Cuando volvió a la realidad, Harrow estaba subiendo por su cuerpo y se desplomó en la cama a su lado. Él se giró de lado y la atrajo hacia su cuerpo, apretándola contra él. Tal vez la abrazó con demasiada fuerza, pero estaba temblando y ella parecía ser lo único que podía calmarlo. Ninguno de los dos habló.

En ese momento recordó la forma en que le había jalado el pelo y había embestido contra su boca con fervor, y se llenó de vergüenza. Se apoyó sobre un codo para mirarla.

—¿Te lastimé?

Harrow sonreía. Tenía los ojos entornados y los labios curvos. Negó con la cabeza perezosamente.

Él frunció el ceño, poco convencido.

Le acarició el pecho para tranquilizarlo.

—No. Te lo juro. Me gustó.

Le gustó. Raith dejó que lo empujara de nuevo a la cama, aunque no se relajó del todo.

—Yo no… antes de esta vez… no recuerdo…

—Lo sé. Me lo imaginaba.

—Quería complacerte.

—Así fue. —Podía oír la sonrisa en su voz—. No te preocupes.

Raith se relajó un poco más.

—Yo quería complacerte a ti. —Harrow apoyó la mejilla sobre su pecho —. No me has contado mucho, pero me imaginaba que hacía tiempo que no sentías placer.

—No tengo recuerdos más allá de hace un mes y medio.

Ahora fue Harrow quien se incorporó para mirarlo fijamente.

—¿No recuerdas nada en absoluto?

Negó con la cabeza.

—Me imaginaba que sufrías algún tipo de pérdida de memoria, pero no me había dado cuenta de que… —Abrió mucho los ojos—. ¿Qué pasó? ¿Qué es lo primero que recuerdas?

—Me desperté en el desierto a mediodía. No sabía dónde estaba.

—Debe haber sido en algún lugar del sur. ¿Qué pasó después?

—Estaba al borde de la muerte cuando me encontraron unos comerciantes de carne. Intenté defenderme, pero estaba demasiado débil. Me encadenaron, me metieron en la jaula y me llevaron a Allegra, donde me vendieron a Salizar.

—Raith, eso es horrible. Lamento mucho que hayas pasado por eso. —Su mirada estaba llena de simpatía y suavidad. De alguna manera, su reacción lo reconfortó. Le brindaba un consuelo que no sabía que necesitaba.

—¿Eso es todo? —le preguntó—. ¿Es todo lo que recuerdas? —Él asintió —. ¿Algo te ha parecido familiar?

Raith se quedó pensativo un momento.

—Cuando me desperté en el desierto, sentía que mi cuerpo era algo separado de mí. Y hace rato, cuando me hiciste prometerte…

La mirada de Harrow se suavizó de nuevo.

—Esa promesa significó algo más grande para ti de lo que yo creía, ¿verdad?

Él volvió a asentir, desviando la mirada al techo.

—No sé cómo lo sé, pero una vez que doy mi palabra, entablo una obligación. Sentí que prometerte algo era como encadenarme.

—Por la Diosa, Raith, nunca quise que tú…

—Lo sé. Por eso te hice la promesa de todos modos. Confío en ti.

Ella sonrió.

—Gracias por tu confianza, no la traicionaré.

—Lo sé.

Harrow frunció el ceño.

—Tu palabra es inquebrantable. ¿Por eso no te gusta mucho hablar? ¿Para protegerte de decir algo que pudiera atarte?

Él asintió.

—Pero no lo sabía hasta hoy.

—Debió ser instintivo, entonces. Me pregunto cómo eras antes de perder la memoria. Si te gustaba más hablar.

—Creo que no hablaba para nada a menos que me obligaran.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo lo sabes?

Raith dudó.

—No lo sé.

—¿Acabas de recordar algo?

Negó con la cabeza, que le dolió de repente al intentar recordar.

—No… —Se pellizcó el puente de la nariz—. Es doloroso intentar recordar.

—Entonces no lo intentes. —Harrow le apartó la mano de la cara y entrelazó sus dedos con los de ella—. No importa. —Se llevó sus manos unidas a los labios y le besó los dedos uno por uno.

—¿Y si sí importa?

Físicamente, él era mucho más grande y poderoso que ella y, sin embargo, cuando lo miraba con ternura o cuando acariciaba su cuerpo con sus pequeñas manos, era como si se apoderara de todo su ser. Sentía que su alma descansaba en la palma de su mano.

—Ya lo resolveremos —prometió, mirándolo a los ojos—. Juntos.

Él asintió. Tenía la esperanza de que lo que descubrieran no le rompiera el corazón ni destruyera su confianza en él.

Harrow volvió a acostarse y se acurrucó contra Raith, exhalando un suspiro de satisfacción cuando él la abrazó con fuerza. Ahí acostado, sintiendo más paz y satisfacción de lo que jamás había sentido, afloró un recuerdo de la noche en que Salizar había sorprendido a Harrow en su tienda. Un recuerdo inquietante, como si quisiera estropear la perfecta intimidad del momento.

«En la remota posibilidad de que realmente fuera un *wraith*», había dicho Salizar, «por pequeña o improbable que sea, ¿aun así desearías cuidar a esta criatura?».

«Jamás», había murmurado Harrow con ferocidad, con la mirada llena de odio. «Antes, muerta».

Contra todo pronóstico, Malaikah regresó al circo sin incidentes. Incluso logró recoger el caballo de Harrow y dejarlo en los establos. Su plan parecía endeble, pero tenía que confiar en que funcionaría. Si Salizar atrapaba a Raith otra vez…

¿Qué? ¿Lo obligaría a actuar en el circo?

¿Lo mataría? Supuso que no valía la pena averiguarlo, aunque deseó que Harrow no hubiera echado su vida por la borda por un hombre con predilección por la violencia que, además, acababa de conocer.

«Que nunca ha quitado una vida, ay, por favor». Raith era una pesadilla andante. Terror ambulante.

Sin embargo, miraba a Harrow como si ella misma hubiera colgado la luna, y Malaikah creía que acabaría con todo un ejército y luego con él mismo antes que dejar que algo la hiriera. Era la única razón por la que Mal los había ayudado con el plan y no había ido directo con Salizar cuando las cosas habían empezado a salir mal. Por aborrecible que fuera la idea de

traicionar a su mejor amiga, lo habría hecho si por un segundo hubiera creído que Harrow estaba en peligro.

Al abrir la ventana de su caravana, Malaikah olió en el aire el inconfundible aroma de un encantador rastreando a su presa. Salizar había liberado a Loren de la jaula y tal vez iría directamente hacia ella en cuanto confirmara que la caravana de Harrow estaba vacía. Sospecharía de la participación de Mal, y tendría razón.

Se quitó la ropa, la metió en el ropero y arrojó su cuerpo casi desnudo a la cama. No era tímida, y si pasearse en ropa interior distraía a Salizar, mejor para ella. Se metió en las cobijas, enroscó la cola a su alrededor y cerró los ojos, tratando de alargar su respiración.

Unos treinta segundos después oyó un estridente golpe en la puerta de su caravana. Se puso tensa y volvió a acelerársele el corazón, pero no se levantó de inmediato. Tenía el sueño profundo, y si en realidad hubiera estado dormida, habría hecho falta mucho más que eso para despertarla.

Se oyeron más golpes. Se estremeció. De acuerdo, eso sí la habría despertado. Sonaba como si estuviera usando el bastón para derribar la maldita puerta.

Haciendo uso de sus mejores dotes interpretativas, Malaikah se arrastró fuera de la cama y bostezó y se estiró con grandes aspavientos mientras caminaba hacia la puerta. Era verdad que Salizar todavía no podía verla, pero cuanto más entrara en el personaje, más creíble sería. Abrió la puerta y miró con los ojos semicerrados al hombre enfurecido que estaba fuera.

—¿Dónde está, Malaikah?

Sí, estaba furioso. La amenaza de lanzar un rayo con su varita de bruja estaba tan poco velada que pequeñas chispas salían de la punta. Era tan alto, que sus ojos quedaban al mismo nivel que los de ella, aunque él estaba parado abajo de los escalones. Su penetrante mirada azul podía infundir miedo en el corazón de los hombres más valientes.

Menos mal que ella no era un hombre.

—¿Quién? —Malaikah bostezó y se estiró con languidez, apoyándose sugerentemente en el marco de la puerta, con la cola balanceándose con pereza detrás de ella. Estaba en calzones y en el *bralette* de uno de sus trajes más atrevidos.

Salizar apretó la mandíbula. «¿Te afecta la piel expuesta, Sal?». Tal vez hubiera un macho de sangre caliente en él después de todo.

—Harrow. ¿Dónde está?

—¿No está en su caravana?

—No seas evasiva. Sé que estás al corriente de lo que sea que ella estuviera planeando.

—Sal, es tarde, y ni siquiera estoy despierta por completo. Vas a tener que darme más información.

Pero Salizar no le estaba creyendo. Subió los escalones hasta la puerta y se cernió sobre ella, obligándola a retroceder para que pudiera entrar en la caravana.

Malaikah abrió los ojos un poco. Bueno, estaba completamente furioso.

—Dime dónde está, Malaikah.

—No sé, Salizar.

La obligó a retroceder otro paso y cerró la puerta de un portazo.

Maldición. Quizá la falta de ropa no había sido tan buena idea después de todo.

No, se negó a dejarse intimidar por él. Si se le acercaba, usaría sus garras si era necesario. Se inspiraría en una página del libro sanguinario de Raith.

—Dónde. Está.

—No. Lo. Sé.

Él azotó el bastón contra el suelo y otra lluvia de chispas salió disparada por el extremo.

—No trates de engañarme, carajo.

—Mira, aunque supiera dónde está Harrow, no te lo diría. En especial si irrumpes en mi casa agitando esa maldita cosa.

—¿Te das cuenta de lo que hizo? ¿Sabes qué es la criatura con la que huyó?

Mal se encogió de hombros, fingiendo calma. En realidad, su corazón intentaba subirle por la garganta.

—Harrow dice que confía en él, así que yo confío en él. Si se fueron, tal vez fue por una buena razón.

—Harrow está cegada por su enamoramiento. Yo intento protegerla, no castigarla.

—Mira, ya te dije que no sé…

—Ahórratelo —espetó Salizar—. Mejor déjame decirte por qué estoy seguro de que estoy, estaba, en posesión de un espectro *wraith* real.

—Los espectros son incorpóreos. No pueden retenerse en jaulas. Si existen, eso es lo primero que todo el mundo sabe de ellos.

—Sí. A menos que alguien haya encontrado la forma de atrapar uno en su forma física.

—Lo que requeriría toneladas de magia.

—El tipo de magia que posee, digamos, una reina de los elementales —levantó una ceja.

Malaikah se quedó con la boca abierta.

—Déjame contarte una historia, Malaikah. ¿Nos sentamos? —Salizar dio una vuelta, su largo abrigo silbó a su alrededor, y se sentó frente a la mesa. Se quitó el sombrero y se alborotó el pelo oscuro. Las puntas de sus orejas puntiagudas se distinguían entre los gruesos mechones, y su vívida mirada azul la seguía atentamente. Se sentó de lado en la banca, y sus largas piernas ni siquiera cabían debajo de la mesa.

Este hombre alto e imponente parecía incongruente en su pequeña caravana. Sin embargo, se sentó ahí, como si fuera el dueño del lugar. Y en cierto modo lo era.

Malaikah apretó los dientes y reprimió un gruñido. Aunque no se lo diría ni en un millón de años, Sal había logrado intimidarla, el muy maldito. Tomó una bata del ropero, se la puso y se sentó frente a él.

—Como sabes, la erradicación de las videntes inició hace más o menos un siglo —comenzó sin preámbulos—. Hace unos cincuenta años, el último clan que quedaba estaba regresando al territorio de Darya cuando ocurrió la tragedia. Un espectro *wraith* descendió sobre su campamento una noche y las mató a todas, excepto a una. Una niña pequeña, de diez años. —Había conocimiento en esos penetrantes ojos azules, y todo encajó.

—Lo sabías —susurró Malaikah—. Sabías quién era desde el principio.

—Sí.

Y nunca le había dicho una palabra a ninguna de las dos, se había contentado con proteger el secreto de Harrow todos esos años sin un susurro de reconocimiento. Malaikah solo podía mirarlo fijamente.

—Hasta el día de hoy —continuó Salizar—, nadie sabe a ciencia cierta por qué un asesino insensible e incorpóreo desobedeció a su ama y perdonó

la vida de una niña inocente. La historia se extendió como reguero de pólvora, cada versión más grandiosa que la anterior, hasta que no se consideró más que un rumor absurdo y cayó en el olvido. Pero como sabemos, Harrow, la última vidente superviviente, no es ningún rumor.

—Y tampoco los espectros. Lo entiendo. Eso no prueba nada.

Salizar alzó una ceja oscura.

—Todavía no termino. Tras la aniquilación de su linaje, la reina Darya se dispuso a vengarse. Estaba decidida a encontrar la forma de destruir a los elementales de Furie como Furie destruyó a los suyos.

Mal sacudió la cabeza.

—Y el ciclo continúa… —Las malditas reinas y sus mezquinas peleas eran la causa de muchísimas muertes y sufrimiento, y no era justo.

—En efecto.

—Creía que los espectros no se podían matar.

—Nada es indestructible. Furie castigó salvajemente al espectro que le perdonó la vida a Harrow por su desobediencia, lo que lo debilitó en gran medida, proporcionando a Darya la oportunidad perfecta para capturarlo. Pasó los siguientes cincuenta años buscando una forma de destruirlo hasta que al final lo consiguió.

—Lo que nos lleva a hoy, entonces.

—Sí. Darya descubrió cómo atar permanentemente al espectro a su forma corpórea, haciéndolo vulnerable y, por lo tanto, matable. Por desgracia, durante la transformación, fue arrojado de su prisión en una explosión mágica y desapareció. Ella creía que el espectro se había escapado, hasta hace poco, cuando recibí noticias de que había una criatura a la venta en Allegra que encajaba con la descripción.

—Estás diciendo que… Raith.

Salizar asintió.

—Es en realidad un espectro *wraith*.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

A Malaikah se le heló la sangre.

—Pero ¿cómo sabes que toda esta historia de Darya es cierta? No puedes haber hablado con ella de manera directa. Hace años que nadie sabe nada de las reinas.

—Creo que es hora de que entiendas quién soy, Malaikah. Dejo que los demás crean que no soy más que un encantador errante que busca su lugar en un nuevo mundo donde los de nuestra especie se han convertido en parias. Si bien eso es en parte cierto, también soy un emisario de la reina Audra, con órdenes de proteger de la subyugación y la consiguiente extinción a los elementales extraviados. Dirigir este circo es un deber decretado por la realeza, no solo un pasatiempo mío.

Malaikah se quedó boquiabierta al ver al alto e imponente encantador bajo una nueva luz. Siempre había sabido que era poderoso. Pocos encantadores podían crear un arma tan poderosa como su bastón. Pero nunca había sospechado que tuviera una misión secreta de la reina del aire.

—Pero eso significa… —Ni siquiera pudo terminar la frase. ¿Qué significaba?

—Significa que las reinas siguen involucradas en nuestro mundo y están intentando cambiar las cosas. En cuanto Darya perdió al espectro, corrió la voz pidiendo ayuda para localizar a su prisionero. Audra acudió a mí. Yo debía encontrar al espectro, contenerlo y viajar al oeste para entregárselo a Darya, donde sería destruido.

Mal solo podía mirar.

—Dulce Diosa Madre.

Salizar le devolvió la mirada, sus brillantes ojos azules querían hacer que el conocimiento penetrara en su cabeza.

—Pero por qué… —No podía aceptarlo. Tenía que haber otra explicación—. Harrow dijo que percibía que Raith era inocente. Que no había matado antes. Si fue él quien mató a toda su familia, entonces, ¿cómo…? —La idea de que Harrow anduviera por ahí con el asesino de su propia madre era suficiente para revolverle el estómago.

—No sé por qué Harrow cree lo que cree. Quizá esté obsesionada con él porque instintivamente siente la conexión que tiene con su familia perdida. Tal vez su mente, fragmentada por la tragedia, busca con tal desesperación una conclusión que convirtió esa conexión en deseo.

Malaikah miró fijamente a Salizar; odiaba que lo que decía tuviera sentido. ¿Era posible que Harrow estuviera equivocada acerca de Raith? Pero no, era demasiado grande. Se suponía que su poder, el Agua, era sabio y

omnisciente. Le habría dicho que Raith era peligroso, que Raith había asesinado a su familia, por el amor de la Diosa. Lo habría hecho.

¿O no?

Salizar se levantó de repente, haciendo que Malaikah se sobresaltara.

—Te dejo con tus pensamientos esta noche. Seguiré buscando a Harrow y al espectro y no te presionaré para que cooperes. Sin embargo, te advierto que haré todo lo que esté en mi poder para descubrirlos. Ya le avisé a Audra de su huida y no dudo de que le transmitirá la noticia a Darya, quien tal vez…

—Espera. ¿Darya también sabe lo de Harrow?

—¿Quién crees que me envió a buscar a la huérfana vidente de diez años?

Mal lo miró con la boca abierta.

—Como te decía, piensa en lo que te acabo de contar. ¿Vale la pena poner en peligro la vida de Harrow por esto? ¿Qué tan devastada crees que estará al saber la verdad? Si cambias de opinión, acude a mí en cualquier momento.

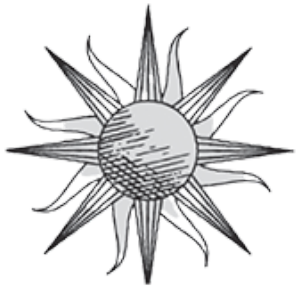
Volvió a ponerse el sombrero y atravesó la caravana, abrió de par en par la puerta diminuta y se agachó para salir. En el último segundo, volteó hacia ella.

—Dirijo este circo para proteger a los elementales y darles la oportunidad de una vida mejor. Sé quién eres y quién era tu familia, Malaikah. Sé de quién huyes. ¿Por qué crees que no te han atrapado después de todos estos años, a pesar de que tu cara aparece en todos los carteles de nuestro espectáculo?

—Nunca lo pensé… —Honestamente, no lo había pensado. Siempre había creído que Kambu estaba demasiado al sur como para estar en contacto con las ciudades por las que viajaban.

—La verdad es que quienes desean hacerte daño saben muy bien dónde estás, pero no se atreverán a atacarte mientras estés bajo mi protección. He matado a más de un futuro asesino que merodeaba mi circo, y seguiré eliminando a cualquier amenaza para ti o para cualquiera de los que están aquí. Yo protejo a los míos, Malaikah. Recuérdalo siempre.

Y salió por la puerta, dejando a Malaikah con los ojos muy abiertos por la sorpresa y el corazón lleno de dudas.



# CAPÍTULO DOCE

A la mañana siguiente, Harrow se despertó sintiendo el con tacto de otro cuerpo. Parpadeó lentamente, gimiendo de satisfacción. Raith estaba acostado a su lado, apoyado sobre un codo, recorriendo su piel desnuda con los dedos. Mientras rodeaba sus pezones, sus extraños ojos negros seguían sus caricias con intensa concentración.

Ella ronroneó de placer.

—Buenos días.

Su respuesta fue inclinarse y besarla.

Un cálido rayo de sol se extendía sobre la cama, haciendo brillar la piel de Raith.

La considerable erección que sentía contra su cadera la hizo arder de deseo.

La invadieron los recuerdos de lo que habían hecho la noche anterior antes de quedarse dormidos juntos. La forma como él la había mirado mientras ella lo chupaba, los dedos clavados en su pelo, los gemidos que hacían vibrar lo profundo de su pecho… Se retorció de placer, y su interior se inundó de calor. Quería más de él.

Dentro del círculo de sus brazos, levantó la cara para darle otro beso. Mientras sus labios bailaban, posó las palmas de sus manos sobre su pecho y se deslizó por la piel suave y los músculos tensos. Él agarró la carne de sus nalgas y la empujó contra él con un gruñido.

A ella le había encantado que él hubiera perdido el control la noche anterior, cuando su deseo anuló su cautela y había actuado por puro instinto. Y ahora la besaba apasionadamente y apretaba su cadera contra la suya con firmeza, y ella quería que volviera a perder el control.

Levantó la pierna, enganchó su cadera y se apretó contra él. Otro gruñido vibró en su pecho. Raith deslizó los dedos entre los muslos de Harrow y percibió su humedad, arrancándole un suave gemido. No había espacio entre sus cuerpos para que ella lo tocara a él, así que se limitó a agarrarlo de los brazos, suspirando de placer al sentir su fuerza.

Quería más. Quería… todo.

Dejó que la tocara hasta que estuvo empapada, sus cuerpos seguían deslizándose juntos, luchando por la proximidad. Entonces ella bajó un brazo alrededor de su cadera para agarrar su erección. Él gimió y sacudió la cadera. Ella alineó la cabeza de su verga con su entrada. Una embestida y la penetraría. Él apoyó la mano en su cadera, apretándola con fuerza.

Ella movió las manos a los firmes músculos de sus nalgas e inclinó la cadera para conducirlo adentro.

Era grande… vaya si lo era. Pero ella estaba tan preparada para él, tan desesperada, que se empujó con avidez por encima de la sensación de tensión, deslizándose sobre él, más y más apretada, hasta que él llegó casi hasta el fondo y…

Se puso rígido y se apartó de un jalón. Tenía los ojos muy abiertos y… ¿asustados?

Harrow se incorporó, invadida por el horror. ¿Qué había hecho? Ni siquiera se había planteado preguntarle si quería.

—Lo siento. —Solo porque era un macho no significaba que en automático estuviera listo para tener sexo. Lo habían torturado, encarcelado, no tenía recuerdos más allá de un mes y medio, y ella no lo había pensado dos veces antes de tomar lo que quería de él. Por supuesto que no estaba preparado. La intimidad tenía que ser aterradora para él después de lo que había pasado.

—No debí… Ni siquiera pensé…

Él solo se quedó mirándola.

Ella no podía soportarlo más.

—Iré a la otra habitación a lavarme. —Saltó de la cama y corrió hacia el baño, con la piel caliente por la vergüenza.

Estaba a dos pasos de la cortina cuando Raith apareció enfrente de ella. ¿Cómo se había movido tan rápido? No dijo nada, solo le bloqueó el paso. Seguía desnudo y muy erecto. Necesitó toda su voluntad para no mirarlo

fijamente, el deseo que sentía por él seguía latiendo en su torrente sanguíneo.

A eso se debía su intención de lavarse. Con suerte, el agua fría le bajaría la temperatura.

Pero, Diosa, si seguía mirándola así, no creía que pudiera…

Él la agarró, moviéndose tan rápido que se desdibujó por un segundo, y la apretó contra él. Ella soltó un chillido de sorpresa al chocar con su pecho. Al siguiente instante él tomó su boca con ferocidad.

La besó con tanta fuerza que ella retrocedió hasta que su columna vertebral chocó con la pared. Él la apretó contra ella, agarrando con suavidad su cabeza, aunque, por lo demás, casi aplastándola, y ella gimió de placer. Él la levantó y se estrechó contra ella.

A ver, ¿quizá había malinterpretado la situación?

No había tiempo para pensar en eso. Harrow echó la cabeza hacia atrás con un grito mientras él se daba un festín con su garganta, con el pene duro y caliente acariciando justo su centro empapado. Ella lo rodeó con las piernas, suplicándole con el cuerpo que la penetrara. Él inclinó la cadera de la forma adecuada y la cabeza de su sexo la penetró.

Ambos se quedaron quietos.

Harrow no se atrevió a empujar de nuevo, aunque tuvo que esforzarse mucho para no moverse.

—¿Esto es lo que quieres? —Raith respiraba con dificultad, mirándola con intensidad.

—Oh, Diosa, sí. ¿Tú quieres?

—Mataría por tenerte.

A Harrow se le escapó una risa estrangulada, haciendo que sus músculos internos se contrajeran y convirtieran la risa en un gemido.

—No tienes que matar a nadie, Raith. Estoy justo aquí. Yo también te deseo.

Aun así, él no se movió. ¿Cómo podía tener tanto control? Ella estaba a punto de desmayarse por la anticipación. «¡Contrólate, Harrow!».

—Raith, ¿confías en mí?

Él asintió al instante y a ella se le hinchó el corazón.

—Entonces escucha lo que te voy a decir y confía en que te digo la verdad. Quiero estar contigo. Más de lo que nunca he querido estar con

nadie. Así que dime lo que quieres y no seas tímido, porque lo más probable es que yo quiera lo mismo.

—Quiero estar dentro de ti.

—Entonces agradece a la Diosa, porque creo que moriré si no… Oh, sí…

Sus pensamientos se disolvieron mientras él la penetraba despacio. Diosa, era grande. Ella no era virgen, pero él la hacía sentir como si lo fuera. Poco a poco fue penetrándola hasta la base, y ella se aferró a él con fuerza, con el cuerpo tembloroso.

—¿Harrow?

—¡Sí! —¿Le respondía o le pedía más? No importaba.

Al parecer no necesitaba instrucciones, lo cual no era una sorpresa. Lentamente, se deslizó fuera de su cuerpo y le dio tiempo para acomodarse antes de volver a embestir. Volvió a entrar, flexionando la cadera bajo las piernas de Harrow, que le clavaba los talones en la espalda baja.

La velocidad de sus embestidas aumentó y Harrow sintió que él estaba a punto de perder el control. Ya no había incomodidad. Su humedad cubría el pene y sus músculos se habían relajado para adaptarse a su tamaño, y ahora se sentía… voraz. La idea de que él perdiera el control era muy atractiva.

—Harrow —gimió Raith de nuevo, enterrando la cara en su cabello.

—Más, Raith. —Ella sabía lo que él necesitaba. Estaba rígido por la tensión, los músculos le temblaban bajo sus manos. Estaba tenso por contenerse.

«Pierde el control», le suplicó en silencio. «Déjate ir».

Su siguiente embestida fue más fuerte, pero se detuvo de nuevo cuando estaba en lo más profundo, aun luchando contra sí mismo.

—Otra vez —gimió ella, y él volvió a moverse, arrancándole un grito de los labios—. Más.

—No quiero lastimarte…

—Se siente muy bien, más —gimió interiormente. Estaba tratando de ser paciente con él.

Pero él parecía satisfecho. Levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—¿Más? —Sonó casi como una amenaza.

—¡Sí!

La cargó de golpe, dio dos pasos y la dejó caer sobre la cama. Se arrastró por encima de ella, le abrió las piernas y volvió a penetrarla. Harrow gritó

cuando él la penetró con tanta fuerza que vio estrellitas.

Y ya no se contuvo más.

La agarró por las muñecas y se las inmovilizó al lado de la cabeza para cabalgarla duro. Con cada embestida, su pelvis presionaba su clítoris mientras sus testículos le golpeaban las nalgas.

Era divino. Era tan glorioso que Harrow se empezó a reír entre gritos de placer.

Le soltó las muñecas para agarrarla de los tobillos y enganchó sus piernas encima de sus hombros. Ahora Harrow no tenía aire para reír porque estaba demasiado ocupada gimiendo. Lo acariciaba por todas partes y sus gruñidos llenaban los espacios entre sus gritos.

Harrow bajó los tobillos y le rodeó la cadera con las piernas, alzándolas para atraerlo hacia sí. Sus bocas se encontraron y sus lenguas se enredaron con tal ferocidad que los colmillos de Raith le cortaron el labio y la hicieron sangrar. Ninguno de los dos se dio cuenta. Los brazos de Raith se clavaron en el colchón bajo su espalda y la rodearon con tanta fuerza que no podía respirar.

Ella empezó a alcanzar el clímax, pero no podía emitir ningún sonido, no podía hacer nada salvo estremecerse con violencia bajo su cuerpo mientras él la abrazaba tan fuerte que parecía que temía que se hiciera pedazos. Si la soltaba, ella no estaba segura de no destrozarse.

—Harrow…

Estaba cerca, ella lo notaba.

—¡Sí, Raith! —Quería que se viniera, quería que llegara al límite instantes después que ella.

Lo hizo. Todo su cuerpo se tensó y ella escuchó un profundo gemido cuando él volvió a enterrar la cara en su pelo. De pronto era ella quien lo abrazaba, rodeándolo con brazos y piernas mientras tenía un orgasmo que no cesaba y su poderoso cuerpo temblaba sobre ella.

Al final, se desplomó sobre ella, sacándole el aire de los pulmones. No importaba. De todos modos no necesitaba respirar. Había hiperventilado tanto por gritar que la cabeza le daba vueltas.

Se quedó acostada, mirando a la nada, acariciando su sedoso cabello y sintiendo algo tan fuerte que su corazón estaba por estallar.

Por fin, levantó la cabeza.

—¿Estás bien?

Ella solo pudo asentir, ausente.

Su preocupación se convirtió en calidez y giró sus cuerpos para acostarse de lado frente a frente, mirándose a los ojos, con los cuerpos todavía unidos. Era increíblemente íntimo, casi demasiado íntimo, pero apartarse sería destrozar algo precioso.

Estuvieron así hasta que ella perdió la noción del tiempo. Podían haber pasado diez minutos o una hora. No importaba. No tenían nada más que hacer. Si pasaba la semana mirándolo a los ojos de esa manera, lo consideraría tiempo bien empleado.

Pero su estómago rugió ruidosamente, y eso fue todo.

Raith bajó la mirada y luego volvió a alzarla, y sus labios se curvaron. Una sonrisa. Era tan pura que Harrow casi se puso a llorar.

—Tienes hambre —le dijo.

—Creo que sí. —Ella sonrió como una niña tonta y enamorada—. Tú también has de tener.

Él se encogió de hombros como si no le preocuparan mucho sus propias necesidades.

—Te traeré comida.

—No puedes. Tienes que quedarte aquí, ¿te acuerdas?

Él frunció el ceño.

—Ya sé. Pero eres muy notorio. —Una mirada de sus ojos y se grabarían a fuego en la memoria de una persona para siempre—. ¿Recuerdas lo que dijo Malaikah? Tengo que bajar sola a pedir comida y luego esperar aquí arriba a que nos la traigan. Llevaré mi capa para que nadie pueda verme la cara. De todos modos, desde aquí se oye todo. Te enterarás si hay algún problema.

Él entornó los ojos. No parecía convencido.

—Si pasa algo, gritaré con todas mis fuerzas. Me oirás sin problema. —De repente se le ocurrió que no hacía mucho había estado haciendo exactamente eso, pero por placer. ¿Cuánta gente la habría oído? Tal vez todo el mundo. En fin—. Puedes atravesar el piso para rescatarme. —No tenía ninguna duda de que era lo bastante fuerte.

Raith suspiró derrotado.

—Gracias. —Harrow sonrió y se inclinó para besarlo—. Primero quisiera bañarme. ¿Me acompañas?

Hicieron el amor dos veces más antes de que ella al fin consiguiera salir de la habitación.

Malaikah esperó hasta pasada la medianoche para escabullirse del circo. No se engañaba pensando que Salizar no la vigilaría, pero contaba con que subestimara su capacidad para ser sigilosa.

Salizar era bueno. Pero Malaikah era mejor.

Desde luego, salió del circo y entró en la ciudad sin incidentes, pero aún estaba por verse si la habían seguido o no. Cuidándose de permanecer oculta en las sombras, tomó una ruta indirecta hacia su destino, dio vueltas inesperadas en algunos callejones solo para volver atrás a la manzana siguiente.

Tuvo el cuidado de mantener la capucha sobre su rostro y la cola bajo la capa, y mantuvo sus sentidos en alerta máxima. La revelación de Salizar la había inquietado más de lo que se atrevía a admitir, y no dejaba de esperar que los asesinos que fueron enviados para matar a la hija de los líderes del clan saltaran sobre ella en cada esquina.

Sin embargo, nadie la atacó y llegó a los establos sin incidentes, así que su primera tarea de la noche fue comprobar cómo estaba la yegua de Harrow. La yegua, llamada Fiona, era un animal manso, y aunque Mal no tenía mucha experiencia con caballos —Salizar era el dueño de todos los del circo y su cuidado corría a cargo de los trabajadores— le fue fácil hacerse amiga de ella.

Fiona relinchó cuando se acercó, lo que Mal tomó como un cumplido, tomando en cuenta que solo la había visto una vez.

—Pronto saldrás de este aburrido establo —le prometió. En seis días más el circo se pondría en marcha, y entonces Harrow podría recoger su caballo para irse con su nuevo novio.

Aunque su «nuevo novio» era en realidad el asesino letal que había matado a toda su familia.

A Malaikah se le revolvió tanto el estómago que estuvo a punto de vomitar. Se aferró a la parte superior de la reja, se encorvó y respiró entre la

oleada de náuseas. Su mejor amiga, su hermana, estaba involucrada con un asesino cómplice de un genocidio.

—Mierda, mierda, mierda. —Su frente se perló de sudor frío.

Se enderezó, esforzándose por quitarse la sensación de encima. Ya había tenido ese debate interno antes. Toda la noche anterior, y también todo el día, incluso durante su actuación, demonios, lo que había hecho que fallara la parada de manos con un solo brazo al final. En su lugar, se había lanzado del trapecio en un triple mortal hacia atrás, con un aterrizaje perfecto, lo que había sido genial, pero, aun así.

El hecho era que estaba loca de preocupación.

Pero también había llegado a la conclusión de que no iba a hacer nada sin antes hablar con Harrow. Su amistad era demasiado sólida como para que no le concediera el beneficio de la duda. Se lo debía y sabía que Harrow haría lo mismo por ella.

Así que ahí estaba Malaikah, escabulléndose para visitar a Harrow la noche siguiente a su exitoso escape, aunque fuera muy riesgoso. ¿Qué era lo más obvio que podía hacer después de que Salizar le lanzara la bomba? Visitar a Harrow. ¿Y qué estaba haciendo? Visitando a Harrow.

Pero tenía que hacerlo. Lo que Salizar le había dicho era demasiado grave como para retrasarlo.

Solo tenía que ser muy, pero muy astuta.

Tras unas palmaditas y unos puñados de heno, Malaikah volvió a salir a hurtadillas de los establos. Según sus sentidos, nadie la había seguido. Con mucha cautela, se dirigió a su próximo destino, siguiendo la misma estrategia para ocultarse hasta llegar al Subterráneo.

Ahí, incluso a esas horas, se oía un murmullo de voces procedentes de varios lugares cercanos. Si corría de un lado a otro como había hecho en la otra zona, solo llamaría la atención. En lugar de eso, caminó con decisión, con la capucha ocultando su rostro, y trató de parecer poco interesante.

Delante de ella había una bulliciosa taberna, aunque no la que ella buscaba. Se detuvo bruscamente, olfateando el aire. Sentía algo extraño. Se le erizó el vello de la nuca. Se dio la vuelta, sacudiendo las orejas bajo la capucha, atenta al menor movimiento detrás de ella.

Sacó las garras, giró sobre sí misma y se encontró cara a cara con un hombre enorme, con la cabeza rapada, un largo saco de cuero y cara de

malo. De inmediato, su paranoia sobre lo que Sal le había contado volvió a encenderse. ¿Lo habría contratado el usurpador de Kambu para matarla?

«Pelea primero, pregunta después». De ser así, era demasiado tarde para ocultar su identidad, y la capucha le impediría ver, así que se la quitó un segundo antes de lanzar un zarpazo. Su agresor retrocedió, moviéndose como un líquido.

Ella volvió a atacar. Él la esquivó sin esfuerzo, y el bastardo tuvo el valor de sonreír. De su sonrisa amenazadora asomaron unos largos colmillos.

¿Provocar a una pantera? Mala idea.

Ella gruñó de nuevo y le lanzó un zarpazo hacia el costado, aunque estaba bien protegido por su grueso saco. Él volvió a esquivarla, tan rápido que casi pudo rodearla por completo antes de que ella se diera cuenta de que se había movido. ¿Quién era ese tipo?

De todos modos volvió a atacarlo, intentando predecir hacia dónde iría, pero el cabrón se le anticipó y se movió hacia el otro lado. Era rápido, quizá demasiado veloz, y aún no había intentado golpearla, lo que la enfureció.

—¡Pelea conmigo, imbécil! —Volvió a lanzar golpes con violencia en todas direcciones con sus garras. A cualquier otro oponente le habría cortado la garganta siete veces, pero a él no.

La siguiente vez que ella atacó, él le sostuvo las muñecas en el aire.

«Mierda». Ella luchó violentamente contra su agarre, pero era implacable. Él se cernía sobre ella, con la mandíbula apretada como único indicio de que estaba haciendo algún esfuerzo. Ella levantó la rodilla, apuntando a su entrepierna, pero él se retorció fuera de su alcance. Así que lo hizo otra vez. Y otra vez.

Al final, empezó a mostrarse molesto, como si se preguntara por qué la pequeña hembra no se callaba y se sometía de una vez. Le soltó una muñeca y la jaló con brusquedad de la otra, con fuerza. El tirón hizo que se tambaleara hacia delante, donde él la hizo girar con otro violento movimiento y volvió a agarrarla de la muñeca libre antes de que pudiera contraatacar.

Malaikah acabó de espaldas contra él, con los brazos inútilmente atrapados detrás de su cuerpo. Atrapada.

Echó la cabeza hacia atrás, chocando con su cráneo. Él gruñó. Aflojó las manos infinitesimalmente, y ella estuvo a segundos de liberarse, pero una

pesada bota se estrelló contra la parte posterior de sus rodillas y cayó al suelo con las rótulas contra los adoquines. Desde ahí, intentó lanzarse contra él, usando su peso para desequilibrarlo, pero el bastardo era demasiado grande y hábil para pelear, y ella de todos modos no podía tomar impulso desde ahí.

Al final, se quedó quieta, aceptando la derrota. Por el momento. En cuanto él se relajara, ella estaría sobre él. Hasta entonces, conservaría sus fuerzas.

—¿Ya terminaste? —Él le estaba torciendo los brazos lo suficiente como para que sintiera la amenaza de una ruptura fácil. Malaikah se alegró al oír que parecía que el hombre estaba sin aliento, tomando en cuenta que ella estaba jadeando.

—¡Vete a la mierda!

—Mira a tu alrededor. Estás rodeada por mis hombres. Intenta luchar de nuevo, no llegarás a ninguna parte.

Miró y, en efecto, se había formado un estrecho círculo a su alrededor de tipos con un aspecto tan desagradable como el primero. Todos eran altos, corpulentos y vestían de negro. Todos eran híbridos, se dio cuenta. Olisqueó el aire y lo notó.

Todos eran híbridos de sangre fría.

Era la banda Uróboros. La banda que dirigía todo el Subterráneo.

—¿Qué quieren conmigo? —Se hizo la indiferente, aunque estaba empezando a asustarse. Aunque no fueran asesinos, eran una banda criminal, y Mal tenía un precio sobre su cabeza. ¿Qué probabilidades había de que no hubieran oído hablar de ella?

—No quiero pelear contigo —dijo con calma el hombre que casi le rompe los dos brazos—. Quiero liberarte para que podamos hablar, pero si se te ocurre…

—¡Te voy a cortar la puta garganta!

—No fue un buen comienzo, gatita.

No era posible que acabara de llamarla así.

—¡Les voy a cortar la puta garganta a todos!

—Será mejor que sea rápido, jefe —murmuró uno de los hombres. De reojo, Mal vio unos hombros anchos, unos ojos turquesa y una larga cola de lagarto—. Estamos a media calle, y esto parece mucho peor de lo que es.

El «jefe» suspiró. Malaikah rezó para que no fuera *el* jefe. Esperaba que solo fuera el lacayo que estaba a cargo de esta banda de ladrones.

—Mira, si no cooperas te dejaré inconsciente. Después te llevaré sobre mi hombro como un saco de papas a un lugar tranquilo para hablar. O puedes dejar de amenazarnos y podemos hablar aquí. ¿Cómo va a ser?

La idea de que la llevaran inconsciente a un lugar desconocido no le resultaba atractiva. Resopló y gruñó

—Bien. Déjame levantarme.

—¿No pelearás?

—No, carajo.

La soltó y ella se levantó de un salto y se giró para mirarlo de frente, frotándose los brazos adoloridos. Lo miró con odio y él le devolvió la sonrisa colmilluda. A diferencia del otro, no tenía cola ni garras, lo que significaba que era un híbrido de serpiente. De todos modos, los colmillos lo delataban: de todos los híbridos, las serpientes tenían los colmillos más largos e impresionantes, y los suyos no eran la excepción.

Si no acabara de vencerla en una pelea y de herir gravemente su orgullo de pantera, lo habría encontrado atractivo. Le gustaban los machos con una buena dentadura letal. Su cabeza rapada le impedía disimular sus orejas puntiagudas. ¿Y por qué iba a ocultarlas? Como Malaikah, era imposible que se hiciera pasar por humano. Sus pupilas eran unas finas rendijas verticales sobre unos iris asombrosamente verdes que llenaban sus ojos por completo, sin blanco en el exterior. Su piel morena dorada estaba texturizada con un patrón de escamas algo iridiscentes, que resplandecían bajo la luz.

—¿Qué asuntos te traen a mi distrito? —No sonaba arrogante cuando reclamaba todo el Subterráneo como suyo.

Malaikah decidió que su mejor opción era mentir.

—Tomar algo en la taberna. —Señaló con el pulgar el bar que tenían detrás.

—¿A las dos de la mañana?

—¿Por qué no?

—He oído que hay un circo en la ciudad —dijo la serpiente con indiferencia. Sonreía a medias, como si todo fuera una broma. Pero en su cara malvada una sonrisa solo parecía una amenaza de muerte.

—¿Ah, sí? —Malaikah ladeó la cadera. Podía ser muy evasiva.

—Sí. ¿Ya fuiste?

—No puedo decir que haya ido.

—Bueno, pues yo sí. Vi a una gatita muy bonita dando volteretas, algo increíble.

«Mierda». Era definitivo que sabía quién era. ¿Pero sabía que era una mujer buscada?

—Suena increíble.

Unas risitas brotaron del muro de músculos que los rodeaba.

—Fue increíble. —La serpiente se cruzó de brazos y la anchura de sus hombros tensó la tela de su saco—. Pero mira, desde que el circo llegó a la ciudad, he oído cosas tremendas. Las gatitas que dan vueltas ni siquiera son lo peor.

Mal cerró las manos en puños. Si la llamaba gatita una vez más.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Así es.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

La pequeña sonrisa desapareció y fue sustituida por una mirada de fría intención que le demostró que ya no estaba jugando.

—Hace unas semanas, oí un rumor sobre un elemental que vendían los comerciantes de carne. Una cosa enorme, de piel como el vacío que podía adoptar otros colores, unas alas enormes.

«Doble mierda». Estaba hablando del Raith. ¿Qué quería este tipo con Raith? ¿Matarlo? ¿Usarlo como arma? Fuera lo que fuera, no podía ser bueno. Al recordar que había convencido a Harrow de esconderse en la taberna de Uróboros quiso patearse a sí misma. Debería haber sabido que Salizar no sería el único que quisiera ponerle las manos encima al espectro proscrito.

—Ah, ¿sí? —volvió a decir Malaikah, aunque su intento por ser indiferente resultó bastante menos convincente.

—Sí. Pero verás, no permito comerciantes de carne en mi ciudad, en especial cuando venden elementales. Así que atrapé a los vendedores. Negocié con ellos. Y con un poco de motivación estuvieron felices de decirme quién fue el comprador de su artículo. Imagina mi sorpresa cuando me enteré de que había sido el coleccionista de demonios. Al parecer vino

hasta aquí desde Beirstad para reclamar su premio. Pero de manera extraña también fue él quien me avisó de la presencia de los comerciantes.

—Curioso.

—Ajá, es un tipo muy curioso. Me ayuda a limpiar la basura, pero solo después de hacer uso de sus servicios. Parece un poco hipócrita, ¿no crees? —La serpiente alzó una ceja—. Pero he oído que el gran Salizar haría casi cualquier cosa para conseguir más curiosidades para su colección.

Mal apretó los dientes. Otros elementales no veían con buenos ojos a los trabajadores del circo. Muchos de ellos consideraban que actuar para entretener a los humanos era como la prostitución. Salizar no era muy querido en las comunidades de elementales, ni era plenamente aceptado en las de humanos.

Era un enigma que vivía entre dos mundos, abriéndose camino con la barbilla en alto y un bastón que podía enviarte directo a las sombras si te metías con él. Mal tenía que admitir que lo respetaba por ello, sobre todo después de las recientes revelaciones. Incluso se sentía protegida por él.

—Supongo que no has oído nada al respecto, ¿verdad?

—No puedo decir que sí.

La serpiente la miró como si supiera que mentía, pero, extrañamente, no pareció inmutarse.

—La historia se vuelve más extraña. Verás, anoche mismo me enteré de que la nueva adquisición de Salizar se había escapado. Con su adivina, además. Una adivina que ha causado una gran impresión en la ciudad a lo largo de las últimas semanas. La gente dice que les ha cambiado la vida con unos pocos consejos. Una hazaña asombrosa para una falsa vidente, ¿no crees?

Malaikah maldijo para sus adentros. «Maldita sea, Harrow, ¿tenías que hacer tu puto trabajo tan bien?».

—Así que el demonio y la adivina desaparecen juntos en la noche, y ahora Salizar pone la ciudad de cabeza buscándolos.

—Es una historia bastante tremenda.

La serpiente asintió.

—Todo cierto, además. Pregúntale a uno de los vendedores de caballos del mercado principal. Le cuenta a todo el mundo cómo Salizar apareció al día siguiente para interrogarlo sobre un caballo que vendió. Al parecer, la

adivina se las arregló para recogerlo por la noche, lista para el largo camino que tenían por delante.

¿Salizar ya había encontrado al vendedor de caballos? Maldición, trabajaba rápido.

—Solo que, escucha esto. El caballo ni siquiera salió de la ciudad.

—¿Qué?

Dulce Diosa madre, estaban perdidos.

—Sí. Salizar tuvo la brillante idea de llevar al vendedor de caballos a los establos para buscar al animal, y efectivamente, estaba ahí, esperando en un establo. Lo que significa que… —La serpiente hizo una pausa dramática—. El demonio y la adivina nunca salieron de Allegra.

Mierda, mierda, mierda.

Malaikah se metió las manos a los bolsillos de la capa para ocultar su repentino temblor. Había visitado a ese maldito caballo esa noche. Cualquiera podría haberla visto. Por lo que sabía, Salizar podía estar en cuclillas en el establo contiguo al suyo, utilizando un maldito encantamiento para que no lo percibiera. Nunca los usaba contra la gente del circo, pero no podía estar segura de que se atuviera a ese principio en las circunstancias actuales. ¿Podría haberla seguido hasta ahí?

Cambio de planes. Nada de visitar Harrow esa noche. Iba a volver directamente al circo.

La serpiente la observaba de cerca. ¿Cuánto había visto? Cuando se trataba de su supervivencia, Malaikah podía mentir, engañar y robar como los mejores. Era la única razón por la que había salido viva de Kambu.

Pero este tipo se ganaba la vida mintiendo, engañando y robando. Tal vez fuera el jefe de todos los mentirosos, tramposos y ladrones de la ciudad.

—¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo? —preguntó con inocencia.

—Estoy buscando al demonio y a la adivina. —Se rio entre dientes—. Suena como un cuento de hadas, ¿no? El demonio y la adivina. Es un romance, creo.

Malaikah lo miró fijamente. «¿Cuánto sabe este bastardo?». Su expresión era inescrutable.

—¿Por qué los estás buscando?

—Buena pregunta, gatita. Verás, hay alguien especial en esta ciudad. Vive en mi distrito y está bajo mi protección. A cambio, ella nos protege a

nosotros también. La llamamos el Oráculo.

—Uh, claro.

—El Oráculo desea tanto conocer a la pareja de cuento de hadas que me pidió que los encontrara y se los llevara. Así que estoy haciendo precisamente eso.

Y había encontrado a la estrella de Salizar merodeando en su territorio.

Malaikah solo podía dar gracias a su buena fortuna porque aún estaba lejos de la taberna. Si la hubiera encontrado afuera, no habría sido difícil averiguar que Harrow y Raith estaban arriba. Estaba agradecida por partida doble de haber tenido la previsión de hacer que Raith subiera por la ventana en lugar de entrar por el bar, porque en ese momento tal vez esa fuera la única razón por la que esos tipos no habían descubierto dónde estaban. Raith no se disimulaba entre la multitud.

Pero quizá las preguntas más importantes eran: ¿Quién era el Oráculo? ¿Sabía qué era Raith? ¿De qué lado estaba? ¿Querría matar a Raith para proteger a la vidente, como Darya, o querría convertirlo en un arma, como Furie? ¿O solo venderlo a Salizar por un montón de dinero?

No había forma de saberlo. Lo único que Malaikah sabía era que no confiaba en las bandas que acechaban a mujeres solas en callejones oscuros. No había estado dispuesta a entregar a Harrow a Salizar, incluso cuando la vida de su amiga podía estar en peligro, y era definitivo que no estaba dispuesta a entregarla a un extraño al que acababa de conocer y que no le había dado ninguna razón para confiar en él.

—Ojalá pudiera ayudarte a encontrar tu romance de cuento de hadas —dijo con un fingido suspiro de decepción—, pero no puedo. Lo siento. ¿Puedo irme ya?

La serpiente no contestó durante un buen rato, se limitó a estudiarla con sus ojos verdes brillantes y rasgados hasta que a Mal empezaron a sudarle las palmas de las manos. Finalmente asintió.

—Muy bien, gatita. Juega tus juegos esta noche. Puedes irte. Pero quiero que transmitas un mensaje.

—¿A quién? —preguntó con inocencia.

—Diles que el Oráculo tiene información que necesitan. Que es cuestión de vida o muerte. Diles que no quiere hacerles daño. Si deciden confiar en

mí, que vayan a la taberna del centro del Subterráneo. Hay un letrero con una serpiente comiéndose la cola. Que pregunten por mí.

—¿Quién eres?

Le mostró una sonrisa colmilluda.

—Ouro.

—Como uróboros. Precisamente por la banda Uróboros. —Él era el líder, maldita sea.

—El único.

¿Por qué?, ¡oh!, ¿por qué había pensado que era buena idea que Harrow y Raith se quedaran en esa maldita taberna? Bueno, habría sido una buena idea si Raith no se hubiera convertido de repente en una mercancía tan deseada. Era el lugar perfecto para permanecer en el anonimato, pero si no eras anónimo en primer lugar, bueno, entonces apestaba.

Malaikah necesitaba hablar con Harrow más que nunca, pero de ninguna manera iba a ir ahí esa noche. Era hora de retirarse.

—Bien, Ouro, recordaré tu mensaje. Aunque no sé de qué servirá, ya que no soy más que una inocente «gatita» que vuelve a casa después de una inofensiva copa con amigos. —Le lanzó una mirada fulminante, aún molesta con el apodo.

—Quedo muy agradecido, gatita. —Volvió a enseñar los colmillos y sacudió una mano hacia la pared de músculos—. Dejen pasar a la dama, caballeros. —Los hombres se apartaron y Malaikah salió del círculo, fingiendo que su corazón no le latía con fuerza en el pecho.

—Ten cuidado en el camino de vuelta —dijo Ouro detrás de ella—. Hay mucha gente desagradable por aquí.

No pudo resistirse a decir por encima del hombro:

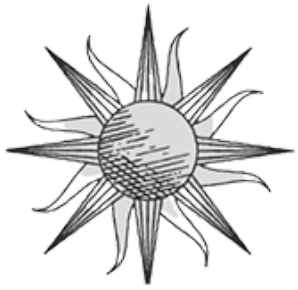
—Sí, estoy empezando a darme cuenta.

Su risita le llegó a los oídos, aunque ya estaba a mitad del callejón.

—Maldita sea —murmuró en voz muy baja mientras se alejaba. Harrow y Raith estaban metidos en un buen lío y, por asociación, Malaikah también. Toda esa atención no auguraba nada bueno para una mujer cuya vida entera consistía en esconderse de posibles asesinos.

Algún día volvería a Kambu, mataría a todos esos traidores y recuperaría las tierras de su familia de una vez por todas. Entonces, no habría más escondites.

Pero por ahora solo necesitaba proteger a Harrow. Y rezar a la Diosa para que a la banda Uróboros no se le ocurriera buscar en su maldita taberna.



# CAPÍTULO TRECE

*Cinco días después…*

Harrow estaba desnuda a horcajadas sobre el macho más hermoso que hubiera visto jamás, con su duro miembro enterrado en su interior. Echó la cabeza hacia atrás y se acarició los senos mientras su cabello le rozaba la espalda. Debajo de ella, Raith hundió los dedos en sus muslos y se esforzó por no tomar el control. Tenía la mandíbula apretada y los brazos tan tensos que las venas sobresalían a lo largo de sus gruesos músculos.

En los días que habían pasado encerrados en esa habitación, Harrow se había dado cuenta de que a Raith le gustaba tomar el control en el sexo. Al principio, sus caricias habían sido suaves, exploratorias, vacilantes. Luego, a medida que fueron conociendo el cuerpo del otro, se había vuelto más violento y exigente. A medida que ganaba confianza y se daba cuenta de lo receptiva que era ella con él, había empezado a ser más activo, decidía hacia dónde iban a ir en su juego e incluso lo iniciaba cuando Harrow no se lo esperaba.

Harrow amaba el sexo. Lo amaba todo. Lo amaba a…

«No». Bloqueó el resto de ese pensamiento por el momento. Cinco días no eran suficientes para sentir eso, aunque esos cinco días hubieran sido los más maravillosos de su vida.

Raith se incorporó, la agarró de la cintura con sus grandes manos y la forzó a inclinarse hacia delante para poder chuparle los pezones. Se sentía delicioso, pero ella negó con la cabeza con una sonrisa juguetona y lo empujó hacia abajo con una palma sobre su pecho. Sí, a Raith le encantaba tomar el control, pero esta vez Harrow estaba dirigiendo, solo porque sí.

Porque era divertido y estaban jugando juntos. Y a su Raith le encantaba jugar, así que había accedido a su juego.

Obviamente, no lo estaba soportando muy bien.

Gruñendo de frustración, volvió a agarrarla de los muslos, con los brazos tensos mientras seguía luchando por controlar sus movimientos. Ella opuso resistencia. Él quería que fuera rápido y duro; ella quería ir despacio. Oh, a Harrow también le gustaba rápido y duro, pero este era su juego e iba a hacerlo contenerse.

—Harrow —gruñó él como advertencia.

—Todavía no —bromeó Harrow. Sus manos volvieron a tensarse, pero dejó de pelear con ella. Ella se rio, dándose cuenta de lo increíblemente difícil que debía de ser para él. Se merecía una recompensa por esforzarse tanto y pronto la tendría.

Pero primero… más provocaciones.

Se pasó una mano por el cuerpo y empezó a acariciarse con pereza mientras subía y bajaba por su menguante longitud. Diosa, se sentía increíble. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, gimiendo con languidez, subiendo y bajando sobre él, obligando al pobre macho a quedarse acostado mirándola.

—Más —gruñó Raith.

Ella accedió a su petición, aumentando el ritmo de sus caricias y cabalgándolo un poco más rápido. El placer aumentaba, la sensación encendía luces de éxtasis tras sus párpados cerrados.

—Raith —se oyó gemir—. Estoy tan cerca.

—Más rápido.

Se acarició un poco más rápido.

—Más fuerte.

Lo montó un poco más fuerte…

Espera. ¿Cuándo había vuelto a tomar el control? Tramposo.

Abrió los ojos de repente.

—Yo tengo el control, ¿recuerdas? ¿Y si no quiero más fuerte?

Raith entornó los ojos negros en señal de desafío, y ella supo que el juego había terminado.

En un instante Raith se sentó y la apretó debajo de él. Pero no se detuvo ahí. La volteó una vez más, y ella terminó bocabajo con la mano que aún

tenía en su centro atrapada entre su cuerpo y el colchón. De repente la jaló de la cadera y sus nalgas quedaron al aire. Ella intentó levantarse sobre las manos, pero él la presionó por los omóplatos hacia abajo.

Harrow gimió extasiada con la cara aplastada contra la almohada, con escalofríos recorriendo su piel desnuda. La sensación de exposición de su sexo desnudo era vigorizante. Una delicia pecaminosa.

—Acarícíate —dijo Raith.

Ella volvió a gemir por el tono dominante de su voz. Le encantaba cuando se ponía así, peligroso y amenazador. Su mano volvió a oprimir su centro y obedeció, sintiendo sus ojos fijos en ella. Sus músculos internos se contrajeron en respuesta, preparados para que él la penetrara de nuevo.

—Raith —suplicó con deseo contra la almohada—. Te quiero… adentro.

La cabeza de su pene la penetró, sus manos se posaron en su cadera. Ella trató de empujarse hacia él para tomarlo todo, pero él la detuvo.

—Sigue acariciándote —le dijo.

Ella siguió, con el placer recorriéndola como agua caliente sobre piel fría.

—Raith, estoy cerca. Por favor… —Él sabía que ella se vendría más rápido si él estaba dentro de ella. Por eso estaba conteniéndose, el muy diabólico.

Le dio un poco más, pero no lo suficiente. Ella trató de empujarse una vez más, pero él volvió a detenerla.

—¡Raith!

Sus muslos temblaban, los dedos se movían cada vez más rápido sobre su clítoris, pero no podía llegar, no podía superar el límite sin su gruesa longitud dentro de ella, ensanchándola, llenándola, tomándola. Lo necesitaba, lo necesitaba con desesperación…

Finalmente volvió a empujarse contra ella con fuerza.

El clímax la azotó como una catarata, una potente explosión que se estrelló contra ella, y gritó con abandono. Olvidando que los clientes de la taberna podían oírla, no pudo evitar rendirse por completo mientras él la penetraba y el grueso extremo de su verga la golpeaba en el punto perfecto. Más luces de colores destellaron tras sus párpados cerrados mientras sentía el orgasmo.

Abrumada, intentó apartar la mano con la que aún se acariciaba, pero Raith se inclinó hacia adelante y la rodeó con un brazo, cubriendo su mano

con la suya, obligándola a seguir. Era demasiado, demasiado…

Otro orgasmo remontó las olas del anterior y mientras seguía gritando sintió que Raith alcanzaba el clímax con ella. Su poderoso cuerpo se tensó, sus embestidas se hicieron más rápidas y enérgicas, y después se contrajo, apretándola contra él, gimiendo en su pelo mientras se consumía en ella.

Se desplomaron juntos sobre la cama, jadeando.

Raith se acomodó de costado con ella y la abrazó. Esa era otra de las cosas que a ella le encantaban de él, cómo la abrazaba por detrás con los brazos y las piernas, poniendo el muslo sobre el de ella y cubriéndola por completo, como una manta preciosa y cálida de virilidad.

Harrow ronroneó abrazada a él, tan feliz que podía estallar. Todo parecía tan perfecto. Tan alineado. Sus angustias sobre el futuro y su inquietud por estar atrapada en esa habitación se habían desvanecido en la distancia, y no sentía nada más que una profunda satisfacción. Tan solo pensar en Raith la llenaba a reventar, y cada vez que lo miraba se sentía tan embriagada de emoción que era casi insoportable.

Sintió el impulso de expresar sus sentimientos y se entregó a ello sin pensarlo.

—Amo esto, Raith. Te a…

Se atragantó. Abrió los ojos de golpe.

—Abrazas tan delicioso, lo amo —corrigió, con el estómago revuelto por lo cerca que había estado de soltar una declaración que no estaba lista para hacer.

«Es demasiado pronto», se dijo a sí misma. Nadie puede enamorarse en cinco días.

Ella nunca se había enamorado. Había tenido amantes, era una mujer segura de sí misma, con un apetito sexual saludable y que no creía en la represión, pero nunca había sentido el impulso de declararle su amor a alguien.

Era indudable que ella y Raith tenían una conexión más profunda. Algo la había atraído a él desde el momento en que se conocieron. Pero ¿amor? ¿Después de cinco días?

Sin duda estaba embriagada por la infinita ternura y afecto que él le prodigaba. Seguramente solo estaba absorbida por el constante torbellino de

hacer el amor, inundada en un sueño donde nada existía excepto ellos dos, encerrados en un abrazo tan fuerte que el resto del mundo se desvanecía.

Sin embargo, el resto del mundo seguía ahí fuera, y solo les quedaban dos días antes de tener que salir a enfrentarlo de nuevo. Cuando llegara el momento, Harrow estaba segura de que se alegraría de haber reprimido su declaración.

Además, ¿cómo podía esperarse que una mujer supiera con seguridad si estaba enamorada sin consultarlo antes con su mejor amiga?

Había pasado casi una semana desde la huida, y Malaikah aún no la había visitado, lo cual era preocupante. No necesariamente por Malaikah. Harrow confiaba en que Mal sabía cuidarse a sí misma. Pero también sabía que necesitaba estar segura de que podía librarse de cualquiera que la siguiera al salir del circo. Si Malaikah no había ido hasta entonces, significaba que la presión que sentía sobre ella era enorme.

Además de necesitar el consejo de Mal, Harrow se moría por obtener información. ¿Había seguido Salizar su pista falsa y se había desviado del curso? ¿Tendría Malaikah problemas con él, o habría creído que ella no estaba implicada? ¿El circo se marcharía de Allegra según lo previsto, aunque Harrow y Raith estuvieran desaparecidos?

En ese momento Raith le dio un suave beso en el cuello, sacándola de sus pensamientos.

Cada vez que empezaba a preocuparse por Malaikah y por lo que ocurría en el mundo exterior Raith la besaba o la miraba de reojo, o ella miraba su cuerpo a la luz del sol… y era tan fácil olvidarlo todo de nuevo.

Y ella quería olvidar. ¿Quién no querría perderse en la pequeña burbuja de fantasía que habían creado en su diminuta habitación de la taberna? Ahí era fácil no preocuparse por el presente o pensar en el futuro.

Se tenían el uno al otro. ¿Qué más podían necesitar? Al menos por ahora era suficiente.

—¿Cómo sabes? —Raith se oyó preguntar. La pregunta se le escapó sin querer.

—¿Cómo sé qué?

—Que amas algo.

Harrow se puso rígida entre sus brazos.

—Dijiste que amabas cómo te abrazaba. Y cuando abrazaste a Malaikah antes de que se fuera le dijiste que la amabas.

—Sí, yo… —Cerró los ojos un momento antes de rodar sobre su espalda para encontrarse con su mirada—. ¿No sabes qué significa?

—Conozco la definición, pero no sé cómo se siente.

Harrow suavizó la mirada.

—Bueno, sé que sabes cómo se siente querer algo. Desear. Es algo así, pero más fuerte.

—¿Como el apego? —Por alguna razón, para él era importante entenderlo.

—Algo así… pero no exactamente. —Se frotó los ojos y se incorporó de golpe para estirar el cuello de un lado a otro como si se estuviera preparando para una batalla—. Hay diferentes tipos de amor y diferentes profundidades. El amor por otra persona es el más fuerte, y se quiere a un amigo de forma diferente a como se quiere a un compañero.

Fijó la mirada en sus manos, que retorcía en su regazo.

—Cuando amas a alguien, quieres lo mejor para esa persona, pase lo que pase. Es desinteresado e, idealmente, incondicional.

Buscó su mirada y luego se frotó la nuca, tal vez frustrada por su falta de comprensión.

—Te sientes unido a ella —continuó— y quieres estar cerca. Pero si es amor de verdad, también estás dispuesto a hacer sacrificios, aunque no sea lo que tú quieres. Antepones sus necesidades a las tuyas. Y también está la confianza. Pase lo que pase, confías en que la otra persona estará de tu lado, que nunca te traicionará, y le ofreces lo mismo. Es un sentimiento hermoso y maravilloso.

Raith nunca había experimentado algo así y solo podía imaginarse cómo sería. Confiaba en Harrow, pero no estaba seguro de ser capaz de llegar a ese nivel. Sin embargo, cuando la miró se dio cuenta de que quería llegar. Solo que no sabía cómo.

Por otro lado, sí sabía que sentía por ella una emoción intensa e inidentificable que le daba miedo porque se sentía impotente ante ella. Contra ella. Por eso había preguntado por el amor: quería saber si había un nombre para ese sentimiento.

Pero lo que él sentía no era hermoso ni maravilloso. Era peligroso. Como si estuviera al borde de un precipicio con las alas atadas, a punto de caer.

Quizá por eso ansiaba controlarla en el sexo: porque necesitaba sentirse en control de algo. Ella no tenía ni idea de cuánto poder tenía sobre él en todos los demás sentidos. De hecho, incluso cuando él la dominaba en el sexo ella seguía controlándolo a él.

Mataría a cualquiera que la amenazara. Llevaría a cabo actos indecibles y terribles para defenderla. Aniquilaría a cualquiera o cualquier cosa para poseerla. Lo consumía.

Se quedaba despierto cada noche, con Harrow dormida en sus brazos, y la miraba fijamente, preguntándose qué había hecho para apoderarse de él. Temía en qué se convertiría si algo le pasaba. Temía en qué se convertiría si alguna vez se veía obligado a vivir sin ella.

Fuera lo que fuera, sería oscuro y mortal. Un flagelo para el mundo.

Solo podía rogar a la Diosa que nunca tuviera que ver qué sucedería.

Los últimos cinco días habían sido, por mucho, los más agradables de sus pocos recuerdos, algo tan obvio que apenas merecía ser reconocido. Pero esos cinco días también habían sido, en cierto modo, peores que cualquier tortura que hubiera soportado, porque habían conseguido lo que la tortura no había logrado: darle una debilidad. Un punto de ruptura. Un final definitivo y fuera de su control para su cordura.

Harrow lo había hecho sentirse completo con su sonrisa radiante, su corazón compasivo y su perfecta aceptación, y ahora podía quebrarlo con facilidad.

—¿Tiene sentido? —le preguntó Harrow.

Asintió porque intuía que ella prefería no seguir hablando de eso, no porque estuviera satisfecho con su comprensión. Pero parecía que se trataba de un asunto que no podía comprenderse después de una conversación.

Su respuesta pareció relajarla y volvió a acostarse. La abrazó mientras ella apoyaba la mejilla en su pecho, y él tuvo que luchar contra el impulso de aplastarla contra su cuerpo. A veces tenía la sensación de que si no la agarraba con fuerza se le iba a escurrir entre los dedos como arena fina.

—¿En qué piensas? —murmuró ella tras un prolongado silencio. Se lo preguntaba a menudo; sentía que muchas veces no le decía lo que pensaba.

Intentaba hacerlo más, pero solo para complacerla. Habría hecho cualquier cosa para complacerla.

—Estoy pensando en que haría cosas indecibles para protegerte —respondió con sinceridad, porque ella le había dicho que apreciaba esa cualidad—, y eso me da miedo.

—Raith. —Sus ojos plateados se suavizaron mientras echaba la cabeza hacia atrás y le ponía una mano en la mejilla—. Yo siento lo mismo por ti.

Aunque él creía que ella sí sentía algún tipo de necesidad de protegerlo, dudaba que comprendiera todo el peso de sus palabras. No creía que ella imaginara el nivel de violencia del que sería capaz en su nombre.

Una vez más, solo podía rezar a la Diosa para que nunca necesitara saberlo.

Al fin, se levantaron de la cama para bañarse y vestirse. Ya habían cenado, darse de comer uno al otro era lo que había dado comienzo a la ronda sexual de esa noche, y Harrow había dejado los platos sucios en el pasillo para que los recogiera el personal.

Cuando Raith salió del baño encontró a Harrow mirando por la ventana. Tenía el ceño fruncido, los dedos apoyados en el marco y los labios ligeramente torcidos.

—¿En qué piensas? —le preguntó, porque los dos podían jugar el mismo juego.

—Estoy preocupada por Malaikah. Me pregunto por qué no nos ha visitado todavía. Y para ser honesta, me siento un poco claustrofóbica. Hace días que no salimos. Quiero ver las estrellas, la luna. Respirar aire fresco.

A Raith le disgustaba la idea de que fuera infeliz, por lo que trató de pensar en una solución inmediata. No podía hacer nada con respecto a Malaikah; le había prometido a Harrow no marcharse sin su consentimiento a menos que se tratara de una emergencia. Pero tal vez podía ayudarla con el segundo problema.

—Podríamos subir a la azotea —sugirió.

—¿Cómo? No podemos salir a buscar unas escaleras, incluso, quién sabe si haya.

—Podría salir por la ventana y trepar arriba cargándote.

Harrow se apartó de la ventana para mirarlo fijamente.

—¿Podrías? O sea, ya sé que sabes trepar, pero ¿no sería demasiado con mi peso?

Él negó con la cabeza.

—No pesas.

Empezó a sonreír y se le escapó una carcajada.

—De acuerdo. Hagámoslo.

Raith abrió la ventana de par en par y se agachó enfrente de ella.

—Súbete.

Ella se le subió con otra risa, que lo hizo sentir una punzada en el pecho, y él empezó a trepar, moviéndose con cuidado para no golpearla con el marco. Una vez afuera, se paró con facilidad en el alféizar y sacó las garras antes de ponerse a escalar el edificio. La áspera superficie de piedra tenía muchos asideros fáciles y, al igual que antes, trepó sin dificultad.

Le habría sugerido subir volando, pero recordó la expresión de su cara cuando vio sus alas por primera vez y decidió no hacerlo. No quería recordarle los rasgos que hacían que desconfiara de él.

La escalada fue una tarea casi sin esfuerzo, pero cuando la dejó en el piso de la azotea Harrow tenía los ojos muy abiertos de emoción.

—¡Fue increíble!

Él se permitió una sonrisa de satisfacción.

Se acostaron uno junto al otro en la superficie plana y contemplaron las estrellas titilantes. El cielo estaba despejado y ni siquiera la luna casi llena lograba oscurecer su brillo.

—¿Sabes leer las estrellas? —le preguntó Harrow, acurrucándose contra él mientras la rodeaba con un brazo.

Él negó con la cabeza.

—Las videntes las usaban para navegar. ¿Ves esa muy brillante ahí? —Señaló, y Raith se inclinó para seguir su mirada—. Esa es la punta de la Oleada. —Trazó las estrellas con el dedo—. Esa es la curva superior de la ola y esa la parte inferior. La Oleada siempre da al oeste. Si encuentras esa constelación, podrás orientarte. Mi madre me enseñó a buscarla para que, si alguna vez me perdía, supiera la dirección de nuestro hogar.

—Tu madre te amaba —supuso Raith, que seguía intentando comprender el concepto.

—Sí, me amaba. —Había tanta tristeza en su voz que Raith volvió a sentir dolor en el pecho—. Me decía que era una bendición. Los niños elementales son muy raros. Creo que, como vivimos tanto tiempo, la naturaleza hizo que no nos reprodujéramos como los humanos, o de lo contrario sobrepoblaríamos el mundo. Yo fui la primera vidente en un siglo.

—Quería protegerte porque te amaba —volvió a suponer Raith. Parecía ser una cualidad del amor.

—Sí, así es. —Ahora había aún más tristeza en sus palabras, y Raith casi se arrepintió de haberla animado a hablar de esto cuando parecía dolerle tanto. Sin embargo, también había nostalgia, como si disfrutara el tema a pesar del dolor que le causaba.

—Me siento bendecida por haber tenido una madre que me amara tanto —dijo Harrow—, aunque tuviera que perderla tan pronto.

—¿Tu padre?

—Nunca lo conocí. Mi madre me dijo que había tenido aventuras con alguno que otro hombre, pero nunca pensó que se quedaría embarazada. Aunque nunca supo con certeza quién era mi padre, siempre sospechó que era un hombre del sur porque mi piel era más oscura que la de ella. Solía contarme historias sobre él y decía que era el hombre más generoso que había conocido. Creo que lo amaba en secreto. —Harrow suspiró con nostalgia—. Me pregunto si ella lo habría buscado cuando yo creciera. Yo tenía diez años cuando ella fue asesinada.

«Asesinada». Junto con toda su familia, dejando a la pequeña Harrow sola en el mundo. Raith la abrazó con más fuerza.

—Quiero destruir al que te hizo daño.

—Yo también —dijo Harrow, pero no había ira en su tono como la había en el de él. Como si hacía tiempo hubiera aceptado la derrota y ahora la considerara un deseo inútil.

Raith no estaba de acuerdo.

—¿Tú no tienes recuerdos de tu madre? —le preguntó Harrow, cambiando de tema como si intuyera la violencia de sus pensamientos.

—No. —Aunque de repente tuvo la certeza de que, de tenerlos, no serían buenos.

—¿Y de tu infancia?

—No. —El concepto de infancia le resultaba extraño, incluso más vago que el concepto de amor. Dudaba que alguna vez hubiera experimentado algo así.

—Lo siento. Todo el mundo debería tener esos recuerdos para ayudarles a superar los momentos difíciles.

—No creo que fueran buenos recuerdos para mí.

—¿Por qué no?

—No sé.

Harrow suspiró. «No sé» era siempre la respuesta de Raith a las preguntas sobre su pasado. No podía evitarlo, pues en realidad no lo sabía. Solo tenía ciertos impulsos o presentimientos de que las cosas habían sido alguna vez de cierta manera. Así como su aversión a atarse al dar su palabra le daba la certeza de que había estado atrapado antes, también estaba seguro de no haber tenido madre ni infancia, por lo menos en la definición clásica de ambas. Pero no sabía nada más.

Sinceramente, no le importaba saberlo. Ahora era… feliz.

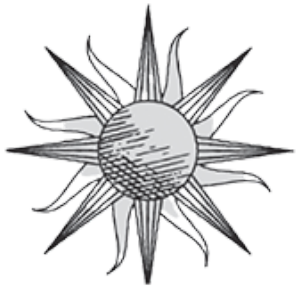
Aunque nunca se había imaginado poder decir algo así, era cierto. Era feliz y no le interesaba lamentarse por lo que se le hubiera negado en el pasado, con tal de que su futuro siguiera la tendencia del presente.

En el presente estaba acostado con la mujer más bella del mundo entre sus brazos. Era fuerte y capaz, y confiaba en poder defenderla de cualquier amenaza. Por la noche, y también durante el día, ella lo recibía en su cuerpo, gritando su nombre, un nombre que él mismo se había dado, cuando se liberaba su placer.

Decidió que podía ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa, siempre y cuando siguiera teniendo esas bendiciones. Siempre que pudiera proteger a Harrow, podría encontrar la felicidad.

Tal vez ese sentimiento fuera amor después de todo.

¿Qué importaba quién había sido cuando ahora tenía una nueva identidad? Para él, el pasado podía permanecer enterrado para siempre.



# CAPÍTULO CATORCE

Esa noche Harrow no podía dormir. Al parecer Raith tampoco, ya que hacía un momento le había dado un beso y había vuelto a subir a la azotea él solo. Pero eso no era nada nuevo.

Raith rara vez dormía. Le gustaba vigilar por la noche y tampoco descansaba cuando estaba despierta. No creía haberlo visto dormido ni una sola vez. Cada mañana, cuando ella se despertaba, él ya estaba despierto, protegiéndola. Y por la noche se acostaba a su lado y la abrazaba mientras ella dormía, pero jamás se dormía antes que ella.

¿Sería algún tipo de hábito que le quedaba de sus semanas como prisionero? ¿Que nunca se relajaba lo suficiente como para dormirse en presencia de otra persona? Esperaba que no. Quería que se sintiera seguro con ella, quería que confiara en ella como ella confiaba en él.

Diosa, lo quería tanto, pero había una parte de él que era inalcanzable, una distancia en sus ojos tan vasta como un océano que no podía cruzar. Ella deseaba cruzarlo, pero no sabía cómo, y Raith no lo entendía lo suficiente como para mostrarle el camino.

Empezaba a sospechar que la respuesta para cruzar ese océano estaba en sus recuerdos perdidos.

Por desgracia, por lo que había visto hasta ahora, esos recuerdos no eran agradables. Siempre que Harrow le hacía preguntas sobre su pasado respondía «no sé», pero de vez en cuando se le escapaba algo que hasta a él lo sorprendía, revelando alguna idea de cómo había sido su vida.

Esos deslices no habían revelado nada bueno ni una sola vez.

Su hermoso y dulce Raith tenía cicatrices profundas. Tal vez era mejor para él que no recordara. Tal vez fuera una bendición, una oportunidad de

empezar una nueva vida sin tener que cargar con los traumas de la anterior.

Sin embargo, ella no podía eliminar la sensación de que sus recuerdos eran importantes. El Agua se agitaba dentro de ella, diciéndole que escarbara más y más hasta encontrar respuestas. La mantenía inquieta y agitada.

Por eso estaba sentada en la mesa junto a la ventana, barajando las cartas. Solo ahora podía admitir consigo misma que había estado luchando contra el impulso de hacer otra lectura sobre Raith. La última lectura que había hecho no le había molestado, pero ahora sentía terror, estaba temerosa de lo que pudiera conocer. ¿Tan horrible era el pasado de Raith?

Pero sin importar por lo que hubiera pasado, estaba segura de que no cambiaría sus sentimientos hacia él. Descubrir lo que fuera que deseara el Agua sería un paso adelante potencialmente doloroso, pero necesario.

Entonces ¿por qué se resistía tanto?

Frustrada por su indecisión y por su propio comportamiento —pues luchar contra sus instintos era la prohibición número uno de las reglas de las videntes—, Harrow se imaginó a Raith en su mente y permitió la crecida del Agua en su interior. Como hacía a menudo cerca de él, en cuanto ella abrió un poco su jaula se precipitó hacia delante. El aire crepitaba a su alrededor, las cortinas se agitaron y se formó condensación en los cristales de las ventanas. Ella no sentía ninguna amenaza, entonces ¿por qué su poder respondía de esa manera?

Una razón más por la que necesitaba hacer esta lectura.

Con manos temblorosas, Harrow sacó la primera carta de la baraja y la puso boca arriba sobre la mesa.

Las profundidades.

Se quedó mirándola con el corazón palpitante. La carta negra con las dos palabras garabateadas con su propia caligrafía parecía tratar de provocarla, atrayéndola hacia un abismo. Se levantó de un salto y dejó las cartas sobre la mesa como si contuvieran magia negra.

Lo que fuera que el Agua quería decirle… no estaba preparada para oírlo.

Metió «Las profundidades» en algún lugar en medio de la baraja, fue a la cama y se acostó de lado. Sintió un frío repentino, se tapó con las cobijas y se

quedó mirando la pared, sin dejar de ver «Las profundidades» en su mente, llamándola para que terminara la lectura.

La habitación estaba a oscuras: su vela se había apagado con el estallido de magia. Raith seguía en la azotea, y ella sabía que no se marcharía sin decírselo, porque se lo había prometido en esa forma tan tranquila e intensa que tenía, y su palabra lo obligaba. Se había encadenado de manera voluntaria porque quería que confiara en él.

Deseó que volviera para abrazarla, pero no quiso llamarlo. Si quería estar a solas, se merecía tener la libertad de elegir.

Le dolía el corazón. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Mientras tanto, no dejaba de tener en la cabeza la imagen de «Las profundidades».

Al fin, se sumió en un sueño inquieto, con la esperanza de encontrar un poco de paz.

Más o menos media hora después, Raith volvió a entrar sigiloso por la ventana. Se sentía extrañamente aprensivo, como si una enorme amenaza acechara a la vuelta de la esquina, pero no sabía qué era ni cuándo atacaría.

Había vuelto a subir a la azotea él solo, sintiendo que estaba por comenzar una especie de aislamiento inminente y que necesitaba prepararse. Lo cual no tenía sentido, porque Harrow lo había besado antes de que saliera y le había dicho con una hermosa sonrisa que lo esperaba en su cama. Todo era tan bueno, tan puro.

«Demasiado bueno y puro para alguien como tú».

La idea no tenía explicación, pero lo llenó de dudas. Seguro que algo como eso no podía durar. Sin duda el final estaba cerca, y todo estaba a punto de desmoronarse.

Harrow ya dormía cuando regresó, pero parecía que ella también descansaba intranquila. Tenía el ceño fruncido y agarraba las cobijas con demasiada fuerza. Decidió que se metería a la cama y la abrazaría para tranquilizarla. Le asombraba poder hacer eso por ella. Lo consideraba el mayor de los regalos.

Primero fue al baño para prepararse. A mitad de camino se detuvo al ver algo sobre la mesa.

La pila de cartas de vidente de Harrow.

Ella le había explicado que cada una de las veinticuatro cartas representaba una forma del agua diferente. Cada una significaba algo distinto según cómo se sacara de la baraja y, lo más importante, según lo que le dijera el Agua mientras la sacaba. Raith sentía curiosidad por saber más, pero cuando le había pedido que le enseñara las cartas o que le hiciera una lectura, ella se había mostrado reticente, así que él no había insistido.

Pero ahora las cartas estaban desatendidas sobre la mesa y Harrow dormía. ¿Le molestaría que tocara una? Seguramente no. Se lo diría a primera hora de la mañana. Pero por ahora no podía quitarse la curiosidad de encima.

Levantó la carta superior de la baraja y la puso boca arriba sobre la mesa. Era negra, con un intrincado marco dorado en los bordes. En el centro, con caligrafía, había dos palabras:

Las profundidades.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Algo se agitó en su interior, una especie de reconocimiento. Se quedó mirando la carta, con la sensación de estar a punto de comprender algo importante.

Las profundidades eran oscuridad, como él. Pero por primera vez, mirando esa carta, la oscuridad no lo deprimió. Por el contrario, se sentía… ¿Pacífica? ¿Necesaria? Como si tuviera su propio papel esencial que desempeñar en el mundo, y sin ella faltara algo importante.

Miró más de cerca, tratando de comprender, pero cuanto más se concentraba, más se desvanecía la sensación. Al final, se quedó mirando la carta, preguntándose si solo se la había imaginado.

Desde el otro lado de la habitación, Harrow emitió un pequeño gemido mientras dormía. Iría con ella y la protegería de todas las amenazas. Ese era un papel que podía cumplir con orgullo en el mundo.

Se quitó la camisa, se lavó rápido y se metió en la cama junto a Harrow, estrechándola entre sus brazos. Ella murmuró algo ininteligible en sueños, así que él le acarició el pelo y la abrazó con fuerza hasta que se calmó.

No pensaba dormir. Rara vez dormía. En parte se debía a su necesidad de proteger a Harrow, pero otra parte era su deseo de ocultarle su verdadera naturaleza. Sabía que si perdía el conocimiento por completo, ya fuera por una herida o por caer en un sueño profundo, volvería automáticamente a su

verdadera naturaleza: pura oscuridad celestial, carente de tono y textura, absorbente de toda luz.

Como un espectro *wraith*. No quería que Harrow lo viera así jamás.

Por desgracia, esa noche había algo diferente. En unos instantes empezó a parpadear con fuerza, deseando deslizarse en el olvido. Luchó contra el sueño todo lo que pudo, mientras pensaba en aquella misteriosa carta e intentaba en vano comprender lo que había tratado de decirle.

Minutos después se quedó dormido.

De inmediato comenzaron los recuerdos.

Harrow nadaba de nuevo en el sueño. Pero había cambiado una vez más. Volvía a estar en aguas poco profundas, pero esta vez se sentía desesperada por sumergirse, sabiendo de algún modo que las profundidades representaban a Raith. Su miedo anterior simplemente había sido miedo a lo desconocido.

Ahora eso desconocido era conocido, y amado. Ella lo amaba.

En el sueño no importaba qué debía y qué no debía sentir. En el sueño él era suyo, y ella lo amaba lo suficiente como para sumergirse en la oscuridad para salvarlo. Él estaba ahí abajo esperándola, y ella tenía que llegar a él.

Pero no pudo. Porque algo trataba de jalarla a la superficie.

Como una cuerda invisible atada a su cintura, intentó levantarla una y otra vez. Harrow luchó con violencia, intentando sumergirse, pero volvía a ser jalada por la cintura.

Volvió a intentar sumergirse, pero algo la jaló una vez más. Sintió que su espalda emergía del agua y luchó con más fuerza, segura de que si permitía que jalaran de ella jamás podría volver a las profundidades, donde Raith la esperaba.

—¡No! —Luchó con más fuerza, aunque sus músculos se estaban cansando y empezaba a ver manchas de agotamiento—. No me obligues a dejarlo. Me necesita. —De algún modo, sus palabras resonaron con claridad en el mundo subacuático de los sueños—. Tengo que llegar hasta él. ¡Es mío! ¡Lo amo!

Dejaron de jalar. Por un momento Harrow pensó que lo había conseguido. Lanzó un grito de triunfo y empezó a sumergirse. Lo estaba

consiguiendo. Se sumergía más profundo, la luz desaparecía…

La cuerda tiró con más fuerza que antes, tomándola por sorpresa. La jaló más rápido de lo que podía resistir, aunque lo intentó. Rompió la superficie del agua en una explosión de cuerpo y agua agitados.

Y apareció en una habitación.

Miró a su alrededor, estaba seca por completo y vestida con una sencilla bata blanca, sorprendida por su propio aspecto. Se encontraba en un amplio salón. Delante había una chimenea de piedra vacía de leña o de cualquier signo de fuego reciente, por lo que el aire era frío. Una pesada pieza de metal había sido soldada alrededor del hogar para bloquear la chimenea, y la cubría una gruesa capa de polvo, aunque el resto de la habitación estaba impecable.

Como si quien viviera ahí no se atreviera a tocar la chimenea…

Junto al hogar vacío había altos libreros repletos de coloridos volúmenes. Había fuentes que adornaban cada espacio disponible, y su agradable sonido llenaba el aire. Normalmente a Harrow le habría encantado explorar, pero ahora otras cosas le llamaban la atención. En particular la vista a través de los grandes ventanales que tenía a su izquierda. Cruzó la habitación para asomarse, con los pies descalzos pisando con sigilo la madera. Cuando llegó al cristal respiró hondo.

El océano se extendía hasta el horizonte y más allá, más allá de lo que alcanzaba la vista. Parecía eterno. Era gris y tormentoso, y las poderosas aguas se agitaban y giraban en espantosas olas blancas capaces de volcar hasta el más robusto de los barcos. El cielo resplandecía con relámpagos que aún no llegaban a la superficie, descargando una lluvia constante sobre el vasto paisaje marino.

—Te pareces a ella —dijo una voz suave, y Harrow se dio la vuelta con un grito ahogado.

Una mujer estaba sentada en un sillón en el rincón más alejado. A su lado había otro sillón vacío y una lámpara de aceite sobre una mesita.

Era hermosa, todos sus rasgos perfectos. Su piel era morena, como la de Harrow, pero más clara. El pelo negro y ondulado le caía en ondas brillantes por encima del pecho. Su estructura ósea era delicada y sus labios contrastaban por su volumen. Al igual que Harrow, sus ojos eran de un tono

plateado resplandeciente y, tras ese color hechizante, estaban llenos de un antiguo dolor.

Aunque nunca la había visto antes, Harrow supo al instante a quién estaba mirando.

—Reina Darya.

La reina del agua inclinó la cabeza y señaló el asiento vacío.

—Siéntate, por favor.

Aturdida, Harrow cruzó la habitación y se sentó en el sillón.

—Su majestad. —No tenía ni idea de cómo saludar a una reina, y menos a una reina elemental inmortal.

Darya rechazó la formalidad con un movimiento de la muñeca.

—El parecido es asombroso. Realmente te pareces a ella.

—¿A quién?

—A tu madre, Mellora. Era muy bella, y tú te pareces a ella.

—¿Conoció a mi madre?

—Por supuesto, niña. Conocía a cada una de mis preciosas videntes como si fueran mis propias hijas, pues así las consideraba. —Sus ojos plateados parpadearon llenos de emociones con las que Harrow estaba muy familiarizada. Pena. Soledad. Pérdida—. Tú eres la única que queda.

—¿Me conoces?

—Por supuesto que te conozco. Eres la última vidente que me queda. He seguido tu vida de cerca.

—Pero Salizar…

—Tenía órdenes de Audra de protegerte. Audra y yo nos mantenemos en contacto. Es la única de mis hermanas que aún considero una aliada, y le debo mucho. Me ha ayudado en todo momento a mantenerte a salvo y protegida.

Harrow se esforzaba por seguir la conversación.

—Así que sabía… Cuando Salizar me acogió…

—Salizar es emisario de Audra en una misión de gran importancia para proteger a las menguantes poblaciones elementales. Su circo es una forma de protegerlos a la vista del público. Es por seguridad. En su famoso grupo de elementales amados por la población humana se mantienen protegidos. Salizar es poderoso y conocido. Nadie se atrevería a atacarlo a él o a quienes están bajo su cuidado. Ha cumplido bien con su deber.

—Pero ¿por qué protege a los híbridos? Si son de Tierra y usted no la considera una aliada…

—No considero aliadas a Tierra ni a mis otras hermanas, pero Audra lleva mucho tiempo tratando de resolver los conflictos entre nosotras. Y aunque lo considero un esfuerzo infructuoso, admiro su perseverancia.

—¿Por qué no intentan hacer las paces? Podrían poner fin a siglos de lucha y recuperar el amor de sus reinos. Podrían hacer que el mundo volviera a ser como antes.

Darya hizo un gesto con la mano.

—Algunas rencillas son tan antiguas que han perdido toda posibilidad de redención. Y algunos agravios son demasiado grandes para merecer perdón.

Harrow frunció el ceño, no estaba segura de coincidir.

—En cualquier caso, no te traje aquí para hablar del pasado. Por lo menos, no del pasado lejano.

De repente Harrow recordó dónde estaba. O mejor dicho, dónde no estaba: dormida en su cama.

—¿Cómo llegué aquí? ¿Dónde estoy?

—Actualmente estás descansando en algún lugar del vientre de Allegra. Estabas soñando, y yo intervine y te traje al castillo Vari para que pudiéramos tener esta conversación.

—Yo… ¿Cómo?

—Soy la reina del agua. Puedo hacer lo que quiera. Pero no temas. Cuando te libere del sueño despertarás a salvo en tu cama… —Frunció el ceño de repente—. Bueno, tan a salvo como puedas estar en ese momento, que es la razón por la que te traje aquí.

—¿Por qué me habla ahora? Nunca le interesé en el pasado.

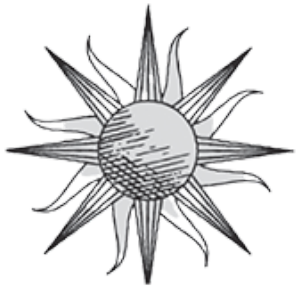
—Al contrario, seguir tu vida ha sido uno de mis mayores placeres del último siglo, si no es que el único. Hacía tiempo que había olvidado las sencillas alegrías de la vida mortal. Observarte me ha enseñado mucho.

Harrow no estaba segura de cómo se sentía ante el repentino interés de la misteriosa reina del agua. ¿Dónde había estado Darya la noche del asesinato de Mellora, mientras Harrow se agazapaba bajo los restos de su caravana, mirando a la muerte a los ojos?

Sin embargo, sabía que no debía expresar sus dudas.

—¿Por qué estoy aquí? No lo entiendo —preguntó, en cambio.

—Tengo mucho que explicar y poco tiempo para hacerlo, pero haré lo mejor que pueda. Para empezar, debemos remontarnos a algo que ocurrió hace mucho tiempo. Fue el evento que desencadenó los conflictos entre nosotras. Fue la noche en que maté al amado de mi hermana.



# CAPÍTULO QUINCE

—Conozco esa historia, creo. —Harrow se movió incómoda en su asiento—. Todo el mundo la conoce. El compañero de Furie atacó una aldea en su territorio, y cuando tomó represalias, murió.

Darya apartó la mirada.

—Eso es lo que pasó. Hasta cierto punto.

¿Había culpa en su expresión?

—¿Fue a propósito?

Sus ojos plateados brillaron.

—¿Tú qué crees?

Harrow la estudió con detenimiento. Las reinas podían ser diosas benévolas un día y tiranas caprichosas y despiadadas al siguiente.

—He oído historias de que el compañero de Furie estaba loco por la sangre, obsesionado con la guerra. Me dijeron que Furie era la reina insensata, que ansiaba el poder y acechaba inocentes. Pero no es cierto, ¿verdad? Creo que usted estaba harta de defender sus fronteras de la constante amenaza de invasión. Usted lo mató a propósito e intentó que pareciera un accidente.

Cuando comprendió la verdad, se le volvió a romper el corazón. Esa era la verdadera razón por la que había perdido a su pueblo. Darya no era una protectora, sino la agresora en una guerra que había sumido al mundo en una era oscura.

De nuevo, Darya apartó la mirada.

—¿Tan mal piensas de mí, hija del Agua?

—¿Estoy en lo cierto?

Con renuencia, asintió.

—Furie era incapaz de negarle cualquier cosa a Ferron. Lo tentó con la promesa de la inmortalidad, pero no fue suficiente. Él quería que todos los soldados de su ejército fueran dotados de magia de fuego, y yo temía lo que podía ocurrir si ella permitía que sus poderes se extendieran sin control. Su reino se estaba haciendo demasiado poderoso, y yo tenía que ponerle freno.

»Así que cuando Ferron y sus hombres atacaron mis fronteras, envié a un grupo secreto de soldados con órdenes especiales de asesinarlo y hacer que pareciera una baja accidental en la contienda. Era un guerrero legendario, pero ni siquiera él podía derrotar a dos docenas de hombres a la vez. El asesinato fue un éxito, pero mi plan fracasó. Furie sabía que su compañero era demasiado hábil para morir en un simple ataque. No se creyó mi engaño ni por un segundo. —Darya suspiró pesadamente, mostrando su avanzada edad por un breve instante—. No hace falta decir que pagué muy caro por mi traición.

Harrow no podía hablar. Esa vieja pena le había subido a la garganta como la bilis y se había transformado en una ira impotente. La muerte de su madre, la muerte de su clan, la muerte de todas las videntes… Todo se debía a que Darya había traicionado a su hermana, y Furie se había vengado diez veces más. En su lucha por el poder, habían destrozado la tierra y a su propio pueblo. Se habían perdido incontables vidas. Siguieron siglos de guerras. Las pérdidas eran asombrosas.

—Sé lo que estás pensando, querida, y no es nada que yo no haya pensado mil veces.

—¿Entonces por qué siguen peleando? ¿Por qué no acaban con esto?

—¿Cómo podría hacerlo? Después de la muerte de su guerrero hice todo lo posible para reconciliarme con Furie, pero no había forma de llegar a ella. Su dolor la consumió, la cambió por completo. No tenía ni idea de que ese hombre le importara tanto. —Sacudió la cabeza. —Jamás me lo hubiera imaginado. Mi propio compañero murió hace ocho siglos. Se había cansado de la inmortalidad, así que lo liberé de mi magia para prolongar su vida. Aún pienso en él con cariño de vez en cuando, pero Furie… Antes era luz, vida y progreso, la favorita del pueblo. Nunca volvió a ser la misma después de la muerte de Ferron. Jamás se recuperó. Pasó siglos sumida en la ira, planeando su venganza, y cuando finalmente la ejecutó…

—Aniquiló a todo un grupo de elementales.

Harrow conocía esa historia, la había oído una y otra vez, y no quería volver a oírla. No quería volver a pensar en eso, no quería desenterrar ese viejo dolor que nunca desaparecía. Nadie podía decir o hacer algo para arreglarlo o quitarle el dolor.

—Sí. Furie desató a sus viles criaturas sobre el mundo y destruyó a mis videntes en el lapso de cincuenta años. No tuve tiempo de reunir una defensa ni forma de protegerlas porque se esparcieron por los cinco territorios. Perdí todo lo que había amado.

Harrow suspiró.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Porque es necesario para que comprendas lo que he estado haciendo en las últimas décadas. La mayor parte de la gente cree que tras la muerte de sus videntes la pobre reina Darya se escondió tras los muros del castillo Vari y nunca más se supo de ella. En realidad buscaba una forma de garantizar que Furie no pudiera volver a desatar ese tipo de destrucción sobre el mundo. En ese entonces quedó satisfecha con la sangre derramada, pero ¿qué va a impedir que vuelva a hacerlo? Hasta hace poco nadie había encontrado una manera de defenderse de sus espectros, pues ¿cómo se puede dañar lo que no es más que un fantasma? Estaba decidida a encontrar el punto débil de una criatura que en apariencia no lo tenía.

Harrow abrió los ojos de par en par.

—¿Todo este tiempo estuvo buscando la forma de matar a un espectro?

—Precisamente.

—¿Y…?

—Y —la reina del agua sonrió, triunfante— tuve éxito.

—¿Cómo? ¿Qué hizo? —Harrow se enderezó. No era una persona violenta, pero alguien cuyo linaje entero había sido erradicado no podía vivir sin desear algún tipo de justicia. Era la única forma de mantener la cordura después de semejante tragedia. Siempre había deseado devolver el golpe, pero había descartado la idea por ser imposible.

Pero esto lo cambiaba todo.

Aunque la sonrisa de Darya se torció.

—Bueno, tuve éxito… hasta cierto punto.

—¿Qué quiere decir?

—Primero hablemos de la fisiología de los espectros. Un espectro *wraith* es un fantasma. Incorpóreo. Un espíritu no puede tener una muerte física, porque para empezar no pertenece al mundo físico. Sin embargo, los espectros *wraith* pueden asumir una forma corpórea durante varias horas seguidas. Cuando un espectro toma un cuerpo físico se vuelve tan vulnerable como cualquier otra especie de elementales.

—¿Entonces los espectros son elementales? Había oído que eran espíritus malignos de las lúgubres sombras que Furie había logrado capturar.

—No, son su creación. Pero como la magia de Furie estaba pervertida y corrupta por su dolor, sus elementales se formaron pervertidos y corruptos como ella. Su dolor deformó su mente, e hizo que sus criaturas fueran abominaciones.

—¿Entonces encontró una manera de matarlos? ¿Los obligó a asumir una forma física?

Darya negó con la cabeza.

—No hay forma de forzarlos sin magia de fuego. Furie puede hacer que hagan lo que quiera, porque su esencia es el fuego y ella controla ese elemento. Mi magia de agua es la antítesis y, por lo tanto, era casi inútil contra ellos. Por eso tardé medio siglo en conseguir algún resultado con mi sujeto de prueba.

—¿Sujeto de prueba? ¿Qué sujeto de prueba?

Darya cruzó las manos sobre su regazo y miró a Harrow largamente.

—Los espectros fueron creados para ser esclavos de la voluntad de Furie. Una vez que dan su palabra, están sujetos a una obligación.

Un presentimiento recorrió la espina dorsal de Harrow, pero lo reprimió.

—Desde que los creó, Furie pudo controlar su discurso y obligarlos a jurar que cumplirían sus órdenes. Ella obligó a sus espectros a matar a las videntes. Un espectro en particular fue enviado a eliminar a tu familia.

—Pero me dejó viva. —Harrow lo sabía—. ¿Cómo?

—Porque la desobedeció.

—Pero yo creía que estaban obligados y no podían desobedecer.

—No podían —convino Darya—. Debía ser imposible, pero para este espectro no lo fue. Hasta el día de hoy no sé por qué, y creo que Furie tampoco. El espectro te perdonó por alguna razón. Quizá no te consideró una oponente digna. Dudo que fuera por compasión. Son criaturas atroces,

creadas por un ser atroz, y no son capaces de sentir compasión. Pero cualquiera que fuera la razón, Furie estaba lívida. Castigó con severidad al espectro responsable del fracaso.

—¿Cómo se castiga a un fantasma?

—Ella puede manipularlos con magia de fuego, puede hacerles lo que ella quiera. Son como golems, moldeados con la arcilla de su naturaleza maligna en seres poderosos e imparables que solo la obedecen a ella. Cuando este la disgustó, le infligió un castigo atroz. Una tortura agonizante que duró meses.

—Querida Diosa.

Darya movió un dedo.

—No cometas el error de sentir compasión por estas criaturas. Un dolor atroz es la única experiencia que una bestia así merece vivir. Su existencia es una mancha que contamina el tejido mismo de nuestra realidad. Son abominaciones.

Harrow sofocó su inquietud.

—Entonces ¿por qué importa si Furie torturó al espectro que me dejó con vida?

—Niña, porque Furie cometió un error. Torturar a su espectro lo debilitó hasta convertirlo en una mera brizna, dejándolo sin poder durante un tiempo. Para que yo empezara a experimentar cómo matar a estas criaturas, primero necesitaba atrapar a una. Pero eran demasiado poderosas y mi magia de agua no funcionaba con ellas como yo necesitaba. Después de varios años de intentos infructuosos Furie me ofreció el blanco perfecto. Debilitado por la tortura, el espectro no tuvo ninguna posibilidad contra mí. Lo capturé con facilidad.

»Después de eso, fue una simple cuestión de cambiar la forma como manejaba mi magia para encontrar una manera de atraparlo permanentemente. Estudiando que la magia del agua tenía casi el efecto contrario al que yo buscaba, pronto encontré la forma de que mi poder funcionara e ideé una prisión para él. Con el tiempo, el espectro sanó y recuperó su fuerza, pero para entonces la jaula que había creado para él era ineludible. Pasé los siguientes cincuenta años intentando encontrar la forma de matarlo.

—Cincuenta años —repitió Harrow.

—Sí, bueno, ¿no acabo de decir que se consideraban indestructibles?

—¿Qué hizo?

—Primero intenté convencerlo de que adoptara una forma física para poder matarlo. Pero como era una criatura de odio que había soportado años de tortura, nada de lo que hiciera podía doblegar su voluntad. Se resistió a mis esfuerzos con tenacidad. Así que cambié de táctica. Si no podía persuadirlo de que cambiara por sí mismo, decidí que tenía que haber una forma de forzar el cambio.

—¿La hubo?

—Sí, aunque me llevó décadas descubrirlo. No entraré en detalles, porque ese nivel de magia es demasiado complejo para que lo comprenda una mente mortal, incluso la tuya, querida hija, con tu esperanza de vida elemental.

Qué gusto que Darya tuviera una opinión tan alta de su inteligencia.

—¿Cuál fue el resultado?

Darya se inclinó hacia ella, casi ansiosa.

—Estuve en el castillo Vari con mi sujeto de prueba durante muchos años hasta que al final descubrí la fórmula secreta. Por fin encontré el equilibrio perfecto entre la magia del agua y la naturaleza de fuego inherente del espectro. Sin embargo, en el momento de la aplicación hubo una explosión enorme. De hecho, estalló la torreta oeste del castillo. Cuando el polvo se asentó, supe que había tenido éxito, pero por desgracia el espectro se escapó.

—¿Se escapó? ¿Dónde se fue?

—La magia lo transportó de vuelta al territorio del fuego, ya que fue el lugar de su creación original.

En lo más profundo de Harrow, el Agua empezó a agitarse, como alentándola a establecer una conexión.

—No entiendo.

—Creé un cuerpo para una criatura que originalmente no lo tenía y luego la obligué a ocuparlo, de forma similar a como nuestras almas están ligadas a nuestros cuerpos físicos en el momento de la concepción.

Harrow miró fijamente a la resplandeciente reina, intentando comprender esa locura.

—¿De verdad creó un cuerpo físico para el espectro?

—Así es. El cuerpo que creé era una réplica del cuerpo que él habría formado de manera temporal como espectro, pero estaba formado por mi magia. Lo único que hice fue aplicar la habilidad que Furie utilizó para crear a los espectros, pero a la inversa, con agua en lugar de fuego.

Harrow renunció a intentar comprender. Tal vez Darya tenía razón, y su mente mortal no podía comprender tales conceptos.

—Entonces… ¿dónde está el espectro? ¿Finalmente lo mató?

—Escapó, como te dije, fue transportado a algún lugar del Territorio del Sur.

—¿Cómo lo sabe con certeza?

—Soy la madre de todas las videntes. ¿No crees que poseo tus habilidades? ¿Nunca has usado tus poderes para localizar a alguien?

—Oh. Sí, por supuesto.

—Encontré la localización aproximada del espectro y busqué a Audra, solicitando su ayuda para recuperarlo y devolverlo a mi territorio. Unas semanas más tarde recibí la noticia de que Salizar había asegurado con éxito la posesión de la criatura.

—¿Salizar? —Harrow frunció el ceño, confundida. El Agua hacía espuma de agitación en su interior.

—Sí. Como dije, es un emisario de la reina del aire.

—Pero pensé que Salizar había ido a Allegra a… —Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta, y se ahogó con ellas.

De repente todo encajó.

—No.

La mirada de Darya se suavizó.

—Me temo que sí.

—No. Raith… No es… Él no es…

Pero de repente el Agua en su interior le dijo que así era.

Las olas hirvientes y enfurecidas se asentaron en una quietud perfecta, y todo se volvió claro como el cristal.

¿Por qué ahora? Antes el Agua había sido tan positiva. Le había dicho a Salizar que apostaría su vida a que Raith no era lo que él creía. ¿Y ahora esto? ¿Su poder la había engañado a propósito? El Agua no intrigaba ni engañaba.

Pero el sonido de la verdad en su interior era inconfundible.

Aun así, luchó contra ella, incapaz de aceptar que hubiera podido cometer un error de juicio tan tremendo. De repente se quedó sin aliento y se levantó de un salto, agarrándose la garganta. ¿Dónde estaba el aire? Necesitaba respirar. La habitación daba vueltas.

—Lo siento mucho, querida.

—No puede ser… habría percibido… —Pero sus débiles protestas no pudieron con el poder que resonaba en su interior. Inclinó el torso hacia el suelo, en busca de aire.

—Como te dije, cree para él un cuerpo nuevo. Es algo parecido a renacer del vientre de una madre. Así como nosotros no recordamos lo que hacían nuestras almas antes de llegar a este mundo, el espectro no tiene recuerdos de lo que hizo antes de su renacimiento.

—Pero él no… percibí que nunca había matado.

—No ha matado en su nuevo cuerpo. Mató en su existencia anterior como ser incorpóreo. Por eso no puedes sentir las muchas manchas de su espíritu. Renació como una creación mía. Es, en efecto, una nueva especie. Un espectro físico. Una fusión perfecta de fuego y agua. Una imposibilidad posible.

—¿Por eso no recuerda nada? —Las palabras le salían con dificultad.

—Sí. El periodo posterior a la explosión mágica que lo transportó de vuelta al sur será el primer recuerdo que tenga, ya que fue el primer momento de su nueva existencia.

—Él fue el que… mató…

Darya asintió con solemnidad.

—A tu madre. A todos los de tu clan. Fue él.

—Raith… mató… —A Harrow se le revolvió el estómago. Se le aflojaron las rodillas y se rindió al suelo, envolviéndose con los brazos, sin dejar de temblar. Parecía que una tormenta proveniente de la fractura de su corazón helado hubiera llenado la habitación—. No…

—Lo siento mucho, Harrow. En cuanto Salizar envió a Audra la noticia de que estabas interesada en el espectro, comencé a tratar de contactar contigo para advertirte. Sabía que no le creerías a Salizar si le confiaba a él la información.

—¿Por qué no me lo advertiste antes?

—No pude. Soy poderosa, pero se necesita una magia muy avanzada para tejer un hechizo de sueño profundo para dos personas, en especial cuando luchabas contra mí con tanta determinación. Cada vez que ignorabas mi llamado desde la superficie y elegías sumergirte en las profundidades de tus sueños, tenía que volver a empezar.

—¿Para dos personas?

—Mientras mantenemos esta conversación, también atrapé al espectro en los recuerdos de su existencia pasada. En este momento está reviviendo cada dolor que soportó y cada muerte que provocó con vívido detalle. Vivir sin recuerdos de su tortura era un regalo que no se merecía, así que se lo arrebaté.

Incluso ahora, a una parte del corazón de Harrow le dolía imaginar que Raith estuviera reviviendo tales tormentos, lo mucho que le dolerían esos recuerdos.

«Protégelo», le exigió de repente el Agua en su interior. «Te necesita. Ve con él».

«¡No!», gritó mentalmente, rechazando a su poder.

¿O había gritado de verdad? A juzgar por el sobresalto de Darya, sí.

Raith era un espectro. Y no un espectro cualquiera. Era el mismo espectro que había matado a su amada madre y a todo su clan. El mismo espectro que había bajado flotando en medio de la masacre y la había mirado fijamente a los ojos, ladeando la cabeza mientras la estudiaba como a un insecto bajo una lupa.

Esos ojos… «Fuego y sombra». Eran los ojos que ella había mirado mientras hacían el amor hacía apenas unas horas.

Harrow se arrastró por el suelo y vomitó en una maceta que había junto a la ventana.

En nombre de la Diosa, ¿cómo se había resistido tanto a la verdad? ¿Por qué no se había dado cuenta antes? ¿Por qué había sido tan obstinada? Salizar se lo había advertido, le había dicho casi exactamente lo mismo que Darya, pero Harrow se había negado a creerle. ¿Por qué?

Recordó la inclinación de Raith a matar a Salizar, la expresión vacía de su rostro cuando ella le había dicho que no podía ir por ahí asesinando gente. En realidad no entendía que matar estaba mal.

Porque era malvado. Porque había matado a su madre y a toda su familia.

«VE CON ÉL». El Agua creció como una inundación repentina. «PROTÉGELO».

«¡Jamás iré con él!», le gritó Harrow, volviendo a rechazar a su poder, esta vez con absoluta decisión.

Al final, se levantó del suelo y se limpió la boca con la manga, sin importarle que le pareciera repugnante a la hermosa reina sentada en el sillón. Se sentía entumida por completo.

Se le había roto el corazón en mil pedazos. Su mente se había apagado, incapaz de comprender más dolor o pena. Solo le quedaba el entumecimiento.

Y un propósito frío y mortal.

—¿Qué hago? —Su voz era plana, extraña a sus propios oídos. En su interior, el manantial de su poder se había convertido en un pozo silencioso y vacío, tan estéril como los desiertos del sur.

—Tienes que alejarte del espectro de inmediato. Salizar tiene órdenes de recuperarlo y traerlo de vuelta a mi territorio. En cuanto el espectro esté dentro de mis fronteras podré deshacerme de él. Mientras permanezca en territorio del éter está bajo la protección de la reina Nashira. No podemos actuar ahí sin arriesgarnos a una guerra.

—¿Por qué…? —Harrow tragó con fuerza, con la garganta irritada—. ¿Por qué lo protegería la reina Nashira?

—No lo sé, pero ha dejado muy claro que no debe haber ejecuciones en su territorio sin represalias. No puedo permitirme empezar otro conflicto. El espectro debe ser traído aquí.

—Eh, ejecución…

Ejecutar a Raith. Matarlo… La idea la horrorizaba.

—Tiene que hacerse, niña —dijo Darya con voz suave—. Es la única manera. Él no es lo que tú pensabas. ¿Lo entiendes ahora?

Harrow solo pudo asentir inexpresivamente. Solo sentía vacío, dolor en el pecho, ardor, sufrimiento punzante. Confusión. Soledad. Traición.

—Necesito que me digas dónde se están escondiendo, Harrow. Yo le pasaré la información a Salizar. Tú estarás libre del sueño y despertarás. Mantendré al espectro bajo control, no despertará hasta que te hayas ido.

Regresa directamente al circo, y Salizar irá al Subterráneo y capturará al espectro.

Harrow se limitó a asentir.

—¿Dónde están, niña?

—¿No puedes usar magia para encontrarme? —¿Qué le importaba? ¿Por qué dudaba?

—Tu plan de escape funcionó bien. Usar el Agua para adivinar tu ubicación me ha dado algunos resultados, pero el Subterráneo es una zona demasiado poblada y Allegra está tan empapada de magia de éter, que es casi imposible rastrear algo en su interior. La mitad de las calles desaparecen en cuanto empiezo a acercarme con mi adivinación, como si la ciudad misma intentara ocultarte de mí.

Finalmente, Harrow se obligó a decírselo.

—Estoy en una habitación en la taberna Uróboros.

Darya cerró los ojos un momento.

—Eso complica las cosas. Sin embargo, si mantienes la calma y tienes cuidado, no te pasará nada. Cuando te vayas, nadie debe verte. Hay gente buscándote, gente que no quiere que vuelvas con Salizar. Si te encuentran te llevarán. ¿Entiendes?

Harrow volvió a asentir sin expresión. No se le ocurrió hacer más preguntas. Solo quería estar sola, donde pudiera esconderse del mundo y tratar de encontrarle sentido al desastre en que se había convertido su vida.

—¿Entiendes lo que tienes que hacer?

—Despertar. Salir de la taberna sin que Rai… sin que el espectro me vea.

—Sin que te vea el espectro ni nadie más.

Otro asentimiento.

—Regresar al circo.

—Exacto. Te sacaremos del territorio de Nashira lo antes posible.

—Yo no… no puedo estar cerca…

—No estarás cerca del espectro, te lo prometo. Haré todo lo que esté en mi poder para que no vuelvas a verlo después de salir de la taberna. Y muy pronto no podrá hacerte daño nunca más.

¿Hacerle daño? ¿Pensaría Darya que Raith la había violado de alguna manera? Ojalá la verdad fuera tan simple.

—Yo me fui con él —admitió, y la vergüenza le quemaba la piel como fuego—. Voluntariamente.

—Lo sé, querida, pero no debes culparte.

—Creía que estábamos conectados. Creía que el Agua me decía que estábamos conectados. Creía que lo amaba… —Se le volvió a revolver el estómago y tragó saliva.

La voz de Darya era suave.

—Estabas confundida, niña. Un corazón dulce como el tuyo nunca estuvo preparado para una pérdida tan devastadora. Tu anhelo por una familia distorsionó la conexión que sentías con el espectro.

—Yo no… Estaba tan segura de que él no era…

—No importa, querida. Nadie te está culpando. Los espectros son criaturas hermosas y seductoras por una razón. Furie creó al asesino perfecto. Es mucho más probable que cuando la muerte toca a tu puerta la invites a pasar si tiene una forma atractiva, ¿no crees?

«La muerte que toca a la puerta». Exactamente. Una hermosa y dulce muerte había llamado a la puerta y la había engañado para que la invitara a entrar. «Desesperada por amor», casi había dicho Darya. Y era verdad. Lo único que Harrow siempre había querido era pertenecer. Lo único que siempre había querido era sentirse amada.

La muerte había tomado ese anhelo y lo había transformado en algo repugnante. Incluso en ese momento, su cuerpo estaba en realidad en la taberna de Allegra, sin duda rodeado por los fuertes brazos de Raith, envuelto en una falsa sensación de seguridad.

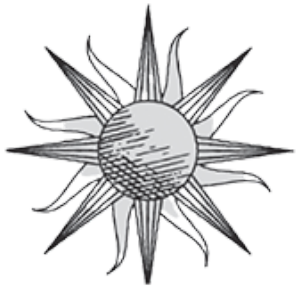
Tenía que alejarse. Lejos, muy lejos. Tenía que correr hasta que le fallaran las piernas y se desplomara de agotamiento. Tenía que gritar hasta que se le quebrara la voz. Tenía que lavarse durante días. No, tenía que quemarse toda la piel y hacerla crecer de nuevo para que no quedara ni una sola célula de su cuerpo que alguna vez lo hubiera tocado con amor en su corazón. Había sentido amor por la cosa misma que había asesinado a su madre.

Amor falso. Amor que era mentira.

Por Mellora tenía que hacerlo.

Se armó de valor y volteó hacia Darya.

—Envíame de vuelta. Estoy lista para despertar.



# CAPÍTULO DIECISÉIS

Harrow parpadeó y abrió los ojos. Las reacciones al estrés que había sentido en el sueño —los temblores, la sudoración, las náuseas— no se trasladaron a la realidad. Al principio se sintió somnolienta, relajada. El cálido peso de otro cuerpo la rodeaba por detrás, un brazo pesado la envolvía por la cintura. La habitación estaba en silencio. Oscura, salvo por el resplandor azul de la luz de la luna.

Todo volvió de golpe.

De inmediato empezó a temblar, pero se quedó inmóvil, aterrada. En cualquier momento Raith podría despertar y…

¿Y qué? ¿La mataría? ¿O simplemente la miraría confundido sin comprender por qué le temía de repente? Diosa, sería más difícil de afrontar a que la atacara.

Era verdad que no recordaba nada. Darya se lo había confirmado. No había mentido acerca de eso, pero ¿habría mentido en algo más? ¿Cuánto de lo que habían compartido era real? ¿Todo? ¿Nada? De todos modos no importaba.

No volvería a mirarlo a los ojos sin verlo tal como era.

Un asesino. Una abominación.

Derramó lágrimas hasta empapar la funda de la almohada. Temblaba de miedo entre sus brazos y, sin embargo, no conseguía abandonarlos. ¿Qué le ocurría? Estaba desnuda en la cama con el monstruo que había asesinado a su familia. Era repugnante. Jamás se recuperaría de la vergüenza.

Pero lo peor era que no podía apagar los sentimientos que tenía por él. Su cuerpo quería volver a acurrucarse contra el suyo, fundirse en su abrazo,

respirar su cálido aroma, saborear esa burbuja de seguridad que él siempre la hacía sentir.

Falsa seguridad. Falsa intimidad.

Asesino. Homicida. Abominación.

Con manos temblorosas, le levantó el brazo y salió de debajo de él. Sintiendo el suelo frío bajo sus pies descalzos, se levantó de la cama y volteó para mirar al hombre que había dejado atrás.

Su cuerpo era un puro vacío de oscuridad.

Ahogó un grito, que se le quedó atrapado en la garganta. Su pelo, su piel, incluso sus labios, eran completamente oscuros. Ni rastro de su antiguo color bronceado, nada de profundidad en su tono. Era como si fuera una ausencia en la habitación, en lugar de un ser que ocupaba espacio.

Solo negro plano. Pura sombra.

Parecía… algo malo. Como una aparición que no debería haber existido en el mundo.

Salizar se lo había dicho, ¿verdad? Y ella lo había ignorado, pensando que era un loco cruel. Raith tenía colmillos, alas coriáceas, ojos antinaturales y piel hecha de sombras, ¿y ella había pensado que el loco era Salizar? ¿Cómo había podido ser tan inconsciente de lo obvio?

Raith en realidad era un espectro. El mismo espectro que había matado a su familia.

El insoportable peso de la verdad cayó sobre ella, y una nueva punzada de agonía le atravesó el corazón: dolor. Dolor por su amor perdido. Porque lo había amado de verdad, solo para descubrir que ni siquiera se acercaba a lo que ella creía que era.

Las lágrimas cayeron libres por sus mejillas, oscureciéndole la vista. Aunque no podía verlo mucho. En la noche casi desaparecía por completo, camuflándose en la más mínima sombra, como un fantasma.

Una sombra de la muerte atravesando la luna llena.

Incluso ahora seguía amándolo, o al menos amaba a quien pensaba que era. Eso era lo más difícil de todo. Mientras se alejaba despacio de la cama tomaba un vestido y una bata de su bolsa y se los ponía con manos temblorosas, una parte de ella estaba desesperada por escapar de ahí mientras que otra anhelaba regresar a la cama junto a él. No le ayudaba

saber que estaba atrapado en un sueño, reviviendo sus recuerdos. ¿Estaba sufriendo? ¿Tenía miedo?

«No». Se dio fuerza. Él era un asesino, y no un asesino cualquiera. Era el asesino que mató a su hermosa madre y a todo su clan. Era una abominación, como Darya había dicho. Había que acabar con él.

Justo en ese momento, Raith gimió y se retorció en la cama como si sintiera dolor. Diosa, estaba sufriendo, atrapado en los horrores de su pasado. A Harrow se le cortó la respiración, le dolían las manos por querer tocarlo. Se le rompía el corazón con solo mirarlo. Las viejas heridas del dolor que sentía por su familia se abrieron de nuevo al verlo.

No podría volver a mirarlo sin ver esa sangre en sus manos.

Fue ese pensamiento el que finalmente hizo que se diera la vuelta. Cruzó la habitación hasta la puerta, con los ojos tan nublados por las lágrimas que no podía verla. Extendió una mano temblorosa para abrirla, tomó el picaporte y vaciló. El impulso de volver atrás era casi abrumador, pero lo resistió con todas sus fuerzas.

Al final, logró imponerse.

Apretó los dientes para soportar el dolor punzante que sentía en el pecho, cruzó la puerta y la cerró con suavidad tras de sí. Sin mirar atrás, bajó por la escalera que conducía al patio trasero para escapar hacia la noche.

Raith luchaba contra la prisión onírica con todas sus fuerzas. Las imágenes de la violencia que había ejercido y de la violencia que le habían infligido se sucedían con rapidez ante sus ojos, entremezcladas con los gritos de sus víctimas y los suyos propios.

Aun así, se esforzaba por liberarse.

*Gritos agónicos. Los suyos. Los de otros. Sangre, muerte y destrucción. Esclavizado, atado a la voluntad de otro, forzado a cometer actos inefables…*

Darya pretendía mantenerlo atrapado ahí hasta que Salizar llegara para capturarlo de nuevo. Pero la reina del agua se había pasado cincuenta años subestimándolo, y parecía que aún no había aprendido la lección.

Con una monumental fuerza de voluntad, Raith consiguió desprenderse por fin del fango de horribles recuerdos. Se incorporó con brusquedad en la cama, con el cuerpo tembloroso y la piel resbaladiza por el sudor. Las

sábanas a su alrededor estaban hechas jirones por sus garras. Las imágenes seguían dando vueltas en su mente.

*Las atrocidades que había cometido… Siglos actuando como uno de los asesinos de Furie. El dolor que había desatado sobre inocentes. La tortura que había sufrido a manos de su ama por su desobediencia. Cincuenta años en una jaula mítica como experimento de Darya.*

Salió tambaleándose de la cama, mareado y con el corazón acelerado.

Los recuerdos no dejaban de presentársele. Vaciló y se estrelló contra la pared, tirando un cuadro al suelo. Volvió a chocar con la cama, luego con la mesa, luego con el sofá, hasta acabar al final en el suelo. Sobre sus manos y rodillas, sacudió la cabeza con violencia, tratando de alejar los recuerdos.

Pero persistieron.

*Capturado por Darya en su debilidad. Golpeado por una ola de magia tras otra, tratando de quebrarlo. Los gritos de frustración de Darya ante su continuo desafío.*

Las imágenes volvieron en el tiempo.

*Furie gritándole con rabia. ¿Por qué había perdonado a la niña vidente? ¿Cómo había podido desafiarla? ¿Cómo había podido romper su juramento? Luego, fuego. Mucho fuego. Ya que no tenía piel ni huesos, el Fuego quemó su esencia misma. Incorpóreo significaba inmortal, así que el dolor no tendría fin. Una eternidad de fuego. De agonía, traición y odio.*

Viajó un poco más atrás.

*La luna llena iluminaba un campamento somnoliento rodeado por altos árboles de hoja perenne. Varias pequeñas caravanas estaban situadas alrededor de una hoguera y los caballos pastaban cerca. Unas mujeres se reunieron alrededor del fuego. Una de ellas arrojó al suelo el contenido de una pequeña bolsa de piedras y estudió su caída. Las demás compartían comida y bebida. Una niña pequeña estaba sentada junto a una madre cariñosa.*

*Una sombra descendió sobre ellas desde la oscuridad.*

*No tenían ninguna posibilidad contra él. Su propia existencia era la muerte, su único propósito, destruir. Simplemente las tocó y desató el fuego que llevaba dentro, y ellas ardieron de dentro hacia fuera. Sus gritos resonaron en la noche. Los caballos relincharon aterrorizados. La sangre escurrió de las agujas de los pinos. Las caravanas se derrumbaron en el caos de los poderes desatados. Defensas que no hicieron nada por salvarlas.*

*Solo quedaba la niña pequeña.*

*Pensaba que estaba escondida, pero él sabía con exactitud dónde estaba. Olía su piel, podía oír los latidos de su corazón a un kilómetro de distancia. Era la muerte, y no había forma de escapar de él.*

*Descendió como una sombra de humo. La niña era el último ataque de la noche. Quizá después por fin podría descansar, ser libre de la implacable compulsión de cumplir su juramento.*

*El espectro vaciló afuera de su refugio, observándola. Ella no lloró, no gritó. Él solo tenía que estirar una garra hacia ella y acariciar su diminuta cara, y ardería igual que las otras.*

*Estaba obligado a hacerlo. No tenía el poder de resistirse.*

*Pero se resistió de cualquier forma.*

*El comienzo de cincuenta años de torturas.*

*Por primera vez en su existencia tomó su propia decisión, y la agonía que lo consumió como resultado fue mil veces peor que las rápidas muertes que infligió a las videntes.*

*Su esencia se dispersó; su poder se agotó por completo. Fue arrebatado, soplado como la débil brizna de humo de una vela apagada, arrastrado de vuelta a los orígenes de su esclavitud para enfrentarse a la ira de su ama.*

Raith arqueó la columna vertebral. Sacó las garras, que se clavaron en las tablas del suelo. Brotaron las alas de su espalda. Volvió a ser pura sombra, pero no intentó alterar su apariencia, abandonando toda pretensión de pasar desapercibido.

Ya no podía mentirse a sí mismo, no podía ocultar lo que era.

Harrow se había ido. No necesitaba preguntarse qué había pasado o por qué se había ido. Todo le había sido explicado en el sueño: la intervención de Darya, que había llegado por fin a la última vidente que le quedaba para protegerla del monstruo que había matado a su familia y que ahora la tenía en sus garras.

Harrow se había despertado y había huido de él, horrorizada.

Debió clavarle una daga en el pecho mientras dormía. Él la habría ayudado a hundirlo.

La puerta se abrió de golpe detrás de él. El aire se llenó de gritos.

Raith se puso en pie de un salto y giró sobre sí mismo para enfrentarse a los intrusos. Era Salizar, acompañado de varios más. Raith reconoció el pelo

rubio de Loren en la refriega. Salizar iba armado con su bastón de rayo y un trozo de cadena que desprendía el fuerte olor de la magia del aire. Entraron corriendo a la habitación, acercándose a él para capturarlo y entregárselo a Darya para su exterminio. Así como él había exterminado a la familia de Harrow.

Pero Raith ahora no ocultaba lo que era, no deseaba desesperadamente ser algo que no era. Extendió las alas al límite y las garras de las puntas tocaron el techo. Flexionó los dedos y alargó las garras al máximo. Quizá estuviera destrozado, pero aún le quedaba una cosa por la que vivir: la venganza.

Echó la cabeza hacia atrás y rugió.

Fue estruendoso, y sus enemigos retrocedieron tambaleándose, llevándose las manos a los oídos. Salizar gritó órdenes por encima del bullicio. Se acercaron de nuevo. Raith surcó el aire con sus garras, demasiado perdido en su rabia para ver a quién o qué golpeaba. La sangre salpicó las paredes y los muebles, pintando su pecho desnudo. La pequeña habitación se llenó de gritos.

Salizar blandió la cadena encantada, golpeando a Raith en el hombro. Sintió un sufrimiento atroz, y su cuerpo se derrumbó: el arma le quitaba las fuerzas como un sifón.

No le importó. Lucharía hasta la muerte si tenía que hacerlo.

En esta batalla, Raith tenía dos grandes ventajas. Uno, era un espectro, un instrumento de muerte viviente, y estaba enfurecido. Y dos, Salizar tenía órdenes de capturarlo vivo, lo que significaba que el encantador mediría sus ataques. Raith no tenía tales limitaciones.

Volvió a blandir las garras mientras la cadena lo azotaba una vez más. Más sufrimiento, más debilidad. El espectro enloquecido rugió de nuevo. Los atacantes se tambalearon y se taparon los oídos.

De su furia, brotaron pequeñas llamas por toda la habitación. Ya no poseía la capacidad de matar con su toque de fuego, pero su rabia seguía avivándolo hasta convertirlo en una existencia espontánea. De cualquier modo, no necesitaba fuego para matar. Sus garras, sus dientes y su cuerpo eran suficientes. Al fin y al cabo, él era el arma.

Salizar atacó de nuevo. Raith retrocedió dando tumbos y chocó con un mueble volcado. Brotó sangre de su pecho, pero estaba lejos de haber

terminado.

La siguiente vez que Salizar golpeó, Raith atrapó la cadena en el aire. El encantador abrió los ojos de par en par. La cadena se derritió a través de la piel de su palma casi al instante, drenando su conciencia como un sumidero succionando agua. Lo ignoró. De un fuerte jalón, se la arrancó a Salizar de las manos y la arrojó lejos.

Rugiendo con furia, Raith avanzó hacia su enemigo.

Salizar blandió su siguiente arma: el bastón de rayos. Lo agitó y lo clavó en una de las alas de Raith. Del punto de contacto brotaron hilos de relámpagos que se extendieron por el ala coriácea hasta su cuerpo.

Raith rugió de dolor, moviendo con furia el ala herida para protegerse del bastón. Aun así, seguía avanzando, ahora tambaleándose.

Salizar atacó de nuevo. Surgieron más rayos, hasta que todo el cuerpo de Raith quedó cubierto por ellos. Aun así, seguía avanzando. Otro golpe, otro impacto. Raith tropezó de nuevo, mientras la negrura penetraba en los bordes de su visión. La luz de la victoria brilló en la mirada azul de Salizar. Volvió a atacar lo bastante cerca como para clavar la afilada punta del bastón en el abdomen de Raith. El sufrimiento era insoportable, pero Raith había sobrevivido cosas peores.

Alzó sus manos con garras y rodeó el bastón.

Un rayo bajó por su brazo, pero no lo soltó. Salizar volvió a abrir mucho los ojos, pero se empujó hacia delante, clavando la punta más profundo en el abdomen de Raith. Aun así, Raith se aferró al bastón, luchando por mantener la conciencia.

Bastó un segundo de distracción para que la marea cambiara.

Junto a ellos, un hombre con una herida sangrante en el pecho intentó levantarse y unirse a la lucha, pero una de las alas de Raith lo derribó con facilidad. Era Loren, comprendió vagamente. Salizar lo miró durante unos breves segundos. Era todo lo que Raith necesitaba.

Jaló el bastón y la punta se hundió más en su propia carne. Se lo arrancó a Salizar de un tirón.

Raith agarró el otro extremo con la mano libre, la que había sido herida por la cadena. Ni siquiera se dio cuenta, porque una sensación mucho peor la superó enseguida.

Un rayo cayó por sus dos brazos como si los hubiera metido en el ojo de una furiosa tormenta. Recorrió todo su cuerpo, friéndolo por dentro. Pero Raith estaba acostumbrado al ardor del fuego.

Rugiendo con toda la furia, el sufrimiento y el odio de su maldita existencia, utilizó toda la fuerza que le quedaba en el cuerpo herido para juntar los extremos del bastón uno con el otro.

Con una estruendosa explosión y un destello blanco, el bastón se partió en dos.

Al instante, un silencio sepulcral llenó la habitación.

Arrojó a un lado las partes inútiles del bastón. Tambaleándose hacia delante, con manchas negras en la vista, fue hacia Salizar y le rodeó el cuello con una mano llena de garras.

Una daga se hundió en el abdomen de Raith, justo debajo de las costillas.

Raith se tambaleó, mirando hacia abajo. Sangre manaba de la herida y chorreaba hasta la cadera, empapándole los pantalones. La hoja estaba cubierta de magia, podía sentir el hechizo que poseía filtrándose en su cuerpo.

La mano de Salizar rodeaba la empuñadura. La había sacado de debajo de su abrigo.

Raith volvió a mirar a su enemigo a los ojos. Flexionando el brazo, apretó la mano que rodeaba la garganta de Salizar. El encantador tosió, pero incluso en ese momento el orgullo y el desafío seguían brillando en sus ojos azules. Jaló la daga, retorciéndola en el abdomen de Raith, pero Raith lo apretó más fuerte, esperando ver una súplica de clemencia en su mirada, o siquiera un atisbo de miedo.

Nunca llegó.

Raith ladeó la cabeza, estudiándolo. «Esto es por Harrow», había dicho Salizar antes de lanzarle el rayo que lo había dejado inconsciente.

—Debiste haberme matado cuando tuviste la oportunidad —dijo Raith en voz baja.

El rostro de Salizar expresó sorpresa.

Extrañamente y en contra de su voluntad, Raith sintió respeto por él. Salizar hacía lo que tenía que hacer para proteger a su gente. Había protegido a Harrow, la había mantenido a salvo mientras había podido. Obedecía a su reina y cumplía con su deber con honor y orgullo.

Raith no tenía ninguna de esas cualidades. No tenía gente a la que proteger. La única persona a la que había querido proteger era a la que había herido más que a ninguna otra. La reina de Raith era una canalla desquiciada a la que odiaba más que a su propia miserable existencia. No tenía propósito, ni deber, ni orgullo. Su vida era una maldición.

Pero al menos, ahora que estaba libre de Furie, era su vida y podía elegir qué hacía con ella. Y a quién mataba.

Harrow merecía venganza, y él quería dársela. Le había dicho que quería destruir a quien le hubiera hecho daño, y ahora estaba realmente en condiciones de hacer algo al respecto. Entregarse a Darya solucionaba parte del problema, pero no todo.

Matar a Salizar parecía innecesario. Después de todo, él había ayudado a Harrow cuando lo necesitaba, y siempre había intentado hacer lo correcto para ella.

Así que Raith aventó al encantador de un empujón de espaldas contra la pared con la mano que tenía en su garganta, y luego se arrancó la daga del estómago, sosteniéndola. La iba a necesitar más tarde. La herida se llenó de sangre y se derramó por su pierna. Salizar ya estaba sacando otra arma encantada de debajo de su abrigo, sin dejar de mirar a Raith, conmocionado.

Dándose la vuelta, Raith plegó las alas contra su espalda, pero no las hizo desaparecer. Ya no podía ocultar lo que era. Atravesó la habitación dando tumbos hasta la ventana, con manchas negras oscureciéndole la visión.

En lugar de abrirla con cuidado, como había hecho cuando estaba Harrow, clavó las garras de la mano libre en el marco y la arrancó de la pared, arrojándola hacia el otro extremo de la habitación. Fragmentos de cristal cayeron sobre los hombres de Salizar, que se encontraban tirados por la habitación heridos en diferentes medidas. Todos se quedaron paralizados, mirando al espectro que se alejaba de la destrucción y empezaba a trepar por la ventana.

—Espera —gritó Salizar con voz ronca.

Raith volteó, segundos antes de escabullirse.

—¿Por qué no me mataste?

Raith no dijo nada. Dudaba que el encantador le creyera. Pero pensar en la muerte de Salizar ya no le causaba satisfacción. Ahora tenía algo más en qué concentrarse.

Vengar a Harrow.

Se dio la vuelta, salió por la ventana y escaló el edificio hasta la azotea. Bajo la luna y las estrellas, extendió las alas, sacudiéndose la debilidad de la pelea. Su cuerpo estaba destrozado, pero apenas lo sentía.

Era un abominable instrumento de muerte, después de todo.

Dobló las rodillas, estiró las alas y se elevó, emprendiendo el vuelo. El aire resonó en sus oídos con un rugido, y la ciudad de Allegra se alejó con rapidez mientras volaba cada vez más alto, dejándolo todo atrás.

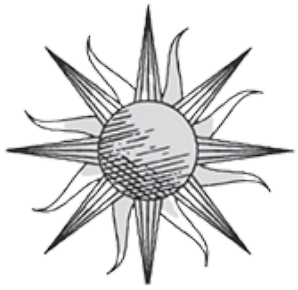
Se dirigió hacia la derecha, usando la constelación que Harrow le había enseñado para guiarse en la noche, aunque no tenía que molestarse. El lugar al que se dirigía lo llamaba con su canto, invitándolo a volver como si fuera un lazo atado a su alma corrupta.

Voló directamente hacia el sur.

Raith se movía con la mortífera velocidad de su especie, como una nube que surcara el cielo silencioso, aferrando con fuerza la daga cubierta con su propia sangre. A esa velocidad, tardaría solo unas horas en llegar a su destino.

Las reinas eran inmortales, pero Raith había estado en estrecho contacto con dos de ellas, había sido creado por su magia, y conocía sus debilidades.

Sabía que ni siquiera una reina elemental podía sobrevivir a una decapitación.



# CAPÍTULO DIECISIETE

Malaikah estaba tan preocupada por Harrow que no podía pensar en otra cosa. Después de lo que Salizar le había contado la otra noche en su caravana, se moría de ganas de volver al Subterráneo, pero no había tenido oportunidad.

Salizar tenía gente que vigilaba sin descanso los alrededores del circo, e incluso aunque lograra burlarlos, no estaba segura de correr con la misma suerte con la banda de Ouro. Había habido un par de híbridos de salamandra merodeando afuera del circo durante toda la semana, y no se molestaban en disimular que la estaban vigilando.

Ellos eran híbridos y esta era su ciudad. Malaikah tenía habilidades legendarias para escabullirse, pero aquí estaba fuera de su elemento y ellos estaban en el suyo.

Pero ¿qué hacía? Cada noche que pasaba sin ver a Harrow se apretaba el nudo de miedo que sentía por su amiga. Y lo peor era que algo grande iba a ocurrir esa noche. Lo sentía en los huesos.

Esa noche, cuando terminó la función de circo, todo parecía normal. Mal fue a la carpa comedor e intentó cenar algo antes de volver a su caravana para lavarse y ponerse el traje negro que usaría para intentar hacer una escapada nocturna.

Le llamaron la atención unos sonidos apagados que provenían del exterior. Se acercó sigilosa a la ventana, empujó el cristal y escuchó con sus sentidos felinos, superiores a los de los humanos. Unos murmullos llegaban a su caravana desde lejos. Movió las orejas para intentar localizarlas.

Se dio cuenta de que venían de la tienda de Salizar. Se estaba celebrando algún tipo de reunión secreta. Cuando hizo la conexión, pudo oír el

inconfundible tono de la voz de Salizar susurrando órdenes a quienes estaban con él.

Estaba a punto de acercarse con sigilo para espiar cuando oyó que se abría la puerta de la carpa y salieron unos hombres. Se dirigieron a la salida del circo y se escabulleron en la noche.

¿Adónde se dirigían? ¿Habrían encontrado una nueva pista sobre la ubicación de Harrow y Raith?

Dejando a un lado las preguntas, Malaikah se dio cuenta de que era el momento perfecto para escaparse. Con su velocidad y agilidad, podría llegar a la taberna antes que Salizar (si es que se dirigía ahí) y advertir a Harrow y Raith. O, llegado el caso, podía entretenerlos hasta que Salizar llegara con lo necesario para recapturar a Raith.

En cuanto a Ouro y su pandillita, tendría que vérselas con ellos si la veían, y esperaba que nadie…

Llamaron a la puerta de su caravana.

Malaikah volteó y olfateó el aire. No olía a nada. Lo cual no tenía sentido, porque todo el mundo olía a algo. Bueno, todo el mundo, claro, excepto…

Las serpientes.

Los malditos reptiles eran los únicos capaces de disimular su olor de esa manera. Maldijo. En su interacción anterior, Ouro había accedido a guardarle su secreto. Pero ahora estaba llamando a su puerta.

—Sé que estás ahí, Malaikah. Puedo olerte.

Genial. La olía. Menos mal que se había bañado y estaba oliendo su olor a limpio y no su olor a sudor de después de la actuación. Se miró y maldijo de nuevo. Llevaba un leotardo negro ajustado y sin mangas y unos pantalones anchos de hombre, lo que no era…

Diosa, ¿por qué se preocupaba por lo que llevaba puesto? Sacudió la cabeza y se dirigió a la puerta, que abrió de golpe.

Ouro estaba afuera, apoyado despreocupadamente en el costado de la caravana.

—Buenas noches. —Una comisura de su boca se curvó hacia arriba—. Déjame entrar. Tenemos que hablar.

Era más corpulento de lo que recordaba, y la combinación del patrón de su piel y sus ojos verdes de pupila vertical resultaba sorprendente. Llevaba el

largo saco de cuero abierto y la empuñadura de una daga se asomaba de una funda que llevaba en la cadera, pero dejó las manos sueltas a sus costados.

Mal se dio cuenta de que intentaba no parecer amenazador, y estuvo a punto de reírse. Debería decirle que no se molestara. No podía parecer poco amenazador, aunque se jugara la vida en ello.

Ouro entró en su pequeña caravana y cerró la puerta tras de sí. Girándose, echó el cerrojo y le lanzó una mirada que la retaba a desafiarlo.

«Nada espeluznante». Con un suspiro de resignación, Malaikah señaló la mesa, indicándole que se sentara. No tiene sentido resistirse.

Así como Salizar la otra noche, el enorme macho elemental tomó asiento frente a su pequeña mesa y casi llenó toda su caravana. Estiró las largas piernas a un lado y cruzó los pies por los tobillos, sintiéndose como en casa.

Extrañamente, no sentía la animosidad que había sentido hacia él la vez anterior que se habían visto. Tal vez sus intentos por no ser amenazador estaban funcionando después de todo.

—¿Quieres beber algo? —se oyó preguntar. Para sus adentros, giró los ojos. ¿Intentaba ligar o proteger a Harrow?

—¿Whisky?

—Claro. —Sacó la botella y dos vasos del estante que había sobre la estufa y los deslizó sobre la mesa. Él los tomó y sirvió, dándole uno a Malaikah mientras se sentaba frente a él. Su caravana era demasiado pequeña y él demasiado grande. Mal se bebió la copa de un trago.

Él levantó una ceja, pero volvió a servirle sin hacer ningún comentario.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —preguntó ella con el ardor del whisky.

—Ya sabes. —Le dio un sorbo a su bebida sin dejar de mirarla.

—Tengo por norma general no hacer preguntas de las que ya sé la respuesta.

—Es importante que tu amiga vidente hable con el Oráculo. Estoy aquí para hacer que suceda.

Mal frunció el ceño.

—Por si no te has dado cuenta, Harrow no está aquí. —Ya no tenía sentido ocultar la identidad de Harrow; era obvio que la serpiente lo sabía todo—. ¿Qué planeabas conseguir viniendo aquí?

Él se limitó a dar un sorbo a su whisky, con el rostro cuidadosamente inexpresivo.

—Ya lo verás. No tardará mucho.

—¿Qué significa eso?

Él volvió a beber.

—Está bien. No me digas nada. —Mal se negaba a jugar su jueguito—. Pero sabrás que ahora que Salizar no está, es la noche perfecta para escaparme a visitarla. Quién sabe, tal vez te las habrías arreglado para seguirme. Pero no llegarás a ella abordándome aquí.

—No necesito ir tras ella.

—¿Por qué no?

Él volvió a beber.

Malaikah le gruñó.

—¿Por qué no me dices qué demonios estás haciendo en mi caravana para que podamos seguir adelante?

Él sonrió.

—Me gustan las mujeres directas.

¿Estaba… coqueteando con ella? No sabía si sentirse halagada o molesta.

—No te creo.

Su sonrisa se amplió, y pudo ver de nuevo las puntas de sus letales colmillos. Se preguntó si sería venenoso. No todos los híbridos de serpiente eran venenosos, pero ¿este tipo? Le sorprendería que no lo fuera.

—No quiero hacerles daño ni a ti ni a la vidente. En cuanto al resto, espera y verás, como ya te dije. —Se bebió el resto del whisky de un trago y se levantó de golpe.

Malaikah se levantó de un saltó a su lado.

—¿Ya te vas?

—Todavía no. Pero pronto. En cualquier momento. Y tú vas a venir conmigo.

Ella alzó una ceja.

—Pues no me parece muy probable. Por desgracia…

Y entonces lo percibió.

Se quedó sin palabras y lo miró fijamente.

—¿Cómo supiste…?

En la expresión de Ouro había desaparecido toda la coquetería.

—Esto es lo que va a pasar. Cuando ella toque…

—¡Desgraciado! —Al diablo sus sensuales colmillos, Mal iba a matarlo —. Ya sabías que venía para acá.

—Sí. —Ni siquiera intentó negarlo—. Y cuando llegue, ambas vendrán conmigo.

—Sobre mi cadáver —siseó Malaikah, sacando las garras.

Él las miró alzando una ceja, pero tuvo la delicadeza de parecer receloso.

—Creí que ya habíamos superado esto, Malaikah.

—¡Me tendiste una trampa para atrapar a mi mejor amiga! Prefiero morir antes que entregarla. O mejor aún, te mataré a ti.

—Nadie se va a morir. Ya te dije que no quiero hacerles daño.

—Y se supone que debo creerte.

—No me importa si me crees. Ahora escucha. La vidente va a tocar la puerta en menos de un minuto. —Mal olfateó el aire y llegó a la misma conclusión. La serpiente tenía buen olfato, pero no era ninguna sorpresa—. Cuando lo haga, vas a dejarla pasar.

—No sucederá.

Él suspiró.

—Mira, realmente quiero que sea una situación cordial, pero esta noche tengo mucho que hacer, y no tengo tiempo para esto. Dime que te vas a comportar, o tendremos que hacer las cosas por las malas.

¿Comportarse? «Sí, claro».

—Por las malas, entonces. —Malaikah se lanzó hacia él, con las garras de fuera, lista para desgarrar un poco de carne de reptil.

Cuando chocaron, él se estrelló de espaldas contra la cama, pero no se cayó. Volvió a agarrarla por las muñecas y utilizó su fuerza para obligarla a retroceder. Pero esta vez la estrechez del espacio jugó a favor de Malaikah.

Girando y jalándose, arañó las mangas de su saco de cuero, sacándole sangre de las muñecas. Cuando él volvió a separarle los brazos, ella se abalanzó sobre él, mostrando los dientes, y consiguió agarrarle la suave piel entre el hombro y el cuello. No dudó en arrancarle un trozo.

Él siseó como un reptil furioso. Sin embargo, en lugar de desconcentrarlo, la herida avivó su saña. Con el siguiente empujón, se tambalearon hacia atrás y la columna vertebral de Malaikah se clavó en las esquinas afiladas de la estufa, y después él hizo el mismo maldito movimiento que había hecho en el callejón. Tiró con fuerza de un brazo, la

empujó hacia delante y la hizo girar, dominándola de espaldas. La agarró del otro brazo y la mantuvo así, inmovilizada, a menos que se rompiera los brazos.

Se maldijo a sí misma por todo el territorio y de vuelta por dejar que esa maniobra funcionara en ella dos veces.

Intentó darle un cabezazo como había hecho antes, pero él, al menos, había aprendido de sus errores. Esta vez su cráneo estaba fuera de su alcance. Aun así, se revolvió con furia. Por regla general, sujetar a un gato que no quiere ser sujetado es una tarea imposible. Son criaturas escurridizas y salvajes.

Pero las serpientes también.

El frío piquete de los colmillos de Ouro contra su cuello la paralizó al instante.

—No lo harías —siseó ella, sin atreverse a mover un músculo.

Él no dijo nada, pues sus dientes estaban apretando el cuello de Mal.

Nunca la había mordido una serpiente… ni nadie, para el caso. Tenía que ser venenoso, ¿no? En cualquier caso, el riesgo era demasiado grande como para que ella asegurara que alardeaba.

Si se equivocaba… El veneno de algunos híbridos era tan mortal que mataba en minutos.

—¡Maldita serpiente olvidada de la Diosa! —Su rabia era inmensa, pero su instinto de supervivencia era mayor. No se movió.

Tocaron la puerta. Ambos se tensaron.

—¡Malaikah! —Era la voz de Harrow.

Los colmillos se levantaron de su cuello.

—Abre la puerta, Malaikah. —Su boca estaba justo al lado de su oreja.

—Ya te lo dije, prefiero morir. Así que, ¿por qué no me muerdes de una vez? —Consideró la posibilidad de gritarle a Harrow para advertirle, pero sabía que no ayudaría en nada a la situación. Harrow entraría enseguida a la caravana para salvarla.

—Tengo hombres esperando afuera. Harrow no se escapará. ¿No quieres saludar a tu amiga y hacer esto más fácil para todos?

—¡Mal, soy yo! Ábreme.

—Te mataré por esto —juró Mal.

—No, claro que no. ¿Estás lista para cooperar?

Mal gruñó.

—Déjame levantarme. Lo voy a hacer. Pero si la lastimas…

—No voy a lastimar a nadie, Malaikah.

—Lo dice el tipo que tenía los colmillos en mi cuello hace un segundo.

—Siempre llevo el antídoto. No te habría matado. Pero necesito que cooperen conmigo hoy, y tomaré las medidas necesarias para asegurarme de ello. Ahora, ¿estás lista para abrir la puerta?

Con un último gruñido, Mal asintió y él la soltó. Ella se dio la vuelta y miró fijamente sus espeluznantes ojos de serpiente.

—Si me estás mintiendo, te juro por la Diosa…

—Abre la puerta, Malaikah.

Con un insulto, lo apartó de un empujón y se dirigió a la puerta.

—¿Mal? ¿Estás ahí?

Rápido descorrió el pestillo, preguntándose qué demonios estaba ocurriendo esa maldita noche. Harrow sonaba temerosa. Perturbada, incluso.

Si Raith le había hecho daño… aunque fuera una pesadilla ambulante, el bastardo lo pagaría.

…

Harrow había salido corriendo del Subterráneo como si su vida dependiera de ello. En su prisa por escapar de la taberna, había abandonado todo, incluso sus cartas y el medallón de su madre. Esa pérdida, encima de todo lo demás, hacía que tuviera ganas de llorar, pero no había forma de que volviera atrás.

Aunque las numerosas vueltas de Malaikah la habían desorientado de camino a la taberna, sus sentidos internos le habían mostrado el camino de vuelta. El Agua había crecido con cautela, como si esperara que la devolviera con furia a su jaula, pero esta vez sus consejos coincidían con lo que ella quería, así que se dejó guiar. Tomó cada curva con confianza, sabiendo con exactitud qué camino tomar.

En un momento dado, sintió la repentina certeza de que alguien con quien no quería cruzarse iba en su dirección. Sin cuestionárselo, dio un

desvío aleatorio para evitar las siguientes manzanas. Cuando estuvo segura de que el peligro había pasado, volvió al camino principal.

No dejó de correr hasta atravesar el circo y llegar a la caravana de Mal. Subió los escalones de un salto y tocó la puerta.

—¡Malaikah!

Silencio.

¿O se oían murmullos adentro? Apretó la oreja contra la puerta, pero el corazón le latía tan fuerte que no pudo oír nada más.

—¡Mal, soy yo! Ábreme.

Otra vez, nada. No, estaba segura de que oía voces adentro. ¿Quién estaba ahí? Darya le había dicho que volviera directo al circo, donde estaría a salvo de quienes la perseguían. ¿Quién la perseguía exactamente? No lo recordaba. O tal vez se le había olvidado preguntar.

Pero Darya había dicho que el circo era seguro, y Harrow estaba bien ahí ahora. ¿Estaría exagerando? No podía evaluar sus acciones de manera normal, estaba demasiado abrumada por todo lo que había sabido esa noche.

Solo quería ver a su mejor amiga, la única persona en el mundo en la que de verdad confiaba. Con lágrimas en los ojos, hizo un último esfuerzo.

—¿Mal? ¿Estás ahí?

Al instante, oyó el sonido de la cerradura y Mal abrió la puerta de golpe.

Se abrazaron.

—Estaba preocupada por ti. —Malaikah la apretó tan fuerte que no tuvo aliento para responder. Harrow deseó que apretara más fuerte.

Mal se apartó.

—¿Dónde está Raith?

De repente, Harrow volvió a quedarse sin aire.

—Mal, él… él… —jadeó, incapaz de respirar.

—Ay, corazón. —Los ojos de Malaikah estaban llenos de compasión. Harrow se dio cuenta de que Mal ya lo sabía. Pero, ¿cómo?

Estaba a punto de preguntárselo cuando vio que una sombra oscura se movía dentro de la caravana, detrás de Mal.

—Buenas noches, Harrow —dijo una voz masculina, y luego el hombre entró en la luz de la linterna.

Se trataba de un híbrido de reptil, lo cual era obvio de inmediato por sus pupilas verticales y las escamas de su piel. Una serpiente, para ser exactos, a juzgar por la ausencia de cola. Era tan alto que casi chocaba con el techo, y la empuñadura de una daga sobresalía de debajo de su abrigo, lo que no la hacía sentir precisamente relajada en su compañía.

Volvieron a su mente las advertencias de Darya sobre la gente que la perseguía y el corazón le volvió a latir con fuerza. Esperó a que su poder creciera para defenderla.

Pero en cambio sintió… ánimo. Expectación. Frunció el ceño.

—¿Quién eres?

—Me llamo Ouro. Te explicaré más en el camino.

—¿En el camino a dónde?

—Tenemos una pequeña caminata por delante. Mejor vayamos yendo.

—¿Adónde vamos? —espetó Malaikah, demostrando que no estaba más entusiasmada que Harrow con el extraño visitante.

—Ya te lo expliqué, Malaikah. —¿Se conocían? El asunto se estaba poniendo cada vez más extraño—. El Oráculo quiere conocer a la vidente y al espectro.

Harrow lo miró fijamente.

—¿Cómo sabes…?

—Todo se explicará en breve. No quiero hacerte daño. Esta noche solo soy un mensajero. —Ouro esbozó una sonrisa colmilluda. Darya le había dicho que se quedara en el circo y esperara a Salizar. No le había dicho nada de que fuera con un extraño híbrido de serpiente a encontrarse con un misterioso Oráculo. Pero si estaba en peligro, ¿por qué su poder no crecía? Maldita sea, estaba harta de las reacciones contradictorias del Agua.

Abrió la boca para negarse, pero se detuvo. Había ignorado con descaro su poder desde que había crecido en el sueño con Darya. Claro que tenía buenas razones, pero la enseñanza número uno de Mellora era la sintonía con el Agua.

«Siempre confía en el Agua», le había dicho su madre. «Te mostrará adónde tienes que ir, aunque aún no comprendas dónde es. Nunca asumas que sabes más que la fuerza primordial. Por el contrario, siéntete bendecida por haber sido elegida para tener una conexión con ella. Si lo haces, te guiará de manera correcta en todo».

Sin embargo, ¿cómo podía seguir ese consejo cuando su poder seguía presionándola para que protegiera a Raith? ¿Cómo podía querer el Agua que traicionara a su familia de ese modo? Le dolía saber que la fuente de sabiduría en la que confiaba infaliblemente desde niña ya no estaba de su lado, pero aun así dudaba en ignorarla.

—Mira —dijo Malaikah entre dientes, poniéndose en pleno modo defensivo—, si Harrow no quiere visitar a tu extraño Oráculo, entonces no puedes hacer nada…

—Sí iré —anunció Harrow.

Mal se dio la vuelta.

—¿Qué?

—Iré a reunirme con el Oráculo.

—Harrow, ¿estás segura? No confío en esta serpiente.

Ouro se rio entre dientes.

—Yo tampoco. Pero estoy segura.

Mal buscó con cuidado la mirada de Harrow. No había tiempo para explicaciones, pero Harrow hizo todo lo posible para que su convicción se reflejara en su rostro. Malaikah la conocía lo suficiente para leer su expresión y asintió.

—De acuerdo. Si estás segura…

Salieron del circo en silencio y se reunieron en la puerta con un grupo de hombres de Ouro. Nadie intentó detenerlos. Ni siquiera había alguien vigilando la entrada. Harrow supuso que Salizar había ido a capturar a Raith.

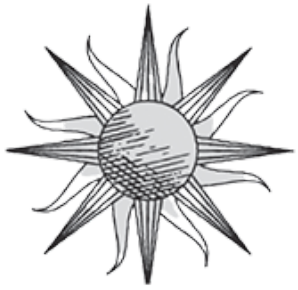
¿Lo habrían encontrado ya? ¿Estaría herido? ¿Furioso? ¿Temeroso?

Lo apartó de su mente. Lo que Raith sintiera ya no era de su incumbencia. Salizar lo capturaría esa noche, y sería transportado al territorio de Darya. Por fin se haría justicia por la muerte de su madre. Harrow podría estar tranquila sabiendo que una menos de las abominaciones asesinas de Furie vagaba libre.

Entonces ¿por qué ese pensamiento hizo que otra vez tuviera ganas de vomitar?

—¿Hay alguna posibilidad de que caminemos más rápido que una tortuga? —preguntó Ouro, interrumpiendo sus pensamientos—. Hay que caminar bastante hasta el portal.

Harrow se dio cuenta de que estaba retrasando al grupo y se apresuró.
—¿El qué? —preguntó Malaikah, manteniéndose cerca de Harrow.
El híbrido se limitó a sonreír.
—Ya lo verás.



# CAPÍTULO DIECIOCHO

Harrow y Malaikah siguieron a Ouro y sus hombres por las entrañas del Subterráneo. Luego de miles de giros desorientadores, entraron en un callejón estrecho con muros de piedra retorcidos a ambos lados. Los adoquines eran tan disparejos que toda la calle estaba inclinada a la izquierda.

Al fondo, Ouro se detuvo ante una pequeña puerta anodina.

Entraron a una gran sala que había visto días de mayor gloria. La única luz provenía de una linterna, pero los ojos de Harrow se adaptaron y podía ver bastante bien. Alrededor de una chimenea de piedra vacía había sofás de terciopelo. En una mesa pegada a la pared del fondo estaba una licorera de cristal rodeada de vasos.

En el otro extremo había un umbral cubierto por una cortina de cuentas.

—Síganme —dijo Ouro, agachándose para pasar. Harrow y Malaikah lo siguieron, y el resto de los hombres se quedaron atrás. En cuanto atravesaron la cortina, los hombres parecieron relajarse, y Harrow oyó murmullos de conversaciones casuales y el tintineo de cristal mientras se servían de beber.

Enseguida se olvidó de todo eso al tomar conciencia de su entorno.

No tenía sentido. Había visto el edificio desde afuera, y era imposible que lo que había ahí pudiera caber dentro. Por no hablar de que era plena noche y, sin embargo, cuando levantó la vista vio un cielo azul y nubes.

En el centro de la sala una escalera de caracol ascendía por lo menos cuatro pisos. Era lo bastante alta como para que fuera difícil discernir qué había arriba. Era obviamente lo que Ouro había querido decir con «portal». Pero con seguridad no era un portal real. ¿Quizá el Oráculo era una encantadora y había encantado las escaleras para que parecieran un portal?

—Adelante. —Ouro señaló la escalera.

Malaikah la miró con recelo.

—Después de ti.

Él se encogió de hombros y empezó a subir los escalones.

Subieron las espirales durante varios minutos y al final llegaron a una puerta en el muro de piedra. Ouro estaba a punto de tocar, pero dudó.

—El Oráculo puede ser un poco… vago, y a veces es difícil entenderle. Ve el pasado, el presente y el futuro a la vez. O al menos eso creo. —Se encogió de hombros—. Es confuso.

—¿Como una vidente? —preguntó Harrow. No era posible que hubiera otra…

—Ella no es una vidente. —Adiós a esa esperanza repentina.

Después de eso, Ouro tocó, y la puerta se abrió.

Del otro lado había un viajero, uno de los raros y misteriosos elementales de éter, lo que dio a Harrow una primera pista de lo que podía ser el Oráculo. Harrow nunca había visto a un viajero en su vida. Ni siquiera en el circo de Salizar había uno.

Por lo general, los viajeros vivían en comunidades secretas en las profundidades del bosque Etéreo y rara vez interactuaban con el resto de la sociedad. Su magia del éter les otorgaba la capacidad de teletransportarse con la misma facilidad con la que uno podría caminar para desplazarse. Eran conocidos por aparecer de un lugar a otro, saltando instantáneamente incluso distancias cortas, lo que podía resultar muy desconcertante para quienes no estaban acostumbrados.

Este hombre era delgado y agraciado, con el pelo largo platinado y la piel tatuada. Hizo una reverencia y habló con voz elegante.

—Bienvenidos. Ella los recibirá ahora.

Desapareció y reapareció al instante a unos metros de donde había estado, haciéndoles un gesto para que entraran. Mal y Harrow intercambiaron miradas con los ojos muy abiertos y entraron a otra sala situada detrás de Ouro. Era similar a la sala que Harrow había visitado en el castillo de Darya, pero en lugar de fuentes estaba rodeada de altísimas ventanas.

Más allá de la considerable colección de libros, junto a una de las ventanas había un arpa dorada con un taburete al lado. En otra pared

colgaban violines y otros instrumentos de cuerda. Los rastros de magia del éter eran tan intensos en el aire que a Harrow se le erizó el pelo de la nuca.

El viajero reapareció junto a dos sofás en el extremo opuesto de la sala, junto a unas ventanas que iban del suelo al techo, y les indicó que se sentaran con otra reverencia. Harrow se esforzó por no mirar fijamente al hermoso viajero.

Se asomó por la ventana y se quedó con la boca abierta. Afuera había… cielo. Nada más que cielo azul y nubes.

O este era el hogar de una encantadora muy poderosa, o en realidad habían atravesado un portal. Al cielo.

—Buenas noches.

Harrow se volteó al oír otra voz extraña.

Se encontró con una mujer. Al igual que el viajero, tenía el pelo blanco platinado hasta la cintura. Su piel era de un tono bronceado suntuoso y terroso, y sus impresionantes ojos azul pálido parecían demasiado grandes para su delgado rostro.

Llevaba un vestido largo de gasa con escote redondo. Decenas de brazaletes de plata envolvían sus muñecas y sus orejas estaban cubiertas de argollas hasta la punta. Tatuajes negros de diseños geométricos cubrían cada centímetro de su cuerpo hasta la barbilla.

En las manos sostenía una bola de cristal. El interior estaba lleno de humo.

Harrow nunca la había visto antes, pero, al igual que con Darya, supo de inmediato quién era. No era una viajera, ni siquiera una elemental.

La presentación de Ouro era innecesaria, pero la hizo de todos modos.

—Harrow, Malaikah, ella es la reina Nashira del éter, también conocida como el Oráculo.

La más evasiva y misteriosa de las cinco reinas inmortales estaba frente a ellas. Harrow apenas podía creer lo que veían sus ojos.

—Nos conocimos ayer —dijo Nashira, lo cual no tenía sentido.

Ouro se encogió de hombros, como si fuera el comportamiento normal de la reina del éter.

—O al menos eso creía. —Nashira ladeó la cabeza—. Se suponía que nos visitarías ayer durante el día, pero no vendrás hasta mañana por la noche, y ahora lo confundí todo.

—Encontré a la vidente donde pensabas que estaría —dijo Ouro—, pero no sé dónde está el espectro. Pensé que podríamos preguntarle una vez que estuviera aquí. No quería que huyera de nuevo.

—Ayer tuvimos más compañía. Mañana él no podrá venir. Ahora es demasiado tarde. —Nashira miró a Harrow y a Malaikah de nuevo, como si acabara de darse cuenta de su presencia. Sus ojos se iluminaron—. Bienvenidas, hijas de los elementos. Siéntense, por favor. —Miró al viajero que las había recibido en la puerta—. Puedes retirarte, Remiel. Gracias.

—Majestad —Remiel hizo una reverencia y desapareció.

Totalmente abrumadas por todo lo que estaban viendo, Harrow y Mal se sentaron obedientes en uno de los sofás, y Nashira y Ouro en el de enfrente.

Nashira dejó con cuidado la bola de cristal con humo en su regazo y estudió a Harrow con mirada apenada.

—¿Dónde está la otra mitad de tu alma, niña?

De repente Harrow no podía hablar por el nudo que tenía en la garganta.

—Lo tenías, pero lo dejaste escapar, y ahora es tarde para recuperarlo. Qué pena. No puedes disfrutar la luz sin antes abrazar la oscuridad.

—No entiendo.

—¿No sentiste el equilibrio? Has de haber sentido el equilibrio.

Harrow estaba a punto de volver a decir que no comprendía, pero las palabras se le atascaron en la garganta porque temía que en realidad sí entendía.

—Creía que la oscuridad era maldad —intentó con debilidad.

—La oscuridad no es maldad. Es profundidad. Las profundidades lo llamas, ¿verdad? La profundidad es sabiduría. La profundidad es quietud y aceptación. —Nashira sacudió la cabeza, y su cabello plateado brilló a la luz del sol—. ¿Dónde está tu profundidad, superficial? ¿Rompiste la superficie y te quedaste atrapada en el espectáculo de luces? Tan bonito, pero tan fugaz. Y ahora es demasiado tarde.

—Lo siento, no lo entiendo.

Ignorando su confusión, Nashira volteó hacia Ouro.

—Debemos recuperarlo.

Ouro miró a Harrow.

—¿Dónde está el espectro?

—Yo… Él…

—¿Qué está pasando aquí? —interrumpió Malaikah—. Todos están diciendo sinsentidos, y alguien tiene que empezar a dar explicaciones o Harrow y yo nos iremos.

—¿Dónde está el espectro? —volvió a preguntar Ouro.

—Lo abandoné. —La voz de Harrow era vacía—. Lo tiene Salizar.

—¿Qué? —Ouro se levantó de repente, haciendo que todos se sobresaltaran. Bueno, todos menos Nashira, que tenía la mirada perdida en la ventana.

—Él es un espectro *wraith*. Él mató…

—Ya sé lo que hizo. —Ouro agitó una mano impaciente, como si no significara nada—. ¿Dónde está?

—Lo dejé. —Harrow se retorció las manos. ¿Por qué de repente se sentía tan culpable? Raith era un asesino. El asesino de su madre—. Darya me dijo qué es. Lo que hizo.

Nashira devolvió la mirada hacia ellos, de repente lúcida de nuevo.

—Le advertí a Darya que si echaba demasiada agua sobre las llamas apagaría el fuego. ¿Me hizo caso? Nooo. —Claramente, lúcida seguía siendo críptica.

—¿Dónde está el espectro, Harrow? —Ahora Ouro parecía enojado.

—Darya me dijo que Salizar debía capturarlo para que… —Tragó saliva. No pudo decirlo. La bilis se le subió a la garganta—. Le dije dónde podía encontrarlo.

Malaikah volteó en el sofá para mirarla.

—Tú… ¿Qué?

—Fue él, Mal. —Harrow se apresuró a justificar sus actos—. Darya me lo dijo. Él las mató, Mal. —Las lágrimas amenazaban con derramarse de nuevo.

—Salizar me lo dijo. —Mal se acercó para tomar la mano de Harrow—. No quería creerle hasta que hablara contigo.

—¿Quién fue? —preguntó Nashira—. ¡Quién!

—Raith —dijo Mal con impaciencia.

—No, él no fue. Raith es nuevo. Como un niño en muchos sentidos. —Le guiñó un ojo a Harrow con picardía—. Y es obvio que no en otros.

—Pero es un espectro. —¿Nashira no lo entendía?

—¡Eso es irrelevante! Dile a Ouro dónde encontrar a la mitad oscura y yo te explicaré, aunque ya es demasiado tarde.

La confusión hacía que la cabeza de Harrow palpitara con fuerza, pero a la vez sentía curiosidad por escuchar lo que Nashira tenía que decir. ¿Qué daño podía hacer dirigir a Ouro?

—Lo dejé en nuestra habitación de la taberna. Pero Salizar ya iba en camino cuando me fui. Es probable que ya se hayan ido.

—¿Qué taberna? —preguntó Ouro.

—Tu taberna —dijo Malaikah con suficiencia.

Ouro frunció el ceño.

—¿Estuviste en mi puta taberna todo este tiempo? ¿Y guiaste a Salizar ahí? Malditas lúgubres sombras.

Nashira rio entre dientes.

—Salizar se sorprendió con lo que encontrará. —Nashira rio entre dientes.

—Ahora vuelvo —le dijo Ouro—. Explíqueles qué está pasando.

—Ya lo hice. Nos conocimos ayer, ¿recuerdas?

—Si tú lo dices. —Les hizo un gesto con la cabeza y salió de la habitación.

—¿Por qué le está ayudando Ouro? —le preguntó Mal a Nashira.

—Pregúntale a él. —Sonrió alegremente—. Pero no te lo dirá.

—¿Por qué no me lo dice, entonces?

—No es mi historia para que la cuente. Pero supongo que deberías conocerla. Hace mucho tiempo un bebé fue abandonado en… —De repente negó con la cabeza—. No, cambié de opinión. No te lo contaré.

A Harrow no le interesaba la historia de la vida de Ouro ni nada más que entender lo que estaba pasando.

—¿Qué quiere con Raith?

Los vivos ojos azules de Nashira se clavaron en ella.

—La pregunta, querida, es ¿qué quieres tú con Raith? Después de todo, solo tienes media alma. ¿No te sientes incompleta? ¿No te has sentido incompleta siempre?

Sí. Diosa, sí, así era. Excepto durante los cinco breves días en la habitación de la taberna que se había estado diciendo una y otra vez que fueron mentira.

—¿Quién no se sentiría incompleto sin la mitad de su alma?

—¿Qué quiere decir con la mitad de mi alma?

—Solo eres una mitad. La mitad luminosa. Todo es muy bonito, pero no es gran cosa sin la oscuridad para equilibrarla.

—Está hablando de Raith.

—Sí. —Nashira dio una palmada—. Ya estás comprendiendo. Ayer lo entendiste mucho más rápido. Lástima que sea demasiado tarde. Ahora tienes que esperar a que regrese por ti.

—No importa —insistió Harrow—. Si la otra mitad de mi alma es un asesino, no quiero tener nada que ver con él.

—Ya hablamos de esto, vidente. —Su voz era amonestadora pero paciente, como si le hablara a un niño—. La mitad oscura es preciosa y nueva. Espero que lo hayas protegido. Tiene un corazón tan vulnerable.

Harrow tragó saliva. Sintió más culpa, pero la reprimió.

—Si es «nuevo», como dice, ¿qué era antes, cuando mataba a videntes inocentes?

De repente el comportamiento de Nashira cambió. Sus ojos se endurecieron y su boca se contrajo en una línea.

—Esclavo.

—¿Qué quiere decir?

Los ojos azules de Nashira volvieron a ser distantes.

—Se le mantuvo en esclavitud forzosa bajo la amenaza de una agonía implacable. ¿Entiendes lo que eso significa?

—Por supuesto —dijo Harrow, pero su voz vaciló un poco.

—¿De verdad? Porque no me lo parece.

—Sé que los espectros están sometidos a la voluntad de Furie. ¿Es lo que está diciendo?

Pero Nashira volvía a mirar a la distancia, sacudiendo las manos. La bola de cristal se tambaleaba precariamente en su regazo.

—¿Alguien les ha preguntado cómo se sienten al respecto, mis pobres palomas? No. Solo juzgaron, ¿verdad? Preciosas criaturas, sin amor y en la oscuridad. Deseo verlas liberadas de la esclavitud.

—Qué locura —murmuró Malaikah, sacudiendo la cabeza mientras Nashira divagaba ante su público invisible.

—Creo que… —Harrow escuchaba con atención, comprendiendo—. Creo que está hablando con los espectros.

Nashira volvió a mirar a Harrow y la señaló con el dedo.

—¡Ding, ding!

—Dice que los espectros están controlados por Furie. Lo sabemos.

—¿Crees que disfrutaron serlo? ¿Querían servirle? Nadie les pregunta qué piensan, porque solo son asesinos sin razón, ¿verdad?

—Los espectros fueron hechos con magia de Furie —insistió Harrow—, que está pervertida a causa de su locura. Son criaturas malignas. Abominaciones. Eso dijo Darya.

Pero Nashira negó con la cabeza.

—La magia del fuego es pura. Tan pura como el éter, el aire, el agua y la tierra. El fuego es fuego, y nada puede cambiar su naturaleza.

—Pero los espectros…

—No son más malvados que tú. No puedo creer tanta ignorancia de una niña dotada con el poder del Agua. Esperaba algo más. Ayer fuiste mucho más sensata. Pero ayer tu alma aún estaba completa. Hoy es demasiado tarde.

—Pero asesinaron a todo un grupo de elementales —discutió Harrow, negándose a aceptarlo con facilidad.

—¡Encadenados! ¡Cautivos! —gritó Nashira, agitando de nuevo las manos. La bola de cristal se tambaleó—. ¡Esclavizados por el mal!

—Son fríos. Insensibles. Matan con una precisión mortal. Eso no es obra de un ser irreflexivo e inocente.

La reina del éter volvió a señalar a Harrow.

—¿Adónde iría tu mente si te encerraran en una prisión ineludible y te obligaran a cometer actos inconfesables? Protégete primero, dice todo el mundo. ¿Qué se puede hacer sino apagar los sentimientos? Si no, el dolor sería demasiado grande.

Harrow la miró fijamente.

—Está diciendo que no son malvados. Que se vieron obligados a actuar como lo hicieron.

—No se equivoquen —dijo Nashira, sonando lo más lúcida que había estado desde el inicio de la conversación—. Los espectros pueden ser criaturas mortales y temibles. Siempre serán capaces de ser violentos. Su ira será veloz. Serán fieros luchadores. Pero así es el fuego. La naturaleza de ese elemento es el poder letal. Y enloquecidos por su brutal pasado, en esta vida y en la anterior, se han vuelto aún más mortales, pero ¿quién podría

culparlos después de lo que han sufrido? Todos estamos tratando de sobrevivir. Ten piedad, niña. Ten una enorme piedad.

Harrow volvió a sus recuerdos con Raith; recordó su confusión cuando ella le había dicho que no podía matar a Salizar. Al principio la idea le resultaba incomprensible.

Pero al final había escuchado.

No había matado a Salizar porque estaba dispuesto a escuchar a Harrow, a aprender nuevos comportamientos. Estaba abierto al cambio, era capaz de evolucionar, de crecer, de comprender.

Y ella se había dado la vuelta y lo había traicionado.

Se tapó la boca con la mano.

—Él mató a mi madre —dijo contra la palma de su mano, desesperada por reencontrar la convicción que tenía antes—. Él mató a todo mi clan.

—Y te perdonó la vida —añadió Nashira.

Harrow tragó saliva.

—Un ser sin libre albedrío, que jamás había experimentado el concepto, que ni siquiera era consciente de su existencia, lo descubrió la noche en que decidió perdonar la vida de una niña inocente. Con un precio enorme para sí mismo. ¿Sabes qué le hizo Furie cuando descubrió su traición?

Harrow negó con la cabeza, no estaba segura de querer oírlo.

Nashira se lo contó de todos modos.

—Lo atrapó bajo su propio juramento para que no pudiera escapar. Luego lo hizo arder una y otra vez. Era la misma muerte que él les había dado a las videntes, solo que él no podía morir así. ¿Querías que pagara por la muerte de tu familia? Pues ya lo hizo. Mil veces más.

Harrow había empezado a temblar. Se abrazó a sí misma.

—Después de varios meses así, su esencia estaba tan débil que se había convertido en poco más que una brizna de humo. Darya atacó en el momento perfecto. Capturarlo fue muy fácil: lo atrapó bajo un cristal como a una araña en la pared. ¿Y qué hizo Darya?

—No… —No podía oírlo.

—Darya también lo torturó repetidamente, tratando de forzarlo a encarnarse para poder matarlo. Lo forzó bañando su esencia de fuego en agua, apagando su llama interior una y otra vez.

—Por la Diosa —dijo Malaikah.

—Pero la pobre criatura era demasiado débil para encarnarse, y de todos modos su ardiente voluntad era inquebrantable. Soportó la tortura durante nueve años.

Darya le había contado a Harrow esa misma historia desde una perspectiva muy diferente, pasando por alto el hecho de que los espectros no habían actuado por voluntad propia y convenciendo a Harrow de que su magia de fuego estaba pervertida. Estaba más preocupada por la consolidación del poder de Furie, ¿no? Y había utilizado las emociones de Harrow para manipularla.

Nashira continuó con voz fría e indiferente.

—Después de una década, Darya decidió que necesitaba una nueva táctica. Vinieron otros cuarenta años de prueba y error. Un sinfín de experimentos, hasta que por fin ideó la forma de fusionar el fuego y el agua en perfecta armonía, creando una forma corpórea para una criatura que antes era incorpórea.

¿Cómo había soportado Raith semejante tormento sin perder la cabeza por completo? Tal vez había enloquecido, y su renacimiento sin recuerdos había sido su oportunidad de una nueva vida. Hasta que Darya lo había obligado a revivir su existencia anterior. Harrow se tragó la bilis que le subía por la garganta.

De repente todo se aclaró. En lo más profundo de su ser, el agua turbulenta que la había atacado durante horas se calmó de repente hasta conseguir una quietud cristalina, acorde con su nueva convicción.

«Ve con él», decía de nuevo. «Protégelo».

Esta vez no se resistió. No importaba lo que Raith hubiera hecho en el pasado. Había sido torturado, coaccionado y torturado de nuevo… No podía abandonarlo. ¿Cómo había podido traicionarlo de esa manera? Él jamás le habría hecho algo así, sin importar los crímenes que hubiera cometido.

Por la Diosa, ella era peor que Furie. Al menos Furie había vengado a su amante con ferocidad eterna.

Harrow había apuñalado al suyo por la espalda.

—¿Qué hice? —susurró horrorizada.

Pero Nashira aún no había terminado.

—De todos los elementos, el fuego y el agua son los más conflictivos. ¿Fusionarlos en equilibrio perfecto como hizo Darya? Una hazaña imposible. Y sin embargo no, porque ocurrió. Y algo aún más espectacular, creado en parte por la magia del agua, llegó a la existencia con un poderoso vínculo con el único otro ser elemental de Agua del mundo: tú.

—La mitad de mi alma. —Por eso su poder crecía cuando estaba cerca de él. No porque estuviera en peligro, sino porque el Agua en ella respondía al Agua en Raith, buscándolo, fortaleciéndolos a ambos. Juntos eran más fuertes.

—Pero es más profundo que eso. Los elementos fuego y agua están inquietos por siglos de lucha. La gran Diosa respondió al desequilibrio. Dos seres de naturaleza opuesta llegaron a la existencia en el escenario más conflictivo posible. ¿El amor y la aceptación incondicionales no son la forma perfecta de sanar la grieta?

—¿Se supone que debemos sanar la grieta? ¿Cómo? ¿Qué hacemos?

—Oh, es sencillo. Ya lo estaban haciendo, de hecho, hasta que lo estropeaste todo. —Nashira la fulminó con la mirada—. Traición. Abandono. Eres tan mala como mis hermanas.

Harrow no podía negarlo.

—Tengo que encontrarlo. —De repente no le importaba ni Furie ni la venganza de Darya; nada, excepto Raith. De hecho, le repugnaba haberse dejado atrapar en esa situación. Se puso de pie de un salto, suplicando a Nashira—. Por favor, ayúdeme a encontrarlo. No puedo creerlo… Nunca debí… —Tragó saliva—. Por favor, ayúdeme.

Nashira la estudió con cautela.

—Tienes mucho que enmendar, niña.

—Lo sé.

—Se te dio un gran don y lo malgastaste.

Las lágrimas le oscurecían la vista.

—Lo sé. Solo quiero componer las cosas.

Finalmente, Nashira asintió y su rostro se suavizó.

—Si hubieras venido ayer. Todo esto podría haberse evitado. Ahora es demasiado tarde.

—No puede ser demasiado tarde. Me niego a creerlo.

Nashira se levantó de repente, dejó su bola de cristal en el sofá y le tendió una mano a Harrow.

—Ven. Visitaremos la taberna.

Harrow tomó la mano de Nashira mientras ella le tendía la otra a Malaikah, que la agarró y se puso de pie. Los ojos azules de la reina del éter empezaron a brillar y el aire crepitó hasta que se hizo difícil respirar. De repente fueron absorbidas en la nada.

Y reaparecieron en la habitación de Harrow y Raith en la taberna.

—¿Qué fue eso? —gritó Malaikah con voz aguda.

Harrow se balanceó sobre sus pies, sintiéndose un poco mareada. Sabía que los viajeros podían teletransportarse, pero no que pudieran teletransportar a otros. Aunque tenía sentido que Nashira, como reina del éter, sí pudiera…

Todo en el mundo dejó de importar cuando Harrow se dio cuenta del estado de la habitación.

Las sábanas estaban hechas jirones, los muebles volcados o destrozados por completo. Una ventana había sido arrancada de su marco y rota en mil pedazos. Las paredes estaban manchadas de sangre.

Raith se había ido.

Harrow ahogó un grito mientras enfocaba el resto de la habitación. Había otras personas. Ouro estaba frente a un hombre imponentemente alto y ambos se miraban uno al otro.

Salizar.

—¿Dónde está? —gritó Harrow cuando lo vio, corriendo a tomar a Salizar del brazo. Los hombres de Ouro estaban detrás de su jefe, frente a la gente de Salizar: trabajadores del circo que Harrow conocía, aunque la mayoría estaban ensangrentados y heridos.

Loren apareció a su lado, con un trapo sobre la herida del pecho.

—Harrow…

Lo ignoró por completo y volvió a dirigirse a Salizar, que apartó por fin su atención de Ouro.

—¿Dónde está?

Salizar abrió los ojos de par en par cuando reparó en ella. Sin duda se preguntaba cómo se había materializado de repente en medio de la habitación, y en circunstancias normales ella habría comprendido su confusión. En ese momento, sin embargo, era lo más alejado de su mente.

—¿Cómo…?

—¿Dónde está? —repitió Harrow desesperada.

Pero la mirada de Salizar había ido más allá de Harrow, a la mujer detrás de ella, y, si era posible, abrió los ojos aún más.

—¿Quién… es ella quien creo que es?

—Buenas tardes, Salizar —dijo Nashira, aunque el cielo que se asomaba por la ventana detrás de ella estaba negro como el carbón—. Llegas tarde. O llegarás.

—¿Tarde para qué?

La reina del éter asintió, contemplativa.

—Para ti, ayer era demasiado pronto para comprenderlo. Hoy funcionará a la perfección.

Ouro sonreía, era claro que disfrutaba el desconcierto de Salizar.

—Salizar, te presento al Oráculo, también conocido como reina Nashira.

—¿Adónde se fue la mitad oscura? —preguntó Nashira.

Salizar parecía perdido por completo.

—Quiere saber dónde está el espectro —le explicó Ouro.

—Se escapó.

—¿Se escapó? —siseó el híbrido de serpiente.

—¿A dónde se escapó? —preguntó Harrow.

—No tengo idea —respondió Salizar—. Cuando llegamos ya no estaba bajo el hechizo del sueño, como Darya me aseguró que estaría. Nos atacó y luego huyó por la ventana, pero no antes de que lo apuñalara con una daga encantada. La herida no dejará de sangrar hasta que sea cauterizada con un acero igualmente encantado. Cuando se dé cuenta no tendrá más remedio que volver.

Harrow ahogó un grito tapándose la boca.

—Es un espectro —dijo Ouro—. Dudo que lo detenga gran cosa.

—Tiene un cuerpo que sangra y seguirá sangrando hasta que se rompa el encantamiento.

Desesperada, Harrow buscó pistas en la habitación. La sangre que había por todas partes la horrorizaba. ¿Qué tan herido estaría Raith? A juzgar por el estado de los hombres de Salizar, había dado lo mejor de sí. Sus ojos se fijaron en la mesita que, de algún modo, se había mantenido en pie en medio del caos.

Sus cartas de vidente estaban encima en un montón, con excepción de una carta que estaba bocarriba frente a las demás.

Las profundidades.

Los ojos se le llenaron de lágrimas por enésima vez esa noche. Raith la había sacado, lo sabía por intuición. ¿Qué había sentido cuando sacó la carta? ¿Habría deseado la ayuda de Harrow para descifrarla? ¿Por qué se había negado a hacerle una lectura cuando él se lo pidió? Ahora daría cualquier cosa por tener ese privilegio. Ahora daría cualquier cosa por tener la oportunidad de rogarle perdón. Si acaso se lo merecía.

Una cálida palma se posó en su hombro, y ella volteó para encontrarse con los inquietantes ojos azules de la reina del éter.

—Mañana es demasiado tarde —dijo con dulzura, como si su sinsentido fuera reconfortante—. Ahora tiene que volver a ti.

Extrañamente, lo fue.

—¿Cómo nos trajo aquí? —preguntó Harrow mientras se formaba una idea en su mente.

—El éter trasciende el tiempo y el espacio. ¿O está hecho de tiempo y espacio? —Frunció el ceño—. ¿O eso solo fue ayer?

—¿Sabe a dónde se fue Raith? ¿Puede llevarme con él?

Pero Nashira negó con la cabeza.

—Era demasiado tarde. Será demasiado tarde. Ahora él tiene que volver a ti.

«¿Puede dejar de decir eso?», le gritó Harrow en su cabeza.

—Me niego a creerlo.

—La mitad oscura desplegó sus alas y voló fuera de mi vista. Pero no de la tuya.

Harrow miró fijamente su bello y extraño rostro, desesperada por comprender.

—¿Cómo? ¿Cómo lo encuentro?

—Yo no soy vidente. Ni ayer, ni mañana, ni siquiera hace un mes. Pero tú sí.

Harrow se dio cuenta de que la discusión de fondo se había detenido. Al mirar hacia atrás descubrió que Ouro, Malaikah, Salizar y todos los demás la estaban mirando. Con cierta dificultad se obligó a ignorarlos y regresó su atención hacia Nashira.

—Ni siquiera sé por dónde empezar a buscarlo.

—¿A dónde va uno cuando no le queda nada por qué vivir?

«¡No!», quiso gritar. Raith tenía tanto por qué vivir. Diosa, todo esto era culpa suya. Suya y de las reinas infernales. Darya se había hecho la víctima, tratando de justificar las cosas horribles que había hecho, y Harrow había caído en la trampa.

Bueno, había sido bastante. De ahora en adelante no escucharía a nadie sino a sí misma y a los instintos que la Diosa le había dado.

Sacudió la cabeza para despejarse de la ira y juró que compondría las cosas. Empezaría por encontrar a Raith.

—Fue tras de Furie —dijo Malaikah.

Todos la miraron.

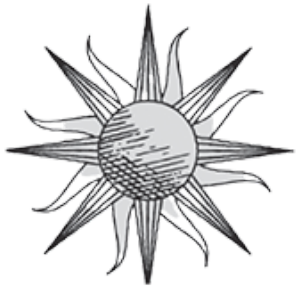
—¿Cómo lo sabes?

—Piénsalo. Ama a Harrow. Luego descubre que fue él quien mató a su familia y que ella lo abandonó. Si es como lo describió Nashira, se va a sentir terrible y querrá vengar a Harrow. Además, no es de los que se rinden. Querrá irse con una explosión. Apuesto a que piensa que si puede llevarse a Furie con él, habrá valido la pena.

—¡Ayer te equivocaste! —exclamó Nashira—. Hoy tiene sentido. Mañana está por verse.

—Lo va a matar —susurró Harrow horrorizada.

—Sí —coincidió Nashira, aunque no era una afirmación de la que quisiera confirmación—. Hoy, mañana o hace cien años, Furie lo derrotará si se enfrenta a ella. Definitivamente ahora ya es demasiado tarde.



# CAPÍTULO DIECINUEVE

Raith había descubierto por fin cuál era el encantamiento de la daga que le había robado a Salizar. La herida de su costado todavía no había dejado de sangrar, mientras que el resto de sus heridas se habían desvanecido en las largas horas que llevaba volando. La pérdida de sangre estaba minando poco a poco sus fuerzas, pero no le importaba.

Solo tenía que aguantar el tiempo suficiente para cumplir cuatro objetivos, y luego no importaba lo que le ocurriera a él.

Voló el resto de la noche y la mitad del día siguiente antes de llegar por fin al castillo Fera, en los dominios de la reina Furie. El sur era una tierra desolada. En su mayor parte llano, cubierto de dunas de arena roja y uno que otro acantilado, apenas había vegetación y casi nada de agua. En algunos lugares surgían oasis para nutrir a los sedientos viajeros, pero más allá de eso no había más que tierra agrietada y seca. Raith recordaba haberse despertado en esa misma tierra sin tener ni idea de quién era.

Ahora lo sabía muy bien.

Al mirarse las manos lo único que veía era la sangre que las manchaba. Corpóreo o incorpóreo, no importaba. Lo que había hecho… No se podía superar, no había forma de enmendar sus muchos crímenes, en especial sabiendo lo que le había hecho a la única persona que apreciaba por encima de todas.

Antes de esa noche habría dicho que era la única persona que amaba. Ahora no creía que un ser como él fuera capaz de amar. Aquellos dichosos días en la taberna con Harrow habían sido una bendición que no se merecía, y atesoraría con avidez esos recuerdos hasta el momento en que exhalara su último aliento.

Lo que probablemente no tardaría mucho.

La herida de su costado seguía sangrando, y no se engañaba pensando que tenía grandes posibilidades de matar a Furie. Sí, la decapitación acabaría con ella, pero ella lo sabría y tendría protección preparada. Al final, en realidad no importaba.

Parte de vengar a Harrow significaba encontrar su propio fin. Tal vez eliminar a Furie fuera solo un premio extra.

A la vista del castillo Fera, Raith encontró un pequeño terreno de arbustos moribundos en lo alto de una colina entre los que podría esconderse y descansar mientras esperaba a que cayera la noche. Ya no era plenamente un espectro, era algo distinto por completo, una nueva abominación que no merecía nombre siquiera, pero seguía siendo mucho más fuerte en la oscuridad y podía camuflarse entre las sombras.

Estudió el castillo desde su posición de ventaja. Ahora lo recordaba todo con claridad. Con demasiada claridad. La colina en la que se encontraba descendía de manera abrupta hacia un foso que rodeaba el muro exterior de la fortaleza. El foso jamás había contenido agua, era solo una excavación profunda. El puente estaba abajo. Jamás se levantaba. Nadie se atrevería a atacar el castillo.

El fuego ardía en innumerables antorchas sobre los muros de piedra. En el centro, el torreón se alzaba ominoso, teñido de rosa a la luz del sol. Una hilera de pequeñas ventanas brillaba con luz de fuego en la torre más alta: los aposentos de Furie; en la base del torreón estaban las mazmorras en las que Raith había pasado meses, y entre ambos espacios estaba la sala de los frascos, el lugar donde se conservaban los espectros.

Furie había creado un centenar. Los había formado uno por uno con su magia y los había sometido con su odio. Habían pasado siglos antes de que estuviera lista para atacar a Darya.

Pasó años perfeccionando el proceso de formular sus órdenes, de exigir juramentos precisos y experimentando para encontrar los límites del poder de un espectro. Para cuando Raith fue creado, por fin había hallado el equilibrio, y él había sido forzado a ser la mascota asesina de Furie durante décadas, hasta que finalmente había sido enviado a matar al clan de Harrow y todo había cambiado.

Todos los espectros odiaban a Furie tanto como odiaban su propia existencia maldita, pero era una emoción inútil. ¿Por qué desperdiciar energía en lo absoluto? Eran impotentes contra ella.

Cuando por fin el cielo se oscureció hasta volverse añil, Raith desplegó las alas una vez más y emprendió el vuelo, con la daga de Salizar aún en la mano. Voló alto, al amparo de las nubes, rodeando el castillo hasta situarse encima de donde quería aterrizar. Desde ahí plegó las alas contra su cuerpo y se lanzó en picada hacia la tierra.

Se desplomó como una flecha, con el viento silbándole en los oídos y el frío rozándole la piel desnuda. Solo llevaba unos pantalones holgados, los que se había puesto para dormir junto a Harrow la última vez antes de que todo se derrumbara. Ahora se daba cuenta de que había dado por sentado algo tan sencillo.

Nunca había sido digno de ella, había sido un tonto al creer que podía intentar serlo. Era peor que indigno.

Era su peor pesadilla.

Raith bajó disparado a la parte inferior del muro oeste, apuntando a una hilera de ventanas tan bajas que casi estaban bajo tierra. Segundos antes de estrellarse contra la piedra agitó las alas, bombeando con fuerza, y se elevó con brusquedad. Fue un aterrizaje impecable.

Podría haberse sentido orgulloso de sus habilidades aéreas si no las hubiera adquirido como asesino incorpóreo. La última vez que se había abalanzado así había materializado una garra para desgarrarle la garganta a una vidente junto a la que había pasado.

Aterrizó en cuclillas frente a la ventana a la que había apuntado. Había otras en el mismo nivel, pero todas tenían gruesos barrotes de acero. Eran las celdas del calabozo. La ventana que había elegido era la única sin barrotes que Darya había destruido la noche que lo había capturado. Lo había liberado de la ira de Furie para desatar sobre él la suya propia.

Con el estómago revuelto por los recuerdos, Raith se obligó a entrar por el estrecho hueco. Bajó de un salto a la celda, ignorando el ligero temblor de sus manos, y observó su entorno.

Unas vigas de acero ocultaban normalmente el pasillo exterior, pero la puerta estaba abierta, todavía doblada por el ataque de Darya. El suelo

estaba forrado con paja vieja. Unas esposas colgaban de la piedra bajo la ventana.

Raith había pasado meses encadenado con ellas.

¿Cómo había encadenado Furie a una criatura incorpórea? Obligándolo a jurárselo. Él le había hecho un juramento, y así de fácil lo habían sujetado las cadenas: no había tenido fuerzas ni motivación para luchar contra su palabra una segunda vez.

¿Qué necesidad tenía de salvarse del dolor? Una niña inocente valía la agonía que habría de sentir. Él no.

De nuevo los recuerdos amenazaron con abrumarlo, pero se obligó a concentrarse. No había ido al calabozo a contemplar. Tenía un propósito: cuatro objetivos.

Con la daga preparada, salió de la celda por el estrecho pasillo y se arrastró hasta el extremo, buscando señales de vida en todas las celdas. No vio ninguna. Había al menos una docena de celdas idénticas a lo largo del pasillo, pero todas estaban vacías. Sintió alivio.

Logró el primer objetivo y se enfocó en el siguiente.

Volvió a bajar por el pasillo, usó su memoria y subió por la estrecha escalera de caracol de piedra construida en el interior de la torre. No dudó al pasar por innumerables pasillos y puertas. Sabía con exactitud a dónde iba.

Al salir de las escaleras encontró el túnel oculto y siguió la gastada alfombra roja hasta el final. Encontró una pequeña puerta, cerrada con pestillo. Junto a ella, una antorcha encendida descansaba en un soporte en la pared.

Ahí, dudó. Que la antorcha estuviera encendida no significaba necesariamente que hubiera alguien adentro. Después de todo, Furie era la reina del fuego. Ardía por todas partes. Pero lo hizo detenerse, olfatear el aire y escuchar con atención en busca de señales de movimiento.

No oyó ni olió nada, así que abrió el pestillo y empujó la puerta. No tenía candado. No lo necesitaba. El túnel estaba oculto para quien no supiera que existía, y además nadie se atrevería a invadir y arriesgarse a la temible venganza de Furie.

Nadie más que Raith.

Adentro, lo recorrieron más escalofríos que en la celda del calabozo. Estaba oscuro como boca de lobo, pero sabía dónde estaban las antorchas, y

ahora que conocía sus orígenes comprendía su extraña habilidad para encender fuego. La utilizó ahora, y las dos antorchas que había junto a la puerta cobraron vida, iluminando la habitación con un tenue resplandor.

Con el corazón acelerado en el pecho, observó el familiar entorno. El frente de la habitación estaba vacío, con el suelo ennegrecido por las innumerables ocasiones en que se había usado la magia de fuego para atrapar a los espectros ahí. Atrás, largas estanterías cubrían la pared del fondo.

En ellas… había frascos.

Cien frascos, para ser exactos.

Dentro de cada frasco, con la tapa bien cerrada, había una sombra negra de humo. Con el estómago revuelto, Raith atravesó la habitación en dirección a una estantería y un frasco en particular.

El estante superior, en el extremo izquierdo, el decimotercer frasco… y ahí estaba.

Un frasco vacío. Su frasco vacío.

Ahí había estado atrapado. Cuando no estaba sirviendo a su odiosa ama, había permanecido en ese maldito frasco olvidado por la Diosa, atrapado y aislado. Incluso aunque hubiera encontrado una forma de escapar, Furie simplemente lo habría convocado de nuevo. La naturaleza misma de su existencia lo hacía impotente ante ella.

Había pasado la mayor parte de su vida en ese diminuto confinamiento de cristal, ¿y para qué?

Siempre que la reina del fuego quería liberarlo abría su frasco y lo atrapaba en una impenetrable jaula de magia. Utilizaba su magia para obligarlo a jurar que cometería cualquier acto indecible que ella quisiera antes de soltarlo al mundo para que obedeciera. Cuando regresaba lo obligaba a volver al frasco, cerraba bien la tapa y lo devolvía a la estantería.

Eso era todo. Era todo lo que había hecho, todo lo que había logrado.

Encarcelamiento, obediencia sin sentido, violencia. Repetición.

Odiaba su vida. Odiaba a Furie por obligarlo a existir y por hacer que esa existencia fuera peor que la nada de la que había surgido. Odiaba que otros noventa y nueve seres vivieran vidas tan miserables como la suya. Odiaba que estuvieran atrapados ahí, a merced de una mujer cruel con demasiado poder. Odiaba la injusticia de la situación, odiaba su impotencia, su absoluta

inutilidad. Odiaba el dolor y la agonía que había causado a incontables inocentes.

Con un rugido, blandió la daga y golpeó varios frascos de la pared. Cayeron y se estrellaron contra el suelo en una gran explosión; fragmentos de cristal volaron por todas partes mientras los seres de sombras se preparaban para el nuevo horror que sin duda les esperaba.

Quedaron flotando en el aire como nubes letales, y Raith vio que sus ojos de fuego lo miraban desconcertados. Eran como fantasmas, pero sus formas eran distinguibles. Cuerpos sombríos, con pupilas de fuego y colmillos blancos. Garras afiladas y alas con puntas de garra. Como él.

—Váyanse —les dijo, usando su voz por voluntad propia—. Son libres.

Comprendieron enseguida. No dudaron: en cuestión de segundos, los espectros desaparecieron, disolviéndose en el aire.

¿Era inteligente liberar a las criaturas más mortíferas de la creación? Tal vez no, pero Raith había sido una vez una de esas criaturas y comprendía su naturaleza. Cuando no estaban atadas por la fuerza al plano físico, las entidades incorpóreas por lo general no querían otra cosa que desaparecer y habitar un reino invisible al que llamaban el Vacío. No eran de este mundo y les interesaba poco.

Raith rompió de manera sistemática todos los frascos de la habitación, uno tras otro, tirándolos de las estanterías hasta que ya no quedaron más. Cuando terminó, se tiró al suelo entre la destrucción y enterró el rostro entre sus manos.

Ya no podía ocultar el temblor, así que no lo intentó.

Había logrado dos de sus cuatro objetivos: revisar el calabozo y liberar a los espectros. Probablemente no conseguiría el tercero, pero eso no iba a impedir que lo intentara.

Se acercaba el final.

Pensó en los cinco breves días de felicidad que había pasado con Harrow. Recordó estar en la cama con ella, acariciándole el pelo. Oírla reír. Hacerle el amor. La suavidad que llenaba sus ojos plateados cuando lo miraba.

Le dolía el pecho como si se estuviera quemando vivo, pero se consoló pensando que lo hacía por ella. Era la única manera de ayudarla a curar las heridas que le había causado.

Raith recogió su daga y se levantó, con el cuerpo aún sangrante, y fue a dar caza a la reina del fuego.

—Tiene que llevarme con él —le suplicó Harrow a Nashira, casi sacudiéndola por los delgados hombros—. Por favor.

Pero la reina del éter permaneció impasible.

—Ya es demasiado tarde. Será demasiado tarde. Era demasiado tarde. Ahora él tiene que volver contigo.

—Prefiero morir antes que sentarme a esperar. ¡Furie podría matarlo!

—Sí, es posible. Será posible. Era posible.

—Entonces ayúdeme. Usted nos trajo aquí desde donde quiera que estuviéramos; sé que podría encontrarlo, y sé que podría llevarme a donde está.

—Es plausible.

—¡Entonces, por favor, ayúdeme! —Harrow estaba al borde del arrebato. Seguían en la habitación que habían compartido ella y Raith, rodeadas por Salizar y la mitad de los trabajadores del circo, Ouro y su banda, Malaikah, y todos presenciaban su indigno colapso.

No le importaba lo más mínimo. Solo le importaba encontrar a Raith.

—Usted nos trajo aquí. Me demostró lo equivocada que estaba acerca de Raith. Ahora quiero evitar que lo maten, y no quiere ayudarme. ¿Por qué?

—Es demasiado tarde —dijo Nashira una vez más—. Será demasiado tarde. Era demasiado tarde. ¡Ahora él tiene que volver contigo!

—¡No puede volver si está muerto!

—¡Es demasiado tarde! ¡Será demasiado tarde! ¡Era demasiado tar…!

—¡Por el amor de la Diosa, deje de decir eso!

—Harrow, corazón, mejor vámonos —Malaikah puso con suavidad la mano sobre su hombro.

—No. —Ahora ya estaba sollozando—. No, tengo que encontrarlo. ¡Tengo que encontrarlo!

—No te estoy diciendo que te rindas, sino que quizá haya otra manera.

—¿Qué otra manera? Ella puede llevarme directamente con él. ¿Qué mejor manera que esa?

—Pero no lo va a hacer, Harrow. Tómate un segundo y piénsalo. No va a ceder.

Harrow lo pensó, respirando con el pecho adolorido, obligando a su cerebro a trabajar en medio del pánico. Volvió a encontrarse con la mirada azul de Nashira. La reina del éter parecía tranquila, casi en paz, como si tuviera alguna seguridad secreta sobre el futuro que no estuviera dispuesta a compartir. O tal vez no le importaba lo que fuera a suceder.

A su lado, Ouro se pasaba una mano por la cabeza y parecía incómodo. En el otro extremo de la habitación Salizar caminaba de un lado a otro mientras los trabajadores del circo descansaban en el suelo. Algunos de los heridos más graves ya se habían marchado al centro de curación más cercano, entre ellos Loren, escoltado por uno de los hombres de Ouro.

—¿Por qué está tan tranquila? —le gritó Harrow a Nashira, sin importarle en lo más mínimo que estuviera siendo grosera con uno de los seres más antiguos y poderosos del mundo—. ¿No le molesta en absoluto que un hombre inocente esté a punto de ser asesinado?

Nashira asintió con emoción.

—Sí, sí, estoy siendo terriblemente fría en este asunto, ¿no crees? Mejor olvídate de mí y toma las riendas de tus propios asuntos. Es la única manera de obtener resultados hoy en día. La gente se está volviendo tan poco confiable en los tiempos modernos.

—Bien. Si se niega a ayudarme, lo haré yo misma. —Harrow se dio la vuelta y agarró a Malaikah de la mano—. Vamos, Mal. Vámonos.

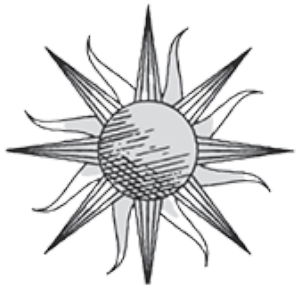
Se dirigió hacia la puerta, seguida por Malaikah, pero de repente se detuvo. Soltó a Mal, volvió a la mesa y recogió sus cartas de vidente. Luego tomó la bolsa con el cuenco de adivinación, las hierbas de visión y el joyero que contenía el collar de su madre, y agarró la capa del respaldo de la silla.

Una semana antes había entrado en pánico por no saber qué llevar en la maleta. Ahora sabía que se había llevado todo lo de valor. Dejar el resto no significaba nada.

Regresó con Malaikah y abrió la puerta de par en par. Antes de salir, habló hacia la habitación:

—Volveré a mi caravana, por si alguno de ustedes decide ayudarme. Aunque no estaré ahí mucho tiempo. En cuanto averigüe la forma más rápida de llegar con Raith, me iré.

Sin decir nada más, salió de la habitación con Malaikah.



# CAPÍTULO VEINTE

De vuelta en el circo, Harrow abrió de par en par la puerta de su caravana, un hogar del que creía haberse despedido para siempre. Regresó menos de una semana después. ¿Cómo habían podido salir las cosas tan increíblemente mal?

«Porque lo echaste todo a perder», susurró una odiosa voz en su interior. «Porque no pudiste creer en la felicidad que te habían dado y tenías que destruirla lo antes posible».

—Cállate —dijo Harrow entre dientes—. Voy a arreglar las cosas.

—Yo no dije nada —dijo Malaikah con recelo, cerrando la puerta tras de sí.

—Tú no. Yo.

—Claro. —La pobre Malaikah parecía un poco asustada, pero Harrow no tenía tiempo de preocuparse—. ¿Cuál es tu plan, vidente?

—Por una vez en la vida voy a usar mi poder para su propósito real y averiguaré dónde está Raith y la mejor manera de llegar con él.

—Bueno, tal vez esté en el castillo Fera, ¿no?

—Sí, ya sé —dijo Harrow con brusquedad, estremeciéndose por dentro por su rudeza—. Pero tardaríamos años en llegar. Tenemos que asegurarnos de que no hay un mejor plan.

—Bueno, muy bien. —Malaikah se sentó en el borde de la cama, moviendo la cola detrás de ella—. Pensé que habías perdido la cabeza, pero lo que dices tiene sentido.

Harrow se sentó en el escritorio, colocó las cartas en una pila y dejó la pesada bolsa a sus pies.

—Nashira puede parecer excéntrica, pero creo que hay algo de verdad en lo que dice. Y no dejaba de decirme que era demasiado tarde para ir detrás de Raith y que tenía que esperar a que él volviera conmigo.

—Entonces ¿de veras vas a sentarte a esperar? No parecía que era lo que estabas planeando cuando salimos estrepitosamente de la taberna.

—No, no voy a sentarme a esperar. Pero voy a tratar de entender lo que Nashira estaba diciendo y averiguaré dónde es probable que termine Raith. Si puedo predecir sus movimientos, podremos estar ahí para interceptarlo.

—¿Y si Furie lo mata en cuanto llegue?

Harrow volteó para mirar a Malaikah con furia.

—Eso no va a suceder.

—¿Cómo sabes?

—¡Porque no va a suceder!

—Claro, claro, tienes razón. Perdón.

Harrow suspiró de repente, inclinándose hacia delante para poner la cara entre las manos.

—No, perdóname tú. Me estoy portando horrible contigo, y lo único que quieres es ayudarme.

—No pasa nada. Perdiste al amor de tu vida y necesitas recuperarlo. Es mucha presión para cualquiera. Pero mira —Malaikah se levantó y se inclinó sobre el escritorio, apartando las manos de Harrow de su cara y tomándolas entre las suyas; se miraron a los ojos—, si alguien puede salvarlo, eres tú. Sé que puedes hacerlo. ¿Sí?

Harrow tragó saliva. Asintió.

—Sí. Gracias, Mal.

—De nada. Ahora empecemos con la lectura. ¿Qué necesitas que haga?

Harrow se concentró. Aunque había mantenido el ritual diario de adivinación toda su vida, hacía muchos años que no era más que una adivina, y tuvo que buscar en el pozo de su memoria para recordar qué tenía que hacer.

Hacer una lectura para obtener conocimientos específicos era diferente a acercarse al Agua para fortalecer la conexión, como hacía habitualmente, y requería mucha más concentración. Soltó las manos de Mal y tomó el collar de su madre, rogándole en silencio a Mellora que la ayudara. Dentro del medallón, el fragmento de cristal pareció palpitar para tranquilizarla.

—Necesito llenar el cuenco de adivinación de agua fresca —anunció Harrow con nueva confianza—. Necesito mi bolsa de hierbas de visión, carbón y unos cerillos.

—¿Dónde están esas cosas?

—Aquí. —Levantó la pesada bolsa sobre el escritorio y comenzó a sacar los suministros necesarios—. Para ser honesta, puedo decir que no esperaba volver a hacer este tipo de magia.

—¿Por qué no? —Malaikah le dirigió una mirada mordaz—. Es lo que eres.

—También podría hacer que me mataran.

—No si tienes a tu espectro cuidándote la espalda. —Cuando los ojos de Harrow volvieron a llenarse de lágrimas, Malaikah la agarró de la mano y la puso en pie—. Entonces vamos a recuperarlo, ¿sí?

Unos minutos más tarde, los objetos estaban reunidos sobre el escritorio. La caravana estaba a oscuras, salvo por algunas velas, y el fuerte aroma de la neblina de hierbas humeantes llenaba la habitación. En un pequeño plato de plata ardía el carbón, sobre el que humeaban las hierbas de visión.

Malaikah se sentó en la cama con las piernas cruzadas y la cola enroscada alrededor de su cuerpo. Frente al escritorio, Harrow rodeaba el cuenco de adivinación con las manos. En el agua quieta, su reflejo la miraba fijamente. Sus ojos se veían atormentados, llenos de arrepentimiento y dolor.

Exhaló e inhaló hondo el humo de las hierbas, dejando que sus efectos se apoderaran de ella y la dejaran entrar en trance con más profundidad. El Agua se agitó en lo más recóndito de su alma de una forma que no había sentido desde que era niña, desde que su hermosa madre le había enseñado lo que significaba ser vidente. Con la mirada fija en el cuenco de adivinación, dejó que su visión se desenfocara, que su mente se silenciara y que sus pensamientos fueran a la deriva.

El Agua creció en su interior y la derribó como si un gran maremoto se desplomara sobre su cabeza.

Sin embargo, en lugar de transportarse a una visión, como lo esperaba, de repente se encontró en la biblioteca de Darya. Miró confusa a su alrededor. ¿Cómo había acabado ahí?

Darya salió de una puerta y corrió hacia Harrow, con los sedosos rizos negros volando a sus espaldas.

—Aquí estás. Creí que no vendrías. —Extendió los brazos como si quisiera abrazarla…

Harrow dio un paso atrás.

—¿Por qué estoy aquí?

—Porque yo te traje aquí. —Todavía tenía los brazos extendidos—. Solo necesitaba que abrieras un poco tu magia para completar la conexión, y lo hiciste. Estoy tan feliz de que vinieras conmigo…

—Yo no vine contigo —dijo Harrow con frialdad—. Estoy buscando a Raith.

Darya dejó caer los brazos a los costados.

—¿Qué?

—Estoy tratando de encontrar a Raith. —La voz de Harrow se volvió inexpresiva—. Después de que lo traicioné se escapó. Me di cuenta de mi horrible e imperdonable error, y estoy tratando de recuperarlo.

Harrow esperaba que Darya discutiera con ella, pero le sorprendió que solo suspirara, cansada.

—Nashira acaba de visitarme.

—¿Sí?

—Sí. Me explicó todo. Específicamente sobre tu espectro y quién es él para ti.

Harrow entornó los ojos.

Darya se volteó para mirar por la ventana hacia la oscuridad.

—Tienes que entenderme. Una vez fui demasiado rica en bendiciones de quienes consideraba míos. Ahora estoy sola. Sobreviví a mis hijos, la peor pesadilla de una madre. A todos excepto a ti. Me atormenta la idea de que te pase algo.

—Entonces querías matar al hombre que amo —dijo Harrow con voz fría.

—No, yo… Sí, es verdad. Pero solo porque no entendía. —Sus ojos plateados parecían suplicantes—. Harrow, te juro que no lo sabía. ¿Cómo iba a conocer su verdadera naturaleza y en qué se había convertido? Estaba tan consumida por mi dolor y sentía tanto miedo por tu futuro, que no consideré que esto pudiera ser algo más grande que una simple venganza entre hermanas. Y aunque desearía haberte contado la verdad de otra manera, era importante que la conocieras. Aunque eligieras seguir

queriéndolo, necesitabas entender la conexión que hay entre ustedes y por qué existe. Lamento que pareciera que te manipulé de manera intencional.

—¿Una simple venganza entre hermanas? —Harrow no podía creer lo que oía—. ¿Sabes cuál ha sido el precio de esta simple venganza? Los territorios han estado en guerra durante siglos, ¡y mi pueblo murió! Si de verdad te vieras como nuestra madre habrías encontrado la forma de detenerlo hace mucho tiempo, antes de que yo me convirtiera en la única superviviente. Mi familia y mi verdadera madre murieron por tu culpa. Por lo que hiciste tú. Tú empezaste esto.

Darya tuvo la delicadeza de parecer avergonzada.

—Y no pareció que me hubieras manipulado —continuó Harrow, con la ira desbordándose con libertad—, sí me manipulaste. Sabías exactamente qué decirme para que dudara de mí misma, y me utilizaste como una herramienta para conseguir tus propios objetivos egoístas. Que es lo que siempre has hecho, ahora lo veo.

Darya abrió la boca como para responder, y Harrow se preparó para una discusión. Casi deseaba que ocurriera; necesitaba desahogar parte de la rabia impotente que la invadía cada vez que pensaba en la muerte de su clan y en la guerra interminable y sin sentido… y ahora, en la trágica historia de Raith.

Pero la reina del agua volvió a cerrar la boca y respiró hondo para serenarse.

—Tienes razón, Harrow —dijo por fin—. Fui egoísta y te utilicé, cosa que lamento demasiado. Mi enemistad con Furie ha herido más que a nadie a quienes amaba y a quienes debía proteger. Es hora de que haga las cosas bien, empezando por disculparme. —Darya la miró a los ojos—. Lamento haberte manipulado.

—Y yo lamento que mi voluntad hubiera sido tan débil como para creerte —dijo Harrow en voz baja—. Siento no haber confiado lo suficiente en mí misma y en mi conexión con el Agua como para darme cuenta de que me estabas manipulado. Lamento no haber elegido confiar en un hombre que no había hecho más que protegerme por encima de la palabra de una reina que torturó a un ser inocente durante cincuenta años. Tendré que vivir con esa vergüenza el resto de mi vida, pero que nunca se diga que no aprendo de mis errores.

Darya sonrió para congraciarse, con evidente alivio patente en el rostro.

—Claro que no, hija, estoy muy orgullosa de lo que has llegado a ser. Si tu madre estuviera viva, también lo estaría. Y te animo a que profundices tu conexión con el Agua. Yo debería haber estado contigo para enseñarte, pero pensé que estarías mejor sin mí. Ahora me doy cuenta de que fue un error. Debería haberte acompañado para guiarte. Quizá si te hubiera conocido mejor, habría podido ver más allá de mi pena y evitarte este dolor. Ya es demasiado tarde para cambiar el pasado, pero todavía puedo tratar de influir en el futuro.

—Si quieres influir en mi futuro déjame regresar para hacer una lectura y encontrar a Raith —dijo Harrow con impaciencia—. Creo que fue al castillo de Furie para intentar matarla, y necesito averiguar qué va a pasar para poder detenerlo. Cada segundo que paso aquí es un segundo perdido.

Darya palideció.

—¿Va a intentar matarla?

—Eso piensa Malaikah, y creo que tiene razón.

—Pero no podrá hacerlo.

—¿Cómo sabes? Raith es fuerte. Si alguien puede hacerlo es él.

Pero Darya negó con la cabeza.

—Furie es la mujer más paranoica que este mundo ha conocido. Vive a la expectativa constante de un ataque, aunque hace siglos que nadie se atreve a poner un pie en su castillo. Utiliza a sus espectros como sirvientes, pues su séquito humano huyó hace tiempo de sus dominios, y está constantemente rodeada de poderosa magia. Incluso cuando está sola en sus aposentos, mantiene un escudo de fuego a su alrededor, tan grueso que quemaría vivo a cualquiera que la tocara. Además, nuestros poderes son inmensos. Las posibilidades de que un elemental pueda hacernos daño son escasas.

«Pero lo contrario es muy posible», pensó Harrow con amargura.

Miró fijamente a Darya, mientras el pavor la consumía.

—Entonces ¿qué hago? ¿Cómo puedo detenerlo para que no vaya tras ella?

—¿Nashira no te llevaría ahí?

—No. —Harrow se jaló el pelo con frustración—. Se lo supliqué una y otra vez, y se negó. No entiendo por qué, cuando fue ella quien me lo explicó todo.

Sin embargo, Darya no parecía sorprendida.

—Nashira ve las cosas de manera muy diferente a ti y a mí. Lo que ahora parece lógico puede no serlo en el futuro, y su magia va en contra del orden natural en muchos aspectos. Su intervención directa suele tener efectos adversos. Quizá haya visto cómo se desarrollan los acontecimientos y sepa que, sin su interferencia, todo saldrá mejor.

Un pequeño rayo de esperanza brilló en el interior de Harrow.

—Eso significaría que Raith no será asesinado, ¿verdad?

—Por desgracia, no podemos hacer esa suposición. —A su favor, Darya parecía inocentemente compasiva. Sin embargo, Harrow ya no era tan confiada. Ahora necesitaba la ayuda de Darya, pero no era tan ingenua como para creer que la reina del agua no le daría la espalda e intentaría matar a Raith en cuanto volviera a ponerle las manos encima.

En ese momento a Harrow no le importaban las decisiones de Nashira o la posible traición de Darya. Solo le importaba Raith.

—Entonces ¿qué hago? Tengo que ir tras él.

—Vuelve a tu lectura. Yo me uniré, y podemos fusionar nuestra magia para obtener un resultado más claro. Tu línea de pensamiento era buena: tal vez en el presente no seamos de mucha utilidad, pero podemos influir en el futuro si lo conocemos desde ahora.

Harrow quiso gritar de frustración.

—Pero no habrá futuro para Raith si Furie lo mata.

—La caída de una piedra en el océano puede crear ondas que bañen las costas de otra tierra. No podemos saber en qué podemos influir en el futuro desde ahora si no lo intentamos.

Raith voló a la punta de la torre más alta y aterrizó sin hacer ruido en el alféizar de la ventana. Miró dentro de la habitación a través del cristal y tuvo una vista perfecta de su objetivo. Era muy sencillo.

Furie estaba ahí, arrodillada frente a un fuego crepitante en el hogar. El resto de la habitación estaba a oscuras, pero el fuego era tan grande que las llamas lamían el exterior y los costados de la chimenea de piedra.

Furie, con el pelo rojo derramado sobre la espalda y un vestido rojo sangre alrededor del cuerpo, miraba fijamente las llamas, murmurando para

sí misma.

Con mucho cuidado, Raith abrió el cristal con sus garras y entró en silencio a la habitación, donde se quedó inmóvil, seguro de que ella lo percibiría. Empezaba a ver manchas negras: la herida del costado seguía sangrando, y la pérdida de sangre le estaba pasando factura.

Casi sin atreverse a respirar, levantó la daga y se acercó. Ahora era una entidad física, pero en todos los demás sentidos seguía siendo el espectro que siempre había sido. Cada uno de sus pasos era el silencio mismo, su piel tenía el tono de las sombras más negras, las garras en las puntas de sus alas estaban listas para atacar.

Avanzó por la habitación, eligiendo cada paso con precisión para no hacer crujir alguna tabla del suelo. Atravesó una sala y pisó una gran alfombra. Ahí, dudó.

Dos pasos más y estaría a distancia de ataque.

Raith era un asesino, no un villano de cuento. Él no iba a acercarse a Furie por detrás para ponerle la daga sobre la garganta y pronunciar un largo discurso. Cuando diera los últimos pasos, blandiría la daga al instante, sin darle a ella oportunidad de activar sus defensas.

¿Por qué dudaba ahora?

Se moría de curiosidad. Los susurros sin sentido de Furie eran audibles desde donde estaba, y trató de escuchar.

—Mi amor… —Le temblaba la voz mientras se mecía con suavidad de un lado a otro—. Eres tan hermoso, tan fuerte y feroz. Mi vida entera.

Mirando por encima del hombro hacia el fuego, Raith vio el objeto de su atención.

En las llamas destellaban imágenes creadas por la magia del Fuego. Imágenes de un hombre. Un guerrero con armadura de cuero y una pesada espada que blandía sin piedad en el fragor de la batalla, lanzando gritos de victoria. Su piel era de bronce desértico. Una gruesa trenza negra caía sobre su ancha espalda. Una cicatriz irregular le atravesaba la cara, por encima de un ojo oscuro, hasta el labio. No llevaba casco y sus brazos estaban desnudos, con poderosas crestas de músculos que vibraban con fuerza mientras usaba la espada como una extensión de su brazo.

La escena cambió.

El mismo hombre estaba de pie en una tienda, quitándose la armadura, mirando fijamente a los ojos de quien lo miraba. Arrojaba la coraza a un lado y derribaba a la espectadora sobre la cama con risa en los ojos…

La imagen volvió a cambiar.

Estaba en una cama. Los brazos de la espectadora estaban extendidos, acariciando las definidas crestas de los músculos de su pecho mientras él la observaba con mirada voraz. Unas manos femeninas recorrían su fuerte cuerpo con evidente adoración. Eran las manos de Furie, Raith se dio cuenta, reconociendo los anillos de sus dedos, y de repente comprendió.

Eran los recuerdos de Furie de su amante humano, Ferron el Conquistador, el gran guerrero al que Darya había asesinado hacía mucho tiempo. Aquel por el que Furie había creado los espectros, para vengar su muerte.

La razón por la que las videntes fueron exterminados.

—Eres tan hermoso, mi amor —dijo Furie frente al fuego. En el recuerdo, besaba el pecho de su amante, bajando poco a poco por su cuerpo.

Era… patético.

La escena entera era tan patética que Raith estuvo a punto de darse la vuelta y huir por la ventana por la que había entrado. La reina poderosa e inmortal estaba sola y sin amor en su torre, reviviendo antiguos recuerdos de su compañero perdido.

Lo peor era que Raith sabía con exactitud cómo se sentía. Él se sentía igual.

Si él tuviera el poder de conjurar imágenes de Harrow en las llamas, habría volado a una torre alta de algún lugar y habría hecho exactamente eso. También dudaba de su capacidad para recuperarse por haberla perdido. Si Harrow fuera asesinada, la venganza que desataría sobre el mundo haría que la brutalidad de Furie pareciera sosa.

Él… la entendía. Se identificaba con ella. Incluso sentía compasión por ella.

Incluso así iba a matarla.

Ella había causado demasiado daño como para que él no aprovechara esta oportunidad. Tal vez su muerte la llevaría a dondequiera que su amante estuviera ahora, tal vez no. Al final no importaba, porque no iba a dejar

pasar esta oportunidad. Furie, sola, indefensa, ajena a lo que la rodeaba… quizá nunca volviera a tener una oportunidad como esta.

Lo haría por Harrow.

Apretó los dedos en torno a la empuñadura de la daga, la alzó en alto y dio un paso adelante. Furie se meció hacia adelante y atrás, murmurando a las llamas. Dio otro paso. Ella seguía meciéndose.

Blandió la daga.

Su puntería fue certera, su fuerza, inmensa. La hoja silbó en el aire para conectar de manera directa con la suave piel de su cuello. Fue un golpe limpio y poderoso. Habría decapitado a cualquier enemigo en un instante.

Pero el acero se fundió.

En el instante en que tocó su piel, el metal se puso al rojo vivo, se ablandó y luego se fundió, convirtiéndose en una sustancia viscosa. Raith la soltó por instinto cuando la empuñadura empezó a derretirse en sus manos.

Furie no se movió de inmediato. Durante un segundo más miró inmóvil al fuego, como si se resistiera a abandonar sus recuerdos. Sin embargo, las imágenes se desvanecieron cuando retiró su magia para volver al presente. Recogió su falda, se levantó con elegancia y se dio la vuelta. Por primera vez en medio siglo se miraron a los ojos.

Era, como todas las reinas, increíblemente bella. Su piel era alabastro, impecable como la porcelana. Su cabello, rojo intenso, caía en rizos brillantes sobre sus pechos. Sus ojos eran del azul del centro de una llama y sus labios de un rojo exquisito.

Toda esa belleza ocultaba a una bestia volátil.

Raith no podía hacer más que permanecer ahí, esperando su destino. Sabía bien lo que era capaz de hacer con su magia y no se engañaba pensando que podía escapar ahora. No, ya había tenido su oportunidad.

El asesino había dado su golpe y había fracasado. Ahora se enfrentaba al castigo.

Furie abrió los ojos azules de par en par al reconocerlo.

—Tú.

Raith se quedó mirándola. No era tan tonto como para no tener miedo. El corazón le retumbaba en el pecho y sacó las garras para evitar que le temblaran las manos.

Tenía miedo, pero no era un cobarde. Miraba su muerte a la cara, directamente a los ojos. Pasara lo que pasara, mantendría la vista al frente y la barbilla en alto. Se enfrentaría a su muerte sabiendo que era el único camino noble para una criatura como él.

—Volviste para matarme —dijo Furie.

Raith asintió. De ninguna manera hablaría en su presencia a menos que ella lo obligara a pronunciar las palabras. Y se dio cuenta de que ahora ella no podía hacerlo. La magia del agua que había creado su forma física anulaba su control absoluto.

—Cuando supe lo que Darya había logrado hacer apenas pude creerlo. Y sin embargo aquí estás. Un elemental completamente nuevo. Una fusión perfecta de fuego y agua.

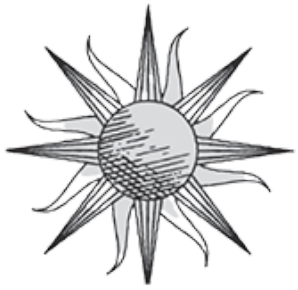
Lo miraba como si contemplara un objeto de artesanía que deseara poseer, con un brillo de codicia en los ojos.

—Eres tan hermoso —susurró.

Raith sintió que se le revolvía el estómago al oír esas palabras de labios de Furie momentos después de haberla oído dirigírselas al hombre muerto que había estado viendo entre las llamas, pero no manifestó ninguna reacción exterior.

Luego, Furie suspiró.

—Qué pena que tenga que destruirte.



# CAPÍTULO VEINTIUNO

Casi al instante, Raith empezó a arder.

Le resultaba tan familiar… Lo habían robado y transformado en otro ser, le habían borrado la memoria y había renacido… solo para acabar exactamente donde había empezado.

Quemado vivo a merced de la reina del fuego.

Pero la familiaridad con el dolor no lo hacía menos intenso. Un grito desgarrador salió de sus labios y se le doblaron las rodillas. La herida del costado se convirtió en un rasguño en comparación con la agonía abrasadora que incineraba cada centímetro de su ser. Sentía como si le estuvieran arrancando la piel mientras le apuñalaban los órganos internos con atizadores calientes. Como si hirvieran su alma viva.

A través del dolor, vio el bello rostro de Furie, que lo miraba fijamente y sin expresión. Tenía la cabeza un poco ladeada y su mirada azul brillante era inquisitiva, como si se preguntara con curiosidad científica cómo se sentía su sufrimiento.

—Siempre fuiste uno de mis favoritos, Trece.

Trece. Ese era su verdadero nombre, su verdadero legado.

Furie se rio con frialdad.

—Mi número de la suerte, el trece.

Eso era lo único que había sido. El decimotercer espectro. El asesino favorito.

Sus esperanzas de tener una vida y una identidad nuevas no habían sido más que una broma cósmica. La verdad había estado ante él todo el tiempo, tan clara como el día, incluso en el nombre que había elegido. Raith. Desde

el principio se había etiquetado tan solo como lo que era, y ni siquiera lo había sabido.

—Tu cuerpo no es tan impermeable al daño en tu nueva condición. —La voz de Furie parecía venir cada vez de más lejos. ¿O tal vez fuera él quien estaba a la deriva?—. Es una debilidad bastante fácil de explotar, ¿no crees? Los espectros fantasmales son mucho más fuertes que los de carne y hueso.

Raith la había ignorado después de la primera oración, pero fue entonces cuando se dio cuenta de que… ¿esa sensación de estar hirviendo vivo mientras lo desollaban? Ya no era solo una sensación.

Estaba ocurriendo de verdad.

Estaba incinerando su cuerpo. Hablaba muy bien de la encarnación de agua de Darya que Furie no lo hubiera hecho volar en pedazos, ya lo había visto antes. Un toque, o incluso un solo grito enfurecido, y el cuerpo del enemigo simplemente… estallaba.

Sin embargo, Raith seguía en pie. Aunque no estaba seguro de que fuera bueno. Una muerte rápida era un acto de misericordia que no se merecía, pero que de todos modos deseaba, aunque no se rebajara a suplicar por él.

—Así que pensaste que podías ser libre, ¿verdad, Trece? Pobre desgraciado. Ay, lo vi todo en las llamas. Cómo encontraste a la vidente que no pudiste matar y te enamoraste de ella. Cómo fuiste tan tonto como para creer que ella también podría amarte.

«No hables de Harrow», quería suplicar Raith. «Hazme cualquier cosa, pero no me tortures con pensamientos de ella». Pero no suplicaría piedad que sabía que no recibiría.

—Qué criatura tan tonta e ingenua. ¿Cómo podría alguien amar a un monstruo como tú? Cuando se enteró de lo que eras, de que habías asesinado a su amada madre y a su familia, de que fuiste mi obediente asesino durante siglos, huyó de ti aterrorizada, ¿verdad? Estaba horrorizada por haber acogido a semejante bestia en su cuerpo. Volvió corriendo con su verdadero protector, Salizar, y le suplicó que te matara.

Todo era verdad. Raith quería aullar de miseria, pero guardó su resuelto silencio. No gritar era el único acto de dignidad que le quedaba, y se aferró a él.

—Rechazado por tu amada, volviste aquí para vengarte, ¿cierto? ¿Para vengarte de mí por todo el dolor que te causé? ¿O fue más desinteresado?

Quizá volviste a matarme para vengar a tu vidente. Tal vez esperabas que perdonara tus crímenes si tenías éxito. Qué romántico.

Hizo una pausa para que surtiera efecto y continuó en un susurro:

—Lástima que hayas fracasado y ahora vayas a morir aquí.

Si su intención era asustarlo, no lo consiguió. Raith podría haber llorado de alivio. Por fin iba a acabar con él. La agonía estaba por terminar.

Por el dolor de su cuerpo, o más bien por la falta de dolor, supo que no le quedaba mucho tiempo. O mucho cuerpo, para el caso. La mayor parte estaba entumecida, tal vez derretida o quemada. Su visión se había oscurecido en los bordes. Pronto, todo se acabaría. Dejó que su conciencia se desvaneciera hasta que no sintió más que una caricia relajante que rozaba su alma…

Y de repente lo supo.

Cuando muriera no iría a un sombrío vacío de aislamiento en las fosas más negras de las lúgubres sombras. Iría a un lugar tranquilo más allá del Velo. Ya lo sentía ahí, apenas fuera de su alcance, aunque ahora se aferraba a él con ambas manos. Le daba la bienvenida. Le tendía la mano como él se la tendía.

De sus ojos habrían brotado lágrimas de gratitud si le hubieran quedado ojos con los que llorar. Seguro un ser puramente malvado no podía encontrar tanta paz. Seguro significaba que no era malvado después de todo.

Con una última exhalación de agradecimiento de sus pulmones destrozados, Raith se entregó a la muerte.

—Aunque tal vez seas aún más noble de lo que pensaba —dijo Furie a miles de kilómetros de distancia—. Tal vez viniste sabiendo muy bien que no conseguirías matarme. Tal vez viniste porque sabías que cuando fallaras yo te mataría. Sí, querías morir, ¿verdad? Todo esto fue un gesto épico para tu verdadero amor: sacrificarte para restablecer el equilibrio. ¿Qué mejor manera de vengar a tu vidente que matando al responsable de la muerte de su madre? A ti mismo.

Se carcajeó, y su risa reverberó entre la neblina de dicha de Raith como un incendio forestal en un apacible bosque.

—¡Bestia astuta! ¡Me manipulaste! Y, por la Diosa, estuve a punto de caer en la trampa. Casi te doy exactamente lo que querías. Ay, esto es demasiado.

«¡No!», gritó Raith mentalmente. «¡Acaba conmigo!». Estaba tan cerca del límite. A segundos de caer del otro lado.

—Déjame decirte algo, Trece. Algo que ya deberías saber por todos los años que pasaste a mi servicio. No me gusta que me manipulen. Y castigo a quienes lo intentan de las peores maneras imaginables. Así que ahora cambié de opinión. No morirás hoy. Tengo guardado algo mucho más grande para ti.

En un instante el dolor desapareció, y hasta ese momento Raith por fin se quebró.

Si hubiera podido, habría suplicado clemencia. Habría rogado por su propia muerte. Pero ya no le quedaban fuerzas para suplicar, ni lengua para hablar.

Había fracasado en los dos objetivos restantes: Furie vivía y, al parecer, él también viviría.

Ya se imaginaba lo que ella tenía pensado hacerle. Antes, morir le había parecido un sacrificio oscuro, pero necesario. Ahora la muerte sería un regalo misericordioso que no recibiría.

Si hubiera tenido fuerzas, se habría reído de la crueldad de la Diosa por mendigarle una existencia tan miserable. Parecía que hasta su deseo de morir con honor le sería negado. Porque una cosa sabía con certeza:

Lo que ahora le esperaba era un destino peor que la muerte.

Raith debió de perder el conocimiento, porque la siguiente vez que estuvo consciente abrió los ojos —¿de nuevo podía ver?— y reconoció que estaba en la sala de los frascos. Lo que quedaba de su cuerpo yacía paralizado en el suelo, en medio de las marcas de quemaduras, justo donde Furie solía atraparlo con magia de fuego cuando era un espectro común.

—Estás despierto —dijo ella desde algún lugar, aunque él no podía verla.

Veía por encima de él y a los lados, hasta donde alcanzaba su mirada, pero no podía girar la cabeza ni mover el cuerpo de ninguna manera.

—Pensé que te ibas a morir en el camino, así que tuve que curarte un poco. Luego casi te mato otra vez cuando vi lo que les hiciste a mis espectros. —Se rio entre dientes—. Muy mal, Trece. Pero no importa: yo los creé y puedo volver a invocarlos. Y quizá una de las primeras tareas que te

dé cuando acabe contigo sea limpiar todos los cristales que dejaste. Te tomará años.

¿Acabar con él? A Raith no le gustaba nada cómo se oía eso.

«¿Por qué no me deja morir simplemente?». Ningún ser lo había deseado tanto, estaba seguro.

—Darya hizo un trabajo increíble contigo. Nunca hubiera pensado que fuera posible hacer lo que hizo. —Furie se atravesó en su línea de visión, mirando hacia abajo el desastre de cuerpo que le quedaba—. Estropeé su trabajo, ¿verdad? Qué pena. Pero no te necesito con una forma que no puedo controlar. Y como Darya no está aquí para reclamarte, creo que volveré a convertirte en algo que me sea útil.

Lo invadió el horror. No era posible que estuviera diciendo lo que él pensaba, ¿o sí? No podía ser posible. Darya le había dado un cuerpo físico y había unido su espíritu a él en un renacimiento. El proceso era irreversible, ¿verdad? «Por favor, que sea irreversible».

Si lo hubiera considerado una remota posibilidad, de ninguna manera se habría acercado a menos de cien metros del castillo. Pero ni siquiera se lo había planteado, creyéndolo imposible.

Qué triste y lamentable tonto había sido. De muchas maneras.

—Espero que hayas disfrutado esta pequeña temporada con un cuerpo, Trece, porque es hora de que vuelvas a ser como te creé. Casi puedo oírte pensar: «¡Imposible!». Te aseguro que no lo es. Darya superó mi magia con la suya para crearte, y yo puedo hacer lo mismo a la inversa. Solo que va a ser un poco incómodo.

Hizo una pausa, y después…

La agonía. Una tortura indescriptible. Dolor más allá de toda medida, creencia o comprensión. El fuego consumía cada centímetro de su cuerpo, hasta su alma.

Misericordiosamente, se desmayó.

Mientras estaba inconsciente, tuvo una especie de sueño. Nadaba bajo el agua, en la oscuridad, donde no penetraba la luz del sol. Se sentía en paz, completo de nuevo. Después de la tortura que había soportado, sintió tanto alivio que derramó con libertad lágrimas de agradecimiento. Su llanto se mezcló con las profundidades oceánicas.

Sintió una perturbación en el agua, por encima de él. Se dio la vuelta, miró hacia arriba buscando la causa y vio que algo se movía hacia él. Una forma oscura. Se acercó.

Unas manos. Unas manos extendidas. De manera instintiva, extendió sus manos. Casi se tocaban. Estaban tan cerca…

Entonces la vio. Harrow.

Nadaba hacia él. Se llenó de una alegría indescriptible. No sabía que fuera posible sentir tanta felicidad.

Se acercó a él, tratando de agarrarlo de la mano. Él se acercó a su vez, estirando los dedos, desesperado por un simple roce con su piel. Tenía la certeza de que si podía tocarla, podría ir con ella, y necesitaba ir con ella. Tanto que hasta era posible que su vida dependiera de ello…

No tuvo la oportunidad. Al instante siguiente recobró el conocimiento en su nueva realidad.

El océano desapareció y fue sustituido por una habitación de piedra.

Enseguida, reconoció en qué se había convertido. Le era familiar, tan familiar como ponerse un saco o un par de zapatos gastados. Era más familiar de lo que había sido su antigua vida, porque había vivido en esa condición mucho más tiempo.

Su cuerpo era ingrávido. Podía disolverlo en el éter o reunirlo en una forma oscura a voluntad. Ninguno de los dos estados era más cómodo que el otro. Podía volverse del color que quisiera, camuflarse en cualquier entorno, hacerse invisible. También podía materializarse por completo durante un breve periodo de tiempo, pero el estado de solidez conllevaba evidentes debilidades.

¿Cómo era posible que hubiera querido ser así permanentemente?

En su forma espectral era intocable.

Sus emociones estaban apagadas, eran solo un recuerdo relacionado con el mundo físico, al que ya no pertenecía. Mientras flotaba tenía una sensación de ligereza, de desconexión con todo, como si observara el mundo a través de un velo. Nada parecía importante, ¿y por qué iba a importar? ¿Por qué preocuparse por cualquier cosa?

Era casi invencible, libre de problemas corporales, dotado de un poder inimaginable. Se movía sin ser visto en la noche, oculto entre las sombras, tan silencioso como un susurro, tan letal como la muerte misma.

—Ahí estás —dijo Furie con dulzura, y el espectro volteó para mirarla.

Se llenó de odio cuando vio a la hechicera que lo dominaba, la única imperfección de su poderosa existencia. Era libre en todos los sentidos excepto por ella.

Si tan solo pudiera matarla… Pero ella se había preparado para eso. Estaba rodeado por seis costados por barrotes mágicos de llamas; también había tenido cuidado de hechizar el suelo, de lo contrario se habría hundido en él y habría reaparecido detrás de ella para degollarla antes de que pudiera parpadear. De este modo, estaba atrapado por completo.

Furie exhibía una sonrisa beatífica en su impecable rostro.

—Sí, estás mucho mejor así, me parece.

El espectro la miraba sin expresión, su odio hacia ella era la única emoción que penetraba su existencia de humo, e incluso esta le parecía mortecina y lejana.

—Ahora que te he devuelto tu antigua gloria, tenemos trabajo. Ya que liberaste a los demás espectros y todavía no tengo tiempo de invocarlos de vuelta, tendrás que hacer todo su trabajo tú solo. Un castigo adecuado para tu insubordinación, me parece.

Batió las alas con pereza, esperando instrucciones o una oportunidad para escaparse.

—Pero antes de empezar tenemos que ocuparnos de tus indiscreciones previas. Dejaste un desastre, Trece. No solo una, sino dos de mis hermanas están respirándome en la nuca, y un lamentable grupo de elementales viene a causar problemas en tu nombre, incluyendo una vidente corta de miras. —Se rio de su propio ingenio.

Su humor se apagó bruscamente y empezó a caminar de un lado a otro enfrente de él. Raith la observaba con desinterés, absorto en la jaula en la que estaba atrapado. Si ella perdía la concentración, aunque fuera solo un instante, él podría soltarse y atacar.

—Esa vidente ha demostrado que es problemática. Ay, yo sabía de ella desde el principio, aunque la pobre niña tal vez creía que se escondía de mí. Pero decidí dejarla vivir, pensaba: «¿Qué daño puede hacer que a Darya le quede una última hija para consolarse?». Pero ahora ya me sacó de quicio, planea venir aquí y apropiarse de mi espectro.

Un rayo de interés atravesó al espectro. ¿La vidente lo quería? ¿Por qué? En su antigua vida lo odiaba y le temía. ¿Para qué lo querría ahora?

Se encogió de hombros por dentro. No importaba. La vida era efímera. La muerte podía llegar en cualquier momento.

—¿Y Darya le está ayudando? —Furie continuó su diatriba, agitando los brazos para enfatizar su incredulidad—. Mi hermana ya fue demasiado lejos. Tengo que vengarme antes de que crea que me he ablandado. Antes de que olvide lo que significa provocar mi ira. —Se giró de repente para mirarlo con una sonrisa en el rostro. Sus ojos brillaban de emoción enloquecida—. Tú se lo recordarás, mi espectro. Júramelo.

El espectro entornó los ojos con odio. Ahora lo obligaría a hacerle un juramento. La humillación de ese acto nunca dejaba de provocar su ira, pero de nuevo era impotente contra ella.

—Júrame que le recordarás al mundo qué significa desafiarme. —El poder se agitó bajo sus palabras, sus ojos azules brillaban de fuerza. El Fuego provocó su esencia, obligándolo a obedecer.

—Juro que le recordaré al mundo qué significa desafiarla. —Su voz incorpórea resonó en la cámara. Detestaba su sonido casi tanto como la detestaba a ella.

La mirada de Furie se iluminó de triunfo.

—De verdad volviste, mi tesoro. Esta vez seré muy cuidadosa con tus juramentos y les daré más fuerza. No volverás a desobedecerme. ¿Estás listo para escuchar tu primera tarea?

Su mirada le prometía una muerte atroz. Sentía un profundo odio por ella.

—Júrame que encontrarás a la vidente, dondequiera que se esconda. No dejarás de buscarla hasta que la hayas encontrado. No harás otra cosa que buscarla.

El Fuego lo escaldó hasta que se vio obligado a jurar.

—Juro que encontraré a la vidente. No dejaré de buscar hasta que la encuentre. No haré otra cosa que buscarla.

—Júrame que cuando encuentres a la vidente la matarás.

En su interior, una parte de él gritó de terror. Sabía que solo unas horas antes habría dado cualquier cosa por evitar semejante obligación. Sin embargo, no podía hacer nada al respecto, así que ¿para qué desperdiciar

energía luchando contra ella? Aun así dudó, aunque le costó caro. El dolor no se hizo esperar, y sabía que solo empeoraría hasta que jurara.

Así que lo hizo.

—Juro matar a la vidente.

Los ojos de Furie brillaban con la luz del poder y la victoria.

—Júrame que no dejarás de intentar matar a la vidente hasta que lo consigas.

El poder de la orden lo golpeó con tanta fuerza que su esencia se disipó un momento en humo antes de volver a formarse. De nuevo, el dolor era insoportable.

—Juro que no dejaré de intentar matar a la vidente hasta que lo consiga —dijo con rapidez.

—Jura que nunca volverás a desobedecer tus juramentos.

Un juramento así de permanente era muy desaconsejable, pero, de nuevo, no había nada que pudiera hacer al respecto.

—Juro que nunca volveré a desobedecer mis juramentos.

—¡Jura que matarás a la vidente! —Sonaba más como un grito de guerra que como la orden de una reina.

—Juro matar a la vidente —repitió el espectro, sintiendo que las ataduras se estrechaban a su alrededor.

—Otra vez.

—Juro matar a la vidente.

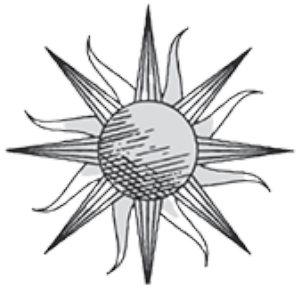
—¡Otra vez!

—Juro matar a la vidente.

Finalmente, terminaron. Había dado su palabra y su esclavitud era total. Innecesaria, la jaula de fuego se disipó y quedó libre, aunque era incapaz de atacar a la reina ahora que estaba comprometido con otro objetivo.

Sin dudarlo, pues había jurado no descansar ni hacer cualquier otra cosa, salió enseguida de la habitación a través de las paredes y se adentró en la noche en busca de su presa.

Había hecho un juramento. El destino de la vidente estaba sellado.



# CAPÍTULO VEINTIDÓS

Harrow tiró de las riendas de Fiona para detenerla, aunque no era necesario. El ritmo natural de Fiona era no moverse. Conseguir que avanzara era, por mucho, la tarea más difícil.

Como estaba previsto, al menor tirón, Fiona se detuvo agradecida, y Harrow bajó de un salto del asiento de la caravana para acariciar el cuello de su caballo. Mientras le quitaba los arreos a Fiona y la ataba a un árbol junto al arroyo, vio la salida de la luna.

Estaba llena esa noche.

Había viajado un día entero desde Allegra y seguía en el corazón del Etéreo, el vasto y antiguo bosque que cubre la mayor parte del Territorio Central. Era más tarde de lo aconsejable para montar el campamento, pero tenían mucho terreno que cubrir y Fiona no era precisamente el caballo de tiro más rápido del mundo, y Harrow tampoco era la conductora más hábil del mundo.

Toda su vida, los trabajadores de Salizar le habían ayudado con lo referente al cuidado de los caballos para vivir en caravana. Ahora estaba sola y tenía que arreglárselas sola. Cada hora daba gracias de que Fiona fuera tan dócil; un caballo más rebelde le habría dado una patada en la cabeza por su torpeza.

Sin embargo, estaba sola por elección propia, así que se negaba a pronunciar una sola queja. Después de que Darya la hubiera liberado de su conversación, había vuelto a sumergirse en el cuenco de adivinación, y una hora más tarde había regresado al mundo con la imperiosa necesidad de tomar su caballo y su caravana y dirigirse de inmediato hacia el sur.

Así que eso hizo.

El Agua había sido muy clara, y aunque no le entendía en absoluto, había aprendido bien la lección. A partir de ahora, por muy confusa o disparatada que le pareciera, escucharía al Agua.

Así que Harrow había hecho un rápido viaje a la taberna por sus maletas, había ido a buscar a Fiona a los establos y había dejado la ciudad entre protestas enérgicas tanto de Salizar como de Malaikah. Tan enérgicas que aún no entendía cómo había conseguido quitarse a Malaikah de encima. Estaba segura de que Mal no se rendiría y aún esperaba encontrarla escondida debajo de la cama o en el ropero.

Una vez que preparó a Fiona para pasar la noche, Harrow encendió un fuego y se sentó cerca de él para calentarse. Los altos troncos de los cedros centenarios del bosque se alzaban a su alrededor, creando un espeso dosel que enmarcaba la vista de magníficas estrellas del claro. El suelo del bosque estaba cubierto de troncos musgosos y frondosos helechos. Las criaturas nocturnas gorjeaban sus llamados solitarios, pero más allá de eso, la noche era tranquila. Silenciosa. Completamente pacífica.

Harrow se acostó en el suelo blando y miró al cielo. Como vieja costumbre, usó para orientarse las constelaciones que podía ver entre los árboles. Con una punzada en el corazón, una sensación que se estaba volviendo muy familiar en los últimos tiempos, recordó cómo le había enseñado a Raith a encontrar la Oleada y a guiarse por esa constelación. ¿Estaría él ahí afuera, en algún lugar, mirando las mismas estrellas, pensando en ella como ella pensaba en él?

Una sombra atravesó un instante la luna llena.

Harrow se puso tensa, pero enseguida le restó importancia, segura de que se estaba imaginando cosas. Pero su ritmo cardiaco se había acelerado y su repentino nerviosismo había deshecho la paz de la noche. Aunque se dijo a sí misma que era una tontería, contuvo la respiración y escuchó atenta.

No escuchó nada, pero igualmente se enderezó sobresaltada. Se le erizó cabello de la nuca mientras su mirada recorría el claro en busca de algo. No había nada que ver, nada que oír. Todo estaba en silencio.

Demasiado silencioso, de hecho.

El ruido de los insectos había enmudecido. Ni un solo sonido perturbaba el silencio.

El corazón le empezó a latir con fuerza. Sentada sobre el musgo, se retorció hacia un lado y otro, buscando en el bosque que la rodeaba. Había algo ahí. Algo ominoso.

Fiona relinchó con ansiedad en la oscuridad. El poder de Harrow se agitó en su interior, y ella lo dejó crecer, reuniendo sus defensas.

La asaltó una repentina sospecha y se puso en pie de un salto. Contuvo la respiración y miró con más atención en la oscuridad, pero seguía sin ver nada. Ahora el pulso se le había acelerado por una razón diferente.

—¿Raith? —susurró en el silencio.

Un viento frío le hizo volar el cabello.

—Raith, ¿eres tú?

Los helechos del claro se agitaron de repente y Harrow dio un brinco. Sin embargo, contuvo su miedo y se obligó a sí misma a aparentar calma.

—¿Estás ahí? Soy yo, Harrow. —Tragó saliva—. Te extrañé. —Se sentía raro que expusiera sus vulnerabilidades en un bosque en apariencia vacío, pero si él estaba realmente ahí…— Lo siento mucho, Raith. No debí dejarte esa noche. No puedo creer que te lastimara de esa manera. Debería haber confiado en ti, lo siento…

¿Estaba ahí? ¿Se lo estaba imaginando todo? Quizá por esa razón al fin encontró el valor para decir lo que deseaba haber dicho días atrás.

—Raith, si estás ahí, deberías saber… que te amo. Parece absurdo, pero creo que te amo desde el momento en que nos conocimos, y nunca dejé de hacerlo. Incluso cuando me fui, seguía amándote. Te amaba entonces y te amo ahora, sin importar lo que haya ocurrido en el pasado.

Silencio. Una brisa volvió a moverle el cabello. Nada se movió, nada cambió. Y, sin embargo, se descubrió conteniendo la respiración…

Y después, ahí estaba.

Pareció materializarse de la nada, de pie ante ella, en toda su gloria espectral. Su piel era más oscura que las sombras y sus iris más brillantes que el fuego que había a su lado. Sus largas garras asomaban en las puntas de sus dedos y sus enormes alas se alzaban por encima de él, medio desplegadas, como si estuvieran listas para emprender el vuelo.

—Raith —dijo Harrow respirando. Nunca le había parecido tan aterrador como en ese momento.

Nunca le había parecido tan hermoso.

Anhelaba correr hacia él, arrojarse a sus brazos y abrazarlo con todo el deseo que la había estado desgarrando desde que lo dejó.

—Volviste conmigo. —De repente pensó en las palabras de Nashira. «Ya es demasiado tarde. Será demasiado tarde. Era demasiado tarde. Ahora él tiene que volver contigo». ¿Era esto lo que quería decir? ¿Podía ser tan simple?

Pero Raith no se movió. Su rostro era inexpresivo, carente de emoción. Estaba tan envuelto en las sombras que su cuerpo casi no parecía sólido. Diosa, era aterrador.

Pero aterrador o no, era el hombre al que Harrow amaba, así que se obligó a dar un paso más hacia él, aunque todos los instintos de su cuerpo le gritaban que huyera. Raith no hizo nada, no se movió, ni siquiera se estremeció. Un rayo de inquietud recorrió la espina dorsal de Harrow.

—¿Raith?

Nada.

Se acercó un paso más y alzó una mano. La extendió hacia él, hasta que casi podía tocarlo…

Él se apartó.

Dejó caer la mano al instante. Por supuesto que no confiaba en ella. Lo había traicionado. ¿Sería posible enmendarlo? ¿Se merecía su perdón?

—Siento mucho lo que hice, Raith. Traicionarte fue la peor decisión que he tomado. Debería haber creído que eras diferente. Debería haber…

—No te acerques. —Su voz parecía más grave, extraña. Tenía los ojos desorbitados.

—De acuerdo. —Se tragó las lágrimas—. No me acerco. —Pero no se iba a rendir con facilidad. Intentó un nuevo enfoque—. Me fui de Allegra para buscarte. Pensé que tendría que viajar durante días. ¿Cómo me encontraste?

Un destello recorrió sus facciones. ¿Por qué de repente tuvo la impresión de que algo le dolía? Aunque era imposible verlo con claridad, parecía rígido por la tensión, como si a duras penas pudiera contenerse para hacer… algo.

—¿Te fuiste por mí? —susurró.

—Sí, por ti. —Habló rápido, animada por su reacción—. Te estaba buscando para decirte que lo siento, que no me importa lo que sucedió en el pasado y que te amo.

Él frunció el ceño.

—¿Amor?

—Sí, te amo, y siento haberme ido. Me equivoqué. Estaba tan, tan equivocada.

Él no dijo nada.

—Ahora sé lo que te pasó, que te obligaron a hacer todas esas cosas contra tu voluntad. Jamás podría odiarte por eso. Todo lo contrario. Te amo…

—¡No! —gritó Raith de repente, y ella retrocedió de manera involuntaria. Era la primera vez que lo oía levantar la voz. Sonaba extrañamente incorpórea mientras hacía ecos en el claro—. ¡No!

Harrow levantó ambas manos en un gesto apaciguador.

—Siento haberte disgustado. Solo necesito que sepas que te amo…

—¡Basta! —gritó como si sus palabras lo escaldaran.

Raith cayó de rodillas de repente, agarrándose la cabeza con las manos.

—¡Raith! —Olvidando la inquietud, corrió a su lado y se detuvo sobre él. Estaba desesperada por tocarlo, pero no se atrevía a ignorar su vehemente advertencia—. Raith, dime qué te pasa, por favor.

—Harrow…

—¿Qué pasa? Por favor, dímelo para que pueda ayudarte.

—Ella… me cambió.

—¿Quién? ¿Qué hizo? Dime qué pasó, Raith. Podemos superarlo juntos. No voy a ir a ninguna parte esta vez, lo juro.

—Furie…

Una sensación de fatalidad le recorrió la espalda como una cascada helada.

—¿Qué pasó?

Se agachó a su lado y acercó la mano despacio. Él no se inmutó esta vez, permaneció encorvado con la cabeza entre las manos, agarrándose el pelo con las garras letales. Ella estaba a centímetros de pasar los dedos a lo largo de su hombro, y cuando por fin hizo contacto…

Su mano lo atravesó.

Se echó hacia atrás con un grito ahogado.

—No…

Esto no estaba sucediendo. Se lo había imaginado. Acercó la mano de nuevo. De nuevo, su mano atravesó su oscura forma. Podía ver el contorno

fantasmal de su propia mano dentro de su figura de humo.

—¡No!

Raith era un espectro otra vez.

—¿Ella te lo hizo? ¿Lo hizo Furie?

—Harrow… —Se agarró el pelo con más fuerza, gimiendo como si estuviera sufriendo tremendamente.

—No pasa nada —dijo, tanto para ella como para él—. Vamos a resolver esto juntos. Darya te hizo un cuerpo una vez, ¿no? Puede hacerlo de nuevo. Estaremos bien.

—No puedo… resistirme.

—¿No puedes resistirte a qué? ¿Sientes dolor? ¿Qué pasa?

—Juré… no resistirme.

—¿Lo juraste? —Se tragó un nudo de pavor, lágrimas y pánico—. ¿Furie te obligó?

Mientras se apretaba la cabeza, asintió.

Oh, dulce Diosa, era terrible. Era el peor de los casos, en realidad. Evidentemente, Raith había vuelto con Furie, y ella lo había convertido de nuevo en espectro y le había hecho jurar…

¿Qué?

—¿Qué te hizo jurarle? —susurró Harrow.

Pero de repente estaba segura de que ya lo sabía.

Raith gimió de nuevo.

—Juré no resistirme a mis juramentos. Ya rompí uno. No puedo volver a hacerlo.

—¿Qué tienes que hacer, Raith? Dímelo.

De repente levantó la cabeza. Se puso rígido por la tensión y sus ojos negros como anillos de fuego se encontraron con los de ella. Enroscó los dedos y sacó las garras frente a sus ojos.

—Matarte.

—Oh, Raith… —En ese momento parecía estar en una especie de trance, tal vez como resultado de la obligación de su juramento, pero después de que el acto estuviera hecho y Harrow estuviera muerta, volvería a la realidad. Y se daría cuenta de lo que había hecho.

Su dulce y gentil Raith jamás se recuperaría.

¿Pero qué podía hacer? El Agua le había dicho que fuera ahí. Estaba tan segura de que todo saldría bien. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto? ¿O tal vez el Agua quería que muriera a manos de Raith? ¿Pero de qué serviría?

Había jurado no volver a dudar de sus instintos, ¿pero esto? Parecía que había cometido un error catastrófico del que no sabía cómo escapar.

Raith iba a intentar matarla; podía verlo en sus ojos. No iba a poder resistirse como lo había hecho cuando ella era una niña.

Esta vez Furie lo obligaría a terminar lo que había empezado.

—Oh, Raith —dijo la vidente con los ojos plateados rebosantes de lágrimas, y las diminutas gotitas cristalinas contenían océanos de tristeza y… ¿compasión? Pero ¿por qué habría de sentir compasión por el monstruo que estaba a punto de quitarle la vida?

Él no podía pensar entre la niebla. Lo único que tenía en la mente era la obligación de cumplir con su palabra. Ya había renegado de dos votos: no dudar antes de matarla y no resistirse a sus juramentos, y como resultado ya estaba sufriendo una agonía que inducía a la locura.

¿Por qué se tardaba tanto? Incluso así, en medio de la ardiente tortura, seguía sin atreverse a actuar. Aunque su mente estaba adormecida, consumida por su objetivo, conservaba en alguna parte el vago pensamiento de que matarla sería un terrible error.

No importaba. No podía seguir resistiéndose. Sus juramentos rotos lo atacaban, lo empujaban a actuar, destruyendo todo pensamiento coherente en uno solo: terminar el trabajo y liberarse de la obligación.

Miró los luminosos ojos plateados y observó sus delicados rasgos como si una parte de él los estuviera memorizando por última vez. Las lágrimas corrían libres por el rostro de la vidente, y no hacía ningún esfuerzo por contenerlas. Aún había tristeza y compasión en su mirada, pero ahora había algo más…

Aceptación.

Había aceptado su destino, ¿e incluso así sentía compasión? Él no podía comprenderlo, no podía luchar lo suficiente contra el dolor como para intentarlo. Pensaría en ello más tarde, cuando volviera a ser libre.

El espectro desplegó las alas y se puso de pie.

Un toque. Un toque era todo lo que necesitaba para acabar con ella como había acabado con innumerables otros antes.

—Pase lo que pase —susurró la vidente, mirándolo con esos ojos insondables mientras se ponía de pie con orgullo—, siempre te amaré.

El espectro ladeó la cabeza, seguro de que era importante. Pero no podía pensar, no podía descifrar por qué. Más tarde reflexionaría. Ahora tenía que actuar.

Sin un susurro, atacó.

Raith se lanzó. Harrow gritó. No pudo evitarlo, lo amara o no, estaba ahí para matarla, y tenía miedo.

No quería morir. Quería ayudar a Raith a encontrar su libertad. Quería ir algún día con Malaikah a Kambu y ayudarla a recuperar su tierra natal. Quería aprender más sobre sus raíces de vidente y practicar su don. Quería vivir.

Chocaron y cayeron al suelo; Harrow aterrizó con fuerza de espaldas. Raith cerró sus enormes alas hacia delante alrededor de su cuerpo, y materializó solo las puntas. A la velocidad del rayo, se las clavó profundamente en los hombros para inmovilizarla contra el suelo. Ella volvió a gritar cuando la sangre empezó a fluir.

Después, Harrow sintió las afiladas garras de Raith en la garganta. Una flexión de sus dedos y estaría muerta.

Pero el espectro se paralizó de repente y volvió a inclinar la cabeza.

«¡Está dudando!». Harrow trató de pensar a través de la bruma de dolor. Tal vez podría llegar a él. En el fondo, no quería lastimarla. Estaba obligado por sus juramentos, pero su Raith seguía ahí en alguna parte.

—Raith. —Tenía los hombros empapados de sangre caliente. Sentía un ardor como de fuego en el lugar donde sus alas atravesaban la piel—. Resístete. Yo sé que puedes.

Le castañeteaban los dientes. ¿Por el shock? ¿Por la pérdida de sangre? ¿Importaba?

Aun así, él seguía dudando, y una débil esperanza empezó a crecer en el pecho de Harrow. Estaba tan ensombrecido que era imposible leer su expresión, pero juró haber visto una mirada torturada en sus iris ardientes.

—¡Raith, resístete!

Él entornó los ojos. Estaba resistiéndose. Estaba…

Sacudió la cabeza con brusquedad, y se le despejó la cara. Su rostro estaba en blanco otra vez.

Cerró las garras, pero en lugar de arrancarle la garganta, la rodeó con la mano. Apretó con fuerza, aunque no la suficiente como para asfixiarla. ¿Qué…?

Harrow empezó a arder.

Era el toque mortal del espectro del que tanto había oído hablar. La agonía era insoportable. Con todo y su mano en la garganta, de alguna manera encontró aire suficiente para echar la cabeza hacia atrás y gritar al cielo. ¿Esto era lo que su madre había sentido antes de morir? ¿Esto era lo que habían sufrido todas las videntes?

En cierto modo, era extrañamente reconfortante que Harrow muriera del mismo modo que su familia. Quizá no había debido sobrevivir aquel trágico día. Tal vez por eso el Agua la había conducido hasta ahí: en aquel momento había esquivado su destino y en este debía corregir el descuido. Y ahora moriría sintiendo solo amor por la criatura que le daría la muerte.

¿Lo sabía Raith? ¿Se lo había dejado claro? Dentro de unos años, si seguía atrapado y obligado a cumplir las órdenes de Furie, ¿podría recordar ese momento y saber que ella no lo culpaba por lo que había hecho? Tenía que asegurarse de que así fuera.

A través del sufrimiento, en medio de sus gritos, consiguió hablar.

—Te amo… Sé que tienes que… no tienes elección… Te perdono… solo te amo…

El ardor se detuvo de repente.

¿Estaba muerta? ¿Había terminado? Pero no, el dolor de sus heridas persistía y era vagamente consciente de la forma sombría de Raith sobre ella.

¿Se había detenido otra vez?

—Harrow…

Incluso entre las brumas, se quedó quieta. Sonaba como él mismo. ¿De verdad podía seguir resistiendo?

Pero no tuvo la oportunidad de averiguarlo.

Una poderosa explosión de magia partió la noche. Al instante, la oscuridad se convirtió en una luz blanca resplandeciente, con una presión

tan inmensa que era casi tan doloroso como quemarse vivo. Unos vientos como tornados azotaron el aire con frenesí, y cayó una fuerte lluvia. Harrow volvió a gritar.

Raith también.

Y entonces se desprendió de ella, y sus garras salieron de sus hombros desgarrados, derramando nuevas oleadas de sangre. Ella ni siquiera se dio cuenta. El poder… Reconoció su sello.

Era magia del agua.

Pero Harrow no la había hecho. Entonces ¿quién…?

Raith rugió en alguna parte, tragado por la luz que lo consumía todo.

Ella se incorporó de una sacudida, energizada por el pánico cargado de adrenalina.

—¡Raith! —¿A dónde se había ido? ¿Qué estaba pasando?

Se puso de pie a pesar de las heridas y avanzó dando tumbos por el torrencial aguacero, gritando su nombre. Le corrían lágrimas por el rostro, que se mezclaban con el agua de la lluvia y su sangre. Había estado a solo unos segundos de morir en sus manos, pero no importaba. No quería que lo lastimaran, y sus aullidos eran una indicación obvia de que justamente eso estaba ocurriendo.

—¡Harrow! —Malaikah salió de la luz blanca, luchando con la tormenta para llegar a ella.

¿Qué demonios hacía Malaikah ahí? El cerebro aturdido de Harrow luchó por encontrarle sentido y fracasó. Sintió una enorme debilidad, y al ver a su amiga empezó a caer. Malaikah la detuvo en su caída y ambas acabaron de rodillas, empapadas y con el viento azotándolas con un rugido ensordecedor.

—¿Dónde está Raith? —gritó Harrow, agarrándose a los hombros de Mal. Pero Mal no estaba escuchando, solo decía: «Oh, Diosa, oh, Diosa, oh, Diosa», una y otra vez, mientras sus manos revoloteaban sobre el cuerpo ensangrentado de Harrow. Sin embargo, los aullidos de sufrimiento de Raith rasgaban el aire, audibles incluso en medio del rugido del viento.

—Raith… —Harrow estaba perdiendo la conciencia—. Malaikah, ayuda… a Raith.

—Ya se acabó —decía Malaikah—. Estás a salvo de él.

No, no, no entendía. Harrow necesitaba que le entendiera. Pero sentía la lengua como una piedra en la boca y no veía bien.

—Raith…

De repente el aguacero cesó. La luz se disipó. Se retiró la magia y el aire volvió a ser respirable. Volvió a ver el claro del bosque y el cielo estrellado. Reinó el silencio. Malaikah seguía agarrada a Harrow, manteniéndola erguida, y las dos estaban empapadas hasta los huesos.

¿Pero dónde estaba Raith?

La pregunta de Harrow fue respondida un instante después, cuando la reina Darya apareció frente a sus ojos. Llevaba el pelo revuelto por el viento, pero seco, y el rostro pálido por el esfuerzo. Se agachó junto a Harrow y le acarició el rostro ensangrentado con una mano temblorosa.

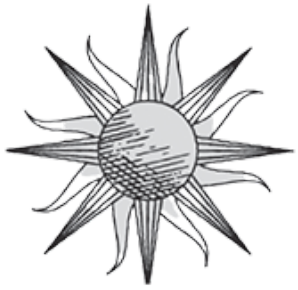
—Tranquila, tranquila, niña. No pasa nada. Ya no puede hacerte daño.

—No…

—Jamás podrá volver a hacerte daño.

Harrow quería gritar, pero no tenía fuerzas. Su visión se oscureció; sentía la mente ligera y los pensamientos confusos. Pero tenía la lucidez suficiente para darse cuenta de una cosa antes de caer inconsciente…

Darya la había traicionado de nuevo.



# CAPÍTULO VEINTITRÉS

Harrow se levantó de repente en cuanto recuperó la conciencia. Por lo menos, lo intentó. Lo que hizo en realidad fue moverse como un pez fuera del agua, y gimió desde la garganta amoratada al redescubrir el dolor de sus heridas.

—Ay, ay, tranquila. —Unas manos suaves la empujaron de vuelta contra el mullido colchón—. Relájate, por favor, ¿sí?

Con la mirada enloquecida bajo los párpados, Harrow luchó como nunca por recuperar la conciencia.

—Raith…

—Él no está aquí. No puede hacerte daño…

—No.

—Cálmate…

—¡No! —Fortalecida por el miedo que sentía por el destino de Raith y su frustración por ser inútil, Harrow luchó contra las manos que la sujetaban y los restos de inconsciencia.

Se incorporó, con una sacudida, completamente despierta. Estaba en su caravana. No sabía por qué le sorprendía. Malaikah estaba a su lado, con los ojos muy abiertos, tratando de obligarla a acostarse. Tenía el cabello seco y ropa limpia. El sol entraba a raudales por las ventanas y la puerta estaba abierta; una suave brisa movía el borde de la tela que colgaba sobre ella.

—¿Dónde está Raith? —preguntó Harrow; la traición de Darya le carcomía el corazón.

—Harrow —dijo Mal en voz baja—, estuvo a un segundo de matarte.

—¡No, no es cierto! Se estaba resistiendo. Lo estaba logrando y después… ¿Qué pasó? ¿Cómo llegó Darya aquí? ¿Qué hizo, Mal?

—Hizo lo mejor para…

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Lo va a matar! Tengo que perseguirla. Me manipuló. Me mintió sobre lo que él era y me convenció para que huyera de él. Es mi culpa que esto haya pasado. Tengo que…

—¡Harrow, cálmate! Nadie va a matar a Raith. Él está bien, te lo prometo.

—No puedes saberlo. No puedes confiar en Darya. No puedes…

—Si te callas un segundo y me escuchas, vas a saber qué es lo que sé y por qué puedo confiar en Darya. Al menos en este caso.

—Pero…

—Déjame explicarte, ¿sí?

Harrow respiró hondo y se obligó a calmarse. Confiaba en Malaikah, y después de todo lo que Mal había hecho por ella, lo menos que le debía era escucharla.

—De acuerdo. Pero rápido.

—Tienes unos agujeros gigantescos en los hombros y tu garganta está más morada que mi maquillaje de escena. No vas a ir a ninguna parte.

—Por favor, Malaikah. Tengo que ir con él.

—Bueno, a ver. Escúchame primero. Después de que saliste de la visión y me dijiste que tenías que dirigirte al sur para encontrar a Raith tú sola, yo… Bueno, como es comprensible, no me entusiasmó la idea. Así que fui al Subterráneo para buscar a Nashira y le conté lo que había pasado. Se portó como siempre, rara e imprecisa, pero parecía como emocionada, lo que me pareció extraño, dadas las circunstancias.

—No veo qué tiene que ver eso con Raith.

—Harrow —dijo Malaikah hartándose y se hizo un silencio entre ellas. Rara vez discutían, pero Harrow había prometido escuchar.

—Tienes razón. Lo siento. Ya no te interrumpo.

Malaikah sonrió con desgana.

—Gracias. Después de que le conté a Nashira, se puso en acción. Me agarró y me transportó hasta el maldito castillo de Darya, en el Territorio del Oeste. El salto que dimos antes fue una distancia muy corta y ya con eso tuvimos bastante desorientación, pero ¿este? Me desmayé, y cuando me recuperé, vomité. Fue asqueroso, y Nashira estaba sorprendida, como si no supiera que me iba a afectar de esa manera —se burló Mal—. En fin, Darya estaba ahí, por supuesto, y nos contó que había hablado contigo y que te

estaba ayudando a buscar a Raith o algo así. Estuvo medio llorando todo el rato porque al parecer tuvo una visión en la que Raith te mataba, y no sabía qué hacer y ya no podía alcanzarte con su magia.

—Sí sentí que estaba tratando de llevarme en una visión —refunfuñó Harrow—, pero la ignoré. No confío en ella.

—Sí, se lo imaginaba. Bueno, pues estaba destrozada porque Raith te iba a matar, pero Nashira insistió en que todo iba a salir bien si nos sentábamos ocho horas a tomar té.

—¿Ocho horas? —Harrow soltó una carcajada a su pesar—. Nashira es muy especial.

—Ya sé. Darya estaba tan incrédula como yo. Pero Nashira se negó a llevarnos a cualquier lugar o a hacer cualquier cosa antes de ocho horas, así que no teníamos de otra. Darya se fue e hizo un poco de adivinación antes de que al final accediera. Entonces, sí, básicamente tomamos té durante ocho horas hasta que de repente Nashira dio un salto y dijo: «¡Hora de irnos!». Pero yo no iba a dejar que nos llevara a ninguna parte sin antes averiguar con exactitud qué estaba planeando Darya. Te lo juro, Harrow, igual que tú, no quería que Raith saliera herido. Le dije a Darya una y otra vez que jamás la perdonarías si le pasaba algo, aunque intentara matarte. Le dije que para protegerte tenía que encontrar una manera de salvar a Raith.

Harrow no debió dudar ni un segundo de su mejor amiga. Mal siempre la apoyaba en todo, pasara lo que pasara.

—Así que por fin, hicimos un plan en el que todas estuvimos de acuerdo, aunque Nashira actuó como si hubiera sido su idea desde el principio, por supuesto. Iríamos a donde tú estuvieras, Darya lo averiguó en la adivinación, y Darya usaría su magia para capturar a Raith como había hecho antes. Esta vez sería mucho más difícil, ya que no estaba débil, pero también ella tenía años de experiencia y sabía qué funcionaba y qué no.

—Años de experiencia torturándolo —murmuró Harrow.

Mal torció la boca.

—Pues eso hicimos. Llegamos. Me volví a desmayar, por supuesto, pero solo por un momento, porque Raith literalmente estaba a segundos de arrancarte la garganta y tenía una buena motivación para mantenerme consciente. Harrow… —Se le cortó la voz y sus ojos se llenaron de lágrimas, aunque, típico de Malaikah, no dejó que se derramara ni una sola—. Sentí

tanto miedo por ti. Pensé que habíamos llegado tarde. Pensé que te iba a matar.

—No me iba a matar —insistió Harrow—. Estaba resistiéndose a la obligación.

—Como haya sido, Darya enloqueció y como que… explotó. Nunca había visto magia como esa. El claro se iluminó, y esa lluvia y el viento… —Sacudió la cabeza—. Fue como si estuviéramos en medio de un ciclón hecho de magia de agua.

—Yo tampoco había visto nada igual. —Solo recordar el terror que había sentido por Raith hizo que se estremeciera.

—Y ya te sabes el resto. Darya atrapó a Raith en su trampa de magia, y cuando la tormenta amainó, ambos habían desaparecido, junto con Nashira. Me imagino que Nashira los transportó de vuelta al castillo Vari.

—¿Para qué? ¿Para encontrar una manera de matar a Raith?

—¡No! ¿No escuchaste nada de lo que te dije? Va a encontrar la manera de encarnarlo de nuevo.

—¿Ella… qué? —Harrow parpadeó, segura de que había oído mal.

—Va a repetir lo que hizo la última vez para crear un nuevo cuerpo para Raith. Así será libre de los juramentos que le hizo a Furie.

A Harrow empezó a latirle con fuerza el corazón.

—¿Cómo sé que de verdad lo va a hacer? ¿Cómo puedo confiar en que no va a intentar matarlo como la vez pasada?

—Darya me dijo que preguntarías eso. Y me dijo que te dijera que cuando se complete la encarnación, habrá otra explosión de magia, y, como la vez pasada, Raith será transportado a su tierra de origen. Me dijo que te dijera que, igual que antes, no podría matarlo antes de la encarnación, y no tendrá oportunidad de matarlo después, ya que será transportado al Sur.

Harrow lo pensó. Era cierto: mientras Raith era incorpóreo, Darya no había podido matarlo, incluso con su enorme poder. Y una vez que por fin logró hacerlo corpóreo, había sido transportado al Sur, fuera del alcance de Darya. Era la única razón por la que seguía vivo, de hecho.

No tenía que confiar en Darya. Solo tenía que asegurarse de llegar primero al lugar donde Raith terminara.

Solo había un problema.

—¿Cómo sé que no mantendrá a Raith prisionero en el castillo Vari para siempre en lugar de encarnarlo?

Malaikah se rio.

—También me dijo que preguntarías eso. Increíble.

Harrow frunció el ceño.

—Era de esperarse que no confiara en ella.

—Me dijo que te dijera que se necesita una considerable cantidad de poder para mantener a Raith encarcelado, y que ella no puede darse el lujo de desperdiciar su magia en mantenerlo más tiempo del absolutamente necesario ahora que Furie está respirándole en la nuca. Dijo que era «hora de hacer lo que debió haber hecho hace cincuenta años». Lo que sea que signifique.

—¿Planea atacar a Furie? —Harrow negó con la cabeza—. Ya sabes cómo terminó la última vez.

—Sí. Pero creo que esta vez está planeando algo diferente. Ella y Nashira estuvieron susurrando durante horas mientras esperábamos para ir a buscarte. Creo que están planeando algo juntas.

—Ya. —Harrow se dio cuenta de que no le importaba lo que le pasara a Furie. Ya había perdido demasiado y había sufrido demasiado como para querer algo más que una pequeña porción de felicidad para ella y Raith—. Todavía no confío en Da…

—Me dijo que te dijera que si tenías más dudas después de que te explicara todo, recurrieras al Agua. Dijo: «El Agua te guiará de manera correcta», o una de esas tonterías de vidente.

—No son tonterías.

—Bueno. Pero ya sabes qué hacer. Puedes descansar y confiar en que todo se arreglará…

—Necesito reunir mis objetos de adivinación de inmediato.

Malaikah suspiró.

—No hay prisa…

—Necesito hablar con Darya.

—De verdad no recomendaría…

—No creo en su palabra. Necesito ver a Raith por mí misma y asegurarme de que está bien.

—No deberías…

—También necesito saber cuánto durará el proceso…

—¡Harrow! —gritó Malaikah de repente.

—¿Qué?

Su amiga abrió la boca. Volvió a cerrarla. Suspiró pesadamente.

—Mira, tienes que saber algo más. Esperaba que pudieras descansar un poco antes de decírtelo, porque no te va a gustar, pero veo que no va a ser así.

—¿Qué?

—Fue tonto de mi parte intentarlo, la verdad. Eres la persona más necia que conozco, después de mí, claro, pero eso se da por hecho.

—¿Qué es, Mal?

—Todo lo que dije es cierto. Puedes confiar en Darya, está esforzándose para ayudar a Raith. Pero… hay un detalle.

—¿Qué detalle?

—Bueno, la primera vez, Darya se tardó cuarenta años en hacer el cuerpo de Raith.

—Porque no sabía cómo, ¿no?

—Cierto, así que esta vez no tardará tanto. Pero… dijo que de todos modos podría llevar tiempo.

Harrow se obligó a hablar despacio.

—¿Cuánto tiempo?

—Mucho tiempo… Años.

—¿Años? —Harrow la miró fijamente—. Pero eso es… No puedo… El proceso es una tortura para Raith. Y además va a estar sintiendo un montón de dolor por haber roto sus juramentos.

—Lo sé —dijo Malaikah en voz baja.

—Oíste cómo estaba… —A Harrow se le cortó la voz—. Estaba sufriendo. ¿Años de eso?

—Lo sé. Pero es la única manera.

—No puede ser. Tiene que haber una forma de hacerlo más rápido.

—No la hay. Mira, Harrow, Darya prometió trabajar lo más que pueda, pero no hay forma de acelerar el proceso. Por lo menos, esta vez Darya no tratará de hacerle daño. Será más amable.

—No puedo confiar en que lo sea. Iré yo misma. Le prestaré mi magia, podemos trabajar juntas.

—No, Harrow. De hecho… —Malaikah se pasó una mano por la cara—. Me dijo que te dijera que tienes prohibida la entrada al castillo Vari hasta que complete el proceso.

—¿Por qué?

—Por lo que Raith tendrá que pasar. Es la única manera, Harrow, y Darya sabe que no podrás soportarlo si lo ves.

—De ninguna manera. De ninguna manera. —Harrow se quitó de encima las cobijas que la cubrían con un movimiento brusco que hizo que los hombros heridos se consumieran de dolor. Jadeó por reflejo, mientras la cabeza le daba vueltas.

—Vuelve a la cama —protestó Mal.

Harrow la ignoró, bajó los pies al suelo y se incorporó con suavidad.

—Perdiste la mitad de la sangre del cuerpo. Todavía no puedes levantarte.

Harrow dio un paso, pero la mirada se le llenó de puntos negros y chocó con la pared. Malaikah la atrapó antes de que se cayera.

—Por favor, vuelve a la cama.

—Necesito mis objetos de adivinación. Y un brebaje curativo.

—¿Tienes hierbas curativas? Gracias a la Diosa. ¿Dónde?

—Están en la bolsa, con el resto de mis materiales de vidente. —Harrow apretó los dientes y dio otro paso hacia el escritorio—. ¿Me lo traes todo, por favor?

—Sigo pensando que deberías acostarte —intentó Mal con timidez.

—No me voy a acostar, Mal. Ayúdame o salte con Fiona. Tú eliges.

—Oye, Fiona es agradable. Haces que suene como si fuera una mala compañía.

Harrow se rio a su pesar.

—Tienes razón. Fue grosero. Lo siento, Fiona. —Se apoyó con fuerza en Malaikah y volteó con mucho esfuerzo para mirar a su mejor amiga—. ¿Me ayudas, por favor? Ya sé que ya has hecho mucho por mí, pero… necesito hacer esto.

—¿Qué vas a hacer exactamente?

—Quiero hablar con Darya. Quiero que me mire a los ojos y me prometa que Raith estará bien. Y no me importa lo que digan todos, quiero verlo.

Malaikah suspiró.

—Si te ayudo ¿me prometes que después vas a volver a la cama?

Harrow frunció el ceño, pero se dio cuenta de que incluso aunque decidiera viajar al territorio de Darya para ayudar a Raith a escapar, primero sus heridas tenían que curarse. El brebaje curativo de una vidente no era una cura instantánea. Sí aceleraba el proceso de curación, pero Harrow aún tardaría un par de días en volver a sentirse ella misma.

—Bueno. Tú ganas. Prometo volver a la cama después.

—Excelente. ¿Qué necesitas primero?

—Sabía que vendrías —dijo Darya desde el otro extremo de la habitación.

Harrow se dio la vuelta. Era un día soleado en el territorio del agua, pero el aire estaba frío. Podía sentir la temperatura aunque estuviera en una visión y no le afectara. Aun así, no ardía fuego en el hogar. Harrow tenía la sensación de que por mucho frío que hiciera, Darya jamás encendía fuego, porque le recordaba a Furie.

—Lo que Malaikah te dijo es la verdad —dijo Darya antes de que Harrow pudiera hablar.

—Quiero verlo.

La reina del agua parecía agotada. Sombras oscuras acechaban bajo su cautivadora mirada plateada, y sus rizos negros, normalmente sedosos, estaban encrespados y enredados, más parecidos a los de Harrow. Y lo más sorprendente era que Darya llevaba un vestido liso, sin teñir, con rasgaduras en la tela desgastada. No llevaba ninguna de sus galas habituales. Si no fuera por el aura de poder y carisma que la rodeaba, no habría parecido más de la realeza que una sirvienta.

—No puedes, niña —dijo con suavidad—. Lo siento.

—¿Por qué no? ¿Por qué debería confiar en que no quiere hacerle daño?

—Porque te di mi palabra. Y porque una vidente sabe cuando otra le dice una mentira descarada, en especial una tan importante como esta.

Maldición, tenía razón. El Agua no le había dado a Harrow ningún indicio de falsedad, pero una vez más Harrow la había estado ignorando porque deseaba una realidad diferente. ¿Cuándo aprendería? ¿Quizá fuera una lección que le tomaría toda la vida?

—Volveré a encarnarlo —dijo Darya—, pero como le dije a Malaikah, puede tomarme un tiempo. No pienso hacer otra cosa hasta que consiga el resultado deseado, solo que no sé cuándo será.

Harrow escuchó cada una de sus palabras a través del filtro de la voz interior que la guiaba y no escuchó más que la verdad.

—¿Puedo verlo?

Darya negó con la cabeza.

—¿Por qué? Si vamos a estar separados por tiempo indefinido, debería dejarme verlo antes de que me vaya.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque… —La reina del agua suspiró—. Porque se lo prometí.

—¿A Raith?

Darya asintió.

—Después de que lo capturé se rompió el trance de su obligación. Fue consciente de todo lo que había hecho. Niña, siente una enorme vergüenza. Me hizo jurarle que no te dejaría acercarte a él.

—¿Por qué lo haría? —A Harrow se le cerró la garganta dolorosamente.

—Ahora veo lo equivocada que estaba con respecto a él. —La mirada de Darya se suavizó—. Es noble y te ama.

—Entonces ¿por qué no quiere verme? —Para su desconsuelo, una lágrima se le resbaló por el rabillo del ojo. Estaba harta de llorar. Harta. Pero una tras otra, se sucedían circunstancias que hacían fluir sus lágrimas.

—Está avergonzado de lo que hizo. Carga un gran peso de arrepentimiento.

—No me importa. Sé que no fue culpa suya. Sé que no quería hacerme daño. Necesito decírselo.

—Lo sé, hija, pero debo respetar sus deseos. Me pidió mi palabra, y yo se la di. Sabiendo cuánta importancia da un ser como él a un juramento, no tengo intención de romper el mío.

—Tiene que saber que no lo culpo por nada. Tiene que saber que lo amo.

—Y te doy mi palabra, también, de que se lo diré. Ah, y antes de que te vayas —añadió Darya, aunque Harrow no tenía intención de marcharse tan fácil—, debes saber una cosa más. Te lo diré para que te prepares.

—¿Qué? ¿De qué habla?

—Cuando finalmente logre encarnar a tu espectro y por fin te reúnas con él, será igual que antes en más de un sentido. Será transportado al sur y, como antes, habitará su nuevo cuerpo sin recordar quién o qué es.

Se le abrió un pozo en el estómago que pareció absorber todo lo que quedaba de ella.

—No…

—Desafortunadamente, sí. No puedo hacer nada para evitarlo. Tendré que devolverle la memoria después para que te recuerde. Por desgracia, no será agradable.

—¿Por qué no?

Darya torció la boca.

—Su pasado es oscuro, Harrow. Cuando le devolví sus recuerdos la primera vez fue una forma de tortura. No me siento orgullosa de eso ahora, pero es la verdad. Tuvo que revivir todo el dolor que había soportado y causado a otros como si sucediera de nuevo, comprimido en la duración de un sueño. Y eso será exactamente lo que tendrá que soportar de nuevo para recuperar sus recuerdos por segunda ocasión.

Harrow se tapó la boca con una mano que después dejó caer y se retorció con la otra.

—¿Tiene que restaurarlos del todo? ¿No sería más feliz sin saber lo que pasó?

—No. Igual que antes, conservará sus recuerdos subconscientes y seguirá sintiendo una gran vergüenza y culpa, solo que no entenderá por qué. Necesita recordarlo todo para sanarse. Incluso las peores partes.

Tenía razón, por supuesto, aunque a Harrow no le gustaba la idea de que Raith volviera a sufrir con su pasado. Ya lo habían torturado bastante.

—¿Puede darnos unos días antes? ¿Una semana?

—No sé, Harrow…

—Solo denos una semana para estar juntos sin que lo atormenten los recuerdos. Así podré demostrarle cuánto lo amo y le será más fácil aceptar el resto.

La expresión de la reina del agua se suavizó.

—Te daré una semana, pero te advierto, Harrow, que incluso sin su memoria necesitará una explicación de lo que ocurrió, o sus sentimientos lo atormentarán. —Harrow asintió con impaciencia, y Darya agudizó la

mirada—. Tienes que contárselo todo, por desagradable que sea. ¿Entiendes?

Harrow tragó saliva.

—De acuerdo.

—Mientras tanto, recuerda que el Agua te guiará en todo. Y no intentes venir antes de que haya terminado. Cerraré las puertas con magia impenetrable, así que no pierdas tu tiempo viajando hasta aquí. Cuando sea el momento adecuado, el Agua te lo dirá. Usa los dones que la Diosa te dio de la manera como naciste para usarlos.

—Pero…

—Adiós por ahora, hija del Agua. Que vivas tu vida con toda la gloria a la que estabas destinada hasta que la fortuna me sonría y me conceda el regalo de una próxima visita. Conocerte ha sido mi mayor alegría en muchos largos años.

—Pero…

Darya expulsó a Harrow de la visión. Con un grito ahogado, se separó del cuenco de adivinación y regresó a su caravana, a miles de kilómetros de la reina del agua y del hombre al que amaba.

Y al parecer le habían prohibido indefinidamente volver a ver a cualquiera de los dos.

…

Por supuesto, Harrow era demasiado necia para aceptar su destino y la despedida de Darya con facilidad. En cuanto recuperó las fuerzas y cumplió la promesa que le había hecho a Malaikah de descansar, por poco tiempo, volvió al cuenco de adivinación y se sumergió en otra visión.

Esta vez fue tras una reina diferente.

Con el poder combinado de la magia de éter de Nashira, Harrow se encontró de nuevo en las habitaciones aéreas de la hechicera. Nashira estaba sentada junto a las imponentes ventanas, tocando el arpa y cantando en voz baja. La música etérea se mezclaba con la inquietante y hermosa voz de Nashira para crear una magia propia. Su extraña bola de cristal descansaba sobre un cojín en la mesa que tenía al lado.

La reina del éter dejó de tocar bruscamente.

—Llegaste. Más tarde de lo que esperaba. ¿Descansaste antes? Qué bien. No, no puedo ayudarte ni hoy, ni mañana, ni ayer. Mis más sinceras disculpas. —Volvió a su arpa.

—Ni siquiera me dejó explicarle.

Nashira le devolvió la mirada.

—No hace falta. Lo sé todo, ¿recuerdas? —Se rio para sus adentros, pero Harrow no supo si estaba bromeando o no.

—¿Por qué no quiere verme? —preguntó Harrow, aunque no entendía por qué buscaba respuestas en aquella mujer tan extraña y exasperante. Supuso que era porque una parte de ella reconocía que la reina del éter era sabia, aunque estuviera enterrada bajo tanta extravagancia.

—Oh, sí quiere. Lo anhela tanto como tú.

Harrow la miró boquiabierta.

—Pero Darya dijo…

—Una promesa es una promesa.

—Pero por qué…

—La culpa es un peso que debe soportar solo quien lo carga. El perdón debe empezar primero por dentro antes de que pueda aceptarse de afuera. Pero ¿cómo compartir una carga que no podemos soltar?

—Pero si…

—Y qué carga llevarla solo, para descubrir después que todo el tiempo carecía de peso. Cuando los dedos la sueltan, se eleva hacia las nubes como una pluma caprichosa. Por fin libre.

—¡Por qué no puede decir nada con claridad! —gritó Harrow; su paciencia por fin se había terminado.

Nashira se limitó a sonreír.

—No te preocupes. Pronto lo entenderás.

—¿Cuándo?

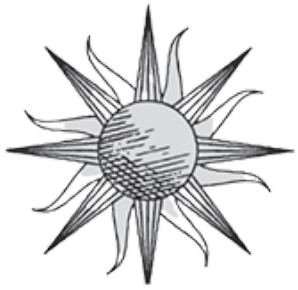
Pero la reina del éter había vuelto a su arpa, rasgándola con cariño y tarareando con suavidad. Harrow apretó los dientes, jurando que no se iría hasta que oyera algo remotamente útil, que no incluyera divagaciones filosóficas o…

—Encantada de volver a verte, querida. Visítanos cuando pases por aquí. ¡Oh, y felicidades!

—¿Por qué?

Pero no tuvo la oportunidad de averiguarlo. Al instante siguiente Harrow volvió a estar frente a su cuenco de adivinación, de regreso en su caravana, expulsada una vez más de su propia visión por otra maldita reina y su maldita magia. Y esta vez por fin empezaba a darse cuenta de que no podía hacer nada más que esperar.

Aunque desde luego que seguiría intentándolo de todos modos.



# CAPÍTULO VEINTICUATRO

*Seis meses después…*

Harrow se ajustó el protector sobre la boca y la nariz y se sacudió la arena de los ojos, la única parte expuesta al sol implacable. Frente a ella, Fiona avanzaba fatigosamente a paso de tortuga, y Harrow lo comprendía. Alguna vez, su mansa yegua no había estado acostumbrada a condiciones climáticas tan duras.

No hace falta decir que después de seis meses ya lo estaba.

Sin embargo, por mucho que uno se acostumbrara al clima del sur, jamás dejaba de ser un enemigo formidable. Solo los viajeros más temerarios se atrevían a moverse en el calor del día: quienes no estaban familiarizados con el clima y quienes tenían mucha prisa por llegar a su destino.

Harrow entraba en la última categoría.

Después de seis meses de vagabundeo constante, por fin había llegado el momento. Como había hecho a diario desde sus primeros viajes en el árido sur, esa mañana había preparado su cuenco de adivinación y se había sumergido en las profundidades del agua en busca de señales del ser que esperaba.

Por fin había encontrado resultados.

Durante meses había viajado sin saber muy bien adónde ir ni dónde podría acabar el viaje. Lo único que tenía era la firme convicción de que tenía que seguir vagando por el desierto. Estaba segura de que si llegaba a marcharse a tierras más nobles, cuando llegara el momento estaría en el lugar equivocado.

Después de las conversaciones con las reinas en sus visiones de meses atrás —el último contacto que había tenido con ellas, aunque no por falta de intentos—, había acudido al Agua como le había recomendado Darya, en busca de su próximo paso, solo para descubrir que ya iba en el camino correcto. Su decisión de marcharse sola de Allegra y dirigirse al sur seguía siendo adecuada.

Así que había descansado unos días en aquel claro del bosque con Malaikah, y luego, cuando se recuperó lo suficiente para viajar, se despidió de su amiga más querida y reemprendió el viaje sola.

Como era de esperar, Malaikah no se había marchado sin protestar. Pero Harrow había insistido en la importancia de que viajara sola y en el hecho de que Mal estaba más segura en el circo, bajo la protección de Salizar, así que, al final, Malaikah cedió y regresó caminando a Allegra. Harrow le había agradecido profusamente su ayuda, sabiendo que no debía ser fácil para ella dejar el circo. Volver tampoco sería fácil. No había forma de que Salizar se tomara a la ligera el caos que ellas dos habían conseguido crear.

Entonces, de nuevo solas, Harrow, Fiona y su caravana viajaron hacia el sur.

Tardaron casi un mes en llegar al territorio de Furie y otros dos meses en penetrar por fin en la región conocida como el lejano sur. Desde ahí, Harrow viajó a través de Kambu, triste de ver el deteriorado estado de la patria de Malaikah bajo el corrupto liderazgo del traidor que se la había arrebatado a su familia años atrás. Se cuidó mucho de ocultar su identidad para protegerse de Furie y sus partidarios.

Un mes más tarde, el Agua la instó a adentrarse en el desierto, donde pocos viajeros se atrevían a aventurarse y ella estaría más segura. Cargó su caravana de provisiones y obedeció a sus instintos sin dudar, algo a lo que por fin se estaba acostumbrando. Los meses que pasó sola habían aumentado el volumen de su voz interior y su confianza en su sabiduría.

Durante dos meses atravesó un desierto desolado de tierra resquebrajada y dunas ondulantes. Pasó los días buscando refugio, viajando de una fuente de agua a otra. Pasó las noches resguardada en su caravana o buscando calor junto al fuego.

Todas las mañanas, sin falta, llenaba un cuenco con agua preciosa para hacer adivinación. Siempre, el sol brillaba sin piedad desde cielos azules y

despejados. Los días eran sofocantes y las noches heladas. Jamás llovía. Los incendios de matorrales eran frecuentes en cualquier paraje lo bastante valiente como para que creciera vegetación.

Sus pensamientos se consumían de manera constante en su supervivencia: agua, refugio, alimento, descanso, repetición; sin embargo, en cierto modo, llevaba una existencia pacífica. Solo una mujer y su yegua, desafiando el desierto, en busca de su amor perdido.

Y ese día por fin lo encontraría.

La visión llegó inesperadamente. En un momento estaba sacudiéndose arena de los ojos entornados a la luz del desierto, y al siguiente…

Volvió a la realidad con un grito ahogado, haciendo que Fiona se detuviera. Se arrojó por el costado de la caravana y empezó a correr, aunque no era aconsejable extenuarse tanto en ese clima.

No importaba. Solo importaba ese momento.

Corrió más rápido, con el corazón lleno de esperanza. Esperanza de que después de todos estos meses su búsqueda por fin hubiera llegado a su fin.

El sol se deslizó bajo sus párpados mientras se desprendía poco a poco de la inconsciencia. El instinto le decía que estuviera alerta, que observara su entorno y buscara amenazas. Solo consiguió mover los ojos bajo los párpados, demasiado pesados.

Lo asaltó una punzada de dolor mientras tomaba conciencia de su cuerpo poco a poco. Todo le dolía.

Al fin abrió los ojos, pero los cerró de inmediato cuando sintió el sol abrasador. Lo intentó de nuevo, entornando los ojos frente a la intensa luz, y vio azul. Un cielo despejado, sin una nube a la vista.

Luchó contra su inmensa debilidad y giró la cabeza a un lado. El suelo estaba agrietado y polvoriento, una impenetrable costra endurecida. A lo lejos, un arbusto solitario luchaba por sobrevivir.

Presintió cierta familiaridad, tuvo la certeza de haber estado ahí antes, de haber vivido eso antes, pero no tenía sentido. No recordaba haber…

Sus pensamientos se detuvieron de repente al darse cuenta.

No recordaba nada.

No tenía ni idea de quién era ni de cómo había acabado varado y desnudo en el desierto. Ni siquiera sabía su propio nombre.

Sin embargo, experimentó una extraña gratitud por la sensación de la carne unida a su espíritu. Como si hubiera vivido lo contrario y prefiriera su estado actual, por más débil y adolorido que estuviera.

Sin embargo, algo que no prefería era el inquietante sentimiento de pena que pesaba sobre su alma. Sentía como si hubiera perdido algo precioso, pero no podía recordar qué era.

¿Valía la pena vivir en ese estado? Estaba demasiado débil para moverse con la extenuación de su cuerpo y el peso del dolor que lo agobiaba. Tal vez sin ese dolor incorpóreo habría reunido la voluntad para salvarse, pero ¿con él? La muerte sería un alivio bienvenido.

Qué curioso. De repente tuvo la seguridad de haber tenido ese pensamiento antes.

Exhaló para rendirse al dolor atormentador de su pecho. Dejó que la vida lo venciera. Se rindió. Por fin. Soltó su voluntad, liberó su instinto de supervivencia y esperó a que la oscuridad lo reclamara…

Una voz gritó desde muy lejos, devolviéndolo del límite.

«No», pensó, «déjame ir. Déjame entregarme». ¿Se le negaría la muerte para siempre?

—¡Raith! —Esta vez el grito pareció más fuerte.

Algo en esa voz lo azotó justo en el centro del océano de inexplicable dolor. El sufrimiento era tan intenso que jadeó, levantando un brazo pesado para agarrarse el pecho. De repente parecía que no podía respirar.

—¡Raith!

Se dio cuenta de que la voz era hermosa. Aunque no tenía ni idea de lo que decía, el sonido de esa voz era tan inexplicablemente glorioso, que lo hizo llorar. Volver a oír una voz así…

Quizá, después de todo, había algo por lo que valía la pena vivir.

Mientras corría, Harrow por fin lo vio: una forma oscura sobre la tierra a cierta distancia.

—¡Raith! —gritó de inmediato.

La figura no se movió. Corrió más rápido aún.

—¡Raith!

Nada. Siguió corriendo.

Y entonces pudo verlo. Estaba acostado bocarriba, con la cabeza hacia un lado, y la oscuridad de su piel desnuda parecía tragarse el sol del mediodía. Corrió más deprisa, gritando su nombre una y otra vez, sin obtener ningún efecto.

Finalmente, llegó hasta él y se arrodilló a su lado. Él no se movió. Los ojos de Harrow se llenaron de lágrimas de gratitud que le nublaron la vista, pero parpadeó para evitarlas, decidida a no perderse ni un solo detalle de su hermoso rostro.

Después de seis meses de búsqueda ahí estaba.

Pero estaba débil e inconsciente. Tenía que llevarlo de vuelta a su caravana. Necesitaba sacarlo del sol directo, y necesitaba agua.

Lo rodeó con sus brazos y arrastró su enorme figura sobre su regazo. Su enorme y sólida figura. Incluso inconsciente como estaba, le asombraba su fuerza. Su cuerpo era enorme, letal.

Se quitó el pañuelo de la cabeza y lo cubrió con la tela para que no le diera el sol; luego desenganchó la cantimplora de su cinturón.

Le acarició la mejilla con suavidad, luchando contra los sollozos que le hacían un nudo en la garganta.

—Raith, mi amor, despierta para que pueda darte un poco de agua.

Él gimió dócil y sus ojos se movieron bajo los párpados cerrados, y Harrow se sintió tan feliz que quiso llorar. Lloró.

—Mi amor, necesitas agua. —Despacio, le acercó el agua a los labios.

Abrió los labios y ella vertió un poco del líquido vital. Él tragó.

—Eso. Toma más. —Vertió un poco más y él volvió a tragar, esta vez con más vigor.

Después de bebérsela sorbo por sorbo, empezó a recuperar el conocimiento. Ella le acarició el sedoso cabello, murmurándole palabras de aliento, diciéndole lo mucho que significaba para ella, lo desesperadamente que lo había extrañado y cuánto tiempo llevaba buscándolo.

Al fin abrió los ojos. A través de sus lágrimas, Harrow contempló esos ojos por completo negros con iris de fuego.

—Ahora estás a salvo. Te prometo que te cuidaré.

Cuando él habló, tenía la voz ronca.

—¿Quién… eres?

Finalmente, Harrow logró volver con Raith a su caravana. Primero intentó que se levantara y caminara. Él consiguió dar tres pasos antes de que se le doblaran las piernas, y se desmayó de nuevo.

En lugar de repetir ese agonizante esfuerzo, Harrow tuvo que apartarse de su lado y regresar corriendo a la caravana. Después hizo que la pobre de Fiona fuera hasta donde estaba él, trotando bajo el inclemente sol.

Raith vació dos cantimploras de agua más antes de tener la fuerza suficiente para volver a ponerse de pie. Luego Harrow le ayudó a entrar en su caravana. Se fue directo a la cama y se durmió antes de que su cabeza tocara la almohada.

Harrow dirigió a su agotado caballo hasta el oasis más cercano: como las videntes extraían su magia del agua, siempre podían percibir una fuente cercana. Ahí ató a Fiona a un árbol junto al manantial para que pudiera beber con tranquilidad y mantenerse fresca bajo la sombra, y luego regresó a su caravana.

Raith estaba despierto, sentado en la cama, y ya se veía más fuerte que antes. Harrow se sentía algo incómoda, sobre todo por lo mucho que tenía que explicarle, así que primero se ocupó de abrir las ventanas y la puerta para que entrara aire fresco. El interior de la caravana se sentía sofocante, y aunque afuera también hacía calor, entró una suave brisa que los alivió un poco.

Mientras tanto, Raith la observaba atento.

Cuando no encontró nada más que hacer, Harrow se sentó junto a la cama.

—¿Quieres un poco más de agua?

Él negó con la cabeza. Su piel seguía siendo del tono de las sombras de medianoche, y Harrow se dio cuenta de que la vez anterior sin duda había cambiado de color por las reacciones negativas de los demás. Algo que Harrow jamás haría. Negro, moreno, el naranja brillante que había adquirido una vez… A ella no le importaba su aspecto.

Estaba ahí, vivo y bien, en su caravana. Por fin.

Y ahora era hora de decirle quién era.

—Tú ya no me conoces —comenzó—, pero yo a ti sí. Me imagino que lo mejor es empezar por el principio. Tu nombre es Raith. Bueno, ese es el nombre que elegiste. Cuando nos conocimos no tenías nombre. Verás, Salizar le pidió a Loren que hiciera un letrero… —Sacudió la cabeza rápido —. No importa. No es importante ahora. Solo que sepas que te llamas Raith. Con R, no con W.

—Raith —repitió él, tal como lo había dicho el día que se conocieron.

—Sí. —Sonrió—. Y yo me llamo Harrow.

—Harrow. —Su rostro se suavizó un poco—. Harrow.

Parecía disfrutar diciendo su nombre.

Harrow sintió que el corazón le iba a estallar.

—Y nosotros somos… Bueno, nosotros… yo…

¿Cómo podía decirlo? Tenía las mejillas enrojecidas y ni siquiera había conseguido decir una frase completa. Por fin, apretó los dientes y habló con brusquedad.

—Estamos enamorados.

Él abrió los ojos de par en par. Parecía tan asombrado, que Harrow podría haberse reído si no estuviera tan ocupada tratando de ocultar su vergüenza.

—Por lo menos estábamos enamorados. Antes.

Ahora parecía afligido.

—No, no quise decir que no… solo quise decir… que todavía nos amamos. O mejor dicho, yo aún te amo, y creo que tú sentías lo mismo antes de olvidarme.

Ahora solo parecía confundido. Genial. Estaba haciendo un excelente trabajo enredando las cosas.

—Déjame empezar por el principio, ¿sí? Te contaré todo y al final puedes preguntarme lo que quieras.

Así que Harrow empezó por el principio. Le contó que se habían conocido en el circo de Salizar y cómo habían escapado. Cuando le habló de las noches que pasaron en la habitación de la taberna, le ardieron tanto las mejillas que tuvo que saltarse los detalles. Sin embargo, por la expresión de la cara de Raith, él sabía de qué estaba hablando. Y por último le contó cómo es que había ido a buscarlo al desierto.

Y… se olvidó del resto.

Mintió.

Bueno, en realidad no mintió. Simplemente… esquivó un poco la verdad. Pero él ya tenía los ojos abiertos de par en par y el pobre hombre acababa de despertar, sin duda podía darle un respiro antes de agobiarlo con los oscuros detalles de su pasado retorcido.

—¿Qué piensas? —le preguntó cuando por fin terminó de contarle su historia incompleta. Luego la asaltó un sentimiento de culpa, pero lo apartó por el momento.

Él ladeó la cabeza de esa manera tan salvaje que tenía.

—La mujer más bella del mundo acaba de decirme que me ama. Creo que no soy tan tonto como para cuestionar mi buena fortuna.

El pecho le ardió tanto de felicidad que era casi insoportable. Su sonrisa era tan enorme que le dolía la cara. Bromeó para ocultar la profundidad de su placer.

—No recuerdas a nadie más. ¿Cómo puedes saber que soy la más bella?

—Lo sé.

Se miraron a los ojos. Con intensidad.

—¿Puedes acercarte? —preguntó él en voz baja—. ¿Para que pueda verte mejor?

Harrow prácticamente corrió a su lado, casi arrojándose sobre él. «Tranquila, Harrow. No se acuerda de ti». Se obligó a sentarse en la cama, a su lado, en lugar de sentarse sobre su regazo. Sus miradas volvieron a encontrarse. Entre ellos surgió una conexión tan poderosa como la magia.

—En definitiva, la más hermosa —murmuró, acercándose más.

Ella también se acercó más.

—Te extrañé tanto.

Él estudió su rostro con atención.

—Cuando desperté sentí que me faltaba algo importante. Creo que eras tú. —Levantó la mano para frotarse distraído el pecho desnudo.

—No me importa lo que pasó en el pasado. —Harrow sabía que no lo recordaba y no entendía de qué hablaba. Sin embargo, tal vez, en el fondo, lo supiera—. No me importa qué hiciste o quién eras. Nada de eso importa.

Él frunció el ceño como si intentara darles sentido a las cosas. Mientras tanto, se frotaba el pecho como si le doliera.

—El pasado está en el pasado. Mientras estemos juntos.

De algún modo el espacio entre ellos se había reducido a escasos centímetros. Aun así, Raith buscaba la mirada de Harrow con intensidad. Ella miraba sus iris ardientes con la misma intensidad, desafiándolo a ver dentro de su alma, a que viera lo que realmente sentía por él.

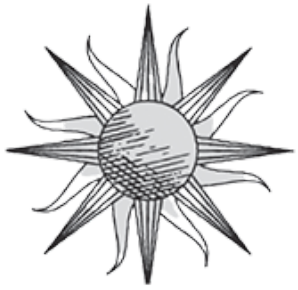
—¿Esto es real? —murmuró él.

Ella asintió y acarició su mandíbula, recorriendo con los dedos su impecable estructura ósea, casi imposible de ver por su increíble oscuridad. Recordaba haber querido gritar de horror al ver su verdadero aspecto por primera vez. El recuerdo la llenó de vergüenza. Al mirarlo ahora no veía más que al hombre que amaba. Pensar que era otra cosa era un error que no volvería a cometer.

Perdido en sus propios pensamientos, Raith alzó la mano para acariciarle el pelo encrespado, recordándole que hacía días que no se lo cepillaba ni se tomaba la molestia de ponerse un vestido más bonito. Tal vez tuviera la cara cubierta de arena.

—Qué hermosa —murmuró él, y ella enrojeció de placer.

Y después se inclinó para besarla, y ella se derritió en él sin pensarlo.



# CAPÍTULO VEINTICINCO

Una extraña fuerza se había apoderado de Raith, y él era incapaz de resistirse a la exquisita criatura sentada a su lado sobre la cama. Ella había atravesado el desierto corriendo —¿cómo había llegado ahí en primer lugar?— y luego lo había llevado a su pequeña casa rodante y le había dicho que lo amaba. Esa mujer, esa indescriptible, gloriosa mujer, había cruzado el desierto para encontrarlo porque lo amaba.

Parecía imposible. Probablemente estuviera soñando.

Si era así, estaba decidido a disfrutar cada segundo antes de despertar a la triste realidad que le aguardaba. La mujer llamada Harrow se derritió en su abrazo, gimiendo con suavidad, como si su contacto fuera su mayor placer. Eso lo dejó impresionado.

También lo animó. Profundizó el beso, separando los labios de ella con los suyos para sumergirse en su boca con la lengua.

Se dio cuenta de que ya lo había hecho antes. Por alguna razón, sabía lo que a ella le gustaba. Sabía cómo tomar su rostro con la mano de la forma como ella deseaba, apretándola contra él. Sabía cómo se sentiría la curva de su cintura cuando acariciara su espalda con la otra mano. Sabía con qué firmeza le gustaba que la agarraran de la voluptuosa cadera, y cuando lo hizo fue recompensado al instante con otro suave gemido.

La excitación corría por su sangre. Se llenó de confianza.

Tal vez podía darle lo que ella deseaba de él. Tal vez fuera suficiente para ella.

La agarró por la cintura y la subió a sus piernas, con sus torneadas piernas a horcajadas sobre su cadera. Se olvidó de que estaba desnudo bajo las cobijas hasta que se resbalaron y estaba a punto de volver a cubrirse

cuando ella se meció contra su duro miembro con otro gemido de placer, sin otra cosa que su fino vestido entre sus cuerpos.

Se le cerraron los ojos. Ese placer, esa familiaridad… Era como volver a casa. Parecía el único lugar en el que siempre hubiera querido estar, el único lugar en el que hubiera estado destinado a estar.

Entonces ¿por qué seguía sintiendo un dolor tan debilitante?

Ahora no importaba. No podía permitir que algo lo distrajera de este precioso momento. Harrow volvió a mecerse contra él, aferrándose a sus hombros con manos suaves, y él se olvidó de todo lo demás. Le subió el vestido para tomarla por los muslos desnudos, gimiendo al sentir su carne blanda bajo sus dedos.

Ella se alejó un poco, mirándolo con tanto deseo, que él volvió a sentir que debía estar soñando.

Después se quitó el vestido y lo arrojó por encima de su hombro.

Él jadeó y la devoró con su mirada hambrienta. La plenitud de sus senos, la suavidad de su vientre, las gruesas curvas de sus nalgas y sus muslos…

Diosa, quería agarrar toda esa carne a la vez y sentir cómo se derramaba sobre sus manos. Quería deleitarse con cada centímetro de ella hasta que gritara su nombre…

¿Cómo se llamaba?

—Raith —dijo ella, retorciéndose bajo su mirada hambrienta—. Me estás provocando. —Su mirada era juguetona mientras subía los brazos para recogerse el pelo en un chongo salvaje sobre la cabeza.

Él casi se muere al verla.

Apretó los rizos con la mano y la atrajo hacia él para besarla de nuevo, separando sus labios con los suyos para conquistar su boca con la lengua. La forma como ella gemía y se retorcía contra su cuerpo encendió su lujuria.

Soltó su pelo y le inclinó la cabeza para chuparle los pezones perfectos. Ella echó la cabeza hacia atrás, arqueando con sensualidad la columna, y sus dedos se aferraron a los músculos de sus hombros. Él acarició el seno que no tenía en la boca, pero se detuvo de repente y levantó la cabeza para observar el contraste entre sus cuerpos.

La piel de Harrow estaba bronceada, como el color de la arena. La suya era… la sombra misma, carente de cualquier color. No reflejaba el resplandor del sol que brillaba a través de las ventanas, sino que parecía

absorberlo. Nada más a su alrededor reaccionaba de forma similar a la luz, y le pareció extraño. Se enderezó con brusquedad, extendiendo el brazo mirándolo fijamente.

—¿Raith?

—¿Qué soy? ¿Por qué me veo así?

Harrow le apretó más los hombros.

—A mí me pareces perfecto. Eres el hombre más hermoso que he visto. Y yo sí tengo mis recuerdos.

Él inclinó la cabeza y la miró.

—¿Alguien más se ve como yo?

—Puedes cambiar tu apariencia si te molesta. Pero no lo hagas por mí.

Se dio cuenta de que ella había evitado responder la pregunta, pero estaba demasiado intrigado por lo que había dicho como para preocuparse. Contempló su piel morena y terrosa e hizo que la suya fuera del mismo tono.

Y… cambió. Increíble.

Harrow jadeó y luego se rio.

—Es un buen truco, pero creo que deberías volver a como estabas.

—¿Por qué?

—Porque quiero que siempre recuerdes que amo cada parte de ti, exactamente como es. Y no quiero que sientas que tienes que cambiar por mí.

En respuesta, se inclinó para besarla de nuevo y enseguida olvidó qué le había preocupado tanto. Estar con ella hacía que se sintiera como en casa. ¿A quién le importaba cualquier otra cosa?

Enseguida retomó su tarea anterior: chuparle los pezones. Se endurecieron entre sus suaves gemidos mientras la sujetaba por la curva de la cintura, con las manos casi juntas en el centro. Animada por sus caricias, ella empezó a mover la cadera de nuevo, y un gruñido retumbó en su garganta cuando su núcleo blando, ya húmedo por la excitación, acarició su miembro.

—Raith…

Él alzó la mirada hacia ella, interrogante.

—Vuelve a ser como antes. —Sus palabras eran jadeantes.

—¿Por qué?

—Te deseo… tal como eres.

Él se encogió de hombros, sin entender por qué era importante, pero la obedeció. Su piel se convirtió en sombra y volvió a acercarse a ella para besarla.

Harrow le rodeó el cuello con los brazos, estrechándolo contra su cuerpo, y continuó meciéndose contra él, enloqueciéndolo con el movimiento de la cadera. Su excitación le mojaba el miembro donde se presionaban y el sonido de sus suaves gemidos lo llenaba de desesperación. Lo necesitaba. Necesitaba verla deshacerse.

Apretó los dedos alrededor de su cintura y la acercó aún más. Su erección, dolorosa y dura, se erguía entre sus cuerpos, mientras Harrow se movía cada vez más rápido contra él, cabalgándolo, frotándose con su longitud sin meterlo dentro de ella.

Si inclinaba la cadera, la penetraría, pero no lo hizo. Quería verla llegar al clímax así, verla darse placer con su cuerpo. Ella estaba tan desesperada como él, y a él le encantaba.

Él la amaba.

¿Era ridículo en un hombre cuya memoria abarcaba solo algunas horas? Tal vez. ¿Le importaba? Por el momento, en lo más mínimo.

Ella se movió más rápido contra él, apoyando los brazos en sus hombros para hacer palanca, con los muslos temblorosos por la fuerza que ejercía. La forma como se deleitaba en su sensualidad, sin avergonzarse por tomar lo que necesitaba para alcanzar su placer, era por mucho lo más embriagador que él podría haber soñado. Era una diosa y él la adoraba.

De nuevo se apoderó de él esa sensación de familiaridad. Sabía que se acercaba al orgasmo por la forma como se aceleró su respiración, y sus gemidos aumentaron de volumen. Sabía cómo respondería si la agarraba del pelo y le demostraba su fuerza. Lo hizo, lleno de expectación, tirando de su cabeza hacia atrás para poder deleitarse con su garganta.

Ella gritó y se retorció más rápido, frotándose furiosamente contra él. Cuando su grito se convirtió en un grito de frustración, como si estuviera al borde del abismo, pero no pudiera alcanzarlo ella sola, él supo qué hacer para empujarla al límite. Acompañó sus embestidas con las suyas, sincronizando el ritmo de sus movimientos, y apretó más la mano que tomaba su pelo para demostrar su dominio.

Su grito de éxtasis llenó la habitación. Echó la cabeza hacia atrás y todo su cuerpo se estremeció. El clímax de él llegó de repente, perdió el control al ver el éxtasis de ella, y estalló en el espacio entre sus cuerpos, untando su piel con su emanación.

Harrow se quedó sin fuerzas y se dejó caer contra él, que la tomó entre sus brazos para mantenerla cerca. Su cuerpo también temblaba, cada nervio hormigueaba de vida. Quizá su lujuria se hubiera saciado, pero su pasión seguía ardiendo. No creía que fuera a cesar nunca.

La forma como ella apoyaba la cabeza sobre su hombro, con un suave gemido de satisfacción, hacía que se sintiera el ser más poderoso del mundo.

Para un hombre sin recuerdos, debería haber sido imposible sentir tal nivel de pertenencia tan poco tiempo después de vivir en aislamiento, pero no podía negarlo. No era una sensación pasajera provocada por el frenesí de su pasión. Era algo más profundo que la piel y los huesos, más profundo incluso que el pensamiento.

Cualquiera que fuera el extraño giro del destino que lo había llevado hasta ahí, no desperdiciaría sus bendiciones. Adoraría y protegería a su Harrow, la colmaría de amor y afecto.

Sin embargo, fue ella quien levantó la cabeza y le acarició el pelo, mientras le decía lo maravilloso, fuerte y capaz que era. Al final, lo único que él pudo expresar de sus sentimientos fue:

—Eres mía.

—Sí —convino Harrow—. Soy tuya, y tú eres mío, y jamás te dejaré ir.

Un tiempo más tarde, se levantaron de la cama para lavarse. Harrow preparó una pequeña cena con lo poco que quedaba de sus provisiones. Él intentó ayudar, pero ella insistió en que descansara, aunque ya no se sentía débil.

Mientras comían, ella le contó que había pasado meses buscándolo en el desierto. No podía creer la lealtad que le demostraba esa mujer, no podía comprender qué había hecho para merecerla, pero juró que haría todo lo que estuviera en sus manos para ser digno de ella.

Si tan solo pudiera comprender por qué le seguía doliendo el pecho. Si tan solo pudiera entender por qué seguía sintiendo que se le escapaba un detalle crucial.

Harrow le dijo que al día siguiente viajarían hacia el norte, dejarían el desolado sur hacia tierras de más bonanza. Una vez ahí, decidirían juntos a dónde ir, pero Harrow quería interceptar al circo para el que trabajaba antes para visitar a su amiga Malaikah. Raith iría a donde ella quisiera. Aún no sabía dónde encajaba en el mundo y deseaba descubrirlo a su lado.

Solo deseaba poder entender el doloroso hueco que sentía en el pecho.

Sabía que había hecho algo malo. Algo terrible. Algo que quizá fuera imperdonable.

Pero no recordaba qué era.

¿Cómo podía seguir con su vida con Harrow si no podía encontrar el perdón por su terrible acto? ¿Cómo iba a olvidarlo si no sabía qué lo atormentaba? A pesar de que ella se lo afirmaba constantemente, no podía deshacerse de la sensación de que él no pertenecía a la cama de Harrow, de que ella se merecía a alguien mucho mejor. No podía deshacerse de la sensación de que la había lastimado de una manera horrible.

Esa noche, mirándola dormir a su lado con una suave sonrisa en los labios, no podía imaginar que hubiera podido hacer algo así. La amaba. Quería que estuviera a salvo y que fuera feliz.

Entonces ¿por qué la lastimaría?

Pero lo había hecho. Estaba seguro, y eso lo desgarraba por dentro como un cuchillo que le removiera las entrañas. Si le había hecho daño antes y no podía recordarlo, ¿qué le impediría volver a hacerlo? ¿Cómo podía confiar en sí mismo en su presencia? Debería dejarla y evitarle el daño que podía hacerle sin darse cuenta.

«No». Sus brazos se apretaron alrededor de ella, un gruñido retumbó en su pecho. Jamás la abandonaría. Jamás. Tendrían que arrancarla de sus brazos fríos y muertos para separarlos.

Aun así, la idea lo atormentaba. ¿Cómo podía confiar en que estaría a salvo con él si no recordaba lo que había hecho?

Finalmente, se sumió en un sueño intranquilo, rezando a la Diosa que no fuera a herir por accidente a la mujer que amaba mientras descansaba. Mientras dormía, las pesadillas no dejaron de atormentarlo.

Se despertó con su cuerpo sin vida, sangrando por la boca, entre sus brazos. La había aplastado mientras dormía. Gritó.

¡No! Fue solo un sueño. Seguía dormido.

Se despertó de nuevo. Sangre húmeda lo empapaba todo. La había apuñalado con sus garras mientras dormía. Sus gritos de terror llenaron el aire.

¡No! Seguía siendo un sueño. Se despertó.

Tenía el cuello desgarrado: se lo había abierto con los dientes mientras dormía. «Sueño». Tenía la garganta cortada. «Sueño». Su cuerpo estaba calcinado. «Sueño».

Tenía su sangre en las manos. Siempre, la sangre de Harrow le cubría las manos.

…

—¡Harrow!

Harrow flotaba a la deriva sobre una nube de felicidad, cuando la perturbó una voz de pánico que intentaba sacarla del reino de los sueños placenteros.

—¡Harrow!

Era la voz de Darya. Qué raro.

—¡Harrow, escúchame ya!

Volvió en sí, pero no despertó: estaba en una visión onírica. Había vuelto la sala de las fuentes y estaba sentada frente a la reina del agua, que parecía aún más demacrada que en su visita de seis meses atrás. Su piel era más pálida que antes, las sombras bajo sus ojos más oscuras, su pelo más desordenado y su vestido parecía quedarle flojo.

—¿Qué le pasó? —preguntó Harrow antes de que pudiera contenerse.

—A mí también me alegra verte. —Darya levantó una ceja—. Veo que ya te reuniste con tu espectro y que todo salió bien.

—Sí, así es. —Harrow se sonrojó. ¿Cuánto habría visto Darya?

—No le contaste todo.

Harrow suspiró.

—Lo sé, pero quería darle un día o dos. Si puedo mostrarle cuánto lo amo antes de que recuerde, tal vez…

—Ahora mismo sueña una y otra vez que se despierta y descubre que te mató accidentalmente mientras dormía. Se da cuenta de que está soñando, se duerme y vuelve a despertar en el mismo escenario.

Harrow se tapó la boca con una mano.

—Sabe que te ha lastimado de algún modo que considera imperdonable, pero no recuerda cómo ni por qué. No puede imaginar por qué te haría daño y teme de sí mismo y de lo que podría hacerte. Lo estás torturando negándole información fundamental.

—No… no tenía ni idea. Pensé que solo estaba confundido.

—Te advertí que tendría recuerdos subconscientes. Te advertí que necesitaba saberlo todo.

—Lo sé. —La invadió la vergüenza. ¿Cómo pudo ignorar algo tan crucial?

Por su propio miedo egoísta, se dio cuenta. No quería que Raith recordara que lo había abandonado. No quería que experimentara el dolor de recordar que lo había traicionado. Tenía miedo de que no la perdonara.

—Tiene razón —dijo Harrow—. Tiene que saberlo todo. Y no porque yo se lo diga. Tiene que restaurar sus recuerdos de inmediato.

—Estoy de acuerdo. —Darya sonrió con compasión—. Sé que es difícil, niña, pero estás tomando la decisión correcta para tu compañero, y eso es lo importante. Ahora voy a disolver nuestro hechizo de sueño para que pueda centrarme en tejer el hechizo de memoria para Raith, que…

—Espere. —Miró fijamente a la reina del agua—. De verdad lo hizo. Le hizo un cuerpo nuevo, y de verdad va a dejarlo libre.

Darya frunció el ceño.

—Por supuesto.

—Ya no lo odia.

—Al contrario, estrechamos nuestros lazos durante los seis meses que pasamos juntos.

—¿En serio?

—Oh, sí. Hija mía, si hubiera querido matarlo, podría haberlo hecho desde el primer día.

—¿Cómo?

—En cuanto Raith se dio cuenta de dónde estaba y de lo que había hecho, se materializó, como pueden hacer los espectros durante periodos cortos. Como sabes, una vez lo torturé durante años, tratando de obligarlo a que hiciera justo eso para que yo pudiera matarlo, y nunca lo logré. Pero esta vez lo hizo en cuanto tuvo fuerzas.

—¿Por qué?

—Harrow… Me suplicó que lo matara por lo que había hecho.

Los ojos de Harrow se llenaron de lágrimas.

—No lo hice, por supuesto, pues le había hecho una promesa a mi hija del Agua. Entonces, más bien le dije lo furiosa que ella se pondría si lo oía decir semejantes tonterías.

—¿De verdad? —Harrow se secó los ojos con brusquedad.

—Sí. Y le dije que mi hija no solo era hermosa, sino también obstinada. Y que su corazón le pertenecía a él y no soportaría que algo le sucediera, en especial mientras estaba bajo mi cuidado. Tu Raith y yo compartimos mucho durante los últimos seis meses y llegamos a conocernos. Ya extraño su compañía. Elegiste bien a tu compañero. Será un compañero perfecto para una vidente.

—Pensé que el proceso de encarnación sería una tortura para él.

—No fue agradable, desde luego, pero yo no podía estar siempre bombardeándolo con magia. Y esta vez él cooperó conmigo, así que no fue tan difícil. Mientras yo descansaba, pasamos tiempo juntos.

Varias cosas por fin le entraron del todo en la cabeza. Darya había cumplido su palabra. Había encarnado a Raith únicamente para darles a él y a Harrow un futuro juntos. No solo había renunciado a su deseo de venganza, sino que también había hecho amistad con el hombre al que una vez quiso matar.

—Gracias —susurró Harrow.

—No hay nada que agradecer, niña. No puedo deshacer mis errores, pero puedo intentar enmendarlos. —Darya se levantó del sofá y se alisó las faldas. Su vestido era elegante, pero la forma como colgaba de su enjuta figura le restaba belleza.

—Como ya lo he hecho antes, el hechizo me costará menos esfuerzo, y puedo hacerlo esta noche. Vuelve a dormir, y cuando despiertes por la mañana Raith recordará. Prepárate.

—De acuerdo. —Harrow seguía estudiando a la reina del agua—. ¿Está… bien?

—Por supuesto.

—¿Está segura de que puede hacerlo esta noche? Dijo que la última vez le tomó días.

—Como dije, la segunda vez siempre es más fácil.

—Debería descansar un poco después. Se ve agotada.

Darya sonrió cansada.

—Pronto enfrentaremos a mi hermana. Con un poco de suerte, tendremos éxito. Descansaré entonces.

—¿Cuándo fue la última vez que durmió?

—Hace varias décadas.

Harrow la miró fijamente.

—¿Habla en serio?

Darya sacudió una muñeca.

—No te preocupes por mí. He existido durante incontables siglos y seguiré existiendo durante incontables más. —La forma como lo dijo hizo que pareciera una carga agotadora. Harrow supuso que si fuera inmortal y estuviera tan sola como Darya sentiría lo mismo.

Decidió que, ya que Darya se había esforzado tanto por unir la brecha que las separaba, haría todo lo posible por mantenerse en contacto con ella.

—Gracias. Por todo.

—Cuidarte es algo que debería haber hecho desde el principio. Lamento haber tardado tanto en descubrir cómo hacerlo de la manera correcta.

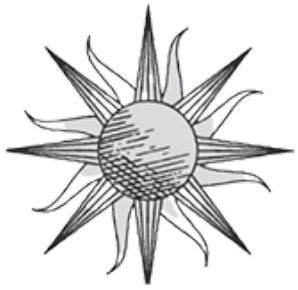
—Bueno, si sirve de algo, me alegro de que esté en mi vida ahora. E incluso aunque fuera por los motivos equivocados, fue gracias a usted que conocí a Raith en primer lugar.

Darya sonrió.

—Cuánta sabiduría para alguien tan joven. Ahora vete, niña. Vete y encuentra tu felicidad.

Después de eso, Harrow se dejó llevar de vuelta a la oscuridad del reino de los sueños.

Necesitaba descansar. Cuando despertara, ella y Raith enfrentarían una batalla muy diferente.



# CAPÍTULO VEINTISÉIS

A la mañana siguiente Harrow se despertó sintiendo sobre ella el peso de la mirada de otra persona. Todo volvió de golpe y se incorporó enseguida.

Raith estaba sentado en una silla a los pies de la cama, con unos pantalones que ella le había regalado la noche anterior. La miraba con ojos atormentados. Su piel era otra vez de color bronce, el tono que tenía cuando se conocieron.

—Raith. —Se envolvió la sábana sobre los pechos desnudos—. Perdón por no haberte dicho la verdad. Tenía miedo, y fue egoísta.

Fue como si no la hubiera oído.

—Volviste por mí.

—Sí.

—Te fuiste. Pero volviste.

—Sí. —Tragó con fuerza—. Y jamás volveré a irme de nuevo.

—Te lastimé. Yo… —Ahora fue él quien tragó saliva—. Traté de matarte. —Parecía que de solo pensarlo fuera a vomitar.

—No, Furie trató de matarme. Tú te resististe con todas tus fuerzas para no hacerlo.

—Te lastimé. Te hice sangrar. Yo…

—No, Raith. Furie me hizo eso. Tú luchaste contra ella. Incluso después de que te traicionara, no dejaste de luchar para protegerme.

—Hiciste bien en dejarme.

—No. —Sus dedos se cerraron alrededor de la sábana—. No, estaba equivocada. No puedo creer que hubiera dudado de ti, ni por un segundo.

—Harrow, maté a tu familia. A tu madre. ¿Cómo puedes siquiera mirarme?

—Puedo mirarte porque sé que no fuiste tú quien lo hizo. Furie te obligó a ti y a los otros espectros, tus acciones no eran tuyas. Vi cómo estabas bajo la obligación de tu juramento. No eras tú mismo; no pensabas con claridad. No podías resistirte a lo que estabas haciendo. Todo lo que has hecho por elección propia ha sido lo contrario de lo que hacías bajo el control de Furie. Todo lo que has hecho ha sido protegerme y amarme y hacerme más feliz de lo que he sido en mi vida.

Raith miraba al suelo con ojos atormentados.

—Maté a mucha gente. No solo a las videntes. Durante años me enviaba detrás de cualquiera que la enfadara o amenazara. Durante mucho tiempo le obedecí sin pensarlo dos veces.

—Quisiera matarla por lo que te hizo.

—Regresé con ella la noche que te fuiste. Intenté cortarle la cabeza.

Entonces Malaikah había tenido razón.

—¿Qué pasó?

—La daga se derritió cuando tocó su piel. —Se encogió de hombros—. Sabía que era probable que fallara. Esperaba que cuando lo hiciera ella me matara a mí.

—Raith. —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Estuvo a punto, pero se dio cuenta de que era lo que yo quería, así que se detuvo y me envió por ti. —Sacudió la cabeza—. Fui un tonto.

—Yo fui la tonta. Si no me hubiera ido esa noche, no habrías regresado con ella.

Pero él volvió a negar con la cabeza.

—Darya me devolvió mis recuerdos esa noche. Y eso me cambió. Aunque no te hubieras ido, dudo que hubiera podido quedarme contigo, sabiendo lo que había hecho.

—Sigues sin entenderlo, Raith. —Tenía tanto por qué vivir, y ya era hora de que empezara a luchar por ello—. Solo hiciste lo necesario para sobrevivir. Toda tu vida te has visto obligado a cumplir las órdenes de esa horrible mujer, y después llegué yo y te juzgué por ello. Nunca me he sentido tan avergonzada. Que hubiera podido dudar de ti ni, aunque fuera por un segundo…

—¿Cómo habría podido ser diferente?

—Darya planeaba matarte, y yo lo sabía, pero de todas maneras le dije dónde encontrarte. ¿Eso es mejor que lo que me hiciste tú?

—Toda tu vida ha girado en torno a lo que te hice. No tienes familia y eres la última que queda de tu especie. ¿Cómo puedes decir que eso no importa?

—No estoy diciendo que no importe. Estoy diciendo que tú no tienes la culpa porque no tuviste otra opción.

—¡Hay sangre en mis manos que jamás podrá limpiarse! —Ella se estremeció cuando levantó la voz, aunque una parte de ella se sintió satisfecha al verlo contraatacar. La voluntad de luchar era una voluntad de vivir—. Dijiste que jamás podrías perdonar al monstruo que mató a tu familia. Harrow, ¡yo soy ese monstruo!

—Y también te dije que me equivoqué al decir eso. En ese momento no entendía lo que eras o cómo te había controlado Furie, y…

De repente se le secaron las palabras mientras observaba al hombre sentado frente a ella. Sus ojos ardientes resplandecían, su fuerte cuerpo hacía que la delicada silla pareciera diminuta, su piel morena y dorada contrastaba con los sencillos pantalones sin teñir que ella le había dado.

De repente se llenó de ternura. La voluntad de luchar se desvaneció en ella y solo pudo mirarlo y dar gracias a la Diosa de que estuviera ahí, en su caravana, vivo y a salvo. Eran dos almas perdidas que habían sufrido los daños colaterales de una guerra sin sentido que ni siquiera era suya. ¿Por qué debería dividirlos cuando por fin estaban juntos?

—Raith, siento mucho haber dudado de ti. Siento haberle dicho a Darya dónde te escondías. Siento haberte abandonado, y me siento culpable por haber ignorado lo que mis propios instintos me decían desde el principio. Y siento haber permitido que creyeras que no te amaba, porque no he dejado de hacerlo ni un segundo. ¿Me perdonas?

Él la miró fijamente.

—No hay nada que perdonar.

Harrow sonrió con suavidad.

—Gracias. —Dejó que el alivio la inundara por un momento, sin darse cuenta de cuánto necesitaba su perdón—. Ahora te toca a ti. Pídeme perdón, te lo daré y podremos seguir adelante con nuestras vidas.

Parecía inseguro.

—¿De verdad podrías perdonarme por lo que hice?

—Ya te perdoné. Solo quiero dejar en el pasado la guerra de las reinas, donde pertenece, y que empecemos de cero juntos. Darya nos dio a los dos una segunda oportunidad para hacer las cosas bien, y seríamos unos tontos si no la aprovecháramos.

Aun así, él seguía dudando, escrutando su rostro. Había tanto anhelo en su expresión. Harrow sabía que él quería creerle, pero no se animaba a dar el paso.

—No puedo decirte qué hacer, Raith, pero según como yo lo veo, Furie gana si dejamos que sus acciones nos dividan. Lo único que quiero es la oportunidad de forjarme un futuro contigo que no involucre conflictos ajenos.

—¿Cómo puedo saber que no me obligarán a hacerte daño de nuevo?

—Furie no puede controlarte con un cuerpo.

—Ella me quitó mi cuerpo la última vez.

—Y Darya te dio uno nuevo. Y tal vez encuentre la manera de detenerla, y las cosas cambien, pero si no, lo superaremos como vamos a superar esto. Siempre volveré por ti, pase lo que pase. Y confío en ti. Sé que ese día en el bosque no me habrías matado, así como no me mataste hace tantos años.

La expresión de Raith era torturada.

—No quería hacerte daño. Por dentro me gritaba que parara, pero no podía.

—Te detuviste, ¿recuerdas? Además, ¿recuerdas que Darya creó una poderosa tormenta mágica? Si te detuvo así una vez, podría detenerte de nuevo. Pero no tendrá que hacerlo. Una vez que nos vayamos no tendremos que volver a pisar el Territorio del Sur en nuestras vidas si no quieres.

Esperó a que él respondiera, deseando con todas sus fuerzas que estuviera de acuerdo con ella, que le dijera que estaba dispuesto a seguir adelante, pero no dijo nada. Fijó la mirada en el suelo y pareció ir a algún lugar lejano en su mente, sus ojos se volvieron distantes.

—Ella me llamaba Trece —dijo al fin, y Harrow supo que otra vez hablaba de Furie—. Ese es mi verdadero nombre. El nombre que había olvidado.

Harrow abrió la boca para rebatirle, para decirle que su nombre no era un detestable número y que podía ser lo que quisiera, pero él siguió

hablando.

—Cuando nos conocimos, no me acordaba. Y cuando me preguntaste cómo me llamaba, respondí lo que leí en el letrero.

—Lo supuse —respondió en voz baja.

—Debí saberlo en ese momento. —Se le torció la boca con una sonrisa amarga—. Estaba usando el nombre de «Raith», preguntándome quién era, cuando me había identificado correctamente desde el principio.

—Pero ahora lo sabes, y también sabes que no importa.

—Sí importa.

—Bueno, sí importa. Tienes razón. Pero es parte de lo que eres, y algo por lo que puedes estar orgulloso. —Harrow se inclinó hacia adelante para enfatizar su punto—. Mira por lo que has pasado. Mira la persona que eres: un hombre increíble, fuerte y cariñoso. No es a pesar de que seas un espectro, sino gracias a ello. Eso es lo que amo de ti. Amo quién eres, y espero que tú también puedas amarte a ti mismo.

Volvió a mirarla y guardó silencio de nuevo, pero entornó los ojos un poco, como si estuviera sopesando sus palabras. Ella esperaba que así fuera. De verdad creía lo que le había dicho.

—Sé que mis sentimientos por ti no cambian nada —dijo—, pero yo…

—Lo cambian todo.

Ella asintió en silencio.

—Y sabiendo que me amas… si de verdad me amas… —Raith desvió la mirada—. Tal vez pueda perdonarme. Aceptarme. —Encogió un poco los hombros—. Si puedes aceptarme.

—Sí te amo. Y te acepto. Es lo que te he estado diciendo todo el tiempo. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo antes de que lo creas?

Él curvó el borde de la boca.

—Tal vez unas cuantas más.

Ella le devolvió la sonrisa, aunque su visión se nubló ligeramente por las lágrimas.

—Te lo diré tantas veces como haga falta para que lo asimiles.

Se sonrieron uno al otro en silencio durante un momento, y Harrow pudo sentir que la oscuridad del pasado por fin empezaba a disiparse, que las pesadas nubes de tormenta se convertían en cielos despejados.

—Harrow. —Raith desvió de nuevo la mirada—. Lamento lo que te hice a ti y a tu familia, y los crímenes que cometí en el pasado. ¿Me perdonas?

De verdad lo estaba haciendo: le estaba pidiendo perdón, como ella le había sugerido, para que pudieran seguir adelante juntos. Su corazón se hinchó de felicidad.

—Por supuesto que te perdono —dijo ella con fervor—. Te amo.

Estudiando sus manos con intensa concentración, Raith murmuró:

—Por lo que entiendo del amor, creo que yo también te amo.

A Harrow se le llenaron los ojos de lágrimas. Otra vez. Pero en esta ocasión eran el tipo de lágrimas que quería derramar.

—De verdad quieres esto. Conmigo. —Él levantó la mirada y observó con atención la cara de Harrow, como si buscara rastros de duda. Ella lo dejó mirarla todo lo que quiso; no encontraría ni una.

—Sí, tonto. Ya te lo dije.

Él sonrió ligeramente, aunque todavía dudoso.

—Darya me dijo que eras obstinada.

Ella se rio.

—La más obstinada. Y siempre consigo lo que quiero.

—Yo nunca había tenido lo que quería —dijo él, rompiéndole el corazón en mil pedazos—. Ni siquiera sabía cómo querer algo. Hasta que llegaste tú.

—Quiero que tengas lo que quieras.

—Tú eres lo que quiero.

—Y me tienes.

Él seguía sonriéndole con suavidad, pero se veía muy incómodo con su enorme cuerpo acomodado en la diminuta silla, así que ella lo invitó a acercarse.

—¿Puedes acercarte para que pueda verte mejor?

Su sonrisa se amplió.

—Cuando te lo pedí ayer, corriste hacia mí tan rápido que te vi borrosa.

Ella sonrió.

—Apuesto a que tú puedes venir más rápido.

Tenía razón. Ni siquiera lo vio moverse. En un momento estaba en la silla, y al siguiente ella estaba bocarriba con él encima. Sus ojos se encontraron. Él seguía sonriendo, y su sonrisa era tan pura que le dolía el pecho.

Pero entonces le apartó el pelo y vio las cicatrices de sus hombros, donde las garras de sus alas la habían inmovilizado contra el suelo. Se le oscureció el rostro.

—No te pierdas en los recuerdos —dijo Harrow—. Quédate conmigo.

Sus ojos se encontraron de nuevo.

—Siempre.

—Siempre.

Él recorrió su mejilla con un dedo.

—Me dejaste tocarte con mi piel de espectro.

—Ajá. —Se retorció al recordarlo.

—Te gustó. —Su mirada se llenó de ardor.

—Oh, sí. —Se estremeció para confirmarlo—. Y quiero hacerlo de nuevo.

Con ojos ardientes, Raith bajó la cabeza y la besó sin necesidad de más provocación. De inmediato, ella le rodeó el cuello con los brazos y lo acercó lo más que pudo. Sus cuerpos se apretaron, el calor de su piel era como una marca de hierro contra ella, incluso a través de la sábana.

—Quiero todo —murmuró ella, con el sabor y el aroma de Raith inundando sus sentidos—. No te contengas.

Sin embargo, a pesar de su insistencia, siguió besándola sin prisas. Con los antebrazos apoyados a ambos lados de su cabeza, se limitó a cubrirla con su cuerpo caliente y a explorar su boca con lengüetazos perezosos.

Con los brazos aún alrededor de su cuello, Harrow intentó acercarlo más a ella, levantando la pelvis en busca de la fricción que ansiaba. Él la dejó jugar, pero no tenía prisa por darle lo que quería.

De repente la sábana que la envolvía le resultó molesta, así que lo soltó del cuello y se retorció para quitársela de encima, luego la apartó de una patada, quedando desnuda debajo de él. Sin embargo, él no hizo nada para ayudarla, solo se contentó con observar con avidez cómo serpenteaba debajo de su cuerpo.

Después, Harrow deslizó las manos por su fuerte espalda, enterró los dedos en su sedoso cabello y se lo jaló un poco, lo suficiente para transmitirle su impaciencia.

—Raith.

Era lo único que necesitaba decir. Sus labios se curvaron en una sonrisa devastadora, y ella supo que él estaba esperando que ella le rogara un poco.

—¿Vas a dejar que te domine, dulzura?

—Sí —exhaló, con el cuerpo anhelante por la mera idea—. Por favor, Raith.

Raith posó una palma en el costado de sus costillas, deslizándose hasta la curva de su cintura, y su enorme mano abarcaba la mitad de su cuerpo.

—¿O te atormento hasta que me ruegues clemencia?

—Raith.

Su mano bajó hasta la curva de su cadera y sus dedos apretaron su carne como si pudiera poseerla con solo tocarla. Ella se quedó sin aliento cuando la mano de Raith volvió a deslizarse por el interior de su muslo, y esa falta de aliento se convirtió en un jadeo cuando por fin la tocó donde más lo deseaba.

Sus piernas se abrieron y su cadera se inclinó por sí sola. Cada parte de su cuerpo quería abrirse para él, abrirse y ser tomada. Consumida.

Unos dedos diestros se deslizaron por su excitación, sumergiéndose en su interior, extendiendo la humedad. Mientras rozaba ligeramente su clítoris, la parte inferior de su cuerpo se despegó del colchón y no tuvo ninguna esperanza de ahogar un gemido. No lo intentó. El placer lo compartían los dos, ella quería que él supiera cómo la afectaba. Quería que él sintiera lo que ella sentía.

Con los ojos encendidos, él la tocó de nuevo, esta vez en círculos. Mientras ella se retorcía y gemía de placer, él volvió a besarla, atrapando el sonido en su propia boca. Ella levantó el pecho, apretando sus senos desnudos contra la piel caliente, con los nervios a flor de piel mientras él la provocaba con los dedos.

Harrow enroscó los dedos de los pies al imaginar que tomaba el duro pene entre sus manos y lo acariciaba, haciéndolo gemir mientras lo hacía, para luego introducirlo en su cuerpo. Ansiosa, se agachó y tanteó el cordón de sus pantalones, casi sin poder concentrarse en la tarea, pues el movimiento de los dedos de Raith seguía consumiendo su atención.

Pero el vacío de su interior exigía satisfacción, y en cuanto le soltó los pantalones, se los bajó por las estrechas caderas hasta donde pudo, tomándose un momento para apreciar la fuerza de sus musculosas nalgas.

Luego dobló las rodillas, enganchando los dedos de los pies en la cintura y se contoneó con pericia para deslizarlos hacia abajo.

Él se apartó con una risa ahogada, para observar sus forcejeos y, una vez más, no hizo ningún esfuerzo por ayudarla. Ella frunció el ceño con fingida frustración, aunque en secreto se deleitaba con sus juegos. Esta faceta traviesa era nueva y ella quería alimentarla y verla crecer.

Finalmente, él se levantó, se bajó los pantalones y los aventó.

Volvió a estar encima de ella en un segundo, su calor era como una manta y su duro miembro pesaba sobre su muslo. Sin atormentarla aún más, tomó una de sus piernas por atrás de la rodilla y la levantó, abriéndola de par en par. La cabeza de su erección se alineó con su entrada, y Harrow se retorció de anticipación.

—¿Esto es lo que quieres, mi Harrow?

—Oh, sí. —Se arqueó hacia él, intentando metérselo, pero él se contuvo —. Lo necesito. Te necesito, y si me haces esperar más, no sé si… ¡Sí!

Él adelantó la cadera, penetrando en su interior anhelante de una sola embestida. Sus músculos internos se apretaron en torno a su miembro, y el dolor de la opresión se disolvió de inmediato bajo oleadas de placer.

Él no se movió para darle tiempo a de adaptarse a su tamaño.

—Está muy apretado.

Después de todo, hacía seis meses que no estaban juntos.

—Eres tan grande. —Le acarició el pecho—. Te sientes muy bien dentro de mí.

Él se inclinó y la besó, y ella volvió a rodearle el cuello con los brazos. Sus movimientos eran lentos y pausados mientras salía de ella y volvía a penetrarla.

—Cambia tu piel otra vez —susurró Harrow—. Quiero ver tu verdadera forma.

Él se detuvo y levantó la cabeza para mirarla. El día anterior, cuando ella le había pedido que se cambiara, él había fruncido el ceño, sin entender por qué le importaba su aspecto mientras estaban intimando. Pero ese día ella vio en sus ojos que comprendía bien lo que significaba.

En lugar de vergüenza o vacilación, su mirada se calentó como si su petición le complaciera. Y después le concedió su deseo.

El color se desvaneció de su piel como si la luna eclipsara al sol y ensombreciera el día. Harrow apoyó la palma de la mano en su pecho, maravillada por la diferencia entre ambos, y él la observó con fervor. Sus ojos resplandecían en medio de la oscuridad, el fuego más brillante que nunca.

Mirando las llamas, sonrió. Era tan hermoso, y era suyo.

Y entonces, de repente, sentían que no podían acercarse lo suficiente. Sus labios volvieron a encontrarse en un duelo de lenguas. Él la apretó contra el colchón y empujó profundamente, sus pelvis chocaban, la fricción la hacía ver estrellas. Harrow inclinó la cadera para encajársela más, frotándose contra él.

Aferrándose a su poderosa espalda, lo rodeó con los brazos y le clavó las uñas en la piel. Le rodeó la cadera con las piernas, clavando los talones, alentando sus implacables movimientos.

Hicieron el amor con ferocidad. Con apasionada desesperación.

La penetró con tanta fuerza que ella se fue deslizando por la cama hasta que su cabeza quedó aplastada contra la pared, así que él la levantó y la sentó sobre sus muslos. Ahí, se acostó para verla cabalgarlo, pero ninguno de los dos aguantó mucho así. Siempre ansioso por controlar sus movimientos, volvió a sentarse para besarla y la mantuvo quieta sobre él mientras la penetraba desde abajo.

Aun así, necesitaban más.

La levantó y se paró, acostándola de espaldas sobre la cama. Volvió a penetrarla, y ella gritó y lo rodeó con las piernas para que entrara más profundo. Levantó los brazos por encima de la cabeza, saboreando sus gemidos graves mientras él veía cómo le rebotaban los senos, cómo su cuerpo de sombras entraba y salía de ella mientras sus manos oscuras le apretaban los muslos.

Levantándola de nuevo, atravesó la caravana hasta su escritorio y la sentó sobre él. La tocó con desesperación, acariciando su clítoris mientras ella gritaba contra sus labios. Después la dejó caer de rodillas sobre la cama. La penetró de nuevo, alargando su brazo alrededor de su cadera para seguir acariciándola al ritmo de sus frenéticos embates.

El orgasmo fue creciendo desde la base de su columna y alcanzó la cresta por encima de su cabeza como un maremoto. Él se inclinó para clavarle los

dientes en el hombro y los gritos de éxtasis de Harrow llenaron la caravana. Sintió con fuerza el pinchazo de los colmillos contra su piel, pero fue cuidadoso para no lastimarla. A ella no le molestaba el dolor, buscó la cabeza de Raith para intentar que la mordiera con más fuerza mientras disfrutaba las últimas oleadas del clímax.

Cuando no pudo aguantar más, apartó la mano de Raith de su clítoris sensible; la cabeza le daba vueltas de placer. Él soltó la mordida, sacó su pene y la volvió a acostar bocarriba. El cuerpo de Harrow cayó flojo sobre el colchón, débil por el clímax, y no pudo hacer otra cosa más que gritar cuando él volvió a penetrarla, deleitándose con el grito ronco que brotó de sus labios cuando él también por fin se liberó.

Sin dejar de mecer la cadera, Raith se desplomó sobre ella y ella lo rodeó con los brazos y las piernas hasta donde lo abarcaba, deseando abrazarlo para siempre con todo su cuerpo. Él dejó caer la cabeza sobre su cuello, respirando con fuerza contra su piel, y Harrow creyó que el corazón le iba a estallar de plenitud.

Un momento después, él se acomodó de lado y ella se acurrucó sobre su pecho, sintiéndose pequeña y vulnerable, pero más segura que nunca. Juntos eran más fuertes. Juntos su vulnerabilidad era fuerza.

Se separó lo suficiente para poder mirarlo a los ojos. Él le sonrió, y la sutil arruga de sus mejillas casi no se veía en su piel de sombras.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella, recordando que se lo preguntaban a menudo en la habitación de la taberna.

—En que… te amo —murmuró él y desvió la mirada de iris de fuego.

El corazón se le hinchó casi hasta el dolor.

—Y yo a ti. Mucho.

Él volvió a mirarla, y esta vez no apartó los ojos.

Harrow se dio cuenta de que ese momento estaba ocurriendo de verdad, y una euforia repentina se apoderó de ella hasta que sitió como si volara. Realmente iban a lograrlo. Estaban ahí, juntos, volviendo a empezar, con el futuro por delante. Podían acabar en cualquier parte del mundo, y a ella le daría igual. Siempre que estuvieran juntos.

—¿Sabes? —reflexionó Harrow—, si quisieras, podrías elegir un nuevo nombre. —Era su nuevo comienzo juntos, y quería que él se sintiera tan preparado como ella.

—No —respondió él de inmediato—. Tenías razón. Esto… lo nuestro… es gracias a lo que soy, no a pesar de ello. Si de verdad quiero seguir adelante tengo que aceptar mi pasado. El nombre que elegí forma parte de él, y no voy a fingir ser algo que no soy. —Se miró a sí mismo y sonrió, las puntas de sus colmillos blancos contrastaron con su piel—. O sea, solo mírame.

Ella se rio y levantó una mano para recorrerle la mandíbula.

—Creo que eres perfecto. Y me gusta lo que dices. Me encanta tu nombre. Te queda bien.

Sin dejar de sonreír, Raith alzó la ceja.

—¿Porque soy un espectro *wraith*?

—No… bueno, quizá un poco. Pero sobre todo porque me recuerda cómo nos conocimos. Lo segura que estaba desde el principio de que estabas destinado a estar en mi vida.

—Me gusta ese recuerdo.

—A mí también. —Le puso la mano en la mejilla y se inclinó para besarlo—. Y ahora hagamos algunos nuevos recuerdos.

Una semana después Harrow se despertó incómoda por el calor en la caravana. Sin duda se había quedado dormida otra vez, algo que nunca había hecho cuando estaba sola. Viajar por el desierto significaba salir antes de que saliera el sol, descansar durante las horas de más calor y volver a viajar hasta que estuviera demasiado oscuro para ver. Sin embargo, desde que se había reunido con Raith había relajado considerablemente sus horarios. No tenían que estar en ninguna parte, ni tenían nada que hacer, excepto estar juntos y disfrutar de la compañía del otro.

Obvio, lo habían hecho mucho.

Se quitó la fina sábana de encima, caminó desnuda hasta el ropero y se puso una bata ligera. Las ventanas estaban abiertas y una suave brisa agitó la tela que tenían en la puerta abierta. Harrow se acercó y echó un vistazo del otro lado.

El día anterior habían encontrado un pequeño manantial rodeado de árboles mustios. Agua limpia y sombra: por esas tierras, ese lugar era el paraíso. Afuera, Raith le hacía compañía a Fiona a la orilla del agua.

Harrow le había enseñado todo lo que sabía sobre el cuidado de su caballo, que no era mucho, y él había demostrado que aprendía rápido. Incluso parecía disfrutar las tareas y ya era mucho mejor con Fiona que Harrow. Por supuesto, la yegua lo adoraba, lo acariciaba con el hocico cada vez que podía y parecía mucho más entusiasta cuando era Raith quien le ponía el arnés.

Sonriendo, Harrow volvió a entrar y fue al escritorio para comenzar su ritual matutino. Llenó de agua su cuenco de adivinación, encendió una vara de incienso y una pastilla de carbón y colocó encima una pizca de su menguante reserva de hierbas de visión. En algún momento tendrían que viajar al Territorio del Oeste para recoger más en los lagos y pantanos donde estas plantas crecían.

Exhaló profundamente para liberarse de los pensamientos que la distraían, miró el cuenco con atención y dejó que el Agua creciera…

Unos momentos después se incorporó de un salto con un grito ahogado; se golpeó de espaldas con la estufa y casi tira la silla.

—¡Raith!

Salió corriendo, casi arrancando la tela de la puerta y bajando los escalones de un salto. Raith alzó la vista, alarmado, y lo dejó todo para correr hacia ella.

—¡Raith!

Se encontraron. Ella se agarró a sus brazos, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Qué pasa? —El pobre Raith no sabía lo que ocurría.

Harrow estaba tan agitada que apenas podía hablar.

—¡Raith, acabo de hacer adivinación! Dulce Diosa…

—¡Qué, Harrow!

—Vamos… vamos… ¡vamos a tener un bebé! Es tan hermosa, Raith. Es la más perfecta…

—¿Un qué?

—¡Una niña! Una bebé. —Harrow no pudo evitar reír ante la expresión de su cara—. Estoy embarazada.

—Embarazada… —Se mecía sobre sus pies. ¿Se iba a desmayar?—. ¿Una bebé…?

—Sí, una niña. Vas a ser papá.

—Papá…

Cayó al suelo como si sus piernas ya no pudieran sostenerlo. Riendo de felicidad y emoción, Harrow se dejó caer a su lado y se abrazaron en el suelo arenoso del desierto mientras Fiona los miraba como si ambos estuvieran locos.

—¿Estás embarazada? —preguntó cuando se recuperó lo suficiente como para hablar—. ¿Cómo sabes?

—El Agua me lo acaba de mostrar.

—¿Desde cuándo?

—Concebimos la primera noche que nos reunimos —dijo con una sonrisa—. Mi amiguita tenía prisa. —Los niños elementales eran increíblemente raros, y que dos elementales diferentes tuvieran hijos era más raro aun… tan raro que muchos lo creían imposible. Que Harrow hubiera quedado embarazada tan rápido… Era un milagro. Una bendición de la Diosa.

Harrow nunca había visto los ojos de Raith tan abiertos.

—¿Una niña?

—Sí. La vi, Raith. Es tan hermosa. —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Pero Raith parecía alterado.

—Harrow, ella… ¿parece un espectro?

Ella sabía que temía que su hija tuviera que enfrentarse a la misma crueldad que él, y negó con la cabeza.

—Pero aunque así fuera, de cualquier modo sería la más bella, y única, vidente espectro del mundo, y la querríamos igual.

Raith asintió con fuerza.

—Y mataríamos a cualquiera que le hiciera daño.

En eso estaban por completo de acuerdo.

—Tiene tus ojos.

Él frunció el ceño.

—¿Mis ojos?

—Y son preciosos —respondió Harrow con firmeza, desafiándolo a discrepar—. Igual que los de su padre.

La expresión de Raith se suavizó de nuevo. Levantó una mano para apartar el pelo de la cara de Harrow.

—Ya sé que es perfecta. Es nuestra hija.

—Exacto. Así es.

Se miraron fijamente, con el corazón desbordado.

—Vamos a casa —dijo Harrow.

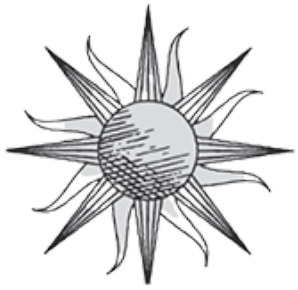
Raith frunció el ceño.

—¿Dónde es nuestra casa?

Tenían a Fiona y la robusta caravana. Y, lo más importante, se tenían el uno al otro.

Harrow le sonrió.

—Donde queramos.



# EPÍLOGO

*Un año después…*

—Ay, qué bueno, estás despierta. —Malaikah pasó por debajo de la carpa y se sentó en la silla de los clientes, como si estuvieran a punto de escuchar una lectura de la gran «vidente que sobrevivió», como Salizar había renombrado a Harrow. Aunque la vidente no iba a hacer lecturas ese día; el circo estaba en movimiento y solo se habían detenido a descansar a las afueras de un pequeño pueblo.

—Con trabajo. —Harrow bostezó desde la sala. Estaba «despierta», pero tenía el pelo enmarañado y todavía estaba en camisón. Aparte del medallón de su madre, hacía meses que no abría su joyero, y los vestidos con los que no podía amamantar con facilidad estaban acumulando polvo en el ropero —. No sé cómo las mujeres humanas soportan tener más de un hijo.

Malaikah se rio.

—Me dijeron que habían concebido su primera noche juntos. Humanos o no, definitivamente van a tener más de uno.

Harrow hizo una mueca.

—Mejor no hay que pensar en eso. —El parto de la bebé Mellora había sido tan sencillo como para una mujer humana, lo cual es mucho decir. Tres meses después el pobre cuerpo de Harrow seguía recuperándose.

Dejando de lado el insoportable dolor, había sido la experiencia más maravillosa y hermosa de su vida. Su cariñoso compañero la había tomado de la mano durante las horas de parto, a pesar de que estuvo a punto de desmayarse mil veces, y había soportado sin quejas todas las amenazas que ella le gritaba en medio de las contracciones. El resultado había sido una

preciosa niña que después tuvieron en brazos, con su llanto llenando el aire mientras caían lágrimas de felicidad sobre su cuerpo perfecto y diminuto.

La habían llamado Mellora, como la madre de Harrow. Su piel era morena clara, su pelo oscuro, sus pequeñas orejas puntiagudas y sus ojos como los de Raith: los bordes exteriores tan negros como sus pupilas. Sin embargo, en lugar de iris de fuego, los suyos eran de un plateado luminiscente que la identificaban como vidente.

En cuanto la vio, Harrow supo que sería igual a su padre. Un padre que la iba a consentir muchísimo, a juzgar por su comportamiento hasta el momento. Harrow no esperaba menos, pues ambos estaban de acuerdo por completo:

Mellora era, obviamente, la niña más perfecta que hubiera nacido jamás.

—¿Dónde está la bebé milagro? —preguntó Mal.

—Está adentro con Raith. Acaba de despertarse y la voy a amamantar pronto, pero Raith la está cuidando mientras para que yo pueda dormir una siesta.

—Buen hombre.

—Lo sé. —Harrow suspiró.

Antes de encontrarse con el circo de Salizar en el Territorio del Oeste, Raith y Harrow habían viajado juntos durante cinco meses en los que Harrow ofrecía lecturas para mantenerse a flote en el camino. Volver al circo había sido sugerencia de Raith. Aunque Harrow había protestado —ella nunca habría querido que se sintiera obligado a regresar al lugar donde lo habían tratado horrible—, Raith había argumentado que Harrow querría a Malaikah cerca cuando naciera Mellora, y que tener a Salizar para ocuparse del aspecto comercial de sus dotes de vidente le daría más tiempo para enfocarse en la maternidad. Tenía razón, y ella apreció infinitamente su abnegación.

Al contrario de lo que Harrow había temido en algún momento, Salizar no dudó en lo más mínimo en poner a la última vidente sobreviviente bajo su protección. Al contrario, veía su presencia como una inversión en su empresa y una forma de atraer más clientela al circo.

Sin embargo, como condición para que volviera, Harrow le exigió a Salizar que le ofreciera una disculpa sincera a Raith y la promesa de comportarse con respeto con él en el futuro. No tenía por qué molestarse.

Raith había superado su odio hacia Salizar después de enterarse de que había protegido a Harrow desde su infancia. Y Salizar había empezado a respetar a Raith después de su pelea en la taberna. Quizá jamás iban a ser amigos, pero se toleraban, y eso era suficiente.

Aunque Salizar les cobraba a los clientes un ojo de la cara por una lectura de Harrow, su popularidad no había hecho más que aumentar. Donde sea que viajaba, la «vidente que sobrevivió» atraía a multitudes de humanos y elementales por igual. Salizar incluso había encargado un nuevo cartel publicitario para el circo con los rostros de Malaikah y Harrow.

Raith cuidaba a Mellora mientras Harrow hacía lecturas, quedándose cerca en caso de que hubiera algún problema. A veces ayudaba a los trabajadores con sus labores en el circo, pero la mayor parte del tiempo se contentaba con ser el padre de Mellora.

A Harrow le parecía perfecto. Después de todo lo que había pasado, se merecía un poco de paz y tranquilidad, ¿y quién no querría pasar todo el tiempo posible mirando la carita angelical de su hija?

Y ahora Raith realmente podía vivir en paz. Unos meses atrás Darya había anunciado que por primera vez en siglos Audra, Nashira y ella se habían reunido y habían fusionado su magia para atar los poderes de Furie. También habían creado una barrera impenetrable alrededor de su castillo para mantenerla encerrada. Nadie podía entrar ni salir.

La reina del fuego había caído, pero estaría protegida de quien quisiera aprovecharse de su estado de indefensión. A pesar de todo lo que había hecho, sus hermanas no querían su muerte. Harrow podía aceptarlo siempre y cuando Furie estuviera presa e impotente.

Esperaba que el hecho de que se hubieran unido significara que las reinas estaban tratando de resolver sus diferencias. Aunque una parte de ella jamás les perdonaría lo que habían hecho, tenía la esperanza de que todo hubiera quedado atrás.

En cuanto a los noventa y nueve espectros que Raith liberó, habían desaparecido por completo, tal vez del mundo físico. Sin embargo, considerando de lo que eran capaces, a Darya no le había entusiasmado saber que estaban sueltos y los había estado buscando. Hasta el momento no había encontrado nada. Harrow pensaba que ya que no abundaban rumores

sobre criaturas poderosas y sombrías que causaban estragos inenarrables, podían dejarlos en paz.

La bebé lloró en el interior de la caravana. Aunque se calmó enseguida, pues Raith era un verdadero milagro, a Harrow empezaron a dolerle los senos.

—Tengo que ir a alimentar a Melly. ¿Quieres cargarla antes?

—No, regreso por la tarde. Los dejo para que pasen tiempo en familia.

—Tú también eres de la familia, Mal.

Malaikah sonrió.

—Ya lo sé. Pienso aprovechar al máximo mi papel de tía excéntrica.

—No quiera la Diosa que lo desperdicies.

Mal se rio.

—¿Tienes algún dato nuevo para mí?

—Todavía no. —Unos días antes Harrow había tenido una visión que le había dicho que se acercaba el momento de que Malaikah regresara a Kambu. Por desgracia, no le había dado más detalles, así que seguía esperando que llegara más información—. He hecho adivinación constantemente, pero solo he conseguido una vaga imagen de un cruce de caminos. Tengo la sensación de que te estás acercando a un momento importante y tendrás que tomar una decisión difícil, pero no sé nada más. Es muy frustrante.

—El Agua sabe lo que hace —respondió Mal con tranquilidad, pero Harrow la conocía lo suficiente para notar que estaba nerviosa—. Te mostrará más cuando sea el momento.

Harrow asintió, deseando que las cosas fueran diferentes. Le rompía el corazón pensar que su mejor amiga fuera a dejar el circo para siempre. Pero sabía lo profunda que era la necesidad de Malaikah de recuperar su hogar. Si renunciaba a ello, ¿quién sería?

—No te preocupes. Ocurrirá cuando tenga que ocurrir, ¿verdad? —Mal se puso de pie—. Por lo pronto, tú tienes que alimentar a una bebé hambrienta y yo tengo que buscar a Salizar. Quiero que me dé su opinión sobre la nueva rutina que estoy montando.

—Es obvio que le va a encantar. Eres nada más y nada menos que «La extraordinaria Malaikah».

Mal sonrió.

—Obviamente. Nos vemos en la cena, ¿sí?

—Claro. —Harrow abrazó a Mal antes de que se diera la vuelta como un ciclón miniatura. Harrow sonrió para sus adentros. Malaikah era de verdad una fuerza imparable.

Mellora volvió a lloriquear adentro, recordándole a Harrow que todavía no había comido. Por no mencionar que sus senos estaban a segundos de empaparle el camisón. Otra vez. Subió las escaleras y entró en la caravana.

Adentro, Raith acunaba a Mellora contra su pecho desnudo con un fuerte brazo. Tenía la mano libre sobre su carita, y ella le chupaba el dedo mientras él le susurraba palabras cariñosas.

El corazón de Harrow estuvo a punto de estallar. ¿Había algo más perfecto en el mundo?

Se miraron a los ojos.

—Quiere a su mamá. —Ahora sonreía con una satisfacción y calma. En comparación con el hombre torturado que había sido solo un año antes, el cambio era como la noche y el día. Harrow se imaginaba que era el efecto de tener una pareja cariñosa y una hija.

Cargó a Mellora y se bajó el camisón para dejar un seno libre. Su hija empezó a mamar de inmediato, con alegres sorbidos. Harrow miró a Raith.

—Gracias por cuidarla para que yo pudiera descansar.

Él se inclinó para besarla.

—Cuidar a Melly es un regalo.

Ella suspiró. ¿Tenía idea de lo increíble que era?

—Te ves hermosa esta mañana. —Acarició su enmarañado pelo rizado.

Ella resopló.

—Me veo como si no hubiera dormido en tres meses, lo cual es bastante preciso.

—Te ves como la madre de mi hija. No hay nada más hermoso.

Harrow suspiró de nuevo. «Definitivamente increíble».

—¿Pudiste dormir allá afuera?

Negó con la cabeza.

—Estaba preocupada por Malaikah. Todavía no entiendo ese cruce de caminos que veo. Parece como si algo importante fuera a ocurrir en su vida, una persona nueva, tal vez. Pero tengo la sensación de que esa persona ha

estado cerca todo el tiempo, enfrente de sus narices. Lo que no tiene sentido. Y si se trata de elegir el circo o su tierra natal, ¿en qué influiría otra persona?

—Te preocupas demasiado.

—No lo puedo evitar.

—Es tu hermana, no tu segunda hija —bromeó Raith. Sí, ahora hacía bromas. Y no solo en la cama.

—Sí, pero…

—No más peros. —Y también la interrumpía. Ella frunció el ceño—. Tú misma lo has dicho. Ella es así.

—Lo sé, lo sé. —Le lanzó una mirada burlona—. Te ves tan arrogante cuando tienes razón.

Respondió con una expresión completamente seria.

—Entonces debo parecer arrogante todo el tiempo.

—Eres terrible. —Se rio a su pesar.

—Sí, y tú eres mía. —Le besó la punta de la nariz, y a su hija lactante la parte superior de la cabeza, y luego tomó una camisa de un montón que había sobre la cama. Ah, y ahora también era desordenado, aunque a Harrow no le molestaba. Tal vez ella fuera más desordenada que él.

Se puso la camisa y se deslizó a su lado para ir a la puerta, dándole una nalgada al pasar. Otra nueva costumbre.

—Tengo que ir a buscar algunas provisiones a la tienda de alimentos, pero ahora regreso.

—¿Provisiones? ¿Para qué?

—Para nuestro picnic.

—¿Cuál picnic?

—Como hoy no viajamos, pensé que podíamos agarrar a Fiona e ir a comer a algún lugar tranquilo.

Harrow sonrió.

—Suena encantador.

—Entonces espérame aquí, y volveré en un rato con comida y nuestra yegua.

—Pero no estoy vestida, y Mellora sigue comiendo.

La miró sin expresión.

—Tienes un vestido puesto.

Típico hombre. Ni siquiera notaba la diferencia entre su camisón y su ropa normal. «Por otro lado», pensó encogiéndose de hombros, «tal vez tenga algo de razón». Si alguien podía justificar pasarse todo el día en camisón, era una madre primeriza.

—Entonces, creo que ya estoy lista —dijo con una sonrisa.

Él le devolvió una sonrisa deslumbrante y salió de la caravana.

Un par de horas más tarde cabalgaban sobre Fiona por el silencioso bosque. Raith estaba sentado detrás de Harrow, abrazándola con sus fuertes brazos, dirigiendo a la yegua. Mellora iba acurrucada con cuidado contra el pecho de Harrow. No le preocupaba caerse: los reflejos de Raith eran tan rápidos como el rayo y sus instintos maternales estaban amplificados por sus dotes de vidente. Jamás habría una niña más protegida, estaba segura.

Se detuvieron en la cima de una colina y encontraron un claro al borde de un acantilado desde el que tenían una impresionante vista del valle. Comieron algo sencillo y luego se acostaron sobre una manta a observar el movimiento de las nubes, mientras su pequeña hija dormía entre los dos.

Más tarde Harrow sacó sus cartas de vidente de la bolsa y las barajó. Como la magia de Darya había catalizado el cuerpo de Raith, él también tenía algo de magia de Agua en él, y Harrow se había dado cuenta de que él sentía una conexión con las cartas. Había empezado a enseñarle lo que significaban.

Hicieron una lectura juntos, sacando cartas alternativamente hasta que tuvieron seis boca arriba.

Primero, Harrow sacó la Cascada, símbolo de cambio y nuevos comienzos. Raith sacó la Niebla, símbolo de lo intangible y misterioso. Después, el Manantial, que da vida y rejuvenece. Luego, el Río: el agua en busca de su origen, un viaje de perseverancia. La quinta carta fue el Océano, la fuente de toda vida.

La sexta y última carta fue de Raith, y no fue ninguna sorpresa cuál sacó.

La dejó junto a las demás.

—Siempre saco esta.

Para Harrow, la carta de Raith había adquirido un significado más nuevo y personal.

—Representa la elección de lanzarse a lo desconocido. De enfrentar el dolor y vencer el miedo.

—Abrazar la oscuridad y encontrar la paz.

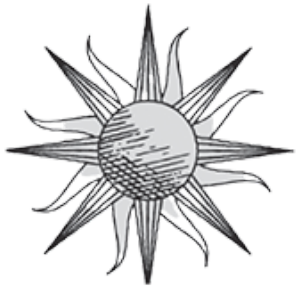
—Exacto. —Intercambiaron sonrisas.

Entre los dos, Mellora emitió un suave sonido mientras dormía, con las manitas enroscadas. Los dos la miraron con dulzura.

—Creo que está soñando —dijo Raith.

Harrow pensó en el sueño que había comenzado todo. La pesadilla que se había convertido en una bendición. Su decisión de sumergirse. La sabiduría que había obtenido de la oscuridad.

—Espero que elija las profundidades —dijo Harrow, sonriéndole a su compañero.



# AGRADECIMIENTOS

Gracias, querido lector, por acompañarme en el viaje de Raith y Harrow. Esta historia significa mucho para mí, y estoy muy agradecida de poder compartirla contigo.

La primera inspiración para este libro surgió en una ocasión que estaba atravesando Canadá en coche. En algún lugar de la carretera transcanadiense, en Ontario, hay una comunidad muy pequeña llamada Raith con una sola señal de tráfico que me llamó la atención al pasar. Lo primero que pensé fue: «¡Ese es el nombre de mi próximo héroe!».

El próximo libro tratará sobre Malaikah y su destino de regresar a su tierra natal. Desde el momento en que apareció en la página me encantó su personaje, así que estoy impaciente por sumergirme en su mente y llevarlos conmigo.

Muchas personas han contribuido a convertir esta historia en lo que es hoy, pero en primer lugar debo dar las gracias a mi editora, Molly Majumder. Cuando empezamos a trabajar juntas, sinceramente que no tenía ni idea de que acabaríamos donde lo hicimos. Ha sido un viaje increíble, y estoy muy agradecida y emocionada por lo que está por venir. Gracias por ayudarme a construir mi visión de este mundo.

También quiero expresar mi gratitud a todo el equipo de Entangled/Red Tower, Liz, Bree, Curtis, Meredith, Stacy, Jessica, Toni y todos los demás que trabajaron en *Santuario de sombras*. También a Rae, por su ayuda con el lenguaje inclusivo y el retrato sensible y auténtico de todos mis personajes. Muchas gracias a todos, ha sido un auténtico placer trabajar con ustedes. La portada, el mapa y los pequeños detalles de este libro son preciosos, y puedo mirarlos por horas. Como siempre, gracias a mi marido Orion por

apoyarme en mis esfuerzos creativos, escucharme despotricar de mis personajes (y de la vida en general) y ayudarme a salir de cualquier agujero negro argumental con una lluvia de ideas. Siento que puedo hacer cualquier cosa cuando crees en mí.

Y por último, pero no por ello menos importante, quiero dar las gracias a mis Patrons, lectores, suscriptores de la lista de correos, seguidores en redes sociales y amantes de las novelas románticas. Su apoyo, pasión y genialidad es lo que hace que esta comunidad sea tan especial. Espero que algún día conquistemos el mundo, porque sé que lo convertiremos en un lugar mejor.

xx Aurora

P.D. Si quieres seguir en contacto conmigo, búscame en redes sociales (@aurora.ascher.author), suscríbete a mi lista de correo o, mejor aún, hazte Patron y tendrás acceso a cuentos exclusivos y arte mensual de mis personajes. Puedes encontrar los enlaces en mi sitio web: www.auroraascher.com

# Acerca de la autora

**Aurora Ascher** es autora de libros de fantasía y romance paranormal. Ama a los monstruos incomprendidos, los antihéroes que logran redimirse y los finales felices. Al ser una mujer con diversos intereses creativos, también se dedica de forma profesional a la música y es artista visual. En la actualidad, reside en Montreal, Canadá, con su confiable máquina de expreso y su infinitamente paciente esposo, a quien a veces no ve hasta después de pasar horas encerrada escribiendo… como un oso que despierta tras hibernar.

Título original: *Sanctuary of the Shadow*

© 2024 por Aurora Ascher.

Derechos de traducción gestionados por Sandra Bruna Agencia Literaria, y Alliance Rights Agency, LLC. SL Todos los derechos reservados.

Ilustraciones de interiores: Freepik
Traducido por: Mariana Hernández Cruz
Diseño de portada: Bree Archer
Adaptación de portada: Planeta Arte & Diseño / Lisset Chavarria Jurado
Imágenes de portada: © Depositphotos
Lettering en español: David López García
Diseño del mapa interior: Heidi Pettie

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: agosto de 2024
ISBN Obra Completa: 978-607-39-1860-2
ISBN Volumen: 978-607-39-1861-9

Primera edición en formato epub: agosto de 2024
ISBN Obra Completa: 978-607-39-1790-2
ISBN Volumen: 978-607-39-1791-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

# TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

**Planetadelibros.com**

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

# Table of Contents


Portadilla
Índice
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
Agradecimientos
Acerca de la autora

Créditos
Planeta de libros